

CARDENAL
ROBERT SARAH

CON NICOLAS DIAT

Se hace tarde y anochece

PALABRA



Cardenal Robert Sarah

con Nicolas Diat

SE HACE TARDE Y ANOCHECE

A Benedicto XVI, artesano incomparable de la reconstrucción de la Iglesia.

A Francisco, hijo fiel y abnegado de san Ignacio.

*A los sacerdotes del mundo entero, en acción de gracias por mis bodas de
oro sacerdotales.*

CONTRAPORTADA

«En la raíz de la quiebra de Occidente hay una crisis cultural e identitaria. Occidente ya no sabe quién es, porque ya no sabe ni quiere saber qué lo ha configurado, qué lo ha constituido tal y como ha sido y tal y como es. Hoy muchos países ignoran su historia. Esta autoasfixia conduce de forma natural a una decadencia que abre el camino a nuevas civilizaciones bárbaras».

Esta afirmación del cardenal Robert Sarah resume el propósito del tercer libro de entrevistas con Nicolas Diat, la profunda crisis espiritual, moral y política del mundo contemporáneo: crisis de la fe y de la Iglesia, declive de Occidente, traición de sus élites, relativismo moral, globalización sin límites, capitalismo desenfrenado, nuevas ideologías, agotamiento político... Tras tomar conciencia de la gravedad de la crisis, el cardenal propone los medios para evitar el infierno de un mundo sin Dios, sin el hombre y sin esperanza.

El camino de la vida del hombre ha de experimentar la elevación del alma para difundirla a su alrededor y dejar en herencia una criatura más excelsa de lo que era al entrar en este mundo, con la certeza de hacer lo que está a nuestro alcance, que es lo que nos pide Dios que está siempre bien cercano a nosotros.

POR DESGRACIA, JUDAS ISCARIOTE

«Si estos callan, gritarán las piedras» (*Lc 19, 40*).

«Un traidor es alguien que jura y miente» (*Macbeth*, William Shakespeare).

¿Por qué tomar de nuevo la palabra? En mi último libro os invitaba al silencio. Pero ya no puedo seguir callando. No debo seguir callando. Los cristianos están desorientados. Día tras día recibo de todas partes llamadas de socorro de quienes ya no saben qué creer. Día tras día recibo en Roma a sacerdotes descorazonados y heridos. La Iglesia vive una noche oscura. Está envuelta y cegada por el misterio de la iniquidad.

A diario nos llegan noticias estremecedoras. No pasa una sola semana sin que salga a la luz algún caso nuevo de abuso sexual. Cada una de esas revelaciones desgarran nuestros corazones de hijos de la Iglesia. Como decía san Pablo VI, nos invade el humo de Satanás. La Iglesia, que debería ser un espacio de luz, se ha convertido en un antro de tinieblas. Debería ser un hogar seguro y apacible ¡y se ha convertido en una cueva de ladrones! ¿Cómo podemos tolerar que entre nosotros, en nuestras propias filas, se hayan infiltrado depredadores? La conducta diaria de muchos sacerdotes fieles es la de pastores solícitos, padres llenos de ternura y guías sólidos. Pero algunos hombres de Dios se han convertido en agentes del demonio. Han querido mancillar el alma de los más pequeños. Han degradado la imagen de Cristo presente en cada niño.

Sacerdotes del mundo entero se han sentido vejados y traicionados por tanta abominación. La Iglesia vive, al igual que Jesús, el misterio de la flagelación. Su cuerpo está desgarrado. ¿A quién culpar de los golpes? ¿A los mismos que deberían amarla y protegerla! Sí, me atrevo a tomar prestadas las palabras del papa Francisco: el misterio de Judas se cierne sobre nuestro tiempo. Los muros de la Iglesia rezuman el misterio de la traición. Así lo demuestran del modo más abominable los abusos a menores. Pero hay que tener el coraje de enfrentarse cara a cara a nuestro pecado: esa traición la han forjado y la han causado muchos otros menos visibles, más sutiles pero igual de penetrantes. Llevamos mucho tiempo viviendo el misterio de Judas. Las razones de lo que ahora está saliendo a la luz son muy hondas y hay que tener el valor de denunciarlas abiertamente. La crisis que viven el clero, la Iglesia y el mundo es fundamentalmente una crisis

espiritual, una crisis de fe. Vivimos el misterio de la iniquidad, el misterio de la traición, el misterio de Judas.

Permitidme reflexionar con vosotros sobre la figura de Judas. Jesús llamó a Judas igual que al resto de los apóstoles. ¡Jesús lo amaba! Lo envió a anunciar la Buena Nueva. Pero, poco a poco, del corazón de Judas fue apoderándose la duda. Sin dar señales de ello, empezó a juzgar la enseñanza de Jesús. Se dijo: este Jesús es demasiado exigente, poco eficaz. Judas quiso traer al mundo el Reino de Dios sin dilación, empleando medios humanos y conforme a sus propios planes. No obstante, había escuchado decir a Jesús: «Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos, mis caminos» (Is 55, 8). Pero Judas se alejó. Dejó de escuchar a Cristo. Dejó de acompañarlo en esas largas noches de silencio y oración. Se refugió en los asuntos del mundo. Se ocupó de la bolsa, del dinero y del comercio. El mentiroso continuó siguiendo a Cristo, pero ya no creía en Él. Protestaba entre dientes. La tarde del jueves santo el Maestro lavó sus pies. Muy endurecido debía de estar su corazón para no dejarse conmover. El Señor se arrodilló ante él como un humilde criado y lavó los pies de quien iba a entregarlo. Jesús posó sobre él por última vez su mirada llena de ternura y de misericordia. Pero el diablo ya había penetrado en el corazón de Judas y este no bajó los ojos. Seguramente pronunció en su interior las palabras de toda rebelión: *non serviam*, «no serviré». Sin renunciar a sus planes, comulgó durante la cena. Fue la primera comunión sacrílega de la historia. Y cometió traición.

Judas será eternamente el nombre del traidor, y su sombra se cierne hoy sobre nosotros. Sí, ¡también nosotros hemos cometido traición! Hemos abandonado la oración. Por todas partes se ha filtrado el mal del activismo eficaz. Queremos imitar la estructura de las grandes empresas. Olvidamos que únicamente la oración es la sangre que puede irrigar el corazón de la Iglesia. Decimos que no hay tiempo que perder. Queremos dedicar ese tiempo a labores sociales útiles. Quien deja de rezar ya ha cometido traición. Está predispuesto a cualquier compromiso con el mundo. Ha tomado el camino de Judas.

Nos permitimos cuestionarlo todo. Se pone en duda la doctrina católica. Apelando a posturas supuestamente intelectuales, los teólogos se dedican a desmontar los dogmas, vaciando la moral de su significado más hondo. El relativismo es la máscara de Judas disfrazado de intelectual. ¿Qué sorpresa nos puede provocar enterarnos de que hay tantos sacerdotes que rompen sus compromisos? Relativizamos el significado del celibato, reivindicamos el derecho a tener vida privada, algo contrario a la misión del sacerdote. Algunos

llegan incluso a reclamar el derecho a conductas homosexuales. Se suceden los escándalos entre los sacerdotes y entre los obispos.

El misterio de Judas se propaga. Por eso quiero decirles a todos los sacerdotes: manteneos fuertes y firmes. Sí, por culpa de algunos ministros, os etiquetarán a todos de homosexuales. Arrastrarán por el fango a la Iglesia católica. La presentarán como si solo estuviera formada por sacerdotes hipócritas y ávidos de poder. No se inquiete vuestro corazón. El viernes santo acusaron a Jesús de todos los crímenes del mundo y Jerusalén gritó: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!». Pese a las encuestas tendenciosas que ofrecen un panorama desolador de eclesiásticos irresponsables y con una vida interior anémica al mando del gobierno de la Iglesia, manteneos serenos y confiados, como la Virgen y san Juan al pie de la cruz. Los sacerdotes, los obispos y los cardenales sin moral no empañarán el testimonio luminoso de los más de cuatrocientos mil sacerdotes fieles del mundo entero que, día tras día, sirven santa y gozosamente a su señor. Pese a la violencia de los ataques que pueda sufrir, la Iglesia no morirá. Esa es la promesa del Señor y su palabra es infalible.

Los cristianos se estremecen, vacilan, dudan. A ellos va dirigido este libro. Para decirles: ¡no dudéis! ¡Manteneos firmes en la doctrina! ¡Perseverad en la oración! Este libro pretende reconfortar a los cristianos y a los sacerdotes fieles.

El misterio de Judas, el misterio de la traición, es un veneno sutil. El diablo intenta hacernos dudar de la Iglesia. Quiere que la veamos como una estructura humana en crisis. Pero la Iglesia es mucho más que eso: es la prolongación de Cristo. El diablo nos insta a la división y al cisma. Quiere hacernos creer que la Iglesia ha cometido traición. Pero la Iglesia no traiciona. ¡La Iglesia, llena de pecadores, está libre de pecado! Siempre habrá en ella luz suficiente para quienes buscan a Dios. No os dejéis tentar por el odio, por la división, por la manipulación. No se trata de tomar partido, de enfrentarnos los unos a los otros: «Tanto nos previno el Maestro celeste esa cautela, que quiso asegurar a su pueblo frente al recelo por los malos conductores, no fuera que por ellos abandonasen la cátedra de la doctrina saludable [...]. No perezcamos en una mala disensión por causa de los malos», decía ya san Agustín (*Carta 105*).

La Iglesia sufre, ha sido deshonrada y sus enemigos están dentro de ella. No la abandonemos. Todos los pastores son hombres pecadores, pero son portadores del misterio de Cristo.

¿Qué hacer entonces? No se trata de organizarse y de aplicar estrategias.

¿Alguien cree que seremos capaces de mejorar las cosas nosotros solos? Eso sería como retomar la letal pretensión de Judas.

Ante el aluvión de pecados dentro de las filas de la Iglesia, nos sentimos tentados de tomar las riendas. Nos sentimos tentados de purificar la Iglesia con nuestras propias fuerzas. Y sería un error. ¿Qué podríamos hacer? ¿Un partido? ¿Un movimiento? Esa es la tentación más grave: una división tapada con oropeles. Con la excusa de hacer el bien, nos dividimos, nos criticamos, nos destruimos. Y el demonio se ríe. Ha conseguido tentar a los buenos bajo la apariencia del bien. La Iglesia no se reforma con la división y el odio. La Iglesia se reforma comenzando por cambiar nosotros mismos. No dudemos, cada uno desde nuestro sitio, en denunciar el pecado, empezando por el nuestro.

La sola idea de que la túnica sin costuras de Cristo corra peligro de rasgarse de nuevo me estremece. Jesús padeció su agonía contemplando de antemano las divisiones de los cristianos. ¡No lo crucifiquemos de nuevo! Su corazón nos dirige una súplica: ¡tiene sed de unidad! El diablo teme que lo llamen por su nombre. Le gusta envolverse en la bruma de la ambigüedad. Seamos claros. «No llamar a las cosas por su nombre añade mal al mundo», decía Albert Camus.

En este libro no dudaré en hablar con firmeza. Con ayuda del escritor y ensayista Nicolas Diat, sin el cual pocas cosas habrían sido posibles y que — desde la redacción de *Dios o nada*— ha sido siempre de una fidelidad impecable, quiero inspirarme en la palabra de Dios, semejante a una espada de doble filo. No tengamos miedo de decir que la Iglesia necesita una profunda reforma, y que esa reforma pasa por nuestra conversión.

Perdonadme si algunas de mis palabras os ofenden. No tengo intención de adormeceros con frases consoladoras y engañosas. No busco el éxito ni la popularidad. ¡Este libro es el grito de mi alma! Es un grito de amor a Dios y a mis hermanos. A vosotros, cristianos, os debo la única verdad que salva. La Iglesia se muere porque los pastores tienen miedo de hablar con absoluta honestidad y claramente. Tenemos miedo de los medios, miedo de la opinión pública, ¡miedo de nuestros propios hermanos! El buen pastor da la vida por sus ovejas.

Hoy, desde estas páginas, os ofrezco lo que es la entraña de mi vida: la fe en Dios. Dentro de poco compareceré ante el Juez eterno. Si no os transmito la verdad que he recibido, ¿qué voy a decirle? Los obispos deberíamos echarnos a temblar al pensar en nuestros silencios culpables, en nuestros silencios

cómplices, en nuestros silencios complacientes con el mundo.

Me preguntan con frecuencia: ¿qué debemos hacer? Cuando amenaza la división, hay que reforzar la unidad. Una unidad que no tiene nada que ver con ese espíritu corporativo que existe en el mundo. La unidad de la Iglesia nace del corazón de Jesucristo. Debemos permanecer junto a Él, en Él. Nuestra morada será el corazón abierto por la lanza para permitirnos refugiarnos en él. La unidad de la Iglesia descansa sobre cuatro columnas. La oración, la doctrina católica, el amor a Pedro y la caridad mutua han de convertirse en las prioridades de nuestra alma y de todas nuestras actividades.

La oración

Sin la unión con Dios, cualquier iniciativa para el fortalecimiento de la Iglesia y de la fe será inútil. Sin oración seremos como un golpear de platillos. Descenderemos al nivel de los animadores mediáticos, que hacen mucho ruido pero solo agitan el aire. La oración tiene que convertirse en nuestra respiración más íntima. Nos sitúa cara a Dios. ¿Acaso es otro nuestro fin? Los cristianos, los sacerdotes, los obispos: ¿tenemos otra razón de existir que no sea ponernos delante de Dios y llevar a otros ante Él? ¡Ha llegado el momento de enseñarlo! ¡Ha llegado el momento de ponerlo por obra! Quien reza se salva, quien no reza se condena, decía san Alfonso. Me gustaría insistir en este punto, porque una Iglesia cuyo bien máspreciado no sea la oración corre hacia la perdición. Si no recuperamos el sentido de las largas y pausadas vigiliass junto al Señor, lo traicionaremos. Eso hicieron los apóstoles: ¿nos creemos mejores que ellos? Los sacerdotes en particular deben poseer necesariamente un alma de oración. Sin ella, la labor social más eficaz se convertiría en inútil y nociva. Crearía en nosotros la ilusión de estar sirviendo a Dios cuando solo estaríamos haciendo la obra del demonio. No se trata de multiplicar las devociones. Se trata de guardar silencio y de adorar. Se trata de arrodillarse. Se trata de penetrar en la liturgia con temor y con respeto. La liturgia es obra de Dios, y no teatro.

Desearía que mis hermanos obispos no olvidaran nunca sus graves obligaciones. Amigos míos, ¿queréis reedificar la Iglesia? ¡Arrodillaos! ¡Ese es el único medio! Si actuáis de otra manera, lo que hagáis no será de Dios. Solo Dios puede salvarnos. Y solo lo hará si rezamos. ¡Cuánto desearía que se alzara desde el mundo entero una oración honda e ininterrumpida, una alabanza y una súplica de adoración! El día en que ese cántico silencioso resuene en los corazones, el Señor podrá por fin ser escuchado y obrar a través de sus hijos. Mientras tanto, nosotros se lo impedimos con nuestro ajetreo y nuestra

palabrería. Si no reclinamos como san Juan nuestra cabeza sobre el corazón de Cristo, no tendremos la fuerza para seguirle hasta la cruz. Si no dedicamos tiempo a escuchar los latidos del corazón de nuestro Dios, lo abandonaremos, lo traicionaremos como hicieron los apóstoles.

La doctrina católica

No hay por qué inventar ni construir la unidad de la Iglesia. La fuente de nuestra unidad está por encima de nosotros y nos ha sido dada. Es la Revelación que recibimos. Si cada uno defiende su propia opinión, sus ideas novedosas, entonces la división se extenderá por todas partes. Me duele ver a tantos pastores que rebajan la doctrina católica y crean división entre los fieles. Al pueblo cristiano le debemos una enseñanza clara, sólida y estable. ¿Cómo se puede consentir que las conferencias episcopales se contradigan? Dios no puede habitar allí donde reina la confusión.

La unidad de la fe implica la unidad del magisterio en el espacio y el tiempo. Cuando recibimos una enseñanza nueva, esta debe interpretarse siempre en coherencia con la enseñanza que la precede. Si fomentamos las rupturas y las revoluciones, rompemos la unidad que ha regido a la santa Iglesia a lo largo de los siglos. Eso no significa que estemos condenados al fijismo. No obstante, toda evolución debe consistir en una mejor comprensión y una profundización del pasado. La hermenéutica de la reforma en la continuidad que Benedicto XVI ha enseñado con tanta claridad es una condición *sine qua non* de la unidad. Los que proclaman estrepitosamente el cambio y la ruptura son falsos profetas. No buscan el bien del rebaño. Son mercenarios que se han colado en el aprisco sin permiso. Nuestra unidad se forjará sobre la verdad de la doctrina católica. No existe otro medio. Querer lograr la popularidad mediática al precio de la verdad equivale a hacer la obra de Judas.

¡No tengamos miedo! ¿Se puede ofrecer a la humanidad mejor regalo que la verdad del Evangelio? Es cierto: Jesús es exigente. ¡Sí, seguirle exige tomar su cruz cada día! La tentación de la cobardía ronda por todas partes. Y acecha en particular a los pastores. La enseñanza de Jesús se nos hace demasiado dura. ¡Cuántos de nosotros tenemos la tentación de pensar: «Es dura esta enseñanza, ¿quién puede escucharla?» (Jn 6, 60)! El Señor se vuelve hacia aquellos a los que ha escogido, hacia nosotros, obispos y sacerdotes, y nos pregunta de nuevo: «¿También vosotros queréis marcharos?» (Jn 6, 67). Clava sus ojos en los nuestros y nos pregunta uno a uno: ¿me vas a abandonar? ¿Vas a renunciar a enseñar la fe en su integridad? ¿Tendrás valor para predicar mi presencia real en

la Eucaristía? ¿Tendrás valor para llamar a esos jóvenes a la vida consagrada? ¿Te atreverás a decir que sin la confesión regular la comunión sacramental corre peligro de perder su significado? ¿Tendrás la audacia de recordar la verdad de la indisolubilidad del matrimonio? ¿Tendrás caridad para recordársela incluso a quienes es posible que te lo reprochen? ¿Tendrás valor para invitar con delicadeza a cambiar de vida a los divorciados comprometidos en una nueva relación? ¿Prefieres el éxito o quieres seguirme? Dios desea que, como san Pedro, llenos de amor y de humildad, seamos capaces de responderle: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna» (*Jn 6, 68*).

El amor a Pedro

El papa es el portador del misterio de Simón-Pedro, a quien Cristo dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (*Mt 16, 18*). El misterio de Pedro es un misterio de fe. Jesús ha querido confiar su Iglesia a un hombre. Para que no lo olvidáramos, dejó que ese hombre le traicionara tres veces a la vista de todos antes de entregarle las llaves de su Iglesia. Sabemos que la barca de la Iglesia no se le confía a un hombre porque tenga unas aptitudes extraordinarias. No obstante, creemos que ese hombre estará siempre asistido por el Divino Pastor para que la regla de la fe se mantenga firme.

¡No tengamos miedo! Escuchemos a Jesús: «Tú eres Simón [...]. Tú te llamarás Cefas» (*Jn 1, 42*). La trama de la historia de la Iglesia se ha tejido desde los primeros tiempos: un hilo dorado de las decisiones infalibles de los pontífices, sucesores de Pedro; un hilo negro de los actos humanos e imperfectos de los papas, sucesores de Simón. En medio de esta maraña incomprensible de hilos entremezclados, percibimos la pequeña aguja guiada por la mano invisible de Dios, atenta a trazar sobre el entramado el único nombre por el que podemos ser salvados: ¡el nombre de Jesucristo!

Amigos míos, vuestros pastores están llenos de defectos y de imperfecciones. Pero despreciándolos no construiréis la unidad de la Iglesia. No tengáis miedo de exigirles la fe católica, los sacramentos de la vida divina. Acordaos de las palabras de san Agustín: «¿Bautiza Pedro? Es Cristo quien bautiza. ¿Bautiza Judas? Es Cristo quien bautiza» (*Comentarios a San Juan*, Tratado VI, 7). El sacerdote más indigno sigue siendo instrumento de la gracia divina cuando celebra los sacramentos. ¡Hasta ese extremo nos ama Dios! Consiente en confiar su cuerpo eucarístico a las manos sacrílegas de sacerdotes miserables. Si pensáis que vuestros sacerdotes y vuestros obispos no son santos, sedlo vosotros por ellos. Haced penitencia, ayunad en reparación de sus faltas y de su cobardía.

Solo así podremos llevar sobre nosotros la carga de los otros.

La caridad fraterna

Recordemos las palabras del Concilio Vaticano II: «La Iglesia es el sacramento de la unidad del género humano». ¡Pero es tanto el odio y la división que la desfiguran...! Ha llegado el momento de volver a mirarnos con un poco de benevolencia. ¡Ha llegado el momento de anunciar el fin de los recelos y las suspicacias! En palabras de Benedicto XVI, ha llegado el momento de que los católicos emprendamos «el camino de la reconciliación interna».

Escribo estas palabras en mi despacho, desde donde diviso la plaza de San Pedro, que abre de par en par sus brazos para poder abrazar mejor a la humanidad entera. Porque la Iglesia es madre y nos abre los brazos. ¡Corramos a acurrucarnos en ellos, apretujados unos junto a otros! ¡Estando en su regazo no existen amenazas! Cristo extendió de una vez para siempre sus brazos en la cruz para que, desde entonces, la Iglesia pudiera abrir los suyos y nosotros reconciliarnos, dentro de ella, con Dios y entre nosotros. A cuantos se sienten tentados por la traición, la disensión, la manipulación, el Señor vuelve a dirigirles estas palabras: «¿Por qué me persigues? [...]. Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (*Hch* 9, 4-5). Cuando nos peleamos, cuando nos odiamos, ¡es a Jesús a quien perseguimos!

Oremos juntos unos instantes ante el espléndido fresco de Miguel Ángel de la Capilla Sixtina. En él está representado el Juicio Final. Arrodillémonos ante la imagen de la majestad divina, rodeada de toda la corte celestial. Ahí están los santos, con los instrumentos de su martirio. Ahí están los apóstoles, las vírgenes, los desconocidos, los santos que son el secreto del corazón de Dios. Todos cantan su gloria y su alabanza. A sus pies, los reos del infierno gritan su odio a Dios. Y, de pronto, tomamos conciencia de nuestra pequeñez, de nuestra nada. De pronto, nosotros, que creíamos tener tantas buenas ideas, tantos proyectos imprescindibles, guardamos silencio, vencidos por la grandeza y la trascendencia de Dios. Llenos de un temor filial, alzamos la mirada hacia el Cristo glorioso mientras Él nos pregunta uno a uno: «¿Me amas?». Dejemos que resuene su pregunta. No nos demos prisa en responder.

¿De verdad le amamos? ¿Le amamos hasta la muerte? Si somos capaces de responder humildemente, sencillamente: «Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo», entonces Él nos sonreirá; entonces nos sonreirán María y los ángeles del cielo; y, como a san Francisco de Asís en su día, dirán a cada cristiano: «Ve y

repara mi Iglesia». Ve, repara con tu fe, con tu esperanza y tu caridad. Ve y repara con tu oración y con tu fidelidad. Gracias a ti, mi Iglesia volverá a ser mi casa.

Cardenal Robert Sarah

Roma, viernes 22 de febrero de 2019

PRIMERA PARTE

LA QUIEBRA ESPIRITUAL Y RELIGIOSA

«Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?»
(Lc 18, 8).

1

LA CRISIS DE LA FE

NICOLAS DIAT: *¿Cree usted que nuestra época está viviendo una crisis de fe?*

CARDENAL ROBERT SARAH: Permítame que le responda con una analogía. Creo que la actitud del mundo moderno es el reflejo de la cobardía de san Pedro durante la Pasión tal y como aparece descrita en el evangelio. Acaban de arrestar a Jesús. Pedro, que lo ha seguido de lejos, entra en el palacio del sumo sacerdote, sufriendo sin duda una honda conmoción. «Cuando Pedro se encontraba abajo, en el atrio, llegó una de las criadas del sumo sacerdote y, al ver a Pedro que se estaba calentando, le miró y le dijo: “Tú también estabas con Jesús, ese Nazareno”. Pero él lo negó: “Ni lo conozco, ni sé de qué me hablas”. Y salió fuera, al vestíbulo de la casa, y cantó un gallo. Y al verle la criada empezó a decirles otra vez a los que estaban alrededor: “Este es de los suyos”. Pero él lo volvía a negar. Un poco después, los que estaban allí le decían a Pedro: “Desde luego eres de ellos, porque también tú eres galileo”. Pero él comenzó a lanzar imprecaciones y a jurar: “¡No conozco a ese hombre del que habláis!”» (Mc 14, 66-71).

El mundo moderno, igual que Pedro, ha renegado de Cristo. El hombre contemporáneo ha tenido miedo de Dios, miedo de hacerse discípulo suyo. Ha dicho: «No quiero conocer a Dios». Ha temido la mirada de los demás. Le han preguntado si conocía a Cristo y ha contestado: «No conozco a ese hombre». Ha sentido vergüenza de sí mismo y ha jurado: «¿Dios? ¡No sé quién es!». Hemos querido brillar ante los ojos del mundo y por tres veces hemos renegado de nuestro Dios. Hemos afirmado: no estoy seguro de Él, ni de los evangelios, ni de los dogmas, ni de la moral cristiana. Nos hemos avergonzado de los santos y de los mártires; Dios, su Iglesia y su liturgia nos han causado rubor; nos hemos echado a temblar ante el mundo y sus servidores. Pedro acababa de traicionar a Jesús cuando Él lo miró. ¡Cuánto amor y cuánta misericordia en esa mirada! Y, al mismo tiempo, ¡cuántos reproches y cuánta justicia! Pedro lloró amargamente. Supo pedir perdón.

¿Nos atreveremos a cruzar nuestra mirada con la de Cristo? Creo que el mundo moderno la rehúye: tiene miedo. No quiere ver su imagen reflejada en esos ojos tan tiernos de Jesús. Se repliega. Pero, si se niega a dejarse mirar, acabará desesperado, como Judas. Esa es la esencia de la crisis contemporánea de la fe. No queremos mirar a Aquel a quien hemos crucificado. Y corremos hacia el suicidio. Este libro es una llamada al mundo moderno a atreverse a cruzar su mirada con la de Dios y ser capaz por fin de llorar.

¿Cómo se puede definir la fe? ¿Qué es creer?

Esas son dos preguntas que deberían rondarnos de continuo. Para evitar vivir en la periferia de nosotros mismos, en la superficialidad, la rutina o la indiferencia, hemos de preguntarnos por el sentido de nuestras creencias. Algunas de las realidades que vivimos, como el amor o la experiencia de la intimidad interior con Dios, son difíciles de definir. Son realidades que invaden y se apoderan de toda la existencia, la trastornan y la transforman desde dentro. Puestos a intentar balbucear algo acerca de la fe, yo diría que, para el cristiano, la fe es una confianza total y absoluta del hombre en un Dios con el que ha tenido un encuentro personal. Algunos se declaran no creyentes, ateos o agnósticos. Según ellos, el espíritu humano está sumido en una ignorancia absoluta acerca de la naturaleza íntima, el origen y el destino de las cosas. Son personas profundamente desgraciadas. Son como ríos inmensos privados de cualquier fuente que alimente su vida. Son como árboles inexorablemente cortados de raíz y condenados a morir. Antes o después, se secan y mueren. Los hombres sin fe son como quienes no tienen ni un padre ni una madre que los engendren y renueven su percepción de su propio misterio. Mientras que la fe es una auténtica madre. En las *Actas de los mártires* el prefecto romano Rústico pregunta al cristiano Hiérax: «¿Dónde están tus padres?». Y este le responde: «Nuestro verdadero padre es Cristo y nuestra madre es la fe en Él». Es una inmensa desgracia no creer en Dios y no tener madre.

Afortunadamente, hay muchos hombres y mujeres que se declaran creyentes. Son numerosos los pueblos que atribuyen una importancia decisiva a la fe en un ser trascendente. Algunos tienen sus propios dioses, que muchas veces se hacen presentes bajo la forma de unas fuerzas más o menos personificadas que dominan a los hombres. Inspiran pánico y temor, miedo y angustia. De ahí la tentación de la magia y de la idolatría. Se supone que exigen sacrificios sangrientos con que ganarse su benevolencia o aplacar su cólera.

En la historia de la humanidad hay un hombre, Abrahán, que supo dar un vuelco radical al descubrir la fe como una relación de naturaleza personal con un Dios único. Esa relación se inició con una confianza incondicional en la palabra de Dios. Abrahán escucha unas palabras y una llamada; y obedece al instante. Se le pide de un modo categórico y radical que deje su país, su familia y la casa de su padre para marchar «a la tierra que yo te mostraré» (*Gn 12, 1*).

La fe es, por lo tanto, un «sí» a Dios. Exige al hombre que deje a sus dioses, su cultura, todas las certezas y las riquezas humanas para adentrarse en la tierra, en la cultura y en el patrimonio de Dios. La fe consiste en dejarse guiar por Dios, que se convierte en nuestra única riqueza, nuestro presente y nuestro futuro. Se convierte en nuestra fuerza, nuestro sostén, nuestra seguridad, la roca inquebrantable sobre la que podemos apoyarnos. La fe se vive construyendo la casa de nuestra vida sobre la roca que es Dios (*Mt 7, 24*). Por eso Dios puede decir al hombre: «Si no os afirmáis en mí —es decir, si no creéis—, no seréis firmes» (*Is 7, 9*).

La fe de Abrahán se desarrolla, arraiga y se fortalece en una alianza interpersonal compuesta de vínculos indestructibles con su Dios. La fe implica y exige fidelidad. Una fidelidad en la que se traduce y expresa el compromiso inquebrantable de aferrarnos solo a Dios. La fidelidad es antes de nada la de un Dios siempre fiel a sus promesas, que no abandona jamás a los que le buscan (*Sal 9, 11*): «Pactaré con ellos una alianza eterna, por la que no cesaré de seguir haciéndoles el bien, y pondré en sus corazones mi temor para que no se aparten de Mí» (*Jr 32, 40; Is 61, 8; Is 55, 3*).

La fe es contagiosa. Y, si no, es que se ha vuelto insulsa. La fe es como el sol: hace brillar, ilumina, irradia y da calor a todo lo que gravita a su alrededor. Gracias a la fuerza de su fe, Abrahán arrastra a toda su familia y a su descendencia a una relación personal con Dios. No cabe duda de que la fe es un acto íntimamente personal, pero también hay que profesarla y vivirla en la familia, en la Iglesia, en la comunión eclesial. Mi fe es la de la Iglesia. Por eso Dios se llama a sí mismo el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob (*Ex 3, 6*), el Dios de los padres del pueblo de Israel.

La fe es esencialmente una sólida relación entre Dios y su pueblo Israel. Al principio es Dios quien toma plenamente la iniciativa. Pero el hombre debe responder a esa iniciativa divina con la fe. La fe es siempre una respuesta de amor a una iniciativa de amor y de Alianza.

La fe se acrecienta con una intensa vida de piedad y de silencio contemplativo. Se alimenta y se consolida en un cara a cara diario con Dios y en una actitud de adoración y de contemplación silenciosa. Se confiesa en el Credo, se celebra en la liturgia, se vive en la práctica de los mandamientos. Crece gracias a una vida hacia adentro de adoración y oración. La fe se alimenta de la liturgia, de la doctrina católica y del conjunto de la tradición de la Iglesia. Sus principales fuentes son la Sagrada Escritura, los Padres de la Iglesia y el magisterio.

Por arduo y difícil que sea conocer a Dios y establecer con Él una relación personal e íntima, siempre podemos verlo, escucharlo, tocarlo y contemplarlo en su palabra y en sus sacramentos. Abriéndonos sinceramente a la verdad y a la belleza de la creación, pero también gracias a nuestra capacidad de percibir el significado del bien moral, a la escucha de la voz de nuestra conciencia — porque dentro de nosotros llevamos ese deseo y esa aspiración a una vida infinita —, generamos las condiciones adecuadas para entrar en contacto con Dios: «Pregunta a la hermosura de la tierra», dice san Agustín, «pregunta a la hermosura del mar, pregunta a la hermosura del aire dilatado y difuso, pregunta a la hermosura del cielo [...]. Pregúntales. Todos te responderán: “Contempla nuestra belleza”. Su hermosura es su confesión. ¿Quién hizo estas cosas bellas, aunque mudables, sino la belleza inmutable?» (*Serm.* 241, 2).

A ojos de muchos contemporáneos nuestros, la fe fue luz suficiente para las sociedades del pasado. Pero en nuestros tiempos modernos, en la era de la ciencia y la tecnología, es una luz ilusoria que impide al hombre cultivar la audacia del saber. Es incluso un freno a su libertad y fomenta en el hombre la ignorancia y el temor.

El papa Francisco ofrece una brillante respuesta a esta mentalidad contemporánea: «La característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar toda la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios. La fe nace del encuentro con el Dios vivo, que nos llama y nos revela su amor, un amor que nos precede y en el que nos podemos apoyar para estar seguros y construir la vida. Transformados por este amor, recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro. La fe, que recibimos de Dios como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo [...]. Nos damos cuenta, por tanto, de que la fe no habita en la

oscuridad, sino que es luz en nuestras tinieblas». Un hombre privado de la luz de la fe es igual que un huérfano; o —como hemos dicho antes— alguien que no ha llegado nunca a conocer ni a su padre ni a su madre. Para los primeros cristianos la fe, en tanto encuentro con el Dios vivo manifestado en Cristo, era una «madre», porque los daba a luz, engendraba en ellos la vida divina, una nueva experiencia, una visión luminosa de la existencia por la que estaban dispuestos a dar testimonio público hasta entregar su sangre, hasta la muerte.

Aun así, conviene recalcar con la insistencia que ello exige que la fe está inseparablemente ligada a la conversión. Es una ruptura con nuestra vida de pecado, con los ídolos y con todos los «becerros de oro» que cada uno nos fabricamos, para volvernos hacia el Dios vivo y verdadero, a través de un encuentro que nos derribe del caballo y nos dé un revolcón. El encuentro con Dios es a un tiempo aterrador y apaciguador. Creer significa confiarse a Dios y a su amor misericordioso: un amor que siempre acoge y perdona, que sostiene y orienta la existencia y muestra su poderosa capacidad de enderezar las deformaciones de nuestra historia. La fe consiste en la disposición a dejarse volver a transformar siempre por la llamada de Dios, que nos repite de continuo: «Convertíos a mí de todo corazón, con ayuno, con llanto y con lamento. Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos. Convertíos al Señor, vuestro Dios, porque es clemente y compasivo» (*Jl* 2, 12-13). Pero nuestra vuelta al Señor, nuestra auténtica conversión a una nueva Alianza con Él a través de una respuesta de amor, deben darse en la verdad y de un modo concreto, y no solo de forma teórica o mediante sutilezas teológicas o canónicas. No somos muy distintos del Pueblo de la Primera Alianza. El pueblo de Israel, golpeado a menudo por la mano de Dios a causa de sus adulterios y sus infidelidades, creyó poder encontrar su regreso a la gracia y su liberación mediante una penitencia sin mañana y sin raíces profundas. Los profetas manifiestan un enérgico rechazo a esta penitencia superficial, sentimental, desprovista de una auténtica ruptura con su pecado, de la renuncia sincera a su situación de pecado y a los ídolos que se han apoderado de su corazón. Solo un arrepentimiento nacido de lo más hondo del corazón puede obtener el perdón y la misericordia de Dios.

La fe es también y ante todo una realidad eclesial. Es Dios quien nos da la fe a través de nuestra santa madre Iglesia. La fe de cada uno de nosotros se inserta en la de la comunidad, en el «nosotros» eclesial. «La luz de la fe es una luz encarnada, que procede de la vida luminosa de Jesús. La luz de Cristo brilla como en un espejo en el rostro de los cristianos, y así se difunde y llega hasta nosotros, de modo que también nosotros podamos participar en esta visión y

reflejar a otros su luz, igual que en la liturgia pascual la luz del cirio enciende otras muchas velas. La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama. Los cristianos, en su pobreza, plantan una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos» (*Lumen fidei*, n. 37).

Es imposible creer solo, igual que es imposible nacer o engendrarse a uno mismo. La fe no es solamente una decisión individual que toma el creyente interiormente, ni una relación aislada entre el yo del que cree y el Tú divino, entre el sujeto autónomo y Dios. Hoy en día hay quienes desearían reducir la fe a una experiencia subjetiva y privada. No obstante, la fe acontece siempre dentro de la comunidad de la Iglesia, porque es ahí donde Dios se revela en plenitud y se deja encontrar tal y como es realmente.

En su diálogo con los sacerdotes, del 10 de junio de 2010, Benedicto XVI afirma: «No existe una mayoría contra la mayoría de los santos: la verdadera mayoría son los santos en la Iglesia y debemos orientarnos hacia los santos». ¿En qué sentido adquiere hoy en día una resonancia particular esta prioridad concedida a la santidad?

A algunos les gustaría que la Iglesia se transformara según el modelo de las democracias modernas, confiando el gobierno a la mayoría. Pero eso equivaldría a hacer de la Iglesia una sociedad humana, y no la familia fundada por Dios.

En la historia de la Iglesia es ese «pequeño resto» el que ha salvado la fe. Unos cuantos creyentes que han permanecido fieles a Dios y a su alianza. Son la cepa que renace siempre para que el árbol no muera. Siempre subsistirá, aun estando desvalido, un pequeño rebaño, un modelo para la Iglesia y el mundo. Los santos han encontrado a Dios. Son hombres y mujeres que han encontrado lo esencial. Son la piedra angular de la humanidad. La tierra renace y se renueva gracias a los santos y a su vínculo inquebrantable con Dios y con los hombres, a quienes desean arrastrar hacia la salvación eterna.

Ningún esfuerzo humano, por inteligente o desinteresado que sea, es capaz de transformar a un alma y de darle la vida de Cristo. Solo la gracia y la cruz de Jesús pueden salvar y santificar a las almas y hacer que crezca la Iglesia. Multiplicar los esfuerzos humanos, creer que los métodos y las estrategias poseen eficacia en sí mismos, supondrá siempre una pérdida de tiempo. Solo Cristo puede conceder su vida a las almas; y la da en la medida en que vive en nosotros y se ha adueñado enteramente de nosotros. Eso es lo que ocurre con los

santos. En toda su vida, en todas sus obras, en todos sus deseos habita Jesús. La medida del valor apostólico del apóstol reside únicamente en su santidad y en la solidez de su vida de oración.

Todos los días contemplamos un volumen inaudito de trabajo, de tiempo, de esfuerzos invertidos con entusiasmo y generosidad que no obtienen resultado. Y, sin embargo, toda la historia de la Iglesia demuestra que basta un santo para transformar a millares de almas. Fijémonos, por ejemplo, en el cura de Ars. Sin hacer otra cosa que ser santo y pasar horas delante del sagrario, atrajo a multitud de personas de todas las regiones del mundo hasta una aldea desconocida. Lo único que hizo santa Teresa del Niño Jesús, que murió de tuberculosis después de pasar unos años en un Carmelo de provincias, fue ser santa y amar solamente a Dios, y aun así transformó millones de almas. El principal afán de cualquier discípulo de Jesús debe ser la santificación. La prioridad de su vida tiene que ser la oración, la contemplación silenciosa y la Eucaristía, sin las cuales todo lo demás no sería más que un ajetreo inútil. Los santos aman y viven en la verdad y su afán es guiar a los pecadores a la verdad de Cristo. No son capaces de silenciar esa verdad ni de mostrar la más mínima indulgencia hacia el pecado y el error. El amor a los pecadores y a quienes persisten en el error exige que combatamos sin piedad sus pecados y sus errores.

Muchas veces los santos pasan ocultos a ojos de sus contemporáneos. ¿Cuántos santos hay en los monasterios que el mundo jamás conocerá?

Me duele que tantos obispos y sacerdotes descuiden su misión fundamental, que es su propia santificación y el anuncio del Evangelio de Jesús, para dedicarse a cuestiones sociopolíticas como el medioambiente, las migraciones y los sin techo. Ocuparse de todos estos debates es un compromiso loable. Pero, si descuidan la evangelización y su propia santificación, se agitan en vano. La Iglesia no es una democracia en la que una mayoría acaba haciéndose con el control de las decisiones. La Iglesia es el pueblo de los santos. En el Antiguo Testamento un pequeño pueblo constantemente perseguido renueva una y otra vez la sagrada Alianza a través de la santidad de su existencia diaria. Los cristianos de la Iglesia primitiva se llamaban «los santos» porque toda su vida estaba impregnada de la presencia de Cristo y de la luz de su Evangelio. Eran minoritarios, pero transformaron el mundo. Cristo nunca prometió a sus fieles que serían mayoritarios.

Pese a todos sus esfuerzos misioneros, la Iglesia jamás ha dominado el mundo.

Y es que la misión de la Iglesia es una misión de amor, y el amor no es dominante. El amor está ahí para servir y para morir, para que los hombres tengan vida, y una vida abundante. Juan Pablo II decía con toda la razón que no estamos más que en los inicios de la evangelización.

La fuerza del cristiano nace de su relación con Dios. Los cristianos deben encarnar en ellos la santidad de Dios y revestirse de las armas de la luz (*Rm* 13, 12), «ceñidos en la cintura con la verdad, revestidos con la coraza de la justicia y calzados los pies, prontos para proclamar el Evangelio de la paz, tomando en todo momento el escudo de la fe» (*Ef* 6, 14-16). Esta armadura constituye un sólido equipamiento para la batalla de los santos: la de la oración, que es una lucha: «Os suplico, hermanos», escribe san Pablo a los romanos, «por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que luchéis juntamente conmigo rogando a Dios por mí» (*Rm* 15, 30). «Os saluda Epatras, compatriota vuestro, siervo de Cristo Jesús, y que siempre se afana por vosotros en sus oraciones, para que os mantengáis perfectos cumpliendo todo lo que Dios quiere» (*Col* 4, 12).

El libro del Génesis narra una escena misteriosa: el combate físico entre Jacob y Dios. Para nosotros, Jacob, que se atreve a pelear con Dios, es motivo de asombro. El combate dura toda la noche. Al principio es Jacob quien parece salir victorioso, pero en el curso de la pelea su misterioso adversario lo golpea en la articulación de la cadera y se la disloca. Jacob conservará siempre la herida de esa batalla nocturna y se convertirá desde entonces en el epónimo del pueblo de Dios: «Ya no te llamarás más Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con hombres, y has podido» (*Gn* 32, 29). Sin revelarle su nombre, Dios bendice a Jacob y le asigna un nuevo nombre. Esta escena ha pasado a ser la imagen del combate espiritual y de la eficacia de la oración. En la noche, en el silencio y la soledad, luchamos con Dios en la oración.

Los santos son hombres que luchan con Dios toda la noche, hasta que amanece. Esa lucha nos engrandece, nos hace alcanzar nuestra verdadera estatura de hombres y de hijos de Dios, porque «el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo [...] en él nos eligió antes de la creación del mundo para que fuéramos santos y sin mancha en su presencia, por el amor» (*Ef* 1, 3-4).

Dios nos ha elegido para que le adoremos y el hombre no quiere arrodillarse. La adoración consiste en ponerse ante Dios con una actitud de humildad y de amor. No se trata de una acción puramente ritual, sino de un gesto de reconocimiento de la majestad divina que expresa una gratitud filial. No

deberíamos pedir nada. Vivir en el agradecimiento es algo fundamental.

Según Joseph Ratzinger —después Benedicto XVI—, la crisis de la Iglesia es en esencia una crisis de fe.

En un discurso dirigido a la curia el 22 de diciembre de 2011, Benedicto XVI planteaba que «el núcleo de la crisis de la Iglesia en Europa es la crisis de fe. Si no encontramos una respuesta para ella [...], todas las demás reformas serán ineficaces». La «crisis de fe» a la que se refiere Joseph Ratzinger no se debe entender en primer término como un problema intelectual o teológico en el sentido académico de la palabra. Se trata de una «fe viva», una fe que impregna y transforma la vida. «Si la fe no adquiere nueva vitalidad, con una convicción profunda y una fuerza real gracias al encuentro con Jesucristo», continuaba Benedicto XVI ese mismo día, «todas las demás reformas serán ineficaces». Esta pérdida del sentido de la fe es la raíz más honda de la crisis de la civilización que estamos viviendo. Hoy en día, igual que en los primeros siglos del cristianismo en los que el Imperio Romano se estaba derrumbando, todas las instituciones humanas parecen en declive. Las relaciones humanas, sean políticas, sociales, económicas o culturales, se han vuelto complicadas. La pérdida del sentido de Dios ha socavado los cimientos de toda civilización humana y abierto las puertas a la barbarie totalitaria.

Benedicto XVI explicó esta idea de manera impecable durante su catequesis del 14 de noviembre de 2012: «El hombre separado de Dios se reduce a una sola dimensión, la dimensión horizontal, y precisamente este reduccionismo es una de las causas fundamentales de los totalitarismos que en el siglo pasado han tenido consecuencias trágicas, así como de la crisis de valores que vemos en la realidad actual. Ofuscando la referencia a Dios, se ha oscurecido también el horizonte ético, para dejar espacio al relativismo y a una concepción ambigua de la libertad que, en lugar de ser liberadora, acaba vinculando al hombre a ídolos. Las tentaciones que Jesús afrontó en el desierto antes de su misión pública representan bien a esos “ídolos” que seducen al hombre cuando no va más allá de sí mismo. Si Dios pierde la centralidad, el hombre pierde su sitio justo, ya no encuentra su ubicación en la creación, en las relaciones con los demás».

Me gustaría insistir en esta idea. El hecho de negar a Dios la posibilidad de irrumpir en todos los aspectos de la vida humana acaba condenando al hombre a la soledad. Entonces no es más que un individuo aislado, sin origen ni destino. Está condenado a errar por el mundo como un nómada salvaje que ignora que es hijo y heredero de un Padre que le ha creado por amor y que le llama a participar

de su felicidad eterna. Creer que Dios viene a limitar y a frustrar nuestra libertad es un grave error. Al contrario: Dios viene a liberarnos de la soledad y a dotar de sentido a nuestra libertad. El hombre moderno se ha hecho a sí mismo prisionero de una razón tan autónoma que lo ha transformado en alguien solitario y autista. «En la revelación de Dios, Él, el Viviente y Verdadero, irrumpe en nuestro mundo y abre también la cárcel de nuestras teorías, con cuyas rejas nos queremos proteger contra esa venida de Dios a nuestras vidas [...]. La indigencia de la filosofía, la indigencia a la que la paralizada razón positivista se ha conducido a sí misma, se ha convertido en indigencia de nuestra fe. La fe no puede liberarse si la razón misma no se abre de nuevo. Si la puerta del conocimiento metafísico permanece cerrada, si los límites del conocimiento humano fijados por Kant son infranqueables, la fe está llamada a atrofiarse: sencillamente le falta el aire para respirar», escribía Joseph Ratzinger en “Situación actual de la fe y la teología” (*Communio*, enero-febrero 97).

Este malestar de la civilización, que viene de lejos, alcanzó un momento crítico concluida la segunda guerra mundial. La confrontación entre la Iglesia y la modernidad en Occidente generó sufrimiento y dudas entre muchos sacerdotes y fieles. En 1966, durante una conferencia en el Katholikentag de Bamberg, el teólogo Joseph Ratzinger se muestra particularmente explícito. Para ilustrar la situación de la Iglesia en el mundo contemporáneo evoca la imagen de la catedral neogótica de Nueva York, rodeada y dominada por los gigantes de acero de los rascacielos. En el pasado eran los campanarios de las catedrales que dominaban las ciudades los que remitían a lo eterno: hoy son edificios sagrados que dan la impresión de estar sometidos y perdidos en medio del mundo. La modernidad emergente menospreció a la Iglesia. Los intelectuales dejaron de entender su enseñanza. Parecía imposible superar el desacuerdo. De ahí el deseo, en especial entre los movimientos juveniles, de liberarse de determinados detalles exteriores anticuados y pasados de moda. La esencia de la vida cristiana se hizo incomprensible para muchos que terminaron centrándose únicamente en esos detalles secundarios. Joseph Ratzinger ofrece como ejemplo el estilo trasnochado de algunos textos teológicos anteriores al Vaticano II, el estilo externo de la curia romana o el despliegue excesivo de boato en las recargadas liturgias pontificias. Era necesario acabar con todos esos motivos de malentendidos y de escándalos inútiles. Se hacía urgente expresar la esencia del Evangelio en un lenguaje que el hombre moderno pudiera entender.

En el Concilio Vaticano II la constitución pastoral *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual quiso modernizar esa herencia para ponerla en valor.

No obstante, llegado el momento de definir en términos actuales la relación de la Iglesia con el mundo contemporáneo, se constató que estaban vigentes muchos otros problemas además del recorte de las formas del pasado.

Si bien es legítimo hallar nuevas formas de evangelización que el mundo moderno pueda comprender y asimilar, querer reconciliarlo con la Iglesia a toda costa resultaría ingenuo y superficial, cuando no una muestra de ceguera teológica: «También en nuestro tiempo —decía Joseph Ratzinger en diciembre de 2005 durante su discurso a la curia romana con motivo de las felicitaciones navideñas— la Iglesia sigue siendo un “signo de contradicción” (*Lc* 2, 34). No sin motivo el Papa Juan Pablo II, siendo aún cardenal, puso este título a los ejercicios espirituales que predicó en 1976 al Papa Pablo VI y a la Curia romana. El Concilio no podía tener la intención de abolir esta contradicción del Evangelio con respecto a los peligros y los errores del hombre. En cambio, no cabe duda de que quería eliminar contradicciones erróneas o superfluas, para presentar al mundo actual la exigencia del Evangelio en toda su grandeza y pureza. El paso dado por el Concilio hacia la edad moderna, que de un modo muy impreciso se ha presentado como “apertura al mundo”, pertenece en último término al problema perenne de la relación entre la fe y la razón, que se vuelve a presentar de formas siempre nuevas».

Algunos, de hecho, basándose en la noción de encarnación, afirmaron que Dios había venido al encuentro del mundo y lo había santificado. De ahí que, en su opinión, el mundo y la Iglesia debían reconciliarse. Creyeron ingenuamente que ser cristiano se resumía en sumergirse alegremente en el mundo. Frente a este irenismo adolescente, el cardenal Ratzinger hace hincapié en que en el Nuevo Testamento la encarnación no puede entenderse si no es a la luz de la Pasión y de la resurrección. En la predicación de los apóstoles el anuncio de la resurrección, inseparable de la cruz, ocupa un lugar central. Y en ese mismo discurso afirmaba: «Pero, de todas formas, podemos decir: si para la Iglesia abrirse al mundo significa desviarse de la Cruz, ello la conduciría no a una renovación, sino a su fin. Cuando la Iglesia se vuelve hacia el mundo no puede ello significar que suprime el escándalo de la Cruz, sino únicamente que lo hace de nuevo accesible en toda su desnudez, separando los escándalos secundarios que se han introducido para esconderlo y con los que desgraciadamente la locura del egoísmo humano recubre la locura del amor de Dios, dando un falso escándalo que se refugia abusivamente detrás del escándalo del Maestro. En otros términos, la fe cristiana es un escándalo para el hombre de todos los tiempos: que el Dios eterno se preocupe de nosotros los hombres y nos conozca,

que quien es inaccesible se haya hecho accesible en el hombre Jesús, que el que es inmortal haya sufrido en la cruz, que la resurrección y la vida eterna nos sean prometidas a nosotros mortales, creer esto es una pretensión irritante para el hombre moderno. El Concilio no ha podido ni ha querido suprimir este escándalo cristiano. Pero, debemos añadir, este escándalo primordial, que no puede ser suprimido sin suprimir al mismo tiempo el cristianismo, ha estado en la historia recubierto con frecuencia por el escándalo secundario de los que predicaban la fe, escándalo que no es en modo alguno esencial al cristianismo, pero que se deja voluntariamente confundir con el escándalo primordial y gusta de tomar actitudes de mártir cuando en realidad no se es víctima más que de la propia estrechez y de la propia obstinación».

Insisto una vez más en este punto decisivo: Jesucristo es la única fuente de salvación y de gracia a través de la cruz. Es con la ofrenda de su muerte, venciendo al pecado, como nos concede la vida sobrenatural, la vida de amistad con Él que se consumará en la vida eterna. Para hallar en Jesucristo la vida de Dios que nos es dada no hay otro camino que la cruz, a la que la Iglesia llama *spes unica*, la «única esperanza»; la cruz de la que dice san Pablo: «¡Que yo nunca me gloríe más que en la cruz de nuestro señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo!» (*Ga* 6, 14). San Pablo es muy claro: en su predicación no quiere saber otra cosa que a Jesucristo, y «a este, crucificado» (*1 Co* 2, 2). Para que queden reparadas la desobediencia y la soberbia de Adán ha sido necesario que Jesús se humille, «haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Y por eso Dios lo exaltó y le otorgó el nombre sobre todo nombre» (*Flp* 2, 8-9). Con estas palabras, fundamentales para el cristianismo, san Pablo explica que el triunfo de Dios nace de la cruz. La naturaleza humana, herida por el pecado de nuestros primeros padres que rechazaron la vida de Dios a cambio de complacerse a sí mismos, queda reparada por la cruz. Ha sido necesario que nuestra naturaleza, asumida por Cristo, se convierta en el instrumento de una inmolación, de una renuncia absoluta que pasa por la aceptación de la muerte en la obediencia del amor.

Por eso la orientación de la Iglesia hacia el mundo no puede significar un alejamiento de la cruz, una renuncia al escándalo de la cruz. La Iglesia procura reformarse constantemente, es decir, eliminar de su vida todos los escándalos provocados por los hombres pecadores. Pero lo hace para poner aún más en valor el escándalo supremo e irreemplazable, el escándalo de un Dios que sale al encuentro de la cruz por amor a los hombres. ¿A quién no le entristece la avalancha de escándalos provocados por algunos hombres de Iglesia que se está

produciendo hoy? No solamente hieren el corazón de los niños, sino —lo que es aún más grave— cubren con un velo negro la cruz gloriosa de Cristo. El pecado de los cristianos impide que nuestros contemporáneos se encuentren cara a cara con la cruz. ¡Sí, hace falta una auténtica reforma en la Iglesia, que debe poner la cruz en el centro! No se trata de hacer que la Iglesia sea aceptable según los criterios del mundo. Se trata de purificarla para que ofrezca al mundo la cruz en toda su desnudez.

¿Existe, a su modo de ver, una relación entre la pérdida del sentido de Dios y la pérdida del sentido de la adoración y del absoluto divino?

La pérdida del sentido de Dios constituye la matriz de todas las crisis. La adoración es un acto de amor, de respetuosa reverencia, de abandono filial y de humildad ante la estremecedora majestad y santidad de Dios. Como Isaías, el hombre se halla delante de esa grandiosa Presencia, frente a la cual los serafines claman entre sí: «¡Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos! ¡Llena está toda la tierra de su gloria!» (Is 6, 3). Y nosotros exclamamos con el profeta: «¡Ay de mí, estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros [...] y mis ojos han visto al Rey, al Señor de los ejércitos!» (Is 6, 5).

Isaías se arrodilla ante Dios y se postra para adorarle y pedirle que lo purifique de su pecado. En efecto: ¿cómo podemos postrarnos y adorar si estamos llenos de pecados? ¿Cómo podemos presentarnos ante la santidad de Dios si nos aferramos a nuestro pecado? La adoración es el principal gesto de la nobleza del hombre. Es un reconocimiento de la bondadosa cercanía de Dios y la expresión humana de la asombrosa intimidad del hombre con Él. El hombre permanece postrado, literalmente aplastado por el inmenso amor que Dios le tiene. Adorar es dejarse abrasar por el amor divino. Estamos siempre de rodillas ante el amor. Solo el Padre puede mostrarnos la manera de adorar y de presentarnos ante el amor.

Así se entiende que la liturgia sea un acto humano inspirado por Dios mediante el cual respondemos a quien nos ama y tan bondadosamente se acerca a nosotros.

Pero nos faltan adoradores. Para que el pueblo de Dios adore, es preciso que los sacerdotes y los obispos sean los primeros adoradores. Ellos están llamados a permanecer constantemente delante de Dios. Su existencia se halla destinada a convertirse en una oración incesante y perseverante, en una liturgia permanente. Son la cabeza de cordada. La adoración es un acto personal, un cara a cara con

Dios que tenemos que aprender. Recordemos a Moisés, que enseñó al pueblo judío a convertirse en un pueblo de adoradores, a permanecer filialmente ante Dios. Y es Dios mismo quien nombra sacerdote a Aarón, que ejercerá el sacerdocio de Dios entre sus hijos. Los hebreos saben que deben conservar el recuerdo de la salida de Egipto en la celebración pascual: el grandioso acto de amor de Dios con Israel, su Pueblo.

Si se centran en sí mismos y en sus actividades, si se afanan por los resultados humanos de su ministerio, no es de extrañar que los obispos y los sacerdotes descuiden la adoración. No encuentran tiempo para Dios porque han perdido el sentido de Dios. Dios ya no ocupa demasiado espacio en su vida. No obstante, la primacía de Dios debería constituir el centro de nuestras vidas, nuestras obras y nuestros pensamientos. Si el hombre se olvida de Dios, acaba magnificándose a sí mismo. Entonces se convierte en su propio dios y se sitúa en abierta oposición a Dios. Actúa como si el mundo fuera su dominio particular y exclusivo. Dios ya no tiene nada que ver con la creación, transformada en una propiedad humana de la que hay que obtener beneficios.

Con la excusa de «conservar la pureza» de lo sobrenatural, prohibimos a Dios entrar en nuestras vidas; negamos la encarnación. Negamos que Dios se manifiesta a través de las Escrituras y pretendemos purificarlas de todos los mitos que supuestamente contienen. Con la excusa de mantener su trascendencia, negamos la posibilidad de hablar de Dios por medio de la teología. Negamos la piedad, la religiosidad, lo sagrado, so pretexto de no introducir elementos humanos en nuestra relación con Dios. En *El espíritu de la liturgia*, el cardenal Ratzinger escribía: «Nuestra forma actual de sensibilidad religiosa, que ya no percibe por medio de los sentidos la presencia del Espíritu, conduce casi inevitablemente a una teología puramente “negativa” (apofática), en la que se relativiza la validez de cualquier imagen, de cualquier discurso humano acerca de Dios. Lo que pretende ser humildad en realidad enmascara un orgullo que no deja ningún espacio a la palabra de Dios y le niega toda posibilidad de entrar realmente en el mundo». A fuerza de querer «conservar la pureza» de lo sobrenatural, lo aislamos de la naturaleza y el mundo se organiza sin Dios, de un modo profano.

En *Las causas internas de l'atténuation et de la disparition du sens du sacré*, Henri de Lubac comenta que «el dualismo al que nos hemos dejado arrastrar en exceso en el pasado reciente ha hecho que los hombres, cogiéndonos la palabra, descarten todo lo sobrenatural; es decir, en la práctica, todo lo sagrado [...]. Han relegado ese sobrenatural a algún rincón alejado donde no podía sino

permanecer estéril. Lo han desterrado a una provincia apartada que nos han cedido de buen grado, dejándolo morir poco a poco bajo nuestra custodia. Y, mientras tanto, se dedicaban a organizar el mundo, ese mundo que, para ellos, es el único real, el único vivo, el mundo de las cosas y de los hombres, el mundo de la naturaleza y el mundo de los negocios, el mundo de la cultura y el mundo de la ciudad. Lo exploraban o lo edificaban al margen de toda influencia cristiana, con un espíritu totalmente profano [...]. Debido a un trágico malentendido, nosotros nos prestamos más o menos a ese juego. Entre el movimiento que conducía al laicismo y determinada teología existía como una conspiración inconsciente; y, mientras lo sobrenatural se hallaba exiliado y proscrito, hubo entre nosotros quienes pensaban que lo sobrenatural quedaba fuera del alcance de la naturaleza, en los dominios sobre los que debía reinar».

En la raíz de esta actitud se halla una teología de inspiración protestante que pretende oponer la «fe» a la religiosidad. La actitud sagrada, el temor religioso serían elementos profanos y paganos de los que hay que despojar a la fe cristiana. Se querría hacer del cristianismo un contacto con Dios exclusivamente interior, sin una traducción concreta en la vida. El cristianismo se convierte en una gnosis. La consecuencia de esta corriente consiste en reducir todas las realidades humanas a sí mismas, a su lado profano y ajeno a Dios. Esta gnosis se transforma en «pelagianismo» y en un ateísmo práctico.

¿Por qué suele decir usted tan a menudo que el servicio al prójimo solo se debe entender a través del servicio de Cristo?

El hombre herido por el pecado original se muestra con frecuencia egocéntrico, individualista y egoísta. Si está inspirado por Cristo, sirve a su prójimo; sin Cristo solo tiene en cuenta su propio interés. La madre Teresa decía que sin la intensa y abrasadora presencia de Dios en nuestros corazones, sin una vida de intimidad con Jesús honda e intensa, somos demasiado pobres para ocuparnos de los pobres. Es Jesús, presente en nosotros, quien nos empuja hacia los pobres. Sin Él no podemos hacer nada. Pocas veces somos capaces de entregarnos a los demás. Los cristianos no están llamados solamente a involucrarse en actividades humanitarias. La caridad va mucho más allá. La labor de las organizaciones no gubernamentales de que he sido testigo en África o en otros lugares suele ser de utilidad; pero siempre presenta una tendencia a convertirse en un comercio en el que los intereses y la avaricia se mezclan con la generosidad.

La verdadera caridad es gratuita. No espera nada a cambio. La verdadera

gratuidad procede de Aquel que gratuitamente ha dado su vida por nosotros. La caridad participa del amor del corazón de Jesús por los hombres. Sin Cristo la caridad es una mascarada. Cuando las hermanas de la madre Teresa llegan a un país no piden nada. No desean otra cosa que servir en las barriadas más oscuras humildemente y con una sonrisa después de haber contemplado mucho rato al Señor. Lo único que quieren es un sacerdote que les celebre misa a diario en sus casas. Son mujeres que saben que les sería imposible ejercer la caridad sin la ayuda del Hijo de Dios, porque la fuente del Amor es Dios. Nuestro modelo es Cristo, el mismo que dijo: «El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir» (Mt 20, 28). Solo en Él y por Él somos capaces de cualquier servicio. Como dice san Pablo, «recordamos ante nuestro Dios y Padre vuestra fe operativa, vuestra caridad esforzada y vuestra constante esperanza en nuestro Señor Jesucristo» (1 Ts 1, 3).

Estoy convencido de que las organizaciones caritativas católicas no pueden ser una ONG más: son la expresión de una fe radiante en Jesucristo. Todos los grandes santos que han servido a los pobres basaron su labor caritativa en el amor a Dios.

Las palabras pronunciadas por Francisco a este respecto durante la homilía del 14 de marzo de 2013 en la Capilla Sixtina son particularmente elocuentes: «Podemos caminar cuanto queramos, podemos edificar muchas cosas, pero si no confesamos a Jesucristo, algo no funciona. Acabaremos siendo una ONG asistencial, pero no la Iglesia, Esposa del Señor. Cuando no se camina, se está parado. ¿Qué ocurre cuando no se edifica sobre piedras? Sucede lo que ocurre a los niños en la playa cuando construyen castillos de arena. Todo se viene abajo. No es consistente».

¿Tiene usted la sensación de que hoy en día el acto de fe está puesto únicamente al servicio del desarrollo humano?

Sí, con demasiada frecuencia trabajamos exclusivamente al servicio del bienestar humano. No obstante, el desarrollo económico, la salud, la calidad de vida son cosas importantes e indispensables. La acogida de los refugiados que lo han perdido todo después de largos viajes agotadores es una medida humanitaria y solidaria. Acudir en ayuda material de un necesitado representa un acto fraternal de inmenso valor: cuando cuidamos de un hombre maltratado, cuidamos del propio Cristo.

Así nos lo recuerda san Juan Crisóstomo con vehemencia. Él denunció a un

tiempo los males sociales, el lujo y la codicia. Recordó la dignidad del hombre, por pobre que fuese, y los límites de la propiedad. Sus palabras son un azote: «Las mulas pasean fortunas y Cristo se muere de hambre delante de tu puerta». Descubre a Cristo en el pobre y le hace decir: «Podría alimentarme yo mismo, pero prefiero errar mendigando, tender la mano ante tu puerta, para que tú me alimentes. Por amor a ti es por lo que obro así». Denuncia la esclavitud y la alienación que conlleva: «Lo que voy a decir es terrible, pero he de decirlo: poned a Dios al mismo nivel que a vuestros esclavos. Si vosotros concedéis en testamento la libertad a vuestros esclavos, liberad a Cristo del hambre, de la necesidad, de la cárcel, de la desnudez. ¡Ah, os estremecéis!».

¿Cómo alimentamos nuestro amor al Hijo de Dios? ¿Cuáles son las señales de nuestro amor? Los pobres a quienes servimos tienen que saber en nombre de quién los amamos. Los pobres tienen que conocer el origen de nuestra generosidad. Amamos porque amamos a Cristo. Amamos porque hemos sido amados por Aquel que es amor y entregó a su Hijo a la muerte.

Dios actúa a través de nuestras pobres personas. Sin amor a Dios, la generosidad es un acto árido. Hablar a un pobre de Dios no es hacer proselitismo.

Por eso Benedicto XVI dejó escrito en *Deus caritas est*: «La caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos. Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable solo el amor. Sabe que Dios es amor (1 Jn 4, 8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar. Y sabe [...] que el desprecio del amor es vilipendio de Dios y del hombre, es el intento de prescindir de Dios».

¿Cree usted que el hombre no debe reducir a Dios a sus pequeños deseos?

Aunque lo quisiera, el hombre nunca logrará reducir a Dios. Lo que debe hacer es amar, escuchar, adorar a Dios y seguir a Cristo. En nuestra civilización

materialista el hombre piensa casi exclusivamente en sus propios y limitados intereses. Ve a Dios como Aquel que debería aportarle lo que no puede obtener del consumo. Utiliza a Dios para satisfacer sus demandas egoístas. Y, si no responde, le abandona. Algunos llegan incluso a maldecir su santo nombre. Entonces la religión que debe unir el cielo con la tierra corre el peligro de convertirse en un espacio puramente narcisista. Algunas sectas evangélicas son maestras en este negocio. Se convierte a Dios en un ídolo pagano que debe garantizar la salud, la felicidad, la prosperidad, y satisfacer todos los caprichos del hombre. Se le piden milagros y Él debería derramarlos al instante sobre nosotros. Así es como las sectas ridiculizan a Dios y se burlan de los crédulos que carecen de conocimientos y de fe.

No pretendo condenar las peticiones que los hombres puedan hacer implorando una ayuda divina. Los hermosos exvotos de las capillas, las iglesias y las catedrales demuestran hasta qué punto ha intervenido Dios en ayuda de los hombres. Pero el fundamento de la oración de petición es la confianza en la voluntad de Dios: lo demás se nos dará por añadidura. Si amamos a Dios, si estamos atentos a cumplir gozosamente su santa voluntad, si lo que deseamos por encima de todo es su luz —es decir, la ley de Dios en lo más profundo de nuestras entrañas para que ilumine nuestra vida (cfr. *Sal* 40, 9 y *Hb* 10, 5-9)—, Él, obviamente, acudirá en nuestra ayuda en las dificultades.

La religión no es el mercado de la oferta y la demanda. No es un confortable capullo. La base del cristianismo descansa sobre el amor de un Dios que no abandona a sus hijos. No se trata de pedir, sino de esperar y de confiar en un Dios cuyo amor es inagotable y que derrama sobre nosotros su misericordia, liberando a nuestra conciencia de lo que le pesa y concediéndonos más de lo que nos atrevemos a pedir (cfr. Oración colecta del domingo XXVII del tiempo ordinario). Dios es nuestro Padre. Nosotros somos hijos suyos. El cristianismo invita a recuperar el espíritu de infancia. Nuestra religión es un impulso del Hijo hacia el Padre y del Padre hacia el Hijo. Sencillez, confianza, abandono en las manos de Dios: ese es nuestro camino hacia Dios. La vida cristiana es un entramado de caridad.

¿Hemos perdido el sentido de la trascendencia de Dios?

En la fe católica la trascendencia queda expresada y simbolizada en el altar. ¿Qué significa el altar? Romano Guardini lo explica maravillosamente en su libro *Preparemos la Eucaristía*: «Podemos expresar su significado con dos imágenes: es el umbral y la mesa. El umbral es la puerta y significa dos cosas:

frontera y paso; dice dónde termina una cosa y dónde comienza algo nuevo. Hasta él llega el primer espacio y entonces comienza el segundo. La frontera que marca el final del espacio antiguo es la misma que permite el paso hacia el nuevo. Como umbral, el altar constituye, primero, una frontera, aquella por antonomasia entre el espacio del mundo y el espacio de Dios, entre la accesibilidad del ámbito humano y la inaccesibilidad de Dios. El altar nos hace conscientes del desprendimiento en el que Dios vive y que le permite no ser afectado por las cosas del mundo; se podría decir que este se da “al otro lado del altar”, como la distancia infinita de Dios, o que está “sobre el altar”, como la cima de Dios. Estas dos frases no deben ser entendidas en el sentido inmediato, físico-espacial, sino en sentido espiritual; se refieren a que Dios es incomprensible, se sustrae a todo devenir, a toda aprensión y a todo esfuerzo; es el Todopoderoso y lleno de gloria, desprendido con respecto a todo lo terreno. Lo que da un fundamento a su distancia y a su altura no son medidas humanas, sino la esencia misma de Dios, su santidad, a la cual no tenemos acceso desde lo humano. Pero esto no puede ser, con todo, entendido como algo “puramente intelectual”, en el sentido de que se adecua al pensamiento. En la liturgia todo es un símbolo [...]. El altar no es una alegoría, sino un símbolo». El fiel, en efecto, no descubre en el altar el umbral de la Trascendencia y la frontera con el más allá movido por el hábito convencional de ver las cosas de ese modo: en cierto modo, contempla realmente ese umbral y esa frontera. Por eso no se sienta mientras el sacerdote que celebra está «al otro lado del altar», como ocupando el lugar de Dios. Al hacerlo así, actúa como una pantalla que oculta la Trascendencia de Dios. Es un velo que oculta la majestad de Dios. En lugar de contemplar a Dios, los fieles contemplan al sacerdote; y este, con sus movimientos, con sus gestos y sus palabras, nubla el Misterio, oculta la Trascendencia divina.

«Solo se requiere de disposición interna y de un juicio sereno, para que podamos percibir realmente el misterio y responder a él con devoción. Cuando el momento es muy vívido, podemos incluso experimentar algo de lo que vivió Moisés cuando en la soledad del monte Horeb pastoreaba su rebaño y de pronto “se le apareció el ángel de Yahvé en llama de fuego, en medio de una zarza. Moisés vio que la zarza ardía, no se consumía”. Entonces se acercó, pero la voz de Dios le llamó de en medio de la zarza: “Quita las sandalias de tus pies, porque el lugar que pisas es suelo sagrado” (*Ex 3, 1-5*)».

¿Entendemos realmente lo que representa el altar? ¿Es consciente el sacerdote que sube a él de que está delante de la zarza ardiente, delante de la majestad y la

trascendencia divinas? ¿Se da cuenta de que toda la civilización cristiana brota del altar como de una fuente? El altar es el corazón de nuestras ciudades. Nuestros pueblos se han construido literalmente alrededor del altar, apiñados en torno a la iglesia que los protege. La pérdida del sentido de la grandeza de Dios es una regresión terrible al estado salvaje. El sentido de lo sagrado constituye, de hecho, el núcleo de cualquier civilización humana. La presencia de una realidad sagrada genera sentimientos de respeto, gestos de reverencia. Los ritos religiosos son la matriz de todas las actitudes de urbanidad y cortesía humanas. Si todo hombre es respetable, es fundamentalmente porque ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios. La dignidad del hombre es un eco de la trascendencia de Dios. Pero si el temor gozoso y reverente ante la grandeza de Dios ya no nos hace temblar, ¿cómo vamos a considerar al hombre un misterio digno de respeto? Ya no tiene esa nobleza divina. Se convierte en una mercancía, en un objeto de laboratorio. Sin el sentido de la adoración a Dios, las relaciones humanas se tiñen de vulgaridad y de agresividad. Cuanta más deferencia mostremos ante Dios en el altar, más delicados y corteses seremos con nuestros hermanos.

Si accedemos a reconocer la trascendencia de Dios, recobramos el sentido de la grandeza humana. El hombre solo es grande y solo alcanza su mayor nobleza cuando se arrodilla ante Dios. El hombre grande es humilde y el hombre humilde se arrodilla. Si, como Jesús, nos humillamos delante de Dios, si nos hacemos obedientes hasta la muerte, Él nos exaltará y nos otorgará un nombre que está sobre todo nombre (*Flp* 2, 8-9). Delante de la majestad y de la santidad de Dios no nos arrodillamos como esclavos, sino como amantes acompañados de serafines, deslumbrados por el resplandor de Dios que llena con su Presencia silenciosa el templo de nuestro corazón. Dios está por encima de nosotros no para arrollarnos, sino para engrandecernos. La trascendencia de Dios es una llamada a la trascendencia del hombre. Porque el misterio de Dios y el del hombre están íntimamente unidos.

En el libro que acabamos de citar escribía Romano Guardini: «Para el hombre es muy importante experimentar alguna vez el temor de Dios y el ser rechazado del lugar sagrado, para que sea consciente en su interior de que Dios es Dios y él es hombre. La confianza en Dios, la cercanía a Él y la protección en Él siguen siendo débiles si nos faltan el reconocimiento de la majestad que nos rechaza y el temor de la santidad de Dios. Hacemos bien al pedirle a Dios por una experiencia de este tipo. Y precisamente ante el altar es el lugar donde nos podría ser concedida. Y el lugar donde nos podría ser concedida es precisamente

ante el altar».

En Roma, sobre la puerta de la iglesia Santa María in Campitelli, hay una inscripción que nos recuerda con qué actitud del alma debemos entrar en un lugar sagrado. Allí, escritas en negro sobre un fondo dorado, se pueden leer estas palabras del salmista: *Introibo in domum tuam domine. Adorabo in templum sanctum tuum in timore tuo*: «Entraré en tu casa, me postraré en tu templo santo, en tu temor». Creo que todos deberíamos recordar estas palabras cuando entráramos en una iglesia. Y en especial los sacerdotes deberían llevarlas en el corazón al subir al altar: deberían recordar que en el altar se encuentran cara a Dios. En misa el sacerdote no es un profesor que dicta su lección empleando el altar como una tribuna cuyo eje central es el micrófono, y no la cruz. El altar es el lugar sagrado por excelencia, el espacio del cara a cara con Dios.

¿Cuál es la respuesta a la tentación de pasarse al mundo?

A veces tenemos la sensación de estar adheridos a algo pegajoso que nos impide contemplar las realidades del cielo. Algo así como las arenas movedizas. ¿Cómo podemos despegarnos del mundo? ¿Cómo despegarnos del ruido? Cómo despegarnos de esa noche oscura que nos oprime y obstaculiza nuestro camino al cielo; que nos embrutece y nos hace olvidar lo esencial. Dios nos ha creado para estar y vivir junto a Él. Dios, que lo ha querido todo, no ha creado la naturaleza para sí misma. Dios no nos ha creado para una perfección exclusivamente natural. Dios tiene pensado un fin infinitamente superior a la perfección de la mera naturaleza: el orden sobrenatural, el don de puro amor que llamamos gracia y que nos hace partícipes de su propia naturaleza de Dios; la transmisión de su propia vida que nos convierte en sus hijos, capaces de conocerlo y amarlo en toda su intimidad, como Él se conoce y se ama a sí mismo. Hemos sido creados para despegarnos del mundo y vivir plenamente de la propia vida de Dios. Hemos sido creados para conocer y amar a Dios en su plena realidad de Dios. Por sí mismo el hombre es absolutamente incapaz de esa vida sobrenatural de la que lo separa un abismo infinito y que es un don gratuito de Dios. Pero estamos hechos para vivir con Dios y alcanzar nuestra perfección en Dios. Cuando Cristo explica a los hombres cuál debe ser su meta, no les dice: «Sed plena y perfectamente hombres, desarrollaos hasta la perfección de vuestra naturaleza humana», sino: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto», es decir, la perfección de Dios.

Aunque Dios nos ha creado para darnos su propia vida, no nos la da a pesar nuestro. Debemos responder a su don de amor con un don libre de amor. Nos

toca a nosotros aceptar libremente el don que Dios nos ha hecho de su propia vida. De ahí la terrible capacidad del hombre de negarse a darse, de menospreciar el don de amor infinito de Dios. Esa negativa, ese menosprecio es el pecado. El pecado nos priva de la vida de Dios. Nos encadena y nos pega a las cosas de la tierra. *A contrario*, por medio de la oración, de un contacto personal y real con Dios, podemos despegarnos del mundo.

Curiosamente, mientras que Dios nos invita a una felicidad sin orillas y sin fin en Él, nosotros nos dejamos fascinar por una felicidad limitada y superficial. La ciencia y la tecnología nos hipnotizan hasta el punto de hacernos obrar como si no hubiera nada más allá de la materia. Sabemos que cuanto hay en la tierra es perecedero y, sin embargo, seguimos prefiriendo lo fugaz a lo eterno. Hay que decirlo a tiempo y a destiempo: solo Dios guarda proporción con nuestro corazón. Solo Él puede aportarnos la plenitud a la que aspiramos.

Los cristianos deben explicar constantemente a los hombres a qué felicidad están llamados. Tienen la obligación de decirle al mundo que los éxitos tecnológicos no son nada al lado del amor de Dios. El hombre es portador de la imagen de Dios y su alma es inmortal. ¿Cómo podemos hacer caso omiso de esa huella de Dios en nosotros? ¿Por qué el hombre solo fija su mirada en la tierra? Inclinado como un esclavo de este mundo, ya no levanta la cabeza. No obstante, la tierra solo es una puerta al cielo. No estoy invitando a descuidar las realidades terrenales. Este mundo ha sido querido por Dios, amado por Dios y moldeado con ternura por el corazón de Dios. Hemos de respetarlo y amarlo apasionadamente. Pero algún día lo abandonaremos. Nuestra patria eterna es el cielo. Nuestra patria y nuestra auténtica morada están en Dios.

No cabe duda de que la pérdida del sentido de la salvación en Dios es un distintivo de nuestro tiempo.

El hombre ha dejado de sentirse en peligro. Son muchos en la Iglesia los que ya no se atreven a enseñar la realidad de la salvación y de la vida eterna. En las homilías existe un extraño silencio en torno a las postrimerías. Se evita hablar del pecado original: es algo que suena arcaico. El sentido del pecado parece haber desaparecido. El bien y el mal ya no existen. Esa lección tan sumamente eficaz que es el relativismo ha arrasado con todo. La confusión doctrinal y moral está exacerbada. El mal es el bien y el bien es el mal. El hombre ya no siente la necesidad de ser salvado. La pérdida del sentido de la salvación es la consecuencia de la pérdida de la trascendencia de Dios.

No parece preocuparnos lo que nos ocurrirá cuando hayamos dejado este mundo. Y preferimos pensar que el demonio no existe. Algunos obispos han llegado a afirmar que no es más que una imagen simbólica. ¿Así que Jesús estaba mintiendo cuando aseguró que es muy real, que Él mismo fue tentado por el demonio, el Príncipe de este mundo?

Henri de Lubac tenía razón cuando en su *Diálogo sobre el Vaticano II* escribía que «se puede utilizar [la palabra “modernidad”] como vector de una cierta actitud general adoptada por un buen número de intelectuales, bajo el impacto de las extraordinarias conquistas de la ciencia moderna y de las no menos profundas desilusiones en que han venido a resolverse los grandes sueños del progreso y de la autodeificación del hombre. En este caso podría decirse que el origen primero de la “modernidad”, su espíritu profundo [...] es el rechazo de toda fe, consecuencia del rechazo del misterio humano. Esta modernidad rechaza el misterio. Podrá saber siempre más, *explicar* cada vez más cosas, pero ya no *comprenderá* realmente nada, porque ha cerrado las puertas al misterio». Según el teólogo, los presupuestos de la modernidad «son siempre los mismos, aunque no siempre aparezcan desde el principio: lo que se dice en la Biblia y en la tradición común no explicaría, en el fondo, la fe en un Dios trascendente que interviene en nuestro mundo, sino el descubrimiento del Hombre. Los misterios cristianos no serían otra cosa que ropaje simbólico, pura superstición, hasta que no se penetre su sentido, que aquellos misterios traducen para los espíritus débiles. Este es el más sutil y el más profundo ateísmo, todo lo contrario de la actitud de humildad que exige la lógica de la Encarnación y, ante todo, un sano realismo. San Agustín no se cansaba de repetirlo: hace falta una actitud humilde para entrar en el misterio de la encarnación del Verbo».

A veces nuestro orgullo de hombres modernos nos conduce a una ceguera ridícula. Sí, es algo grande y hermoso temblar por nuestra salvación, aunque no por un miedo patológico a un dios terrible que condena por placer a diestro y siniestro. Pero ¿cómo puede salvarnos Dios si no tenemos la humildad radical de recibir la salvación como una gracia gratuita? ¿Nos vamos a plantar ante Dios haciendo valer nuestros derechos? ¿No hay una necesidad imperiosa de recibir los misterios de la fe y de la salvación con el corazón de un pobre? La riqueza de las sociedades modernas ya no nos enseña a recibir gratuitamente. Es una desgracia. Somos como niños mimados que no saben alegrarse cuando sus padres les regalan algo. Se quejan de no tener suficiente. Son pequeños, pero tienen la amargura y la tristeza de ancianos seniles. Ante Dios somos en esencia niños, pobres, mendigos que necesitan recibirlo todo. ¡Sí, temblemos por nuestra

salvación! No porque temamos a Dios, sino porque calibramos nuestra pequeñez al lado del don que Él nos hace. Se puede temblar con confianza y amor. Ese sentimiento tiene un nombre: el santo temor de Dios, que es un don del Espíritu Santo. Sí, hemos de temer, por amor, no saber abandonarnos a su misericordia.

¿Se puede decir que vivimos una época de confusión voluntaria entre lo natural y lo sobrenatural?

¿Los sacerdotes se ocupan de Cristo y de la evangelización del mundo; o más bien del bienestar terrenal de los hombres? Lo natural parece haber absorbido y devorado lo sobrenatural. El desierto de lo natural se ha tragado lo sobrenatural. Nos hemos vuelto sordos, autistas y ciegos para las cosas de Dios. Olvidamos que el cielo existe. Ya no vemos el cielo ni vemos tampoco a Dios. El hombre está hechizado por lo palpable.

El mundo occidental ya no tiene experiencia de lo sobrenatural. Debemos volver a tejer nuestros vínculos con el cielo. Se han cerrado los ojos del hombre, que no sabe mirar la hondura del abismo. El lenguaje sobrenatural se ha convertido en algo hermético para él. Se ha acostumbrado a explicarlo todo, a comprenderlo todo, a demostrarlo todo. Sin embargo, el conocimiento de las cosas divinas se basará siempre en el misterio y en la relación con Aquel que nos ha revelado el Padre, el Hijo eterno hecho hombre. Para entender el lenguaje de Dios tenemos que dejarle hablar a través del Evangelio y de la liturgia. Nuestro orgullo se niega a dejar que Dios se exprese con palabras humanas. No podemos aceptar que Dios se haga cercano hasta el punto de ser un niño. No somos capaces de asumir que Dios quiera servirse de la Iglesia para entregarse a través de los sacramentos. Así lo decía ya Louis Bouyer en su obra *Le Métier de théologien*: «Es la culminación de una tendencia estigmatizada por Péguy cuando hablaba de quienes quieren conservar las manos tan puras que acaban por no tener manos. Se quiere un cristianismo tan purificado de sus elementos meramente humanos que el elemento divino, no teniendo sobre qué basarse ni por medio de qué expresarse, termina totalmente eliminado». Para este gran teólogo del Concilio Vaticano II, «la falsa gnosis que cree trascender tanto la palabra de Dios como el mito, en realidad reduce esa palabra a un mito completamente encerrado en sí mismo. El hombre cree afirmarse él solo y divinizarse a pulso y sin recurrir a Dios, sin acoger la gracia, y se convierte en esclavo del poder demoníaco, del poder de Satanás».

Lo que dice Henri de Lubac en *Paradojas* cuando intenta identificar la negación fundamental sobre la que se ha construido la modernidad no difiere

mucho de esto último: «No queremos un Dios misterioso. Tampoco queremos un Dios que sea Alguien. ¡Mejor no ser uno mismo alguien que encontrar a ese Alguien! La sumisión total del espíritu a la Revelación es una sumisión fecunda porque es sumisión al misterio. Pero la sumisión total del espíritu a cualquier sistema humano es una sumisión esterilizante».

¿La conversión consiste en una ruptura radical con el mundo?

El planteamiento que nos ofrece san Juan a este respecto es muy claro: «Os escribo a vosotros, hijos, porque por su nombre se os han perdonado los pecados. Os escribo a vosotros, padres, porque habéis conocido al que existe desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al Maligno [...]. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al Maligno. No améis al mundo ni lo que hay en el mundo» (1 Jn 2, 12-15).

¿Cuál es ese mundo que no debemos amar? En mi homilía de la peregrinación a Chartres del 21 de mayo de 2018 quise contestar a esta pregunta: «El mundo que no debemos amar y al que no nos debemos amoldar no es —lo sabemos bien— el mundo creado y amado por Dios; no son las personas que hay en el mundo a cuyo encuentro hemos de salir siempre, especialmente los pobres y los más pobres de entre los pobres, para amarlos y servirlos humildemente [...]. ¡No! El mundo que no debemos amar es otro mundo. Es el mundo tal y como ha pasado a ser bajo el dominio de Satanás y del pecado. El mundo de las ideologías que niegan la naturaleza humana y destruyen la familia [...]. Las estructuras de la ONU, que imponen una nueva ética mundial, juegan un papel decisivo y se han convertido hoy en un poder abrumador que se propaga a través de las ondas gracias a las posibilidades ilimitadas de la tecnología. Hoy en muchos países occidentales negarse a someterse a esas terribles ideologías constituye un delito. Eso es lo que llamamos la adaptación al espíritu de los tiempos, el conformismo. Un gran poeta y creyente británico del siglo pasado, T. S. Eliot, escribió tres versos que dicen más que libros enteros: “En un mundo de fugitivos, el que tome la dirección contraria pasará por desertor”. Queridos jóvenes cristianos, si a un anciano —como lo era san Juan— le está permitido dirigirse claramente a vosotros, también yo os exhorto y os digo: ¡habéis vencido al Maligno! Combatid toda ley *contra natura* que quieran imponeros, rechazad cualquier ley contraria a la vida, a la familia. ¡Sed de los que toman la dirección contraria! ¡Atreveos a ir contracorriente! Para los cristianos la dirección contraria no es un lugar, sino una Persona: es Jesucristo, nuestro Amigo y nuestro Redentor. A

vosotros se os confía una tarea en particular: salvar al amor humano de la trágica deriva en la que ha caído; un amor que ya no consiste en la entrega de uno mismo, sino únicamente en la posesión del otro: una posesión con frecuencia violenta, tiránica. En la Cruz, Dios se hizo hombre y se reveló como “agapé”, es decir, como el amor que se entrega hasta la muerte. Amar de verdad es morir por el otro. ¡Como ese joven gendarme, el coronel Arnaud Beltrame!».

Hay una necesidad y una urgencia de conversión. Hay una necesidad y una urgencia de cambiar de dirección.

La conversión es un compromiso personal, pero no puede llevarse a cabo sin la ayuda de Dios y de su gracia. Etimológicamente, convertirse es darse la vuelta y mirar en una nueva dirección.

El camino al que nos comprometemos no es un lugar. Es una persona. Es Jesucristo, Salvador nuestro y Dios nuestro.

Nos salimos del mal camino, del camino del error, para encontrar el amor. La conversión de san Pablo camino de Damasco muestra claramente el sentido de una ruptura auténticamente enraizada en Cristo.

La conversión es una ruptura con el pasado. Tomamos la dirección de Cristo.

Sí, la crisis de fe está inscrita en una sociedad secularizada, separada de Dios y de las realidades sobrenaturales. Juan Pablo II denunció una y otra vez la apostasía del mundo occidental y el inmenso riesgo de que este paganice al resto de naciones y culturas del mundo gracias a su poder mediático y a su capacidad de corrupción económica.

Pero la Iglesia tiene una responsabilidad que le es propia. Los sacerdotes están llamados a alimentar y fortalecer la fe del pueblo. ¿Quién puede esperar que esta crisis no extienda su imperio cuando constatamos que la fe de los sacerdotes languidece? La crisis de fe es profunda, grave y antigua.

LA CRISIS DEL SACERDOCIO

NICOLAS DIAT: *¿Cree usted que estamos viviendo una crisis del sacerdocio?*

CARDENAL ROBERT SARAH: ¿Quién puede ponerlo en duda? Ya he mencionado esa crisis tan dolorosa de la pedofilia: un síntoma grave e intolerable de una crisis mucho más profunda y radical. Hoy la Iglesia corre un serio peligro, porque lo que se está desmoronando es el significado más hondo del sacerdocio. El 21 de diciembre de 2018 el papa Francisco se manifestó con firmeza y severidad a este respecto: «También hoy hay muchos “ungidos del Señor”, hombres consagrados, que abusan de los débiles, valiéndose de su poder moral y de la persuasión. Cometan abominaciones y siguen ejerciendo su ministerio como si nada hubiera sucedido; no temen a Dios ni a su juicio, solo temen ser descubiertos y desenmascarados. Ministros que desgarran el cuerpo de la Iglesia, causando escándalo y desacreditando la misión salvífica de la Iglesia y los sacrificios de muchos de sus hermanos».

Creo que el papa no se refería solo a los criminales pedófilos. Sus palabras van dirigidas a todos aquellos que corrompen la unción sacerdotal para ponerla al servicio de un poder que no procede de Dios. Servirse de su autoridad para predicar una doctrina humana en lugar de la fe católica; renunciar a la lucha por permanecer fiel a su compromiso con la castidad; o simplemente renunciar a dejar que Dios sea lo primero, son otros tantos comportamientos que niegan la verdad más honda del sacerdocio y ponen en peligro la salvación de los fieles.

La luz del sacerdocio se ha apagado. Y lo digo con más pena aún porque sé que son muchos los sacerdotes fieles que se dedican infatigablemente a su misión. Creo que los obispos tenemos una grave responsabilidad. Debemos hacer examen de conciencia. ¿Hemos querido y acompañado a los sacerdotes como buenos padres de familia? ¿Hacemos todo lo que está en nuestra mano para conocerlos, apoyarlos y ayudarlos? Muchas veces las diócesis, que deberían funcionar como grandes familias, se convierten en estructuras administrativas.

Un padre tiene que amar, corregir, castigar y devolver al buen camino. Con

demasiada frecuencia hemos dejado hacer, hemos cerrado los ojos y, excusándonos en la falta de tiempo, hemos delegado en otros la que es nuestra principal obligación. Y hoy estamos pagando las consecuencias. Quizá hayamos sido los primeros en dar un pésimo ejemplo. Los obispos deberían ser para su diócesis un modelo de sacerdocio. Deberían ser un modelo de vida de oración. Y, sin embargo, no somos los primeros en orar en silencio y recitar el Oficio en nuestras catedrales. Me temo que estamos demasiado volcados en nuestras responsabilidades profanas y secundarias.

Usted suele decir que el sacerdote es un hombre que reza y no un hombre de lo social. ¿Por qué esa insistencia?

Es esencial que el sacerdote tome plena conciencia de que, por encima de todo, es un hombre de Dios y un hombre de oración. El sacerdote existe únicamente para Dios y para el culto. No debe dejarse atrapar por el mundo, como si el tiempo consagrado a Cristo en una oración íntima y silenciosa fuese tiempo perdido. En la oración silenciosa ante el sagrario nacen los frutos más espléndidos de nuestro ministerio pastoral.

Muchas veces nos acecha el desaliento. La oración exige un esfuerzo y una ruptura con el mundo. A veces tenemos la vaga sensación de que Jesús calla. Sí, calla pero actúa. Él también se retiraba con frecuencia al silencio del desierto; necesitaba apartarse del mundo de los hombres para estar a solas con el Padre. Hubo un día en que ese rato de oración silenciosa fue arduo y doloroso. ¿Y qué hizo entonces?: «... oraba con más intensidad. Y le sobrevino un sudor como de gotas de sangre que caían hasta el suelo» (Lc 22, 43-44).

La oración puede ser extenuante y aparentemente estéril. En un mundo de ruido, dispersión y ajetreo; en un mundo ansioso por producir cada vez más, los sacerdotes tienen que encontrar tiempo para esconderse en la adoración silenciosa. Es ahí donde se desarrolla su identidad sacerdotal. Solo tendrán alma sacerdotal si están firmemente decididos a perseverar en la oración enseñando a los fieles a encontrarse con Jesús-Eucaristía en el silencio y la adoración.

Es cierto que el sacerdote se enfrenta a numerosas obligaciones; a veces tiene que atender varias parroquias, presidir muchas reuniones y dedicar tiempo a sus feligreses. El buen pastor está disponible para todos, pero en su fuero interno sabe que la prioridad del ser sacerdotal consiste en estar con el Señor. San Carlos Borromeo solía decir: «No podrás curar las almas de los demás si dejas que la tuya se marchite. Acabarás no haciendo nada, ni siquiera por los demás. Debes

tener tiempo para ti, para estar con Dios».

Sea cual sea el número de compromisos que se vayan acumulando, sean cuales sean las urgencias pastorales, lo verdaderamente prioritario es encontrar tiempo para la oración, el oficio divino, la lectura espiritual, la adoración y la celebración de la Eucaristía. En el día a día el sacerdote suele estar dividido entre las numerosas necesidades de los fieles y la llamada silenciosa de Dios. A veces tiene la impresión de estar obligado a lograr que convivan las dos existencias de su vida. Pero en el fondo esa no es la realidad. Querría decirles a los sacerdotes que su vida es exclusivamente una. Su principio único y unificador reside en la unión con Dios, en el culto a Dios. De ahí debe brotar la acción ministerial. Cuando visitamos a los enfermos, cuando confesamos, cuando consolamos a los afligidos, cuando enseñamos el catecismo y llevamos a todos la Buena Nueva, hemos de permanecer unidos a Dios. Esos momentos no deben ser paréntesis en nuestra vida de adoración; al contrario, deben estar colmados de la unión con Dios que hemos obtenido del silencio. Son como un eco de ese silencio. En la entrega a los demás de nuestro ministerio es a Dios a quien seguimos adorando. Inmersos en nuestro ministerio nuestra alma susurra su adoración a Dios, presente en las personas a las que servimos. La oración da vida al ministerio. Y el ministerio da hambre de Dios. Nos conduce a la oración. ¿Quién no deposita en el corazón del Maestro todas las confidencias recibidas en la confesión? ¿Cómo puede ser nuestro ministerio prolongación de la obra del mismo Jesús si no empieza y acaba en una adoración llena de amor?

Sin la oración el sacerdote se consume, se vacía y no tarda en convertirse en una máquina inútil que hace mucho ruido.

Los sacerdotes deben consagrar buena parte de su día a la oración. Deben rumiar la palabra de Dios. Creo que es de vital importancia retirarse con frecuencia al desierto o al Horeb, a la montaña de Dios, como Moisés, Elías o el mismo Jesús. Jesús permaneció treinta años oculto tras el velo de nuestra humanidad, aprendiendo a trabajar en el silencio y la oración contemplativa. *Ora et labora*: esa era su vida diaria. Estaba en diálogo permanente con su Padre. Esos momentos de intimidad, a solas con Dios durante horas y noches enteras, eran momentos imprescindibles de comunión y de intimidad intratrinitaria.

El sacerdote que no imita a Jesús en su vida de intimidad con el Padre está perdido. Cristo no dudaba en huir, en alejarse de la multitud que lo acosaba, para encontrarse con el Padre en la soledad, la oración, la contemplación y el silencio. Antes de ayudar a los demás, el sacerdote tiene que pedir ayuda al Señor.

Hoy es imprescindible volver a la raíz de nuestro sacerdocio. Esa raíz, lo sabemos bien, es una sola: Jesucristo. Él es el enviado del Padre, Él es la piedra angular. En Él, en el misterio de su muerte y de su resurrección, viene el Reino de Dios y se consuma la salvación del género humano. No hay nada que le pertenezca personalmente: absolutamente todo es del Padre y para el Padre. Los judíos estaban asombrados de la vasta sabiduría de Jesús: «¿Cómo sabe este las letras sin haber estudiado?» (*Jn 7, 15*). Jesús les contesta: «Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. Si alguno quiere hacer su voluntad conocerá si mi doctrina es de Dios, o si yo hablo por mí mismo» (*Jn 7, 16-17*).

El Hijo solo no puede nada. Jesús se lo dice con estas palabras: «En verdad, en verdad os digo que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; pues lo que Él hace, eso lo hace del mismo modo el Hijo» (*Jn 5, 19*). Y añade: «Yo no puedo hacer nada por mí mismo: según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (*Jn 5, 30*).

Esta es la auténtica naturaleza del sacerdocio. Nada de lo que es constitutivo de nuestro ministerio puede ser producto de nuestras capacidades personales. Y eso es así tanto cuando se administran los sacramentos como en el servicio de la palabra. No hemos sido enviados para manifestar nuestras opiniones personales, sino para anunciar el misterio de Cristo. No se nos ha encomendado hablar de nuestros sentimientos, sino ser portadores de una sola «palabra»: el Verbo de Dios hecho carne por nuestra salvación: «Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado» (*Jn 7, 16*).

El Señor nos llama amigos. Pese a nuestra indignidad y a nuestros muchos pecados, se entrega plenamente a nosotros. Nos confía su cuerpo y su sangre en la Eucaristía. Nos confía a su Iglesia. ¡Qué tremenda misión! ¡Qué responsabilidad tan aterradora! «Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando» (*Jn 15, 14*).

¿Qué pide a los sacerdotes el pueblo de Dios? Solo quiere una cosa: «Queremos ver a Jesús» (*Jn 12, 21*). Pide que lo conduzcan a Jesús, que lo pongan en contacto con Él. Los bautizados quieren conocer a Cristo personalmente. Quieren verlo en los sacerdotes. Quieren escuchar su palabra. Quieren ver a Dios. El sacerdote que no lleva a Jesús en el corazón no puede dar nada. Nadie puede dar lo que no tiene. ¿Cómo va a dirigir un sacerdote la oración comunitaria si no mantiene constantemente un contacto intenso e íntimo con el Señor, dedicando tiempo a vivir con intensidad la liturgia de las horas, la

oración diaria, ese cara a cara con el Señor? Si el sacerdote no reza, su ofrenda es una cáscara vacía, un acto social y mundano. Poco a poco los fieles se van alejando, porque el pozo en el que esperaban encontrar agua se ha secado.

Cristo fue el gran orante. A todos los sacerdotes que, consciente o inconscientemente, tienden al activismo les aconsejo que no se olviden de la Madre Teresa de Calcuta. Jesús ocupaba siempre el primer lugar en su día. Antes de ir al encuentro con los pobres, iba al encuentro con Dios. Antes de abrazar a los pobres y a los moribundos, había pasado muchas horas abrazada a Jesús. Había contemplado y amado mucho. De esta fuente de amor obtenía su energía para entregarse plenamente a los más desvalidos de este mundo. El silencio junto al Padre nos prepara para el encuentro con el otro. Hay que acercarse a la humanidad con los ojos de Dios.

En su *Cántico espiritual* san Juan de la Cruz invita a reflexionar sobre el lugar que ocupan el rezo y la oración si lo comparamos con el de nuestra actividad misionera. Nos recomienda unir contemplación y acción, y mantenernos constantemente ante Dios en lugar de dispersarnos en la exterioridad y en el activismo: «Adviertan aquí los que son muy activos que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios (dejando aparte el buen ejemplo que se daría) si gastasen siquiera la mitad de este tiempo en estarse con Dios en oración, aunque no hubiesen llegado a tan alta como esta. Ciertamente. Entonces harían más y con menos trabajo, y con una obra que con mil, mereciéndolo su oración y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y aun a veces nada, y aun a veces daño; porque, Dios os libre que se comience a envanecer la tal alma (cfr. *Mt* 5, 13), que aunque más parezca que hace algo por defuera, en sustancia no será nada; porque, cierto que las buenas obras no se pueden hacer sino en virtud de Dios» (*Cántico espiritual*, estrofa 29.3).

¿Cómo definiría usted exactamente la tentación mundana y activista?

En algunos sacerdotes existe el temor a parecer ajenos al mundo. Les preocupa abrirse al mundo y comprenderlo. Se sumergen en el mundo y acaban ahogándose en él. No obstante, la vocación sacerdotal es una llamada a seguir a Jesús apartándose del mundo. Es lo que vemos en el Evangelio. Los apóstoles dejan sus barcas, sus oficios, a sus amigos. Seguir a Cristo es renunciar al mundo, a sus criterios y a su aprobación. A ojos del mundo el sacerdote será siempre un signo de contradicción. ¿Cómo pueden pretender los sacerdotes

hacerse populares cuando Jesús fue rechazado y crucificado? Yo querría decirles justo lo contrario: ¡inquietémonos, hermanos míos, si alcanzamos el éxito, la aprobación y los aplausos! Puede que sea la señal de que hemos dejado de seguir los pasos de Jesús, que solo pueden conducir a la Cruz.

¿Se puede tener una idea cuantitativa y rentable del sacerdocio? Algunos sacerdotes pretenden que sus obras sean eficaces, que se evalúen y cuantifiquen como ocurre en el mundo. Lo único que habría que cuantificar es la oración. El trabajo del sacerdote solo halla su medida en Dios. Ser sacerdote no es ante todo una función: es una participación en la vida de Cristo crucificado.

Al sacerdote no tiene que preocuparle saber si cuenta con el aprecio de sus fieles. Lo único que debe preguntarse es si anuncia la palabra de Dios, si la doctrina que enseña es la de Dios, si cumple plenamente la voluntad de Dios. Lo que importa es lo invisible. No cabe duda de que debe satisfacer las expectativas de los fieles. Pero los fieles solo le piden ver a Jesús, escuchar su palabra y saborear su amor en los sacramentos de la reconciliación y en la belleza de la liturgia eucarística.

El sacerdote que corre desenfrenadamente de parroquia en parroquia sin encarnar el misterio pascual que anuncia es un hombre extraviado. El activismo atrofia el alma del sacerdote e impide que Cristo ocupe espacio dentro de él.

Permitidme, queridos hermanos sacerdotes, que me dirija a vosotros. Cristo nos ha dejado una espléndida y tremenda responsabilidad. Nosotros prolongamos su presencia en la tierra. ¡Ha querido necesitarnos! Nuestras manos consagradas con los santos óleos ya no son nuestras. Se las apropia Él para bendecir, perdonar y consolar. Deben ser atravesadas, como las suyas, para no guardar ni retener nada con codicia. Me vienen a la memoria las severas y tremendas palabras de Charles Péguy en su *Éthique sans compromis*: «No hay malos tiempos. Hay malos clérigos. Todos los tiempos pertenecen a Dios, pero desgraciadamente no todos los clérigos le pertenecen.... No es un secreto para nadie, y en las escuelas no se puede esconder, tal vez solo en los seminarios, que la descristianización vino por culpa del clero. No viene de los laicos, viene del clero... El tronco marchito, la aridez de la ciudad espiritual, fundada temporalmente, prometida eternamente, no proceden de los laicos, sino de los clérigos...».

Son palabras severas, implacables, hiperbólicas y provocadoras. Pero si el autor se expresa en estos términos, es solo porque quiere despertar nuestra

responsabilidad de pastores. Los laicos esperan de los sacerdotes que les digamos claramente, con firmeza y con solicitud paternal, no nuestras opiniones, sino la doctrina de Dios. Esperan de nosotros que seamos «modelo de la grey» (1 P 5, 3), cuidando de toda la grey de la que el Espíritu Santo nos ha hecho guardianes para apacentar a la Iglesia de Dios, adquirida con la sangre de su propio Hijo (cfr. Hch 20, 28).

Cuando la fe del clero se marchita, se produce como un eclipse: el mundo queda sumergido en oscuras tinieblas.

Ya el papa Pío X se lamentaba el 27 de mayo de 1914 de esta pérdida de la fe entre los responsables de la Iglesia: «Estamos, ¡ay!, en unos tiempos en que se acogen y adoptan con gran facilidad ciertas ideas de conciliación de la Fe con el espíritu moderno, ideas que conducen mucho más lejos de lo que se piensa, no solo a la debilitación, sino a la pérdida total de la Fe. No es sorprendente encontrar personas que expresan dudas e incertidumbres sobre las verdades, e incluso que afirman obstinadamente errores manifiestos, cien veces condenados, y que a pesar de eso se persuaden de no haberse alejado jamás de la Iglesia, porque a veces han seguido las prácticas cristianas. ¡Oh, cuántos navegantes, cuántos capitanes, por poner su confianza en novedades profanas y en la ciencia embustera del tiempo, en lugar de arribar a puerto han naufragado!».

¿Quién no aplicaría estas palabras a nuestro tiempo? Algunos clérigos se muestran complacientes con las teorías teológicas más dudosas. Y acaban menospreciando la fe de los pequeños y sencillos. En nombre de una ciencia teológica puramente académica, se relativiza hasta la esencia de la Revelación. Me pregunto si esto no responde a una especie de esnobismo intelectual antes que a una búsqueda sincera de Dios. La consecuencia es que la predicación dominical se convierte en un momento de deconstrucción de las verdades de la fe; lo que significa un gravísimo abuso de autoridad que el papa Francisco no se cansa de denunciar. Un sacerdote no puede aprovecharse de su autoridad sobre el pueblo de Dios para exponer sus ideas personales. ¡Su palabra no le pertenece! Él solo es el eco del Verbo eterno.

A este respecto me vienen a la memoria las severas e inquietantes palabras de *A los creyentes desconcertados* con las que Hans Urs von Balthasar se atrevió a decir que el origen de la confusión existente dentro de la Iglesia estaba en la predicación de un «clero secularizante y mundano (incluido un buen número de religiosos)». Según este teólogo, esta era una de las causas del abandono casi absoluto del sacramento de la penitencia y, sobre todo, de la crisis «en la

doctrina de la fe, en la que casi a cada artículo del credo se le colocó un pequeño o gran signo de interrogación». El pueblo de Dios se apacentó de la incertidumbre de los pastores: «Muchos laicos, extrañados por la espectacular crisis de identidad de clérigos y religiosos [...], se distanciaron de la vida de la Iglesia. Estas actitudes tan teatrales no se correspondían en modo alguno con la clara imagen de un “hombre espiritual”, es decir, de un hombre tomado y esclarecido por el espíritu de Dios, al que el hombre puede dirigirse y en el que puede apoyarse para tener un guía en el camino hacia Dios. Para el laico —todavía— el sacerdote es el hombre que da forma palpable a la esencia escondida de la Iglesia y a las exigencias de Cristo en el evangelio, que según Pablo es un “typos”, un modelo por el que orientarse».

¿Se deduce de esto que algunos sacerdotes asumen un papel de facilitador social que no les corresponde?

La misión del sacerdote es triple: santificar, evangelizar y guiar al pueblo de Dios.

El sacerdote es, en primer lugar, el administrador de los misterios de Dios. Su tarea consiste esencialmente en celebrar el misterio pascual, la Eucaristía, y en reconciliar a los pecadores con Dios en el sacramento de la reconciliación. Estos ministerios nunca se podrán delegar en un laico. Hay que recibir el sacramento del orden para actuar *in persona Christi capitis*, en nombre de Cristo Cabeza. El sacerdote debe encarnar, igual que Cristo, la Presencia de Dios: una presencia que convierta, sane y salve a las almas.

En segundo lugar, tiene el deber de anunciar la Buena Nueva del Evangelio, es decir, dar a conocer a Jesucristo y procurar que quienes deseen conocerlo entablen con Él una relación íntima y real. Al mismo tiempo, debe velar por la autenticidad y la fidelidad de la fe para que no languidezca, para que no se altere ni se esclerotice. Su misión consiste en hacer de todos los cristianos discípulos y misioneros dispuestos a morir por Cristo y por su Evangelio. Tiene la obligación de proporcionar un alimento espiritual sustancioso que consolide la fe y la vida interior.

El sacerdote es, por último, guía y pastor. Ha de edificar y conservar la comunión entre los cristianos de la comunidad parroquial que le ha sido confiada. En unión filial con el sucesor de Pedro y con su obispo, tiene la responsabilidad de acoger al pueblo de Dios en el seno del territorio parroquial en el que lo ha colocado el Espíritu Santo.

Un sacerdote es un buen pastor. No está ahí para dedicarse prioritariamente a la justicia social, la democracia, la ecología o los derechos humanos. Estas derivas lo convierten en un experto en ámbitos muy alejados de la identidad sacerdotal querida por Cristo.

Los misioneros desplegaban todas sus energías en la evangelización, la formación humana e intelectual y la salud física y espiritual del pueblo de Dios. Buscaban el equilibrio adecuado entre la vida del espíritu y el desarrollo humano. Pero sabían que, antes que nada, debían dedicarse a la oración para conducir a los hombres hacia Dios. Estaban decididos a hacer de su vida una ofrenda espiritual.

¿Es posible ocuparse con eficacia de la pobreza material si no se combate la pobreza espiritual? ¿Es posible luchar contra la corrupción, la violencia, las injusticias y cualquier vulneración de la vida y la dignidad humanas si no ofrecemos antes la luz del Evangelio a las conciencias humanas; si eliminamos a Dios de las inquietudes humanas, políticas y económicas?

No puede extrañarnos la debilidad de la labor evangelizadora. Muchas veces el nivel de la vida catequética es vergonzoso, hasta el punto de que los cristianos han dejado de conocer los fundamentos de su propia fe. La formación permanente de los creyentes es fundamental. ¿De qué se van a alimentar los fieles si se limitan a escuchar una vez a la semana una homilía de diez minutos? Decir que al cabo de diez minutos la gente deja de escuchar es mentir: si su capacidad de atención es tan reducida, ¿cómo consiguen pasarse horas y horas delante de la televisión? Se escribe mucho sobre la nueva evangelización. Es urgente que cada sacerdote, cada obispo, haga examen de conciencia y se cuestione claramente ante Dios su enseñanza y su compromiso catequéticos. Hacemos muchas cosas, corremos de reunión en reunión. Hacemos multitud de viajes y de visitas y descuidamos lo esencial: la oración, nuestro deber de enseñar, de santificar y de conducir hasta Dios al pueblo cristiano y a todos los que buscan al Señor. Recordemos estas palabras, que deben marcar hondamente nuestra vida sacerdotal: «Los doce convocaron a la multitud de los discípulos y les dijeron: “No es conveniente que nosotros abandonemos la palabra de Dios para servir las mesas. Escoged, hermanos, de entre vosotros a siete hombres de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría, a los que designemos para esta tarea. Mientras, nosotros nos dedicaremos asiduamente a la oración y al ministerio de la palabra”» (*Hch* 6, 2-4).

Los obispos son los sucesores de los apóstoles. Deberíamos seguir sus pasos y predicar con la misma valentía con que lo hicieron ellos. No somos gestores ni funcionarios de la Iglesia. Somos portadores y guardianes de la palabra de Dios. Los obispos tendrían que inspirarse en las cartas que san Pablo escribió a los primeros cristianos. ¿Tendríamos el coraje de hablar con ese mismo ardor? Dios no quiere que nuestro amor a su palabra se entibie bajo el peso de los trámites y las reuniones. En la Iglesia, cuanto más peso tiene la gestión, ¡menos espacio se deja al Espíritu Santo! ¡Ay de mí si no evangelizara!

¿Cómo describiría la estrecha relación entre el celibato sacerdotal y el absoluto divino?

A menudo escucho decir que se trata de una cuestión de mera disciplina histórica. Creo que no es verdad. El celibato manifiesta la esencia misma del sacerdocio cristiano. Hablar de él como si fuera una realidad secundaria es una ofensa para todos los sacerdotes que hay en el mundo. Estoy firmemente convencido de que la relativización de la ley del celibato sacerdotal acaba reduciendo el sacerdocio a una mera función. Y el sacerdocio no es una función: es un estado. El sacerdocio no es hacer, sino ser.

Jesucristo es sacerdote. Todo su ser es sacerdotal, es decir, donado, entregado y ofrecido. Antes de Jesucristo los sacerdotes ofrecían a Dios sacrificios de animales. Y Jesucristo nos hace ver que el auténtico sacerdote se ofrece a sí mismo en sacrificio. Ser sacerdote es participar ontológicamente de la entrega que Jesús, con toda su vida, hizo de sí mismo a Dios por la Iglesia. Es asumir el sacrificio de la cruz como lo que configura toda su vida. El sacerdocio es una participación ontológica en ese desprendimiento de Cristo. Esa entrega adquiere la forma de un sacrificio sponsal. Cristo es realmente el esposo de la Iglesia. El ministro ordenado representa sacramentalmente a Cristo sacerdote. El carácter sacerdotal lo configura con Cristo Esposo. El sacerdote está llamado a una entrega total y sin límites. Hace presente sacramentalmente a Cristo Esposo. El celibato expresa esa entrega sponsal, es el signo concreto y vital de ella. El celibato es el sello de la Cruz en nuestra vida de sacerdote. Es un grito del alma sacerdotal que proclama el amor al Padre y el don de sí a la Iglesia. El intento de relativizar el celibato equivale a despreciar esa entrega radical vivida por tantos sacerdotes fieles después de ser ordenados.

Con su celibato, el sacerdote renuncia a desarrollar humanamente su capacidad de ser esposo y padre según la carne. Elige desprenderse de sí mismo

por amor para vivir siendo únicamente esposo de la Iglesia, enteramente ofrecido al Padre. ¡Junto con tantos hermanos míos sacerdotes, querría proclamar alto y claro cuánto me duele que se desprecie el celibato sacerdotal! Es un tesoro que no se puede relativizar. El celibato es signo e instrumento de nuestra participación en el ser sacerdotal de Jesús. Así explicaba Juan Pablo II esta idea en su exhortación apostólica de 1992 *Pastores dabo vobis*: «Esta voluntad de la Iglesia [en cuanto al celibato de los sacerdotes] encuentra su motivación última en la relación que el celibato tiene con la ordenación sagrada, que configura al sacerdote con Jesucristo, Cabeza y Esposo de la Iglesia. La Iglesia, como Esposa de Jesucristo, desea ser amada por el sacerdote de modo total y exclusivo como Jesucristo, Cabeza y Esposo, la ha amado. Por eso el celibato sacerdotal es un don de sí mismo en y con Cristo a su Iglesia y expresa el servicio del sacerdote a la Iglesia en y con el Señor» (n. 29).

Con esta declaración magisterial san Juan Pablo II exponía la doctrina del Concilio Vaticano II sobre el sacerdocio y afirmaba con autoridad que el celibato sacerdotal no es una mera disciplina eclesiástica, sino una manifestación de la representación sacramental de Cristo sacerdote. Este texto hace difícil una derogación de la ley del celibato sacerdotal, ni siquiera restringida a una zona; por el contrario, abre el camino a que las Iglesias orientales redescubran la conformidad ontológica, radical y profunda, entre el celibato y el estado sacerdotal.

En 2007, en su exhortación apostólica *Sacramentum caritatis*, el papa Benedicto XVI nos recordaba que el celibato del sacerdote «es una expresión peculiar de la entrega que lo configura con Cristo y de la entrega exclusiva de sí mismo por el Reino de Dios. El hecho de que Cristo mismo, sacerdote para siempre, viviera su misión hasta el sacrificio de la cruz en estado de virginidad es el punto de referencia seguro para entender el sentido de la tradición de la Iglesia latina a este respecto. Así pues, no basta con comprender el celibato sacerdotal en términos de mera eficacia. En realidad, representa una especial configuración con el estilo de vida del propio Cristo. Dicha opción es ante todo sponsal; es una identificación con el corazón de Cristo Esposo que da la vida por su Esposa».

Si con su celibato el sacerdote manifiesta y da a entender al mundo que desea ser esposo de la Iglesia, ¿qué sentido tiene la vida de los sacerdotes casados? ¿Estarían menos entregados a la Iglesia? ¿Cómo podrían vivir plenamente su responsabilidad de esposos y padres de familia si son ante todo esposos de la Iglesia y padres de los cristianos? Renunciar al celibato sacerdotal acabaría

generando una interpretación errónea de los signos.

Desde esta perspectiva, cuesta creer que la identidad sacerdotal fuese fomentada y protegida si quedara suprimida —aun restringiéndola a determinadas regiones— la exigencia del celibato tal y como lo quiso Cristo y como lo ha conservado celosamente la Iglesia latina. Y, al mismo tiempo, cabe preguntarse, a la luz de esta doctrina, qué idea tendría el pueblo de Dios de los sacerdotes casados. Las palabras del evangelista, aunque no se refieran directamente al sacerdocio, no admiten controversia: «Si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre y a su mujer y a sus hijos y a sus hermanos y a sus hermanas, hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo» (Lc 14, 26).

Ninguna autoridad, ningún sínodo, por ninguna razón y por ninguna necesidad local, podrá arrogarse el poder de disociar sin más el sacerdocio y el celibato sacerdotal, porque —tal y como recuerda el Concilio Vaticano II— el celibato del clero no es solo un «precepto de la ley eclesiástica, sino un don precioso de Dios» (*Optatam totius Ecclesiae renovationem*, 10).

¿A qué momento de la historia de la Iglesia se remonta esta práctica?

La ley de la continencia primero, y después, del celibato se ha considerado de origen apostólico desde los primeros siglos de la Iglesia. Todos los documentos antiguos reconocen un vínculo ontológico entre el sacerdocio y la continencia. Sería una falsedad negar la unanimidad de la tradición primitiva a este respecto. De hecho, la llamada al presbiterado de los hombres casados siempre ha ido acompañada del precepto de la continencia, aun cuando los esposos siguieran viviendo bajo el mismo techo. En los documentos antiguos, testigos de la tradición, no se encuentra un solo indicio de una doctrina contraria anterior a finales del siglo VII, cuando se originó cierta confusión en Oriente.

El concilio de Elvira del año 305, los decretos de 385 y 386 del papa Siricio y el concilio de Cartago de 390 son los primeros testimonios escritos de una tradición que en esa época se considera incuestionable y sólidamente instaurada; y, de hecho, no se cuestiona. Si por aquel entonces se hubiera practicado otra disciplina, tendríamos que disponer por fuerza de algún indicio de controversia. No obstante, según los documentos más antiguos, se trata de una disciplina asumida y pacíficamente aceptada por toda la Iglesia indivisa. Las actas magisteriales recogen la necesidad de la continencia perfecta en el caso de los diáconos, sacerdotes y obispos; y afirman que esa disciplina se remonta a los apóstoles. Son los primeros textos escritos de una tradición oral incuestionada e

incuestionable.

El 16 de junio del año 390, en el segundo concilio de Cartago, los padres conciliares votaron el siguiente canon: «El obispo Epigonio dijo: “De acuerdo con lo que en el concilio precedente se ha tratado de la continencia y la castidad, los tres grados que están ligados por la ordenación a una determinada obligación de castidad —es decir, obispos, sacerdotes y diáconos— deben ser instruidos de un modo más completo sobre su cumplimiento”. El obispo Genetlio continuó: “Como se ha dicho anteriormente, conviene que los sagrados obispos, los sacerdotes de Dios y los levitas, o sea, todos aquellos que sirven en los divinos sacramentos, sean continentes por completo para que puedan obtener sin dificultad lo que piden al Señor; a fin de que nosotros también custodiemos lo que han enseñado los apóstoles y ha conservado una antigua usanza”. A esto respondieron los obispos de forma unánime: “Todos nosotros estamos de acuerdo en que obispos, sacerdotes y diáconos, custodios de la castidad, se abstengan también de sus esposas con el fin de que en todo y por parte de todos los que sirven al altar sea conservada la castidad”».

Este canon confirma de forma indirecta la presencia de muchos hombres casados entre las filas del clero, aunque todos ellos estaban llamados a la continencia. Los sujetos de la ley son los diáconos, sacerdotes y obispos, es decir, los tres grados superiores del estado clerical a los que se accede a través de las *consecraciones*, que distinguen a algunos hombres para el cumplimiento de las funciones concernientes a lo divino. En este caso el servicio eucarístico es el fundamento específico de la continencia exigida a los ministros que ejercen el sacerdocio. Celebrar sacramentalmente el sacrificio de Cristo requiere vivirlo también en la carne. Monseñor Lobinger se aleja mucho de la tradición apostólica cuando propone la ordenación sacerdotal de hombres casados con vistas a la celebración de la Eucaristía. Es precisamente el servicio eucarístico el que requiere la continencia perfecta de los ministros sagrados. La celebración de la Eucaristía conlleva una estrecha configuración del sacerdote con Cristo pobre, casto y obediente.

A este se añade un segundo motivo que viene a subrayar la finalidad de la obligación: la posibilidad de obtener «sin dificultad» lo que piden a Dios. Sin la castidad, el ministro carecería de una cualidad esencial a la hora de presentar a Dios las peticiones u ofrendas de sus hermanos los hombres, y estaría privado de alguna manera de la libertad de palabra que le proporciona la renuncia a cualquier vínculo familiar terrenal. Gracias a la castidad, sin embargo, entabla con el Señor una relación «fácil» porque se ha entregado y donado enteramente.

No tiene nada que perder porque lo ha dado todo.

El canon africano del segundo concilio de Cartago del 390 tiene un peso decisivo en la historia del celibato sacerdotal, ya que se constituye en aval de una tradición que se remonta a los apóstoles: «Custodiamos lo que han enseñado los apóstoles y ha conservado una antigua usanza».

Hay muchos que querrían ver algún día mujeres sacerdotes y se oponen a esta «discriminación» injusta de las mujeres, excluidas de las órdenes sagradas. ¿Qué opina usted?

Desde el Antiguo Testamento Dios ha elegido a hombres para confiarles el ministerio sacerdotal: «Haz venir junto a ti de entre los hijos de Israel a Aarón, tu hermano, y a sus hijos para que ejerzan mi sacerdocio» (Ex 28, 1).

Jesús solo instituyó sacerdotes de la Nueva Alianza a sus doce apóstoles. No obstante, aparte de esos apóstoles, había mujeres muy generosas «que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle. Entre ellas estaban María Magdalena, María —la madre de Santiago y de José— y la madre de los hijos de Zebedeo» (Mt 27, 55-56). Dios quiso que solo los varones pudieran ejercer el sacerdocio, aun cuando su madre, María, era más santa que los apóstoles.

En la Carta a los Hebreos ha quedado escrito que el sumo sacerdote es elegido siempre de entre los hombres con el encargo de interceder en favor de la humanidad en su relación con Dios. No se trata de un honor que uno se atribuya a sí mismo: se recibe por una llamada de Dios, como en el caso de Aarón. Ocurre lo mismo con Cristo. El día en que se convierte en sumo sacerdote, no es Él quien se concede esa gloria: la recibe de Dios, quien le ha dicho: «Tú eres mi hijo. Yo te he engendrado hoy» (Sal 2, 7). Y esto es lo que dice otro salmo: «Tú eres sacerdote para siempre, según el rito de Melquisedec» (Hb 5, 1-6).

El sacerdocio es de Dios. No es una invención humana. Uno no se convierte en sacerdote en virtud de un deseo o de la mera voluntad humana. Hay que recibir la llamada de Dios. Y, para esta misión, Dios ha decidido elegir solo a hombres. Así lo confirman la historia judeocristiana y la enseñanza de la Iglesia latina.

Algunos reclaman a bombo y platillo la ordenación sacerdotal de las mujeres. Algunas comunidades de la Reforma han cedido a las presiones del mundo y han inventado eso que llaman sacerdotes y obispos femeninos. Ese supuesto

sacerdocio no es el de Cristo, sino una invención humana sin ningún valor sacramental.

Al parecer, algunos prelados católicos radicales desean la ordenación de las mujeres, oponiéndose así a la enseñanza definitiva e infalible de Juan Pablo II. En su carta apostólica *Ordinatio sacerdotalis* de 22 de mayo de 1994 el papa declaraba solemnemente: «Si bien la doctrina sobre la ordenación sacerdotal, reservada solo a los hombres, sea conservada por la Tradición constante y universal de la Iglesia, y sea enseñada firmemente por el Magisterio en los documentos más recientes, no obstante, en nuestro tiempo y en diversos lugares se la considera discutible, o incluso se atribuye un valor meramente disciplinar a la decisión de la Iglesia de no admitir a las mujeres a tal ordenación. Por tanto, con el fin de alejar toda duda sobre una cuestión de gran importancia, que atañe a la misma constitución divina de la Iglesia, en virtud de mi ministerio de confirmar en la fe a los hermanos (cfr. *Lc* 22, 32), declaro que la Iglesia no tiene en modo alguno la facultad de conferir la ordenación sacerdotal a las mujeres, y que este dictamen debe ser considerado como definitivo por todos los fieles de la Iglesia».

Cualquier afirmación en contra equivale a negar directamente la autoridad del papa y a cuestionar radicalmente la autoridad del magisterio. Me gustaría subrayar que aquí no se trata de discutir la pertinencia de los argumentos históricos, teológicos o escriturísticos empleados. Haciendo uso de su irrevocable autoridad magisterial, san Juan Pablo II afirmaba la incapacidad de la Iglesia para proceder a la ordenación de mujeres. Según la Congregación para la Doctrina de la Fe, es algo que forma parte de las posiciones que todos los sacerdotes juran ante Dios mantener firmemente en la *Professio fidei*: «Acepto y retengo firmemente, asimismo, todas y cada una de las cosas sobre la doctrina de la fe y las costumbres propuestas por la Iglesia de modo definitivo». Por otro lado, a propósito de esta enseñanza de Juan Pablo II acerca del sacerdocio reservado a los varones, la nota de la Congregación de 29 de junio de 1998 explica que «la intención del Sumo Pontífice [...] ha sido la de reafirmar que tal doctrina debe ser tenida en modo definitivo, pues, fundada sobre la Palabra de Dios escrita, constantemente conservada y aplicada en la Tradición de la Iglesia, ha sido propuesta infaliblemente por el Magisterio ordinario y universal». Por lo tanto, desde el punto de vista bíblico, teológico y canónico, se trata de una cuestión cerrada.

Las declaraciones procedentes de algunas de las personalidades más eminentes de la Iglesia que se oponen frontalmente a un documento tan decisivo

de Juan Pablo niegan, por tanto, su propia capacidad de transmitir los decretos de su cabeza. Al insinuar que el concilio ecuménico es la única autoridad apta para decidir determinados asuntos eclesiológicos, están participando en la erosión de la fe y del orden interno de la Iglesia. Quiero ser muy claro a este respecto. Declaraciones como estas reavivan los graves errores de quienes afirman que el concilio es capaz de actuar sin el papa o en su contra. El colegio episcopal solo puede tomar decisiones junto con su cabeza, el romano pontífice. Como recuerda el derecho canónico, «no hay ni apelación ni recurso en contra de una decisión o decreto del Pontífice Romano» (canon 333.3). Una apelación del colegio episcopal en contra de un documento papal equivaldría a negar el primado del sumo pontífice y su función constituyente respecto al propio colegio episcopal.

Ahondando más en ello, algunos demuestran no haber comprendido por qué la eminente dignidad de la mujer no consiste únicamente en hacer lo que hacen los hombres. Dan la impresión de querer reducir a las mujeres a ser «hombres como los demás». La Iglesia necesita a las mujeres por lo que tienen de específicamente femenino. Ellas son, entre otras cosas, las guardianas del misterio de la maternidad carnal y espiritual. En su homilía del 1 de enero de 2018 el papa Francisco afirmaba: «El don de la Madre, el don de toda madre y de toda mujer es muy valioso para la Iglesia, que es madre y mujer. Y mientras el hombre frecuentemente abstrae, afirma e impone ideas, la mujer, la madre, sabe custodiar, unir en el corazón, vivificar. Para que la fe no se reduzca solo a ser idea o doctrina, todos necesitamos tener un corazón de madre, que sepa custodiar la ternura de Dios y escuchar los latidos del hombre».

La Iglesia sabe que no puede vivir sin ese misterio que hay en la mujer. Pero el sacerdocio está esencialmente ligado a la masculinidad, al misterio del esposo y padre.

Joseph Ratzinger veía el sacerdocio como una afirmación de la verdad de la Cruz. ¿Defiende usted esta idea?

Satanás alimenta un odio violento contra los sacerdotes. Quiere mancharlos, degradarlos, pervertirlos. ¿Por qué? Porque con su vida proclaman la verdad de la cruz. Los sacerdotes y los consagrados no pueden dejar al mundo indiferente. Proclaman incluso con su carne esa verdad de la cruz. Siempre serán motivo de escándalo para el mundo. Ocupan el lugar de Cristo. Así lo afirmaba Joseph Ratzinger en un discurso pronunciado en Roma en 1977: «El lugar auténtico del *Vicario de Cristo* es la Cruz; ser vicario de Cristo significa mantenerse en la

obediencia de la cruz y ser así *representatio Christi* en el tiempo del mundo, presencia de su poder como contrapoder respecto al poder del mundo [...]. Cristo defiende la verdad no mediante legiones, sino que, a través de su Pasión, la hace visible». Con su vida humilde y entregada, los sacerdotes y los consagrados lanzan un formidable desafío a los poderes del mundo.

Me gustaría recordároslo. Todos vosotros, sacerdotes y religiosos escondidos y olvidados; vosotros, a quienes la sociedad a veces desprecia; vosotros, que sois fieles a las promesas de vuestra ordenación: ¡vosotros hacéis que tiemblen los poderes del mundo! Les recordáis que nada se resiste a la fuerza de la entrega de vuestra vida por la verdad. El príncipe de la mentira no soporta vuestra presencia. Vosotros no defendéis una verdad abstracta o un partido. Habéis decidido sufrir por amor a la verdad, a Jesucristo. Sin vosotros, queridos hermanos sacerdotes y consagrados, la humanidad sería menos grandiosa y menos bella. Sois el escudo vivo de la verdad porque habéis aceptado amarla hasta la cruz: «La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre [...]. La capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, de la verdad y de la justicia es constitutiva de la grandeza de la humanidad porque, en definitiva, cuando mi bienestar, mi incolumidad, es más importante que la verdad y la justicia, entonces prevalece el dominio del más fuerte; entonces reinan la violencia y la mentira. La verdad y la justicia han de estar por encima de mi comodidad e incolumidad física, de otro modo mi propia vida se convierte en mentira. Y también el “sí” al amor es fuente de sufrimiento, porque el amor exige siempre nuevas renunciaciones de mi yo, en las cuales me dejo modelar y herir. En efecto, no puede existir el amor sin esta renuncia también dolorosa para mí, de otro modo se convierte en puro egoísmo y, con ello, se anula a sí mismo como amor. Sufrir con el otro, por los otros; sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de humanidad, cuya pérdida destruiría al hombre mismo», escribía Benedicto XVI en su encíclica *Spe salvi* (nn. 38-39).

Por medio de su espléndida entrega al Señor de todo su cuerpo, de todo su corazón y de todas sus fuerzas, los sacerdotes y los consagrados son crucificados con Cristo y en honda comunión con sus sufrimientos. Quieren conformarse a Él en su muerte. Todos pueden decir con san Pablo: «Con Cristo estoy crucificado: vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida que vivo ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (*Ga* 2, 19-20).

La experiencia de la cruz es la experiencia de la verdad de nuestra vida. La verdad y la cruz son nuestros auténticos espacios de crecimiento humano y cristiano, porque en esos espacios está Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre.

La cuestión de la verdad va unida ante todo a la cruz. El hombre o el clérigo que proclama la verdad de Dios se halla indefectiblemente subido en la cruz. Todos los cristianos, y los sacerdotes en particular, están permanentemente en la cruz para que, por medio de su testimonio, brille la verdad. Nosotros llevamos en nuestro cuerpo de un modo especial los sufrimientos de la muerte de Jesús para que también se manifieste en nuestro cuerpo la vida de Jesús.

En Benedicto XVI la idea del vínculo entre la verdad y la cruz es fundamental. A ella recurre a menudo en *Spe salvi*: «En la historia de la humanidad, la fe cristiana tiene precisamente el mérito de haber suscitado en el hombre, de manera nueva y más profunda, la capacidad de estos modos de sufrir que son decisivos para su humanidad. La fe cristiana nos ha enseñado que verdad, justicia y amor no son simplemente ideales, sino realidades de enorme densidad. En efecto, nos ha enseñado que Dios —la Verdad y el Amor en persona— ha querido sufrir por nosotros y con nosotros. Bernardo de Claraval acuñó la maravillosa expresión: *Impassibilis est Deus, sed non incompassibilis*, “Dios no puede padecer, pero puede compadecer”. El hombre tiene un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder com-padecer Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la Pasión de Jesús» (*Spe salvi*, n. 39).

Y añade el papa: «Digámoslo una vez más: la capacidad de sufrir por amor de la verdad es un criterio de humanidad» (*Spe salvi*, n. 39). El sacerdocio cristiano es el escudo de esa humanidad salvada. Con su vida y con su ser, cada sacerdote es una luz portadora de esperanza. Pero esa llama muestra también la fealdad del pecado, denuncia el vacío de este mundo. Queridos sacerdotes, de cada uno de vosotros se podría decir lo que se dice de la cruz de Cristo: ¡escándalo para unos, locura para otros! Porque «la cruz es algo más grande y misterioso de lo que puede parecer a primera vista. Indudablemente, es un instrumento de tortura, de sufrimiento y derrota, pero al mismo tiempo muestra la completa transformación, la victoria definitiva sobre estos males, y esto la convierte en el símbolo más elocuente de la esperanza que el mundo haya visto jamás. Habla a todos los que sufren —los oprimidos, los enfermos, los pobres, los marginados, las víctimas de la violencia— y les ofrece la esperanza de que Dios puede

convertir su dolor en alegría, su aislamiento en comunión, su muerte en vida. Ofrece esperanza ilimitada a nuestro mundo caído. Por eso, el mundo necesita la cruz. No es simplemente un símbolo privado de devoción, no es un distintivo de pertenencia a un grupo dentro de la sociedad, y su significado más profundo no tiene nada que ver con la imposición forzada de un credo o de una filosofía. Habla de esperanza, habla de amor, habla de la victoria de la no violencia sobre la opresión, habla de Dios que ensalza a los humildes, da fuerza a los débiles, logra superar las divisiones y vencer el odio con el amor. Un mundo sin cruz sería un mundo sin esperanza, un mundo en el que la tortura y la brutalidad no tendrían límite, donde el débil sería subyugado y la codicia tendría la última palabra. La inhumanidad del hombre hacia el hombre se manifestaría de modo todavía más horrible, y el círculo vicioso de la violencia no tendría fin. Solo la cruz puede poner fin a todo ello. Mientras que ningún poder terreno puede salvarnos de las consecuencias de nuestro pecado, y ninguna potencia terrena puede derrotar la injusticia en su origen, la intervención redentora de Dios Amor puede transformar radicalmente la realidad del pecado y la muerte», decía Benedicto XVI en una homilía pronunciada en Nicosia en 2010.

Vuestra misión, queridos hermanos sacerdotes, consiste en llevar la cruz al corazón del mundo. Vuestra vida se centra en la celebración diaria del sacrificio de la misa que renueva el de la cruz. Vuestra vida diaria es una prolongación de la cruz. ¡Sois hombres de cruz! ¡No tengáis miedo! Me gustaría infundiros aliento con todo mi corazón de obispo. Que no os inquiete el ruido del mundo. Se burlan de vuestro celibato, pero tienen miedo de vosotros. No os separéis de la cruz: es la fuente de toda vida y de todo amor auténtico. Si enraizáis vuestra vida en la cruz, os asentáis sobre la fuente de todo bien: «Esto es lo que celebramos cuando nos gloriamos en la cruz del Redentor [...]. Cuando proclamamos a Cristo crucificado, no nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Él. No ofrecemos nuestra propia sabiduría al mundo, no proclamamos ninguno de nuestros méritos, sino que actuamos como instrumentos de su sabiduría, de su amor y de sus méritos redentores. Sabemos que somos simplemente vasijas de barro y, sin embargo, hemos sido sorprendentemente elegidos para ser mensajeros de la verdad redentora que el mundo necesita escuchar. Jamás nos cansemos de admirarnos ante la gracia extraordinaria que se nos ha dado, nunca dejemos de reconocer nuestra indignidad, pero, al mismo tiempo, esforcémonos siempre para ser menos indignos de nuestra noble llamada, de manera que no pongamos en entredicho la credibilidad de nuestro testimonio con nuestros errores y caídas [...]. A la vez que proclamamos la cruz de Cristo, esforcémonos siempre por imitar el amor gratuito de quien se ofreció a sí mismo por nosotros

en el altar de la cruz, de quien es al mismo tiempo sacerdote y víctima, de aquel en cuyo nombre hablamos y actuamos cuando ejercemos el ministerio que hemos recibido» (Benedicto XVI, *ibid.*).

¿El celibato del sacerdote, el sacerdocio, la cruz y la verdad van indefectiblemente unidos?

El celibato, el sacerdocio, la cruz y la verdad son realidades estrechamente vinculadas a Jesús, que es la piedra de tropiezo. Creo firmemente que el vínculo entre estos cuatro elementos representa la victoria del amor sobre el miedo. Acoger la verdad implica superar el veneno de la sospecha. Aceptar la cruz exige creer en el amor. La vida del sacerdote célibe es una declaración de plena confianza en Dios. Pero el mundo está dominado por el miedo. Está paralizado por ese sentimiento que destila el demonio y aísla a las personas. El individuo prefiere vivir inmerso en su propia tristeza y soledad antes que aceptar la dependencia del amor del otro. En la clausura del año sacerdotal, durante la vigilia con los sacerdotes celebrada en la plaza de San Pedro, Benedicto XVI insistía en esta dimensión esencial: «El celibato es un “sí” definitivo, es un dejar que Dios nos tome de la mano, abandonarse en las manos del Señor, en su “yo”, y, por tanto, es un acto de fidelidad y de confianza [...]. Es precisamente lo contrario de este “no”, de esta autonomía que no quiere crearse obligaciones, que no quiere aceptar un vínculo [...]. Así queremos avanzar y hacer presente este escándalo de una fe que basa toda la existencia en Dios. Sabemos que junto a este gran escándalo, que el mundo no quiere ver, existen también los escándalos secundarios de nuestras insuficiencias, de nuestros pecados, que oscurecen el verdadero y gran escándalo, y hacen pensar: “No viven realmente sobre el fundamento de Dios”. Pero ¡hay tanta fidelidad! Precisamente las críticas muestran que el celibato es un gran signo de la fe, de la presencia de Dios en el mundo. Pidamos al Señor que nos libre de los escándalos secundarios, para que haga presente el gran escándalo de nuestra fe: la confianza, la fuerza de nuestra vida, que se funda en Dios y en Cristo Jesús».

Por medio del celibato, los sacerdotes atraviesan la capa de desconfianza y de sospecha que pesa sobre el mundo y lo separa de Dios. Su ejemplo es necesario y los hace creíbles. ¿Cómo vamos a animar a los jóvenes a la aventura del matrimonio indisoluble si ni siquiera nosotros somos capaces de entregar nuestra vida para siempre? Quizá el habernos acostumbrado a tanta abundancia de riqueza nos ha ido haciendo incapaces de arriesgar nuestra vida por amor. Nos hemos convertido en avaros instalados en el confort y la seguridad. Eso me trae

a la mente lo que el cardenal Ratzinger llama proféticamente el «cristianismo burgués», esa manera de reducir el cristianismo a una filosofía de vida de la que se elimina todo amor que pueda parecer radical o excesivo.

Para Jesús lo importante es una única cosa: la verdad (*Jn* 18, 57-38). Toda su vida sirvió a la verdad, dio testimonio de la verdad. La verdad del Padre, la verdad de la vida eterna, la verdad del combate que el hombre debe librar en este mundo, la verdad de la vida y de la muerte: esos son los grandes combates de Cristo. Los mismos ámbitos esenciales en los que la mentira y el error resultan letales. Ante Pilato, antes de ser cargado con la cruz y conducido al Gólgota, Jesús dice: «Para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad escucha mi voz» (*Jn* 18, 37). La verdad y la castidad están unidas por un profundo vínculo. Y ese vínculo es la gratuidad del amor. A la verdad la amamos por lo que es, y no por lo que nos reporta. Así lo expresa Joseph Ratzinger en un fragmento esclarecedor de su homilía del 6 de octubre de 2006: «Me vienen a la mente unas hermosas palabras de la primera carta de san Pedro, en el primer capítulo, versículo 22. En latín dice así: *Castificantes animas nostras in oboedientia veritatis*. La obediencia a la verdad debería hacer casta (“castificare”) nuestra alma, guiándonos así a la palabra correcta, a la acción correcta. Dicho de otra manera, hablar para lograr aplausos; hablar para decir lo que los hombres quieren escuchar; hablar para obedecer a la dictadura de las opiniones comunes, se considera como una especie de prostitución de la palabra y del alma. La “castidad” a la que alude el apóstol san Pedro significa no someterse a esas condiciones, no buscar los aplausos, sino la obediencia a la verdad. Creo que esta es la virtud fundamental del teólogo: esta disciplina, incluso dura, de la obediencia a la verdad, que nos hace colaboradores de la verdad, boca de la verdad, para que en medio de este río de palabras de hoy no hablemos nosotros, sino que en realidad, purificados y hechos castos por la obediencia a la verdad, la verdad hable en nosotros. Y así podemos ser verdaderamente portadores de la verdad».

La castidad del sacerdote es, por lo tanto, el signo de su vínculo con la verdad: Cristo crucificado y resucitado. El vínculo vital con la verdad permite al sacerdote evitar la duplicidad y una doble vida en la que, mintiéndose a sí mismo, busque seducir antes que entregarse.

¿Qué postura mantendrá usted en el sínodo de la Amazonía que se celebrará en octubre de 2019, y en el que es evidente que se planteará la cuestión del celibato?

Como ocurre con lo que hemos visto en relación con el lugar de la mujer en la Iglesia, me provoca el mismo desconcierto que algunos quieran fabricar un nuevo sacerdocio a escala humana. Si en la Amazonía faltan sacerdotes, estoy convencido de que la situación no se resolverá ordenando a hombres casados, a *virī probati* que no han sido llamados por Dios al sacerdocio, sino a la vida conyugal, para expresar la prefiguración de la unión de Cristo con la Iglesia (Ef 5, 32). Si, en un impulso misionero, cada diócesis de América Latina ofreciera generosamente a la Amazonía uno solo de sus sacerdotes, esta región no recibiría el trato tan desdeñoso y humillante que implica fabricar sacerdotes casados; como si Dios fuera incapaz de suscitar en esa parte del mundo jóvenes generosos y deseosos de entregar totalmente sus cuerpos y sus corazones, toda su capacidad de amar y todo su ser, en el celibato consagrado.

He escuchado decir que, a lo largo de sus quinientos años de existencia, la Iglesia latinoamericana siempre ha considerado a los «indígenas» incapaces de vivir el celibato. La consecuencia de ese prejuicio es evidente: hay muy pocos sacerdotes y obispos indígenas, aunque las cosas estén empezando a cambiar.

Si, por una falta de fe en Dios y de resultados de una miopía pastoral, el sínodo de la Amazonía se reuniese para tomar decisiones sobre la ordenación de *virī probati*, sobre la fabricación de ministerios femeninos y demás incongruencias de este tipo, la situación sería sumamente grave. ¿Se ratificarían esas decisiones con la excusa de que emanan de la voluntad de los padres sinodales? El Espíritu, sí, sopla donde quiere; pero no se contradice ni genera confusión y desorden. Es el Espíritu de sabiduría. Respecto a la cuestión del celibato, ya se ha pronunciado a través de los concilios y de los romanos pontífices.

Si el sínodo de la Amazonía tomara decisiones en este sentido, rompería definitivamente con la tradición de la Iglesia latina. ¿Quién se atreve a asegurar honestamente que un experimento de este tipo, con el riesgo que conlleva de desnaturalizar el sacerdocio de Cristo, quedaría circunscrito a la Amazonía? No me cabe duda de que lo que se pretende es satisfacer urgencias y necesidades. ¡Pero la necesidad no es Dios! La gravedad de la crisis actual es comparable a la de la intensa hemorragia de los años 1970, cuando fueron miles los curas que dejaron el sacerdocio. Muchos de ellos dejaron de creer. ¿Y nosotros? ¿Seguimos creyendo nosotros en la gracia del sacerdocio?

Quiero dirigir una llamada a mis hermanos obispos: ¿creemos en la omnipotencia de la gracia de Dios? ¿Creemos que Dios llama a los obreros a su viña o queremos reemplazarlo porque pensamos que nos ha abandonado? Y lo

que es peor: ¿estamos dispuestos a abandonar el tesoro del celibato sacerdotal con la excusa de que ya no creemos que Él nos conceda vivirlo en plenitud? Queridos hermanos obispos, cada instante de nuestra vida de sacerdotes es un don gratuito de la misericordia del Todopoderoso: ¿no lo experimentamos así día tras día? ¿Quién puede dudar, quién puede creer que el Señor no sigue a nuestro lado en medio de la tormenta? Os lo ruego: no actuemos como si nos hubiera abandonado a nuestro propio criterio. Benedicto XVI pronunció a este respecto unas palabras muy acertadas con ocasión de la vigilia con sacerdotes celebrada el 10 de junio de 2010 durante el año sacerdotal: «Ante la falta de vocaciones, a causa de la cual hay Iglesias particulares que corren el peligro de secarse, porque falta la Palabra de vida, falta la presencia del sacramento de la Eucaristía y de los demás sacramentos, ¿qué hacer? Es grande la tentación de ocuparnos nosotros del asunto, de transformar el sacerdocio —el sacramento de Cristo, el ser elegido por él— en una tarea normal y corriente, en un “oficio” que tiene un horario, y por lo demás uno se pertenece solo a sí mismo; convirtiéndolo así en una vocación como cualquier otra: haciéndolo accesible y fácil. Pero esta es una tentación que no resuelve el problema [...]. Si desempeñáramos solo una profesión como los demás, renunciando a la sacralidad, a la novedad, a la diversidad del sacramento que da solo Dios, que puede venir solamente de su vocación y no de nuestro “hacer”, no resolveríamos nada [...]. Un gran problema de la cristiandad del mundo de hoy es que ya no se piensa en el futuro de Dios: parece que basta el presente de este mundo. Queremos tener solo este mundo, vivir solo en este mundo. Así cerramos las puertas a la verdadera grandeza de nuestra existencia. El sentido del celibato como anticipación del futuro significa precisamente abrir estas puertas, hacer más grande el mundo, mostrar la realidad del futuro que debemos vivir ya como presente. Por tanto, vivir testimoniando la fe: creemos realmente que Dios existe, que Dios tiene que ver con mi vida, que puedo fundar mi vida en Cristo, en la vida futura».

¡Qué espléndida señal de fe y de confianza en Dios sería volver a afirmar con claridad la grandeza y la necesidad del celibato sacerdotal! Sé de un obispo que, ante la escasez de sacerdotes que sufría su diócesis, anunció que, una vez al mes, haría una peregrinación a pie hasta un santuario mariano. Y lleva recorriendo ese camino varios años para demostrar que cree firmemente en la eficacia espiritual de ese gesto. ¡Ahora ha tenido que ampliar su seminario!

Me gustaría subrayar también que la ordenación de hombres casados no es ninguna solución a la falta de vocaciones. Los protestantes, que sí aceptan a pastores casados, sufren la misma escasez de hombres entregados a Dios. Por

otra parte, estoy convencido de que, si en ciertas Iglesias orientales los fieles toleran la presencia de hombres casados ordenados, es porque esta se encuentra respaldada por la presencia masiva de monjes. El pueblo de Dios sabe intuitivamente que necesita hombres con una entrega radical.

Supondría un desprecio hacia los habitantes de la Amazonía proponerles sacerdotes de «segunda clase». Sé que algunos teólogos como el padre Lobinger contemplan decididamente la creación de dos clases de sacerdotes: una formada por hombres casados que únicamente administrarían los sacramentos, y la otra constituida por sacerdotes en toda regla que ejercerían los tres oficios sacerdotales: santificar, predicar y gobernar. Esta propuesta es teológicamente absurda e implica una noción funcionalista del sacerdocio al pretender separar el ejercicio de los tres oficios sacerdotales, los *tria munera*, contraviniendo con ello las principales enseñanzas del Concilio Vaticano II que estipulan su unidad radical. No entiendo cómo alguien se puede dedicar a regresiones teológicas como esta. Creo que, so capa de la solicitud pastoral hacia los países pobres en sacerdotes, algunos teólogos desean poner en práctica sus descabelladas y peligrosas teorías. En el fondo, desprecian a esos pueblos. Los pueblos recientemente evangelizados necesitan contemplar la verdad plena del sacerdocio, y no una pálida imitación de lo que es un sacerdote de Jesucristo. ¡No despreciemos a los pobres!

Los habitantes de la Amazonía tienen una imperiosa necesidad de sacerdotes que no se limiten a cumplir un horario fijo de trabajo antes de volver a casa para ocuparse de sus hijos. Necesitan hombres apasionados por Cristo, que ardan con su fuego, devorados por el celo de las almas. ¿Qué sería hoy de mí si no hubieran llegado los misioneros a vivir y morir en mi poblado de Guinea? ¿Habría deseado ser sacerdote si se hubiesen contentado con ordenar a algún hombre del poblado? ¿Se habrá enfriado tanto la Iglesia que ya no quedan entre sus hijos suficientes almas magnánimas que se levanten y marchen a anunciar a Cristo en la Amazonía? Yo, en cambio, creo que la perspectiva de una entrega plena a Dios es capaz de despertar los corazones aletargados de muchos jóvenes cristianos. ¡Solo falta que los obispos tengamos el valor de llamarlos!

San Mateo hablaba de los eunucos por el reino de Dios...

Las palabras del evangelista son muy claras: «Se acercaron a él [Jesús] entonces unos fariseos y le preguntaron para tentarle: “¿Le es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo?”. Él respondió: “¿No habéis leído que al principio el Creador los hizo hombre y mujer, y que dijo: ‘Por eso dejará el

hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne’? De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre” [...]. Le dicen los discípulos: “Si esa es la condición del hombre con respecto a su mujer, no trae cuenta casarse”. “No todos son capaces de entender esta doctrina —les respondió él—, sino aquellos a quienes se les ha concedido. En efecto, hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre; también hay eunucos que han quedado así por obra de los hombres; y los hay que se han hecho eunucos a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien sea capaz de entender, que entienda”» (Mt 19, 3-6.10-12).

El Evangelio es radical. Hoy hay quienes niegan estas palabras. En nombre de una pseudorealización personal enfocada de un modo profano, se niegan a que un hombre renuncie a desarrollar su sexualidad en el matrimonio. No obstante, cuando existe una entrega a Dios, se recibe el ciento por uno. El celibato sacerdotal no es una mutilación psicológica: es la ofrenda libre y gozosa de una de nuestras capacidades naturales. Si la entrega de uno mismo se vive en intimidad con Cristo, lejos de provocar frustraciones en el sacerdote, expande y dilata nuestra capacidad de amar hasta alcanzar las dimensiones del corazón de Cristo. Precisamente porque se ha entregado enteramente a Dios, el sacerdote es libre de amar a todos sus hermanos con un amor casto: «Siempre habrá necesidad del sacerdote totalmente entregado al Señor y, por eso, totalmente entregado al hombre. En el Antiguo Testamento está la llamada a la santificación, que más o menos corresponde a lo que nosotros entendemos por consagración, incluso con la ordenación sacerdotal: hay algo que es consagrado a Dios y, por eso, es apartado de la esfera de lo común, es dado a Dios. Pero esto significa que desde ese momento está a disposición de todos. Precisamente por haber sido apartado y dado a Dios, ya no está aislado, sino que ha sido elevado gracias al “para”: para todos. Creo que esto se puede aplicar también al sacerdocio de la Iglesia. Significa que, por un lado, hemos sido entregados al Señor, apartados de la esfera común, pero, por otro, hemos sido entregados a él porque de este modo podemos pertenecerle totalmente y así pertenecer totalmente a los demás. Debemos tratar de explicar continuamente esto a los jóvenes, que son idealistas y quieren hacer algo por los demás; explicarles que precisamente el hecho de haber sido “apartados del común” significa “entrega al conjunto”, y que esto es un modo importante, el modo más importante de servir a los hermanos. Y de esto forma parte también el ponerse verdaderamente a disposición del Señor con la totalidad del propio ser y estar por eso totalmente a disposición de los hombres. Creo que el celibato es una expresión fundamental de esta totalidad y ya por esto es un gran reclamo en este mundo, porque solo

tiene sentido si creemos verdaderamente en la vida eterna y si creemos que Dios nos compromete y que nosotros podemos vivir para él», decía Benedicto XVI al clero de Bolzano en agosto de 2008.

El celibato sacerdotal se ha conservado desde la Antigüedad como una de las glorias más puras del sacerdocio católico. Esto era lo que decía san Juan XXIII el 26 de enero de 1960 durante la segunda sesión del sínodo romano: «Nos aflige que para salvar cualquier resto de la propia dignidad perdida alguno pueda delirar sobre la posibilidad o conveniencia para la Iglesia católica de renunciar a lo que durante siglos y siglos ha sido y sigue siendo una de las glorias más nobles y puras de su sacerdocio. La ley del celibato eclesiástico y el cuidado de hacer que prevalezca es siempre una evocación de las luchas de los tiempos heroicos, cuando la Iglesia de Cristo tuvo que luchar y venció con el éxito de su trinomio glorioso, que es siempre emblema de victoria: la Iglesia de Cristo libre, casta y católica».

El 24 de junio de 1967, san Pablo VI, por su parte, escribió en su encíclica *Sacerdotalis caelibatus*: «Pensamos, pues, que la vigente ley del sagrado celibato debe también hoy, y firmemente, estar unida al ministerio eclesiástico; ella debe sostener al ministro en su elección exclusiva, perenne y total del único y sumo amor de Cristo y de la dedicación al culto de Dios y al servicio de la Iglesia, y debe cualificar su estado de vida, tanto en la comunidad de los fieles, como en la profana».

En su decreto *Presbyterorum ordinis* sobre el ministerio y vida de los sacerdotes el concilio ecuménico Vaticano II enseñaba que «la perfecta y perpetua continencia por el reino de los cielos, recomendada por nuestro Señor, aceptada con gusto y observada plausiblemente en el decurso de los siglos e incluso en nuestros días por no pocos fieles cristianos, siempre ha sido tenida en gran aprecio por la Iglesia, especialmente para la vida sacerdotal. Porque es al mismo tiempo emblema y estímulo de la caridad pastoral y fuente peculiar de la fecundidad espiritual en el mundo. No es exigida ciertamente por la naturaleza misma del sacerdocio, como aparece por la práctica de la Iglesia primitiva y por la tradición de las Iglesias orientales, en donde, además de aquellos que con todos los obispos eligen el celibato como un don de la gracia, hay también presbíteros beneméritos casados; pero al tiempo que recomienda el celibato eclesiástico, este Santo Concilio no intenta en modo alguno cambiar la distinta disciplina que rige legítimamente en las Iglesias orientales, y exhorta amabilísimamente a todos los que recibieron el presbiterado en el matrimonio a que, perseverando en la santa vocación, sigan consagrando su vida plena y

generosamente al rebaño que se les ha confiado [...]. Por estas razones, fundadas en el misterio de Cristo y en su misión, el celibato, que al principio se recomendaba a los sacerdotes, fue impuesto por ley después en la Iglesia latina a todos los que eran promovidos al Orden sagrado. Este Santo Concilio aprueba y confirma esta legislación en cuanto se refiere a los que se destinan para el presbiterado, confiando en el Espíritu que el don del celibato, tan conveniente al sacerdocio del Nuevo Testamento, les será generosamente otorgado por el Padre, con tal que se lo pidan con humildad y constancia los que por el sacramento del Orden participan del sacerdocio de Cristo, más aún, toda la Iglesia. Exhorta también este Sagrado Concilio a los presbíteros que, confiados en la gracia de Dios, recibieron libremente el sagrado celibato según el ejemplo de Cristo, a que, abrazándolo con magnanimidad y de todo corazón, y perseverando en tal estado con fidelidad, reconozcan el don excelso que el Padre les ha dado y que tan claramente ensalza el Señor, y pongan ante su consideración los grandes misterios que en él se expresan y se verifican».

La voz que resuena en nuestros oídos a través del Evangelio, la voz de los papas y de los concilios, es la de Jesús, que viene a confortar el corazón de los sacerdotes que dudan o que luchan por ser fieles. Viene a iluminar el espíritu de los laicos que vislumbran la importancia de esta cuestión y quieren contar con sacerdotes que hayan entregado su vida. Quien se atreva a quebrar y destruir este antiguo tesoro, este joyero del alma sacerdotal, intentando separar el sacerdocio del celibato, herirá a la Iglesia y al sacerdocio de Jesús pobre, casto y obediente.

¿Renunciar al celibato no sería como admitir la rebaja de Dios a la categoría de un ídolo mundano?

El celibato es un tesoro precioso, una joya espléndida que la Iglesia conserva desde hace siglos. En el curso de la historia ha sido complicado comprenderlo con exactitud y conservarlo intacto. La renuncia al celibato sería una derrota de toda la humanidad. Muchos contemporáneos nuestros piensan que es imposible vivir la continencia perfecta. Un buen número de ellos cree que el celibato somete al sacerdote a unas condiciones físicas y psicológicas antinaturales, perjudiciales para el equilibrio y la madurez de la persona humana. Visto así, el celibato sacerdotal equivaldría a violentar la naturaleza. En la fe de la Iglesia, sin embargo, es más bien una manifestación convincente del gran misterio del amor divino. En efecto, el sacerdote es *Ipse Christus*. Es el mismo Cristo. Dentro de él lleva sacramentalmente a Cristo, la encarnación del amor de Dios a los hombres. Ese Cristo, Dios hecho hombre, ha sido enviado al mundo y constituido

mediador entre el cielo y la tierra, entre Dios Padre y el género humano.

En plena armonía con esa misión, Cristo conservó a lo largo de toda su vida en la tierra el estado de virginidad que expresa su entrega y su dedicación plenas al servicio de Dios y de los hombres. La castidad perfecta del sacerdote quiere manifestar no solo esa imitación, esa configuración con Cristo, sino también la intensa presencia de Cristo en cada sacerdote. El celibato sacerdotal anticipa lo que seremos en Dios en la plenitud de vida del Reino de los cielos. El celibato es un anticipo de la vida eterna junto a Dios.

Las necesidades prácticas no pueden conducir a los hombres de Iglesia a entrar en una lógica de la rentabilidad. Somos obreros del reino eterno de Dios, y no representantes de una empresa internacional. Corremos el riesgo de cometer un grave error que la historia nos echaría en cara. Los doce apóstoles le dieron la vuelta al mundo. ¿Por qué nos preocupa tanto el número de sacerdotes?

¿No nos ha advertido Jesús que el Reino de los Cielos posee una fuerza, una energía propia y secreta que le permite crecer, desarrollarse y llegar al momento de la siega sin que el hombre lo advierta?: «Y decía: “El Reino de Dios viene a ser como un hombre que echa la semilla sobre la tierra, y, duerma o vele noche y día, la semilla nace y crece, sin que él sepa cómo. Porque la tierra produce fruto ella sola: primero hierba, después espiga y por fin trigo maduro en la espiga. Y en cuanto está a punto el fruto, enseguida mete la hoz, porque ha llegado la siega”» (Mc 4, 26-29).

La mies del Reino de los Cielos es inmensa y los obreros son pocos, tanto hoy como en los primeros tiempos: nunca han alcanzado el número que cualquier criterio humano consideraría suficiente. No obstante, el Señor del Reino pide que oremos para que sea el Dueño quien envíe obreros a su campo. Los pequeños proyectos humanos no pueden usurpar el papel de la misteriosa sabiduría de Aquel que, en el transcurso de la historia, ha desafiado con su locura y su debilidad la sabiduría y el poder del hombre.

¿Cuál sería su definición más exacta de la relación entre la ordenación y la pertenencia a Cristo?

En virtud de la consagración recibida a través del sacramento del orden, existe un vínculo ontológico específico que une al sacerdote con Cristo. El sacerdote está configurado de un modo especial con Cristo, «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14, 6). Está poseído, está inmerso en Cristo de un modo tan íntimo que

debe vivir y obrar, como Cristo, en la verdad y en la fuerza del Espíritu Santo, con su humilde servicio a Dios y a la Iglesia y por la salvación de las almas. Gracias a esa consagración, la vida espiritual del sacerdote está grabada, modelada y marcada por la conducta propia de Cristo.

La homilía de Benedicto XVI durante la misa crismal del jueves santo de 2009 es inequívoca: «La víspera de mi ordenación sacerdotal, hace 58 años, abrí la Sagrada Escritura porque todavía quería recibir una palabra del Señor para aquel día y mi camino futuro de sacerdote. Mis ojos se detuvieron en este pasaje: “Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad”. Entonces me di cuenta: el Señor está hablando de mí, y está hablándome a mí. Y lo mismo me ocurrirá mañana. No somos consagrados en último término por ritos, aunque haya necesidad de ellos. El baño en el que nos sumerge el Señor es Él mismo, la Verdad en persona. La ordenación sacerdotal significa ser injertados en Él, en la Verdad. Pertenezco de un modo nuevo a Él y, por tanto, a los otros, “para que venga su Reino”. Queridos amigos, en esta hora de la renovación de las promesas queremos pedir al Señor que nos haga hombres de verdad, hombres de amor, hombres de Dios. Roguémosle que nos atraiga cada vez más dentro de sí, para que nos convirtamos verdaderamente en sacerdotes de la Nueva Alianza». Y añadía: «Estar inmersos en la verdad y, así, en la santidad de Dios también significa para nosotros aceptar el carácter exigente de la verdad; contraponerse tanto en las cosas grandes como en las pequeñas a la mentira que hay en el mundo en tantas formas diferentes; aceptar la fatiga de la verdad, para que su alegría más profunda esté presente en nosotros. Cuando hablamos de ser consagrados en la verdad, tampoco hemos de olvidar que, en Jesucristo, verdad y amor son una misma cosa. Estar inmersos en Él significa afondar en su bondad, en el amor verdadero. El amor verdadero no cuesta poco, puede ser también muy exigente. Opone resistencia al mal, para llevar el verdadero bien al hombre. Si nos hacemos uno con Cristo, aprendemos a reconocerlo precisamente en los que sufren, en los pobres, en los pequeños de este mundo; entonces nos convertimos en personas que sirven, que reconocen a sus hermanos y hermanas, y en ellos encuentran a Él mismo».

Me pregunto si no es esta una de las hondas raíces de la crisis del mundo y de la Iglesia que estamos viviendo. Hemos olvidado que la fuente de toda verdad y todo bien no nos pertenece a nosotros. Nos hemos olvidado de dejarnos sumergir en Cristo. Hemos querido llevar a cabo nosotros solos y conforme a nuestros proyectos humanos lo que solo Él es capaz de hacer. Los sacerdotes se han visto a sí mismos como directores de un proyecto generoso, pero demasiado humano.

Hoy muchos han dejado de asumir su propio misterio. Aun así, son en medio de nosotros el recuerdo incesante de la irrupción de Dios en el corazón del mundo. Es urgente que los cristianos digan a los sacerdotes quiénes son. Es urgente que dejen de pedirles que sean amigos simpáticos o *managers* eficaces. ¡Hoy me gustaría que cada cristiano saliera en busca de un sacerdote y le diera las gracias por lo que es! No por lo que hace, sino por lo que es: ¡un hombre radicalmente entregado a Dios!

Querría que todos los cristianos del mundo orasen para que los sacerdotes se entreguen irrevocablemente a esa consagración. Creo que en esa oración las mujeres tienen un papel especial que desempeñar. Movidas por una misteriosa maternidad espiritual, deben llevar dentro de ellas a los sacerdotes del mundo entero: «Las madres son el antídoto más fuerte ante nuestras tendencias individualistas y egoístas, ante nuestros encierros y apatías. Una sociedad sin madres no sería solamente una sociedad fría, sino una sociedad que ha perdido el corazón, que ha perdido el “sabor a hogar”», decía el papa Francisco en su homilía del 1 de enero de 2017. «Hacer memoria de la bondad de Dios en el rostro maternal de María, en el rostro maternal de la Iglesia, en los rostros de nuestras madres, nos protege de la corrosiva enfermedad de “la orfandad espiritual”, esa orfandad que vive el alma cuando se siente sin madre y le falta la ternura de Dios. Esa orfandad que vivimos cuando se nos va apagando el sentido de pertenencia a una familia, a un pueblo, a una tierra, a nuestro Dios».

Queridos hermanos sacerdotes: ¡no somos huérfanos! Tenemos una madre que es María, que es la Iglesia. La Iglesia, queridos sacerdotes, nos ama como solo una madre sabe amar. Todos formamos una familia, el pueblo santo de Dios. Amemos apasionadamente a la Iglesia. En ella redescubriremos la gracia de vivir ardiente y gozosamente nuestro sacerdocio; la gracia de volver a entregarlo todo para seguir a Cristo y ofrecerle nuestras vidas para salvar a las almas.

3

LA CRISIS DE LA IGLESIA

NICOLAS DIAT: *¿Se puede decir que existe una crisis de la Iglesia?*

CARDENAL ROBERT SARAH: Visto con una mirada superficial y centrada en lo externo, hablar de una crisis de la Iglesia podría resultar sorprendente. Desde una perspectiva humana, el cristianismo se halla en plena expansión en determinadas partes del mundo. Pero yo no quiero hablar de la Iglesia como de una empresa cuyos resultados se miden en cifras. La crisis que vive la Iglesia es mucho más profunda: es como un cáncer que va corroyendo el cuerpo por dentro. Muchos teólogos como Henri de Lubac, Louis Bouyer, Hans Urs von Balthasar y Joseph Ratzinger han analizado por extenso esta crisis. Yo solo soy su humilde eco, el continuador de su análisis.

El síntoma más alarmante es, sin duda, el modo en que los hombres y las mujeres que se declaran católicos eligen las verdades del Credo. A ello se refería Joseph Ratzinger con estas palabras durante una conferencia pronunciada en Munich en 1970: «Lo que antes era inconcebible, es hoy algo normal; personas que desde hace tiempo habían abandonado el credo de la Iglesia se consideran de buena fe como auténticos cristianos progresistas. Según estos, el único criterio para juzgar a la Iglesia es su eficiencia». En amplios sectores de la Iglesia se ha perdido el sentido de la objetividad de Dios. Cada uno parte de su propia experiencia subjetiva y se hace una religión a su medida. ¡Qué gran desgracia! Cada uno quiere construir su Iglesia, adaptada a su talla y a sus criterios. Pero una empresa así no le interesa a nadie. A los hombres les trae sin cuidado una Iglesia reducida a un partido, un club o una sociedad de pensamiento. De este tipo de instituciones humanas ya estamos sobrados. La Iglesia solo tiene interés porque es la Iglesia de Jesucristo, en la que Él se dona y me provoca asombro.

En su *Informe sobre la fe* escribía el cardenal Ratzinger: «Es necesario recrear un clima auténticamente católico, encontrar de nuevo el sentido de la Iglesia como Iglesia del Señor, como espacio de la presencia real de Dios en el mundo. Es el misterio de que habla el Vaticano II con palabras terriblemente comprometedoras, en las que resuena toda la Tradición católica: “La Iglesia o

reino de Cristo, presente actualmente en misterio”» (*Lumen gentium*, n. 3).

La pérdida de esa mirada de fe sobre la Iglesia es el origen de todos los síntomas de la secularización. El activismo corroe la oración, la auténtica caridad se transforma en una solidaridad humanitaria, la liturgia queda a merced de la desacralización, la teología se convierte en política, hasta la noción de sacerdocio entra en crisis. La secularización es un fenómeno terrible. ¿Cómo lo podríamos definir? Se puede decir que consiste en una ceguera voluntaria. Los cristianos deciden no dejarse iluminar más por la luz de la fe. Deciden sustraer a esa luz una parte de la realidad, luego otra... Deciden vivir en tinieblas. Ese es el mal que corroe a la Iglesia. Decidimos prescindir de la luz de la fe en la práctica y también en la teoría. Hacemos teología tratando a Dios como una mera hipótesis racional. Leemos las Escrituras como un libro profano, y no como la palabra inspirada por Dios. Organizamos la liturgia como un espectáculo, y no como la renovación mística del sacrificio de la cruz. Llegamos hasta el extremo de que los sacerdotes y los consagrados viven de un modo meramente profano. Muy pronto hasta los cristianos vivirán «como si Dios no existiera».

«Se hace cada vez más borroso el rostro de Dios. “La muerte de Dios” es un proceso totalmente real, que se instala hoy en el mismo corazón de la Iglesia. Dios muere en la cristiandad, así al menos parece», escribía consternado Joseph Ratzinger en su discurso del 4 de junio de 1970 en la Academia Católica de Baviera. En la esencia de la crisis de la Iglesia, la fe se convierte en una realidad engorrosa hasta para los propios cristianos. «De esta manera —dice el papa Francisco— la fe ha acabado por ser asociada a la oscuridad. Se ha pensado poderla conservar, encontrando para ella un ámbito que le permita convivir con la luz de la razón. El espacio de la fe se crearía allí donde la luz de la razón no pudiera llegar, allí donde el hombre ya no pudiera tener certezas. La fe se ha visto así como un salto que damos en el vacío, por falta de luz, movidos por un sentimiento ciego; o como una luz subjetiva, capaz quizá de enardecer el corazón, de dar consuelo privado, pero que no se puede proponer a los demás como luz objetiva y común para alumbrar el camino. Poco a poco, sin embargo, se ha visto que la luz de la razón autónoma no logra iluminar suficientemente el futuro; al final, este queda en la oscuridad, y deja al hombre con el miedo a lo desconocido. De este modo, el hombre ha renunciado a la búsqueda de una luz grande, de una verdad grande, y se ha contentado con pequeñas luces que alumbran el instante fugaz, pero que son incapaces de abrir el camino. Cuando falta la luz, todo se vuelve confuso, es imposible distinguir el bien del mal, la senda que lleva a la meta de aquella otra que nos hace dar vueltas y vueltas, sin

una dirección fija. Por tanto, es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga, todas las otras luces acaban languideciendo. Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar toda la existencia del hombre. Porque una luz tan potente no puede provenir de nosotros mismos; ha de venir de una fuente más primordial, tiene que venir, en definitiva, de Dios» (*Lumen fidei*, 3-4).

Cuando se habla de una crisis de la Iglesia, es importante precisar que, como Cuerpo místico de Cristo, la Iglesia sigue siendo «una, santa, católica y apostólica». La teología, la enseñanza doctrinal y moral permanecen inalterables, inmutables e intangibles. La Iglesia, que es continuación y prolongación de Cristo en el mundo, no está en crisis. Posee las promesas de la vida eterna. Las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella. Sabemos, creemos firmemente que en su seno habrá siempre luz suficiente para quien quiere buscar sinceramente a Dios.

La llamada de san Pablo a Timoteo, su hijo en la fe, nos concierne a todos: «Te ordeno en la presencia de Dios, que da vida a todo, y de Cristo Jesús, que dio el solemne testimonio ante Poncio Pilato [...]: guarda el depósito. Evita las palabrerías mundanas y las discusiones de la falsa ciencia; algunos que la profesaron se han apartado de la fe» (1 Tm 6, 13.20-21).

La fe continúa siendo un don divino sobrenatural. Somos nosotros, los bautizados en la muerte de Cristo, los que nos negamos a que nuestros pensamientos, nuestras obras, nuestra libertad y toda nuestra existencia sean iluminadas y guiadas en todo momento por la luz de la fe que profesamos. Existe una trágica dicotomía y una incoherencia dramática entre la fe que profesamos y nuestra vida concreta. En una carta entresacada de su correspondencia, incluida en el volumen *Combat pour la vérité*, George Bernanos escribía: «Dicen que son ustedes las piedras del templo que llaman Dios, conciudadanos de los santos, hijos del Padre celestial. ¡Admita usted que, a simple vista, no siempre lo parece!».

Hoy la crisis de la Iglesia ha entrado en una nueva fase: la crisis del magisterio. Lo cierto es que el auténtico magisterio, en tanto función sobrenatural del Cuerpo místico de Cristo, protegido y guiado de un modo invisible por el Espíritu Santo, no puede estar en crisis: la voz y la acción del Espíritu Santo son constantes y la verdad hacia la que nos conduce es firme e inmutable. El evangelista Juan nos dice: «Cuando venga Aquel, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia toda la verdad, pues no hablará por sí mismo, sino que

dirá todo lo que oiga y os anunciará lo que va a venir. Él me glorificará porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso dije: “Recibe de lo mío y os lo anunciará”» (Jn 16, 13-15).

No obstante, hoy reina una auténtica cacofonía entre las enseñanzas de los pastores, los obispos y los sacerdotes, que parecen contradecirse. Cada uno impone su opinión personal como si fuera una certeza. De ahí nace una situación de confusión, ambigüedad y apostasía. En el espíritu de muchos fieles cristianos se han inoculado una enorme desorientación, un profundo desarraigo e incertidumbres destructivas. El filósofo Robert Spaemann expresaba claramente ese desarraigo valiéndose de una cita extraída de la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: «Y si la trompeta da un toque confuso, ¿quién se preparará para el combate?» (1 Co 14, 8).

Aun así, sabemos bien que el magisterio sigue siendo la garantía de la unidad de la fe. Nuestra capacidad de recibir la enseñanza de la Iglesia con el espíritu del discípulo, dócil y humildemente, es la auténtica señal de nuestro espíritu de hijos de la Iglesia. Por desgracia, algunos de los que deberían transmitir la verdad divina con una precaución infinita no dudan en mezclarla con las opiniones de moda, incluso con las ideologías del momento. ¿Quién es capaz de discernir? ¿Quién puede hallar un camino seguro en medio de tanta confusión?

En su *Commonitorio* san Vicente de Lérins nos ofrece luces muy valiosas a propósito del progreso o de los cambios en la fe: «¿Ningún progreso de la religión es entonces posible en la Iglesia de Cristo? Ciertamente que debe haber progreso. ¡Y grandísimo! ¿Quién podría ser tan hostil a los hombres y tan contrario a Dios que intentara impedirlo? Pero a condición de que se trate verdaderamente de progreso por la fe, no de modificación. Es característica del progreso el que una cosa crezca, permaneciendo siempre idéntica a sí misma; es propio, en cambio, de la modificación que una cosa se transforme en otra. Así pues, crezcan y progresen de todas las maneras posibles la inteligencia, el conocimiento, la sabiduría, tanto de la colectividad como del individuo, de toda la Iglesia, según las edades y los siglos; con tal de que eso suceda exactamente según su naturaleza peculiar, en el mismo dogma, en el mismo sentido, según una misma interpretación [...]. Nuestros padres, en el pasado, han sembrado en el campo de la Iglesia el buen grano de la fe; sería por demás injusto e inconveniente si nosotros, sus descendientes, en lugar del trigo de la auténtica verdaduviésemos que recolectar la cizaña fraudulenta del error. En cambio, es justo que la siega corresponda a la siembra y que recojamos, cuando el grano de la doctrina llega a la madurez, el trigo del dogma. Si con el paso del tiempo, una

parte de la semilla original se ha desarrollado alcanzando felizmente la plena madurez, no se puede decir que haya cambiado el carácter específico de la semilla».

Querría suplicar a los obispos y a los sacerdotes que cuiden la fe de los fieles. No nos fiemos de unos cuantos comentarios subidos deprisa y corriendo a Internet por supuestos expertos. Recibir el magisterio, interpretarlo desde una hermenéutica de la continuidad lleva su tiempo. No nos dejemos imponer el ritmo de los medios, tan dispuestos a hablar de cambios, giros drásticos o revoluciones. El tiempo de la Iglesia es un tiempo prolongado. Es el tiempo de la verdad contemplada que da todo su fruto si se le permite germinar despacio en la tierra de la fe. «En virtud de la naturaleza misma de la especie humana — escribía en 1864 el cardenal John Henry Newman en *El desarrollo del dogma cristiano*—, las verdades más elevadas y más espléndidas, incluidas las comunicadas a los hombres de una sola vez por maestros inspirados, no pueden ser comprendidas de golpe por quienes las reciben, porque, al ser recibidas y transmitidas por mentes no inspiradas y por medios humanos, requieren tiempo y una reflexión más profunda para ser plenamente discernidas».

Cuando la tempestad azota con violencia a una nave, es importante arrimarse a lo que es estable y sólido. No es el momento de lanzarse detrás de las novedades de moda que corren el peligro de desvanecerse antes de haber podido tocarlas siquiera. Hay que seguir el rumbo sin desviarse, esperar a que se despeje el horizonte. Me gustaría decirles a los cristianos: ¡no os inquietéis! En vuestras manos está el tesoro de la fe de la Iglesia. Lo habéis heredado de siglos de contemplación, de la enseñanza constante de las papas. De él se puede alimentar vuestra vida de fe sin ningún temor.

¿Se remonta esta crisis al Concilio Vaticano II?

El germen de la crisis es muy anterior al concilio, pero no cabe duda de que el Vaticano II ha ido seguido de una crisis profunda y universal de la Iglesia. El posconcilio no resultó ser el ideal esperado. De ahí que, en *El campesino del Garona*, Jacques Maritain se refiera a una «fiebre neomodernista (...), fiebre muy contagiosa, por lo menos en los círculos que se llaman intelectuales, y frente a la cual el modernismo del tiempo de Pío X no era más que un modesto resfriadillo [...]; esta [...] descripción nos presenta el cuadro de una especie de apostasía “inmanente” [...] que se venía preparando desde hacía muchos años, y cuya manifestación —mentirosamente imputada, a veces, al “espíritu del Concilio” [...]— ha sido acelerada por algunas esperanzas oscuras de las partes bajas del

alma, suscitadas por doquier con motivo del Concilio».

En esa época muchos cristianos, en particular entre el clero, vivieron una crisis adolescente de identidad. Nosotros, los hijos de la Iglesia, no somos —sin mérito alguno por nuestra parte— más que simples herederos del tesoro de la fe. La verdad de la fe se nos ha transmitido para que la guardemos y vivamos de ella. Visto así, somos deudores insolventes cara a nuestros padres. Recibir el tesoro de la tradición conlleva un espíritu filial. Somos, de alguna manera, enanos encaramados a las espaldas de gigantes. Pero, por encima de todo, somos deudores de Dios. Conscientes de nuestra indignidad y de nuestra debilidad, contemplamos con agradecimiento cómo confía a nuestras manos los tesoros de la vida divina: los sacramentos y el Credo. ¿Cuál debe ser nuestra reacción ante tanta generosidad divina a pesar de nuestra miseria? Solo nos queda compartir la herencia recibida y transmitirla. La conciencia de nuestra indignidad innata debería empujarnos a anunciar al mundo la Buena Nueva, a proclamarla no como propiedad nuestra, sino como un depósito precioso que nos ha sido entregado por pura misericordia. Esa es, de hecho, la reacción de los apóstoles después de Pentecostés. Da la impresión de que, en los años del posconcilio, esa condición de herederos indignos generó mala conciencia entre algunos. Como dice Joseph Ratzinger en *Teoría de los principios teológicos*, quisieron hacer un «examen de conciencia de la Iglesia católica ejercido en profundidad». Buscaron satisfacción en las «confesiones de culpabilidad», en el «acento apasionado de las autoacusaciones», en «la idea de una Iglesia pecadora» hasta en sus cimientos. Ratzinger afirma que «se llegó a aceptar con absoluta seriedad todo el arsenal de las acusaciones contra la Iglesia». El examen de conciencia debería habernos llevado a transmitir nuestra herencia con más gozo y más cuidado todavía después de haber constatado hasta qué punto no somos dignos. El cardenal Ratzinger comenta que este periodo, por el contrario, «desembocó en la inseguridad acerca de la propia identidad [...], en la profunda ruptura respecto de nuestra propia historia, de suerte que se hacía de todo punto imprescindible un radical nuevo comienzo». Pero esa actitud conllevaba el riesgo de un orgullo sutil. Algunos clérigos pretendieron no ser herederos, sino criaturas. A veces se proclamó una fe totalmente humana que sustituyó al depósito divino. En lugar de transmitir lo que se había recibido, se proclamó ruidosamente lo que se había inventado. Estoy convencido de que en la raíz de la crisis hubo una carencia espiritual. Hace falta mucha humildad para aceptar recibir un don. Y nosotros, de un plumazo, nos negamos a ser herederos inmerecidos. Esta realidad, no obstante, constituye el núcleo de toda familia. El hijo recibe el amor de sus padres gratuitamente, sin haberlo merecido; y, a su vez, da también amor. Esa

humildad esencial que consiste en aceptar recibir sin ningún mérito y en transmitir gratuitamente es la matriz del amor familiar. Cuando tiende a diluirse, la Iglesia pierde su espíritu de familia. Las divisiones y la aspereza hacen presa de ella. La corroen el espíritu partidista, la sospecha y la ideología. No puedo sino manifestar el hondo sufrimiento que provocan en mí las mezquinas maniobras y las manipulaciones que forman parte de la vida eclesial. Deberíamos ser la familia de Dios. Y casi constantemente ofrecemos el lamentable espectáculo de una corte en la que obtener poder e influencia. Las costumbres de los políticos invaden nuestras filas. ¿Dónde está la caridad? ¿Dónde está la bondad? Solo recuperaremos nuestra pacífica unidad si nos hacemos uno solo en torno al depósito de la fe. Ha llegado el momento de rechazar las hermenéuticas de ruptura que rompen tanto la transmisión de la herencia como la unidad del cuerpo eclesial, como dice con toda claridad Joseph Ratzinger en su *Informe sobre la fe*: «Defender hoy la verdadera Tradición de la Iglesia significa defender el Concilio. Es también culpa nuestra si de vez en cuando hemos dado ocasión (tanto a la “derecha” como a la “izquierda”) de pensar que el Vaticano II representa una “ruptura”, un abandono de la Tradición. Muy al contrario, existe una continuidad que no permite ni retornos al pasado ni huidas hacia delante, ni nostalgias anacrónicas ni impacencias injustificadas. Debemos permanecer fieles al hoy de la Iglesia; no al ayer o al mañana: y este hoy de la Iglesia son los documentos auténticos del Vaticano II. Sin reservas que los cercenen. Y sin arbitrariedades que los desfiguren».

Ha llegado el momento de recuperar un espíritu pacífico y alegre, un espíritu de hijos de la Iglesia que asumen toda su historia como herederos agradecidos. No hay que retractarse del concilio. Al contrario: es preciso volver a descubrirlo leyendo atentamente los documentos oficiales que emanaron de él. Es preciso leer el concilio no con mala conciencia, sino con un espíritu de gratitud filial hacia nuestra madre la Iglesia.

Uno de los problemas suscitados por las conclusiones del concilio es el sentido que se le ha dado a la *Gaudium et spes*. En su *Teoría de los principios teológicos*, Joseph Ratzinger recuerda que «lo que tuvo tan especiales repercusiones en este texto no fue la síntesis de su contenido [...]; fue más bien la intención general de apertura». En él no quedó claramente definido el concepto de «mundo»: «La Iglesia coopera con el “mundo” para construir el “mundo”. [Este texto] expresa el intento de una reconciliación oficial de la Iglesia con la nueva época establecida a partir del año 1789 [...]. Ni el abrazo ni el *ghetto* pueden resolver, a la larga, el problema de la edad moderna para los cristianos».

En el fondo, si los papas y los padres conciliares consideraron posible abrirse confiadamente a todo lo que hay de positivo en el mundo moderno, fue precisamente porque estaban seguros de su identidad y de su fe. Se enorgullecían de ser hijos de la Iglesia. En muchos católicos, sin embargo, se produjo una apertura al mundo privada de filtros y de frenos, es decir, una apertura a la mentalidad moderna dominante, al tiempo que se cuestionaban los fundamentos del *depositum fidei* que, para muchos, ya no estaban claros.

Algunos invocaron ese «espíritu del concilio» para correr detrás de cualquier novedad. Muchos renunciaron a considerarse hijos de la Iglesia. Adoptaron las formas y los criterios del mundo debido a su mala conciencia. Si dejamos de ver en la Iglesia a una madre amante que alimenta a sus hijos, los cristianos dejarán de entender por qué son hijos. Si ya no son hijos de una misma madre, tampoco serán hermanos entre ellos. En este sentido, me gustaría retomar las palabras del papa Francisco en su homilía del 1 de enero de 2018: «Para recomenzar, contemplemos a la Madre. En su corazón palpita el corazón de la Iglesia». Lo que el papa dice de María debe aplicarse igual a la Iglesia: «Donde está la madre hay unidad, hay pertenencia, pertenencia de hijos», decía también en la misma ocasión del año anterior.

¿A qué llama usted «crisis del Credo»?

Se trata, en primer lugar, de una crisis de la teología fundamental, de una crisis de los fundamentos de la fe, ligada a una interpretación errónea del Vaticano II que adopta la forma de una hermenéutica de la ruptura, frente a lo que debería ser una hermenéutica de la reforma en la continuidad de un único sujeto que es la Iglesia. Su principal manifestación afecta a la eclesiología o teología de la Iglesia.

Por otra parte, hay que dejar constancia de una crisis del lugar que ocupa la teología dentro de la vida de la Iglesia. Entre los especialistas de la doctrina sagrada asistimos a una reivindicación de autonomía con respecto al magisterio que los lleva a inclinarse hacia doctrinas heterodoxas presentadas como verdades inmutables. Los teólogos pierden de vista su verdadera misión, que no consiste en crear lo revelado, sino en interpretarlo; en profundizar en lo revelado, y no en realzar la propia excelencia.

Los teólogos no deberían considerarse intelectuales puros cuyo universo se circunscribe al mundo universitario y a las revistas científicas. La teología es un

servicio eclesial. Un sacerdote teólogo es ante todo un pastor. No hay que olvidar que las definiciones dogmáticas son un servicio prestado a los «pequeños» de la Iglesia, y no un ejercicio de autoridad. Formulando la fe en palabras el magisterio permite que todos participen de la luz que Cristo nos ha dejado. El ejercicio de la teología comienza por el Catecismo y la predicación. Consiste en escrutar los misterios de la fe para expresarlos en términos humanos que puedan transmitirse al mayor número posible de personas. A veces me maravilla la profundidad teológica que algunos fieles alcanzan intuitivamente a partir de las verdades del Catecismo. En *L'Humilité de Dieu*, François Varillon escribe: «Cuando hace teología, la Iglesia no está honrando a su Dios como si fuera un Profesor Supremo que tematiza su ser en enunciados lógicamente articulados para satisfacción del espíritu». La Iglesia se limita a velar para que en cualquier momento y en cualquier lugar se reciba la luz de Cristo, del que ella es el Sacramento. Ese anhelo la lleva a formular en un momento determinado de la historia su reflexión sobre un misterio, a fin de que no se pervierta la relación de sus hijos con el Dios vivo. Esas formulaciones, derivadas de un estudio prolongado, inauguran también una nueva reflexión. Son tanto puntos de partida como líneas de meta. Si las palabras envejecen, nada impide que se renueven manteniendo la fidelidad al significado que encierran. Sí, debemos esforzarnos por decir mejor lo que ya se ha dicho, por formularlo de un modo cada vez más preciso, sin romper con la tradición. Debemos mantenernos firmes, inquebrantables, en la conservación de la tradición, la doctrina y los dogmas de la Iglesia. Sin polémicas, sin impaciencia, sin escándalos.

El trabajo de deconstrucción de cierta teología que ha perdido el espíritu eclesial acaba influyendo forzosamente, antes o después, en la enseñanza de la catequesis; de tal manera que el Catecismo pierde la seguridad y la armonía que deberían caracterizarlo. Las críticas contra el Catecismo acusándolo de «desfasado» fueron un grave error de inicio. Hoy se suele presentar con demasiada frecuencia como una serie de hipótesis exegéticas sin relación lógica ni cronológica, que no añaden claridad alguna a ojos de los niños. Lo que hay que enseñar es la fe, y no las últimas teorías en boga que no tardan en ser descartadas por la exégesis histórico-crítica.

La crisis se manifiesta también en lo que atañe a las relaciones entre los dos canales por los que nos es transmitida la única Revelación divina: la Sagrada Escritura y la tradición; es decir, entre la Biblia y la Iglesia, que entrega lo que ha recibido del Señor. Por influencia del protestantismo y de su noción fundamental de *sola scriptura* —solo las Escrituras, y no el magisterio—, los

exégetas católicos han dado prioridad a una interpretación supuestamente «sabia» de la Biblia saturada de hipótesis de trabajo y prejuicios filosóficos, cientificistas o hegelianos, en detrimento de la lectura patrística y tradicional que ha forjado a los santos, los únicos que han comprendido plenamente la Escritura.

Al final la Escritura se acaba viendo únicamente como un conjunto de documentos antiguos —apasionantes, sí, pero desprovistos de peso sobrenatural—, cuya comprensión solo está al alcance de los especialistas. No obstante, la tradición es el principal criterio en materia de fe. Todo católico debe tener la audacia de creer que su fe, en comunión con la de la Iglesia, está por encima de cualquier magisterio nuevo de los expertos y los intelectuales. Es legítimo preguntarse cuál es el fin y el interés espiritual que se persiguen queriendo separar la tradición y la palabra de Dios.

La constitución dogmática *Dei Verbum* proclamó solemnemente el vínculo esencial entre el magisterio y la palabra de Dios: «La Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el designio sapientísimo de Dios, están entrelazados y unidos de tal forma que no tiene consistencia el uno sin el otro, y que, juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas» (DV 10, § 3). *Dei Verbum* continúa de un modo más explícito aún al afirmar que «la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen un solo depósito sagrado de la palabra de Dios, confiado a la Iglesia» (DV 10, § 1). El concilio subraya así que la palabra de Dios no puede subsistir sin el magisterio de la Iglesia, ya que el «solo depósito sagrado de la palabra de Dios [es] confiado a la Iglesia», y en la Iglesia es únicamente el «Magisterio vivo» el que posee la misión y el encargo de interpretar con una autoridad específica recibida de Cristo (*authentice, in nomine Christi*) la palabra de Dios recogida en las Sagradas Escrituras y en la tradición (DV 10, § 2). Naturalmente, «este Magisterio no está sobre la palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que le ha sido confiado» (DV 10, § 2), es decir, la misma palabra de Dios contenida en el depósito sagrado de la fe confiado a la Iglesia.

Hoy existe un serio peligro de pensar que la sagrada tradición podría ser superada por un cambio en el magisterio. Se afirma que hay que volver a leer las verdades transmitidas por la Iglesia en su contexto, y se aprovecha para reclamar cambios al magisterio. Frente a este peligro, el concilio nos recuerda con firmeza que la tradición es la propia palabra de Dios; y que, si el magisterio intenta hacer abstracción de ella, no puede sostenerse. El auténtico magisterio nunca podrá romper con la tradición y la palabra de Dios. Esa es la certeza que nos da nuestra

fe en la Iglesia.

¿Se podría hablar hasta de una crisis de la eclesiología?

La gran tentación de la eclesiología sería la de rebajar la Iglesia a un nivel sociológico. Entonces la esposa de Cristo se convierte en el objeto de una mirada puramente humana y profana. Muchos coinciden en ver en ella una sociedad que promueve un proyecto de liberación social básicamente terrenal. Pero olvidan que la Iglesia es —en palabras del obispo Bossuet— nada menos que «Jesucristo difundido y comunicado». Olvidan que es realmente el cuerpo místico de Cristo: «Se está perdiendo imperceptiblemente el sentido auténticamente católico de la realidad “Iglesia”, sin rechazarlo de una manera expresa. Muchos no creen ya que se trate de una realidad querida por el mismo Señor. Para algunos teólogos, la Iglesia no es más que una mera construcción humana, un instrumento creado por nosotros y que, en consecuencia, nosotros mismos podemos reorganizar libremente a tenor de las exigencias del momento», explicaba Joseph Ratzinger en su *Informe sobre la fe*.

El cuerpo místico de Cristo, la Iglesia, debe hacer que brille la misma luz en todas partes y en todo momento, igual que el sol se levanta e ilumina el mundo cada mañana. El principal objetivo sobre el que se posan eternamente la mirada y el deseo de amor infinito de Dios es la perfección infinita de Cristo Redentor. Todo se hizo por Él y sin Él no se hizo nada (*Jn* 1, 3); y hacia Él conduce Dios todas las cosas y todos los acontecimientos de la historia. La Iglesia es Jesucristo que prolonga su vida —que es la misma vida de Dios— en toda la creación redimida, santificada y divinizada por Él.

En octubre de 2018 el sínodo sobre «los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional» provocó cierto desconcierto debido a la controvertida interpretación del episodio de los «discípulos de Emaús» recogido en el evangelio de Lucas (*Lc* 24, 13-35).

Acordaos de esos dos hombres que dejan Jerusalén a sus espaldas y se dirigen fatigosamente a una aldea llamada Emaús. Por el camino les da alcance un desconocido que aminora el paso e inicia una conversación. «¿De qué veníais hablando?», les pregunta. La respuesta es muy franca: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?». «¿Qué ha pasado?», les pregunta Él. «Lo de Jesús el Nazareno». El desconocido les contesta con un reproche algo acalorado: «¡Necios y torpes de corazón para creer todo lo que anunciaron los profetas!». Recordemos también el episodio de los

apóstoles zarandeados por un fuerte vendaval mientras están en la barca: tienen motivos para inquietarse, porque la tempestad es terrible y sus vidas están amenazadas. Cristo se despierta y los reprende: «¡Hombres de poca fe!» (Lc 8, 25). ¿Por qué? La falta de esperanza y de fe equivale a desconfiar de Dios, dudar de que esté presente, de que sea fiel, de que actúe en nuestra vida y en medio de nuestras angustias. Hacemos mal si, estando junto a Cristo, perdemos la esperanza. Por eso Él les lanza este reproche: «¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria?» (Lc 24, 26), y condena de forma explícita la falta de esperanza. En el trayecto hacia Emaús Jesús habla y los discípulos escuchan. Comenzando por Moisés y citando a los profetas, interpreta lo que las Escrituras dicen acerca de Él.

Este pasaje de los evangelios es sin duda la *lectio divina* por excelencia. Cristo comentado por Cristo, Cristo explicado por Cristo, Cristo contemplado por Cristo.

Y llega el momento de despedirse. No obstante, en el corazón de aquellos hombres hay algo que se resiste a la separación: «Quédate con nosotros, porque se hace tarde y ya está anocheciendo» (*ibid.*, 29). Jesús acepta y entran los tres en un albergue. Entonces ocurre algo verdaderamente extraordinario. San Lucas recurre al lenguaje de la Eucaristía: «[Jesús] tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio» (*ibid.*, 30). Sí, es la Eucaristía, el Sacramento de la Pascua de Cristo. Todo esto ocurre la noche de la Pascua. Solo entonces lo reconocen. Pero ya no le ven. Porque solo podemos unirnos a Cristo en su Presencia eucarística. Podrían haberse quedado un momento con Él, seguir escuchándolo, saciar su mirada con su rostro glorioso: «Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos», escribe san Juan en su primera carta (1, 1). La fe abre los ojos para contemplar al Resucitado. Eso es lo que nos revela este espléndido texto.

«Al instante se levantaron y regresaron a Jerusalén» (Lc 24, 33). Se ponen en marcha envueltos en el frío de la noche. Ese día no han dormido. Regresan a la ciudad santa y van en busca de la comunidad de los apóstoles; los peregrinos de Emaús se contarán entre los primeros testigos de la resurrección.

Este texto nos permite comprender que quien construye la Iglesia no somos nosotros, sino Cristo a través de su palabra y de la Eucaristía: «[Estáis] edificadas sobre el cimiento de los apóstoles y los profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús, sobre quien toda la edificación se alza bien compacta» (Ef 2, 20). Es Él, Pastor eterno, quien nos guía. Se reúne con nosotros

en su Iglesia y nos entrega su palabra.

Mientras Cristo hablaba, ardía su corazón. Al principio van arrastrando los pies y su fe se ha enfriado. Pero, mientras Cristo les explica las Escrituras, caminan al mismo paso que el resucitado. Cambiar de paso, cambiar de vida, cambiar el corazón: eso es quizá lo que el Señor espera de nosotros en la escucha de su palabra. Luego llega el momento de partir el pan, el momento de la Eucaristía. Se suele decir que este episodio sigue el mismo desarrollo que la celebración eucarística: comienza con el peso del hombre pecador que ha dado la espalda a Jerusalén, el lugar de la cruz y del sufrimiento de Cristo. Luego se remueve con su palabra, la liturgia de la palabra, el comentario de la palabra: la homilía. Viene después la fracción del pan y el envío en misión. Los dos hombres regresan a Jerusalén después de haber recibido a Cristo por entero: Cristo-Palabra, Cristo-Cuerpo, Cristo-Sangre, Cristo-Eucaristía. Nuevamente revestidos de esa Presencia, con el corazón lleno de la gloria silenciosa del Resucitado, se reúnen con la comunidad apostólica: la Iglesia fundada sobre los apóstoles (cfr. *Ef* 2, 20). Habían roto la comunión eclesial y fraterna. Desaliento, desesperanza, una fe menor, distanciamiento de los miembros de la Iglesia: se habían alejado en dirección a Emaús. Y recuperan la comunión eclesial. Recobran a Cristo-Eucaristía, se reencuentran con la Iglesia, restauran la comunión y serán testigos valientes del Resucitado. Es Jesucristo quien edifica la Iglesia con su palabra y con la Eucaristía. Nosotros nos hacemos miembros de la Iglesia y misioneros del Evangelio, testigos del Resucitado, después de alimentarnos de la palabra, del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. San Pablo nos advierte: «Según la gracia de Dios que me ha sido dada, yo puse los cimientos como sabio arquitecto, y otro edifica sobre ellos. Cada uno mire cómo edifica, pues nadie puede poner otro cimiento distinto del que está puesto, que es Jesucristo» (*1 Co* 3, 10-11). Continuemos la obra de los apóstoles y de sus sucesores a lo largo de los siglos. No reconstruyamos nada conforme al modelo del mundo. Es Cristo quien construye su Iglesia; y nosotros somos ineptos colaboradores suyos.

¿Sigue siendo válida para nuestros contemporáneos la configuración jerárquica de la Iglesia? Muchos reclaman un gobierno más democrático. ¿Qué opina usted?

Hoy estamos siendo testigos de una interpretación errónea de la realidad humana de la Iglesia, diseñada en ciertos laboratorios en los que se destila la utopía de un pueblo de Dios en oposición dialéctica con el Magisterio. No se ha

entendido el papel de este último, ni —en especial— el de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

La visión horizontal de la Iglesia conduce inevitablemente al deseo de que sus estructuras imiten las de las sociedades políticas. Si la Iglesia no es más que una creación del hombre que no ha sido instituida directamente por Cristo, hay que repensarla una y otra vez, hay que reorganizarla conforme a patrones lógicos que respondan a las necesidades del momento: «Si la Iglesia es solo nuestra —escribía el cardenal Ratzinger en su *Informe sobre la fe*—, si la Iglesia somos únicamente nosotros, si sus estructuras no son las que quiso Cristo, entonces no puede ya concebirse la existencia de una jerarquía como servicio a los bautizados, establecida por el mismo Señor. Se rechaza el concepto de una autoridad querida por Dios, una autoridad que tiene su legitimación en Dios y no —como acontece en las estructuras políticas— en el acuerdo de la mayoría de los miembros de la organización. Pero la Iglesia de Cristo no es un partido, no es una asociación, no es un club: su estructura profunda y sustantiva no es democrática, sino sacramental y, por lo tanto, jerárquica; porque la jerarquía fundada sobre la sucesión apostólica es condición indispensable para alcanzar la fuerza y la realidad del sacramento. La autoridad, aquí, no se basa en los votos de la mayoría; se basa en la autoridad del mismo Cristo, que ha querido compartirla con hombres que fueran sus representantes, hasta su retorno definitivo. Solo ateniéndose a esta visión será posible descubrir de nuevo la necesidad y la fecundidad de la obediencia a las legítimas jerarquías eclesiales».

Los cristianos ya solo ven en sus obispos a hombres en busca de poder. Lo que se comenta es la influencia de este o la carrera de aquel. ¿Cómo es posible que olvidemos que en la Iglesia el gobierno es un servicio? Poseer una parte de la autoridad de Cristo equivale literalmente a asumir la condición de servidor, a despojarse de todo el ser, de las ideas personales, de las preferencias y los gustos para hacerse humilde servidor de la salvación de todos: «Sabéis que los que figuran como jefes de las naciones las oprimen, y los poderosos las avasallan. No tiene que ser así entre vosotros; al contrario: quien quiera llegar a ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; y quien entre vosotros quiera ser el primero, que sea esclavo de todos» (Mc 10, 42-44).

El servicio de gobierno es siempre un camino de Cruz. Ha de convertirse en un camino de santificación a imitación de Cristo, que se anonadó y asumió la condición de servidor. Insisto: siempre que los obispos tienen que reprender y corregir, lo hacen como servidores de la fe y de la salvación de todos. Cada vez que la Congregación para la Doctrina de la Fe condena un libro o prohíbe la

enseñanza a un sacerdote, lo hace llevada por el deseo de salvaguardar la fe de todos. Ese gobierno es un servicio de amor a Dios y a las almas. Es una tarea santa y santificadora y, al mismo tiempo, difícil e ingrata.

En la Iglesia tampoco se obedece como en las sociedades políticas. No se obedece a quienes tienen autoridad por miedo. La auténtica obediencia católica es obediencia a Dios. Es a Él a quien amamos, es a Él a quien obedecemos a través de la jerarquía. Hemos perdido el sentido sobrenatural de esa obediencia para convertirla en un juego de poder. Ya en 1976, en *Où va l'Église*, el cardenal Alexandre Renard, primado de las Galias, comentaba: «La Iglesia ha sufrido una especie de horizontalismo. Nos fijamos antes en los hombres, con sus limitaciones e inclinaciones, que en su misión y su gracia; nuestra actitud ante los obispos —incluido el papa— es la misma que ante nuestros jefes y nuestros patronos; los criticamos demasiado en lugar de trabajar en comunión con quienes tienen una responsabilidad inmensa y sumamente gravosa».

Me gustaría recordar a todos las palabras de Jesús a san Pedro: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (*Mt 16, 18*). Tenemos la certeza de que estas palabras se concretan en lo que llamamos la infalibilidad de la Iglesia. La esposa de Cristo, con el sucesor de Pedro a la cabeza, puede atravesar crisis y tempestades. Sus miembros pueden pecar y equivocarse. Pero, si nos mantenemos unidos a Pedro, jamás podremos separarnos de Cristo ni mucho ni por mucho tiempo. *Ubi Petrus, ibi Ecclesia*: donde está Pedro, ahí está la Iglesia. En un importante discurso dirigido en junio de 1980 a los cardenales y a la curia, Juan Pablo II afirmaba: «Es función del Colegio Episcopal, unido en torno al humilde sucesor de Pedro, garantizar, proteger, defender esta verdad, esta unidad. Sabemos que, en el ejercicio de esta función, la Iglesia docente está asistida por el Espíritu con el carisma específico de la infalibilidad. Esta infalibilidad es un don de lo alto. Nuestro deber es el de permanecer fieles a este don, que no nos viene de nuestras pobres fuerzas o capacidades, sino únicamente del Señor. Y es el de respetar y de no defraudar el “sensus fidelium”, es decir, esa particular “sensibilidad” con que el Pueblo de Dios advierte y respeta la riqueza de la Revelación confiada por Dios a la Iglesia y exige su absoluta garantía».

Y en noviembre de 1980, en un discurso pronunciado en Altötting ante teólogos alemanes, Juan Pablo II decía también: «El Magisterio existe solo en orden a constatar la verdad de la Palabra de Dios, sobre todo cuando se ve amenazada por desfiguraciones y malentendidos. En este contexto hay también que situar la infalibilidad del Magisterio eclesiástico [...]. La Iglesia debe [...] ser

muy humilde y al mismo tiempo debe estar segura de permanecer en la misma verdad, en la misma doctrina de fe y moral que ha recibido de Cristo, que en esta esfera la ha dotado con el don de una “infalibilidad” específica. A decir verdad, la infalibilidad no ocupa un puesto central, de privilegio, en la jerarquía de las verdades, pero es en cierto modo la clave de esa certeza con la que se confiesa y se anuncia la fe, y también la clave de la vida y conducta de los creyentes. Si perturbamos o demolemos este fundamento esencial, empiezan, al mismo tiempo, a desmembrarse también las más elementales verdades de nuestra fe». Nunca avanzaremos en la búsqueda de la verdad oponiéndonos al Magisterio del presente o del pasado, ni arrojando dudas sobre él. Es cierto que en este aspecto no son de ninguna ayuda quienes se apropian del Magisterio y lo interpretan de acuerdo con sus propias ideas, rompiendo con la tradición teológica. Por desgracia, son ellos los primeros en lanzar anatemas contra quienes discrepan. Frente a tanta histeria teológica, es el momento de recuperar un poco de paz y de buena voluntad. Solo la fe y la confianza en el Magisterio y en su continuidad a lo largo de los siglos podrán concedernos la unidad.

¿Cree usted que nos enfrentamos a una crisis de identidad de la religión católica vinculada al ecumenismo y al diálogo interreligioso?

El esfuerzo ecuménico es necesario, pero a veces se ha practicado con excesiva precipitación, olvidando que ratificar las cuestiones intangibles del dogma supone prestar un servicio al interlocutor. El arraigo del indiferentismo respecto a las confesiones cristianas nace de una visión errónea de la verdadera naturaleza del ecumenismo.

El deseo de una relación más fraterna, menos hostil y menos tensa entre los cristianos es algo bueno y loable. Pero no deberíamos reducir el ecumenismo a eso. El verdadero ecumenismo consiste en renunciar a nuestros pecados y a nuestra tibieza, en escapar juntos de nuestra falta de fe, en recuperar nuestra misma fe en los misterios cristianos, en los sacramentos, en la misma doctrina, en la misma Iglesia confiada a Pedro, y no en la que edificamos recurriendo a nuestra originalidad. El verdadero ecumenismo consiste en dejarse guiar por la sola y única luz del Evangelio, con sus exigencias morales. El verdadero ecumenismo es guardar fielmente su palabra y vivir los mandamientos de Dios. Porque «quien guarda su palabra, en ese el amor de Dios ha alcanzado verdaderamente su perfección. En eso sabemos que estamos en Él. Quien dice que permanece en Dios, debe caminar como Él caminó» (1 Jn 2, 5-6). Si no se ratifica con firmeza la enseñanza de Cristo tal y como la ha transmitido siempre

el Magisterio de la Iglesia, no hay ecumenismo.

Quién no recuerda las palabras de Pablo VI durante la audiencia general del 28 de agosto de 1974, cuando no tuvo reparos en decir: «¿Qué ecumenismo podemos construir así? ¿Dónde acabará el cristianismo, más aún, el catolicismo, si hoy, bajo la presión de un pluralismo engañoso e inadmisibles, se aceptara como legítima la disgregación doctrinal y, por lo tanto, la disgregación eclesial que podría derivarse de ella?».

Me sorprende el irenismo que mostramos frente a las confesiones cristianas no católicas. En algunos aspectos, el ecumenismo con los hermanos separados de Oriente plantea dificultades en el plano teórico, y siempre en temas de eclesiología, en particular los concernientes al primado de Pedro desde el punto de vista de la comunión. A veces se silencia el verdadero sentido del primado de Pedro para no incomodar a los ortodoxos. No estoy seguro de que una diplomacia doctrinal como esta vaya a favorecer la unidad. No creo que sea eso lo que nuestros hermanos separados esperan de nosotros. Creo, por el contrario, que nos valoran más cuando asumimos la doctrina católica en su totalidad, cuando la exponemos y la proclamamos sin falsa prudencia. En mi opinión, los pasos más fecundos han sido fruto del ecumenismo de los mártires. Cuando católicos y ortodoxos han coincidido en los mismos gulags, han rezado juntos, juntos han dado testimonio de la fe y a veces han compartido los mismos sacramentos.

Por otra parte, en algunos ambientes católicos se observa cierta fascinación por el modelo protestante. La caridad tiene que ser capaz de eliminar nuestras asperezas para dejar que el Espíritu Santo actúe en favor de nuestra conversión. Aun así, es inútil negar las profundas diferencias que nos separan. Nuestra fe en la presencia real del Señor en la Eucaristía, nuestra fidelidad a la misa como renovación del sacrificio de la Cruz, nuestra fe en la sacramentalidad del sacerdocio exigen de nosotros una auténtica coherencia: un protestante no puede comulgar durante la santa misa, cosa que no tendría otro sentido que manifestar cierta empatía. Pero la Eucaristía no puede convertirse en un instrumento para expresar las buenas relaciones humanas: es el lugar de la comunión con el Dios de la verdad. Desde el concilio se ha podido constatar una mayor apertura de un lado y del otro, pero el camino hacia la unidad en la verdad sigue siendo largo.

Y existe, además —y es aún más grave—, un irenismo con respecto a las religiones no cristianas, en las que se busca lo que ya existe en la Iglesia. Occidente ha entronizado a las religiones paganas, incluidas las animistas, y las

ideas filosófico-religiosas de Extremo Oriente se han convertido en modelos. Lo cierto es que hay que ser africano para atreverse a decir sin complejos que estas «religiones tradicionales» paganas son espacios de temor y falta de libertad. Por desgracia, los medios extraordinarios de salvación —pienso sobre todo en el bautismo de deseo implícito que se da en algunos no cristianos— se han convertido en medio ordinario. No cabe duda de que hay paganos cuyas almas son sinceras y que viven con recta conciencia. Pero son almas a las que urge llevar la plenitud de la salvación. La teoría de los «cristianos anónimos» de Rahner alienta el peligro de extinguir en nosotros la urgencia de la misión. Conservamos en nosotros la inquietud por la salvación que invadía a un santo dominico y lo llevaba a pasar noches en oración mientras se le oía gemir: «¿Qué va a ser de las almas de los pobres pecadores?».

Usted suele afirmar que la crisis de la Iglesia no es un problema institucional. ¿Podría exponer su punto de vista?

He asistido a muchas reformas institucionales. Se han creado comisiones y consejos de todo tipo. ¿Hemos visto muchos resultados? Un libro malo no mejora si le cambiamos la encuadernación o el papel. En su *Introducción al cristianismo* escribía el cardenal Ratzinger: «Los verdaderos creyentes no dan mucha importancia a la lucha por la reorganización de las formas cristianas. Viven de lo que la Iglesia siempre fue. Y si uno quiere conocer lo que es la Iglesia, que entre en ella. La Iglesia no existe principalmente donde está organizada, donde se reforma o se gobierna, sino en los que creen sencillamente y reciben en ella el don de la fe que para ellos es vida. Solo sabe quién es la Iglesia de antes y de ahora quien ha experimentado cómo la Iglesia eleva al hombre por encima del cambio de servicio y de formas, y cómo es para él patria, y esperanza, patria que es esperanza, camino que conduce a la vida eterna».

Lo que urge es recuperar una mirada de fe sobre todas las cosas. Reformar de arriba abajo las instituciones alimenta la ilusión de que lo importante es lo que hacemos nosotros, nuestra acción humana, la única que nos parece eficaz. En realidad una reforma así solo traslada el problema. Creo que es esencial y urgente discernir la verdadera naturaleza de la crisis y ser consciente de que el mal no reside únicamente en las instituciones eclesiales. Ningún cambio aplicado a la organización de la curia será capaz de corregir las mentes, los sentimientos y las costumbres. ¿En qué consiste una «reforma» en el sentido más puro de la palabra? Se trata de una reconfiguración: un retorno a la forma original, la que procede de las manos de Dios. La auténtica reforma de la Iglesia

consiste en volver a dejarse modelar por Dios: «Verdadera “reforma”, por consiguiente, no significa entregarnos desenfrenadamente a levantar nuevas fachadas, sino (al contrario de lo que piensan ciertas eclesiologías) procurar que desaparezca, en la medida de lo posible, lo que es nuestro, para que aparezca mejor lo que es suyo, lo que es de Cristo. Es esta una verdad que conocieron muy bien los santos: estos, en efecto, reformaron en profundidad a la Iglesia no proyectando planes para nuevas estructuras, sino reformándose a sí mismos. Lo que necesita la Iglesia para responder en todo tiempo a las necesidades del hombre es santidad, no *management*», afirmaba el cardenal Ratzinger en su *Informe sobre la fe*.

Hay que buscar medios concretos para dejar de poner obstáculos a la acción divina. Pero, mientras nuestras almas sean tibias, cualquier medio resultará inútil. La rutina es una amenaza terrible. La rutina endurece. Ciega. Nos hace sordos a todo lo que nos interpela. Cierra las puertas y los postigos a la luz divina. Impide descubrir los errores cometidos. Impide reaccionar, corregirse, convertirse y avanzar. Favorece la desidia, la degradación, la podredumbre. Y, sobre todo, impide avanzar contracorriente. No hay nada grande que hacer con hombres rutinarios que han pactado para siempre con la mediocridad. Con los tibios y los blandos no hay nada consistente que hacer. La tibieza lleva a la cobardía y a la traición. El Señor se muestra implacable con los tibios: «Conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Y así, porque eres tibio, y no caliente ni frío, voy a vomitarte de mi boca» (Ap 3, 15-16). En *Notre conjointe* Charles Péguy se expresa con contundencia a este respecto: «Hay algo peor que tener un mal pensamiento. Es tener un pensamiento preconcebido. Hay algo peor que tener un alma mala y también que hacerse un alma mala. Es tener un alma preconcebida. También hay algo peor que tener un alma perversa. Es tener un alma acostumbrada [...]. Las peores miserias, las peores bajezas, las vilezas y los delitos, el pecado mismo son a menudo los puntos vulnerables de la armadura del hombre, los puntos vulnerables a través de los cuales la gracia puede penetrar en la coraza de la dureza del hombre. Pero sobre esta inorgánica coraza de la costumbre todo resbala, y se despunta toda espada».

No reaccionaremos mientras no seamos conscientes de la gravedad de nuestro deterioro. ¿Será capaz de despertarnos la reciente revelación de las viles infamias de ciertos clérigos? Quizá nos hacia falta esta humillación, esta vergüenza para percatarnos de nuestra honda necesidad de reforma, es decir, de conversión. ¿Cómo no reaccionar ante semejante cinismo por parte de unos

hombres consagrados a Dios? ¿Cómo no buscar la causa más profunda de estos abusos viles y organizados de menores? Esta es sin duda la constatación más radical e indignante de una vida que ha ido deslizándose poco a poco para convertirse en una vida sin Dios, una vida marcada por el ateísmo práctico, una vida que ha basculado desde lo sagrado a lo profano, cuando no a la profanación. Es necesario tomar medidas, y que la Iglesia las aplique, para proteger a los niños, imagen sagrada de la inocencia divina. ¿Quién puede pensar que existe alguna medida que sustituya a una profunda mirada de fe sobre nuestras vidas? Porque, más allá de los crímenes abominables cometidos con los niños, ¿no hay nada que decir sobre la profunda crisis que corroee la vida de los clérigos? Su castidad sufre un violento ataque. En ciertas regiones del mundo se multiplican las conductas contrarias al celibato consagrado. Y lo peor no es el pecado de debilidad, que siempre merece misericordia si mueve al arrepentimiento y a la confesión. Lo peor es que algunos sacerdotes reivindicar esos actos como algo normal y positivo. ¿No son capaces de ver que hieren en lo más hondo su consagración a Dios? Existe un problema que no resolverá ninguna reforma estructural: la ignorancia de Dios. La tibieza, la renuncia a las exigencias evangélicas, la pérdida del sentido del pecado, el apego al dinero comparten la misma raíz: la pérdida del sentido de Dios. La degradación de la liturgia para hacerla espectáculo, la desidia en las celebraciones y en las confesiones, la mundanidad espiritual solo son síntomas. Lo que está en crisis no son las estructuras o las instituciones, sino nuestra fe y nuestra fidelidad a Jesús.

Los cambios que hay que aplicar no afectan solo a las instituciones, ni siquiera a las costumbres: afectan sobre todo al interior de las almas, a lo más hondo del espíritu y del corazón, a las convicciones y a la orientación de las conciencias. Lo que necesita un cambio radical es nuestra relación con Dios.

Por supuesto que debemos buscar medios concretos para poner por obra esa conversión radical. ¿Dónde podemos encontrar la única brújula capaz de orientarnos? ¿En lo que escriben los papas? La enseñanza de la Iglesia ha dejado de ser un ancla a la que se sujeta el pueblo de Dios. Los últimos papas han luchado a brazo partido contra la crisis que han visto ir creciendo. ¿Quién se acuerda todavía de los documentos de Pablo VI o de Juan Pablo II? ¿Quién los lee siquiera? Es más, ¿quién los adopta como regla de vida? Da la impresión de que las palabras resbalan sobre las almas sin llegar a romper el caparazón de la costumbre y la indiferencia. Más que de palabras, tenemos necesidad de rehacer la experiencia de Dios. Ahí puede residir la esencia de toda reforma. En su discurso al clero de Roma del 22 de febrero de 2007 decía Benedicto XVI: «Solo

si hay una cierta experiencia se puede comprender». Por eso, la pregunta que deberíamos plantearnos es esta: ¿cómo hacer la experiencia de Dios? Lo que necesitamos es rehacer esta experiencia de la Iglesia como el espacio en el que se entrega Dios.

En este sentido me gustaría resaltar dos prioridades. Hay un primer espacio en el que podemos hacer esta experiencia de Dios y de la Iglesia, y es la liturgia. Ahí no es posible zafarse de Dios. En su introducción a las *Obras completas sobre la liturgia*, Benedicto XVI escribía que «la verdadera renovación de la liturgia es una condición fundamental para la renovación de la Iglesia». En efecto, «la existencia de la Iglesia vive de la correcta celebración de la liturgia. La Iglesia está en peligro cuando el primado de Dios ya no aparece en la liturgia y, por tanto, en la vida. La causa más profunda de la crisis que ha derruido a la Iglesia reside en el oscurecimiento de la prioridad de Dios en la liturgia». Suplico humildemente a los obispos, a los sacerdotes y al pueblo de Dios que cuiden cada vez más la sagrada liturgia, que coloquen a Dios en el centro, que vuelvan a pedir a Jesucristo que nos enseñe a rezar. Hemos desacralizado la celebración eucarística. Hemos transformado nuestras celebraciones eucarísticas en un espectáculo folclórico, en un evento social, en un entretenimiento, en un diálogo insípido entre el sacerdote y la asamblea cristiana. ¿Sigue quedando espacio para el Altísimo en nuestras liturgias? ¿Podemos seguir haciendo en ellas la experiencia de Dios? A veces los laicos reivindican una función en la misa que les permita sentirse una parte plena y activamente implicada en ella. Reflexionemos unos instantes sobre la naturaleza de la participación activa de María y de san Juan en el Gólgota. Estaban ahí, dejándose empapar, impregnar y forjar por el misterio de la Cruz. Y yo, ¿no debería inquietarme saber cómo muero yo junto a Jesús en cada Eucaristía y si acepto morir a mi pecado? ¿Está edificada mi vida cristiana sobre la oración y sobre una verdadera intimidad con Dios? ¿Qué lugar ocupan en mi vida la oración y la palabra de Dios? En cada una de nuestras celebraciones eucarísticas deberíamos poder decir como san Pablo: «Cada día estoy a punto de morir [...] en Cristo Jesús, Señor nuestro» (1 Co 15, 31).

Hay otro espacio en el que podemos hacer la experiencia de Dios que se entrega a la Iglesia, y son los monasterios. En ellos encontramos una realización concreta de lo que debería ser toda la Iglesia. Lo he dicho muchas veces y no me da ningún reparo repetirlo. La renovación vendrá de los monasterios. Invito a todos los cristianos a compartir durante unos días la experiencia de la vida en un monasterio. En ellos harán una experiencia «en formato pequeño» de lo que es la

Iglesia «en formato grande». En los monasterios experimentarán la prioridad concedida a la contemplación de Dios. ¡Volved a los monasterios! Frente a un mundo de fealdad y tristeza, estos lugares sagrados son auténticos oasis de belleza, de sencillez, de humildad y de alegría. En las abadías podrán comprender los cristianos que es posible poner a Dios en el centro de su vida. Esta primacía de la contemplación fue proclamada por el propio Cristo cuando afirmó que «una sola cosa es necesaria» y que «María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada» (Lc 10, 42); y aún más cuando Jesús se dirige a Dios, Padre suyo: «Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú has enviado» (Jn 17, 3). La contemplación es el corazón del cristianismo. Así se ha proclamado en los monasterios ayer, hoy y siempre, y no se extinguirá jamás. Hemos de proteger esos valiosos espacios de contemplación. Son el presente y el futuro de la Iglesia. En ellos habita Dios, llenando el corazón de los monjes y las monjas con su presencia silenciosa. Toda su existencia es litúrgica. Se alimenta de la fe y del oficio divino, y arde con el amor y la zarza ardiente de la presencia divina.

En los monasterios se hace también la experiencia de la Iglesia primitiva, cuyos fieles poseían todo en común. Compartían el pan día tras día. Hoy la crisis de la Iglesia se manifiesta de un modo especial en el desmigajamiento, en los desgarros que genera el espíritu partidista. Cristo no ha fundado una Iglesia con tanta discordancia de voces. La vida de los monasterios nos permite vivir la experiencia de una unidad recobrada. Nuestras comunidades cristianas deberían seguir su ejemplo y convertirse en espacios donde se comprendiera la primacía de Dios a través de la belleza de la liturgia, el silencio, la caridad y la comunidad de bienes. Hay que «recorrer este camino que permite descubrir el Evangelio no como una utopía, sino como la forma plena y real de la existencia», afirmaba Benedicto XVI durante la asamblea eclesial de Roma el 13 de junio de 2011. Nuestras comunidades deben convertirse en oasis en los que poder vivir la experiencia de la verdadera naturaleza de la Iglesia. Porque, como decía también Benedicto XVI en la audiencia del 14 de mayo de 2008, «en la eclesialidad se hace una experiencia de Dios más elevada que la que se alcanza a través de la reflexión: en ella realmente tocamos el corazón de Dios».

¿Cree que existe la posibilidad de una falsa reforma de la Iglesia?

Es obligado leer y entender la conferencia pronunciada en Munich en 1970 por Joseph Ratzinger bajo el título “Por qué permanezco en la Iglesia”: «La perspectiva contemporánea ha determinado nuestra mirada sobre la Iglesia, de

tal modo que hoy prácticamente solo vemos la Iglesia desde el punto de vista de la eficacia, preocupados por descubrir qué es lo que podemos hacer con ella. Los prolongados esfuerzos por reformar la Iglesia han hecho olvidar todo lo demás. Para nosotros hoy no es nada más que una organización que se puede transformar y nuestro gran problema es el de determinar cuáles son los cambios que la hagan “más eficaz” para los objetivos particulares que cada uno se propone. Planteando de esta manera la cuestión, el concepto de reforma ha sufrido en la conciencia colectiva profundas degeneraciones, que lo han privado de su núcleo central. Pues reforma, en su significado original, es un proceso espiritual, totalmente cercano al cambio de vida y a la conversión, que entra de lleno en el corazón del fenómeno cristiano: solamente a través de la conversión se llega a ser cristianos; esto vale tanto para la vida particular de cada uno como para la historia de toda la Iglesia. Esta vive como Iglesia en la medida en que renueva sin cesar su conversión al Señor, al evitar cerrarse en sí misma y en sus propias costumbres más queridas, tan fácilmente contrarias a la verdad. Cuando la reforma es arrancada de este contexto, del esfuerzo y el deseo de conversión, cuando se espera la salvación solamente del cambio de los demás, de la transformación de las estructuras, de formas siempre nuevas de adaptación a los tiempos, quizá se llegue de momento a cierta utilidad inmediata, pero en el conjunto la reforma se convierte en una caricatura de sí misma, capaz de cambiar únicamente las realidades secundarias y menos importantes de la Iglesia».

Creo que hemos llegado a un momento crucial de la historia de la Iglesia. Las perspectivas que se abren ante nosotros son dos. O bien seguimos pretendiendo salvar la Iglesia con reestructuraciones que no hacen sino añadir una sobrecarga excesivamente humana a su esencia divina, o bien decidimos dejarnos salvar por la Iglesia —o, mejor aún, por la acción de Dios en ella— y encontrar después los medios para convertirnos. Quizá estemos asistiendo a la víspera de una gran reforma de la Iglesia como la reforma gregoriana del siglo XI o la reforma del concilio de Trento del siglo XVI. Los historiadores analizan estos momentos de la vida de la Iglesia como cambios estructurales. Yo, por mi parte, creo que son los santos quienes cambian las cosas y hacen que la historia avance. Las instituciones van por detrás: no hacen sino prolongar la acción de los santos. En *Frère Martin* escribía Bernanos: «Quien trata de reformar la Iglesia por esos medios, por los mismos medios con los que se reforma una sociedad temporal, no solo fracasa en su empresa, sino que acaba infaliblemente encontrándose fuera de la Iglesia [...]. No se reforman los vicios de la Iglesia sino prodigando el ejemplo de sus virtudes más heroicas. Es posible que san Francisco de Asís no se haya sentido menos indignado que Lutero por el libertinaje y la simonía de los

prelados. Es incluso cierto que él sufrió más cruelmente por ello, pues su naturaleza era muy diferente de la del monje de Weimar. Pero él no desafió a la iniquidad, no intentó enfrentarse con ella, él se arrojó en la pobreza, se sumergió en ella hasta lo más hondo que pudo, junto con los suyos, como en la fuente de todo perdón, de toda pureza. Y bajo la dulce mano de este mendigo, la gavilla de oro y de lujuria floreció como un seto de abril [...]. La Iglesia no tiene necesidad de reformadores, sino de santos. Martin Lutero era el reformador nato». Estamos a la espera de los santos que se atrevan a consagrarse a esta reforma interior. ¿Quiénes serán? ¿Papas como san Gregorio VII o san Pío V? ¿Pobres desconocidos como san Francisco de Asís? ¿Padres y madres de familia como los de santa Teresa de Lisieux? Cada uno de nosotros está llamado a comenzar por él mismo. Hemos de apoyarnos en toda iniciativa respaldada por la experiencia que nos permita volver a poner a Dios en el centro. Y no son pocas. No esperemos una reforma que venga de arriba como las de la administración del Estado. Las estructuras solo evolucionarán si se sostienen en los santos: «Todo esto —seguida diciendo Joseph Ratzinger en la misma conferencia pronunciada en Munich— nos ayuda a entender la paradoja que surge de los intentos de renovación propios de nuestra época: los esfuerzos para suavizar la rigidez de las estructuras, para corregir las formas del aparato eclesiástico provenientes de la Edad Media o, más aún, de los tiempos del absolutismo, para liberar a la Iglesia de tales interferencias y capacitarla para un servicio más simple y más conforme con el espíritu del evangelio, han conducido en realidad a una sobrevaloración del elemento institucional de la Iglesia [...]. Detrás de todo eso se perfila el problema central de la crisis de la fe [...]. La Iglesia ejerce sociológicamente su influencia más allá del círculo de sus fieles, y la institucionalización de esta situación falsa la aliena profundamente en su verdadera naturaleza [...]. Muchas veces el concilio fue aplaudido también por aquellos que no tenían intención de llegar a ser creyentes en el sentido de la tradición cristiana, pero que saludaron este “progreso” de la Iglesia como una confirmación de sus propias opciones y de los caminos recorridos por ellos [...]. Especialmente trágico es el hecho de que todo esto haya situado el programa de reforma en una ambigüedad extraordinariamente equívoca y para muchos insoluble». Puede que el camino sea largo y la purificación, dolorosa. Pero sabemos que Dios no abandona a su Iglesia. Y «si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Rm 8, 31).

¿Se podría hablar, en su opinión, de una mundanización de la iglesia?

El papa Francisco suele hablar con frecuencia de la terrible enfermedad

espiritual que es la mundanidad, unida al alineamiento con los criterios del mundo. Bajo el impulso del aperturismo y la confianza, se han abierto puertas y ventanas, y el mundo ha devorado hasta los espacios más sagrados. Los hay que parecen contaminados por el antropocentrismo de las sociedades occidentales y el deseo de autodeificación del hombre. Pero una Iglesia mundanizada no ofrece los encantos del siglo: «Cuando el mundo penetra en el interior de la Iglesia —escribía Henri de Lubac en *Paradojas*—, este se convierte en algo peor que el mundo a secas. No tiene de él ni la grandeza del brillo ilusorio ni esa especie de lealtad en la mentira, en la maldad y en la envidia, reconocidos de antemano como su ley. Cuando el mundo eclesiástico se convierte en mundo a secas, solo es la caricatura del mundo. Es el mundo no solo más mediocre, sino también más feo. Pero ese mundo jamás triunfa, ni siquiera en los momentos peores. ¡Cuántos islotes secretos, cuántos oasis refrescantes, cuántas auténticas y dulces grandezas!». ¡Qué bien comprendo a todos los cristianos que sufren al ver a la Iglesia desfigurada por tantas deserciones y abusos! A veces nuestros corazones de hijos se llenan de vergüenza. Refugiémonos en el corazón de María. Me gustaría invitaros a acompañarme en una visita espiritual al fondo de la basílica romana de San Pedro. Acerquémonos a la hermosa imagen de la *Pietà* de Miguel Ángel. Contemplemos a esa madre que sostiene en sus brazos el cuerpo de su hijo torturado, humillado, cubierto de escupitajos y con las huellas de los latigazos. Tiene las manos traspasadas y la frente desgarrada por la corona de espinas. Y, aun así, la madre sujeta el cuerpo de su hijo con enorme dulzura y una delicadeza infinita. Su rostro de joven madre habla a la vez de recogimiento, de dolor y de serenidad. Adora sin comprender a ese hijo tan hermoso y a la vez tan ultrajado, a ese hijo que es su Dios. Sepamos reconocer, como María, el rostro de Cristo detrás del rostro manchado de la Iglesia. Ni nuestros pecados, ni nuestras traiciones, ni nuestra tibieza, ni nuestras infidelidades podrán desfigurar a la Iglesia, que sigue siendo hermosa, con la hermosura de los santos. Sigue siendo joven, con la juventud de Dios. Sepamos amar a la Iglesia y posar sobre ella la mirada de fe que posó María sobre Jesús, muerto, entre sus brazos. Sepamos llorar por la Iglesia, sepamos sufrir por la Iglesia si es necesario, pero tratémosla siempre con la delicadeza llena de amor y plenamente mariana que tan bien refleja el mármol de Miguel Ángel.

¿El motivo de la crisis de la curia romana es el de haberse convertido en una institución excesivamente humana?

La curia debe ser el gobierno de los asuntos de Dios. Debe dar a conocer el misterio divino para reunir a la humanidad cara a la salvación. La curia es un

gobierno espiritual y divino. Está plenamente sometida a Dios, guiada y vivificada por Él. Sus métodos, sus medios y su fuerza solo pueden proceder de Dios. Su fuerza reside en la oración humilde, intensa, perseverante, plenamente atenta a la voluntad santa de Dios. Si la curia no posee una dimensión interior; si los prelados, los sacerdotes y los laicos que trabajan en ella carecen de la mística de los apóstoles y los profetas; si no se alimentan de la presencia silenciosa de Dios en su vida y en su existencia diaria, se convierte en una estructura meramente humana. Tiene competencias, pero ya no está al servicio de Dios. Así es como el *carrierismo*, la ambición de éxito político o diplomático, la mundanidad se apoderan de ese gobierno. El reino de Cristo no es de este mundo (cfr. *Jn* 18, 36). Está en el cielo. Consiste en seguir el camino del servicio y el amor, «lo mismo que Cristo nos amó y se entregó por nosotros como oblación y ofrenda de suave olor ante Dios» (*Ef* 5, 2; *2 Co* 2, 14-15). Los cristianos tienen que ser el perfume de Dios. Todos los que son de Dios y trabajan para su gloria y para la salvación de las almas han de ser como una ofrenda «de suave olor, agradable ante Dios» (*Flp* 4, 18).

Si Dios nos ha creado a su imagen y semejanza, y si hemos sido hechos por Él, ¿no deberíamos trabajar y permanecer siempre ante Él ofreciéndole constantemente nuestros cuerpos, nuestros corazones, toda nuestra capacidad de amor y la pureza de nuestra castidad sacerdotal? En su primera carta a los corintios escribe san Pablo: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo. Nadie se engañe: si alguno de vosotros se tiene por sabio según el mundo, que se haga necio para llegar a ser sabio. Pues la sabiduría de este mundo es necedad delante de Dios. Porque está escrito: “Él atrapa a los sabios en su astucia”. Y en otro lugar: “El Señor conoce los pensamientos de los sabios, y sabe que son vanos”. Por tanto, que nadie se gloríe en los hombres; porque todas las cosas son vuestras: ya sea Pablo o Apolo o Cefas; ya sea el mundo, la vida o la muerte; ya sea lo presente o lo futuro; todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios» (*1 Co* 3, 16-23). Y en los Hechos de los Apóstoles dice también san Pablo: «Ya que en él vivimos, nos movemos y existimos, como han dicho algunos de nuestros poetas: “Porque somos también de su linaje”» (17, 28).

¿Cabe imaginar una vida curial del estilo de la vida comunitaria cenobita?

Sería necesario que el Evangelio hubiera impregnado enteramente nuestra

vida y que nuestro principal impulso, nuestro afán primordial, fuese nuestra santificación. Sería necesario que Jesús penetrara totalmente en nosotros como le ocurrió a san Agustín. En los primeros tiempos del cristianismo los obispos vivían rodeados de sus sacerdotes. Trabajaban y oraban juntos. Conocemos muy bien la vida comunitaria del obispo de Hipona. Cuando se convierte en obispo de la ciudad, lleva viviendo en ella seis años y está familiarizado con el barrio cristiano, especialmente con la *insula* que contiene los edificios ligados al culto. En aquella época Hipona contaba con dos basílicas: la basílica antigua o Leontina, en la que Agustín fue proclamado clérigo por la multitud; y la nueva, la basílica de la Paz, donde se celebró en el año 393 el concilio de los obispos. Es en esta última donde suele predicar Agustín. Dentro de la *insula* se encuentra también la vivienda del obispo y el clero. En uno de sus sermones Agustín explica la presencia de las dos comunidades, laica y clerical, que lo acompañan: «Llegué al episcopado, y vi la necesidad para el obispo de ofrecer hospitalidad a los que sin cesar iban y venían, pues al no hacerlo se mostraría inhumano. Delegar esa función al monasterio parecía inconveniente. Por esa razón quise tener en esta casa episcopal el monasterio de clérigos». Este modelo está cimentado ante todo sobre una vida espiritual común. El obispo y su entorno asisten juntos a los oficios y a la santa misa. No se trata de una vida al margen del mundo. La oración y la vida comunitaria son medios para reforzar nuestras relaciones personales con Dios antes de marchar a anunciar a Cristo. La perseverancia en la oración se suele alimentar de esa ayuda mutua. Las palabras de las Sagradas Escrituras son esclarecedoras: «Perseveraban asiduamente en la doctrina de los apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en las acciones» (*Hch* 2, 42).

La vida en común podría fortalecer nuestro coraje, del mismo modo que animó a san Agustín a predicar, denunciar, censurar, edificar y transmitir todas las exigencias del Evangelio. Conlleva una grave responsabilidad, una dura presión y un esfuerzo considerable. San Agustín amaba esa vida, que Catherine Salles describe así: «Que vuestras obras sean unas veces unas y otras veces otras según el tiempo, la hora y el día. ¿Se puede estar hablando siempre? ¿Se puede estar siempre callado? ¿Siempre reponiendo las fuerzas? ¿Ayunando siempre? ¿Dando siempre pan al indigente? ¿Vistiendo siempre al desnudo? ¿Visitando siempre a los enfermos? ¿Siempre dirimiendo disputas? ¿Sepultando siempre a los muertos? Hagáis lo que hagáis, hacedlo con calma, con serenidad, con amor. Ahora bien, el principio que ordena estas obras no tiene ni comienzo ni fin. Mantened siempre la caridad fraterna, como está escrito».

Es importante disponer de momentos sin palabras, de momentos de estudio, de momentos de actividad, de momentos de ocio y de momentos dedicados a permanecer ante Dios para amarle intensamente.

Si la Iglesia es capaz de recobrar esta vida de comunión, su testimonio será más edificante y su resplandor, más luminoso. Es un modelo que podría valer para la curia, pero exigiría una conversión radical y una conciencia mayor de que trabajamos por el Reino de Dios. El retiro cuaresmal que ha querido el papa Francisco fuera de Roma va en esa dirección. Pero en este caso se trata de un tiempo escaso y muy específico.

Se suele insistir en la búsqueda de una colegialidad mayor en el seno de la Iglesia. ¿Y cuál es el modelo de esa colegialidad sino el de los apóstoles que perseveraban juntos en la oración, con un solo corazón y una sola alma? Con frecuencia se crean instituciones, consejos y comisiones que fomenten esa colegialidad. ¿Por qué no tomamos a los apóstoles como modelo? Si queremos formar un colegio eclesial, empecemos por rezar juntos; y nos haría falta también ser constantes en el oficio divino. Cada obispo podría ponerlo en práctica en su catedral, ofreciendo el ejemplo de una vida de unidad eclesial con sus sacerdotes. Ahí está la verdadera fuente de la caridad y la unidad.

Me entristece el clima tóxico que reina en algunas asambleas de la Iglesia. La caridad ha sido sustituida por la difamación, el trabajo por el *carrierismo* y la alegría por la envidia. El papa Francisco califica este ambiente y esta situación con palabras muy adecuadas cuando dice que los charlatanes, esos que «hablan a chorros», son terroristas que matan con sus palabras cargadas de vulgaridad y arrogancia.

Los sacerdotes deben poseer el carisma del secreto y del silencio. Si dilapidan ese don de Dios en palabras fáciles y superficiales, la confianza del pueblo de Dios se fundirá como la nieve bajo el sol.

¿Es posible un gobierno profético de la Iglesia?

Un profeta es un intérprete de Dios. Da sentido a la historia, a los acontecimientos y a la política de acuerdo con los planes divinos. El profeta solo es un canal: es la boca y los ojos de Dios, pero debe hacerse a un lado y desaparecer envolviéndose en la palabra y la presencia de Dios.

Los hombres de Iglesia tienen que ser auténticos profetas. Un profeta no

comunica sus propias palabras. Comunica a Dios. Las palabras de los falsos profetas son mentirosas. Nos acarician, pero son como un veneno mortal. Oscurecen el camino y nos sacan de él. El papa, el obispo y el sacerdote no deben hablar en su propio nombre, sino ser únicamente la voz y la presencia de Dios.

Hoy hay falsos profetas que intentan hechizar y adormecer al pueblo de Dios diluyendo el Evangelio con un lenguaje ambiguo y confuso que amenaza con desalar nuestra fe para lograr la benévola atención del mundo. Un gran escritor, Paul Claudel, dijo con agudeza: «El Evangelio es la sal. Algunos lo han hecho azúcar». A fuerza de querer conciliarlo todo, nos hemos vuelto insípidos, perdemos la fuerza corrosiva de la sal del Evangelio en nuestra vida. Si para evitar las dificultades inherentes al testimonio de nuestra fe sacrificamos la verdad, entonces el cristiano pierde su sal: no sirve para nada. Si el cristiano, como los camaleones, se adapta al color del medio, deja de ser signo tangible del Reino de Dios. No obstante, a lo que estamos llamados es a sazonar nuestra época con un testimonio claro y sólido de nuestra fe católica. Esa es la principal responsabilidad que les incumbe a todos los cristianos, y en especial a los obispos y sacerdotes.

Hoy hay falsos profetas que, por razones ideológicas, para complacer a los hombres o para aumentar el atractivo de la Iglesia, falsifican la palabra de Dios. A ellos les dice Jeremías: «Los profetas profetizan mentira en mi Nombre» (Jr 14, 14).

Tras la reciente canonización del papa san Pablo VI, ¿no sería oportuno meditar el ejemplo de este papa profético? Con la publicación de la encíclica *Humanae vitae* por un lado y del *Credo del pueblo de Dios* por otro, Pablo VI nos ha ofrecido el ejemplo de un gobierno profético, a contracorriente de las tendencias y las presiones.

¿Cree usted que el ejemplo del retiro de Benedicto XVI en su monasterio es un mensaje para toda la Iglesia?

En un mundo en el que Dios ya no cuenta, en el que lo espiritual ha descendido al nivel de la filosofía del bienestar, Benedicto XVI es un modelo extraordinario. Nos muestra que Dios se merece todo nuestro amor, todo nuestro tiempo, que la oración es la principal actividad del hombre. El silencio es la puerta que nos da acceso a Dios y nos permite encontrarlo.

Benedicto XVI no deja de recordarnos el valor superior de las cosas del cielo. Dice que Dios merece que se lo demos todo. Por eso ha elegido pasar los últimos días de su vida en la tierra envuelto en el silencio, la oración, la lectura y la meditación de la palabra de Dios. Encabeza el inmenso cortejo de contemplativos que cargan misteriosamente con el mundo. El papa emérito contrapone la contemplación y la oración a las pequeñas ambiciones terrenales. Es un testigo humilde del absoluto divino: ¡solo Dios basta!

LA ACEDIA Y LA CRISIS DE IDENTIDAD

NICOLAS DIAT: *¿Qué caracteriza a la situación espiritual de Occidente?*

CARDENAL ROBERT SARAH: Creo que Occidente está viviendo lo que los padres del desierto denominaban el demonio del mediodía: ese que se presenta en pleno día, cuando el calor es más agobiante. Su nombre es acedia, una forma de depresión, un enfriamiento, una laxitud espiritual. Consiste en una especie de atrofia de la vitalidad interior, de desaliento, de «atonía del alma», como decía Evagrio Póntico en el siglo IV.

De un modo más concreto aún, y como subraya Jean-Charles Nault, abad benedictino del monasterio de Saint-Wandrille, en *La Saveur de Dieu, l'acédie et le dynamisme de l'agir*, la tradición espiritual y monástica define la acedia como una tristeza que invade el alma ante lo que debería ser su mayor felicidad: la relación de amistad con Dios. Ataca al gozo que debe caracterizar al alma en su relación con Dios. El alma pierde la alegría de conocer y amar a Dios: ambas cosas le aburren, le desagradan, le pesan. Preferiría amar otra cosa. ¿El qué? ¡Da igual! Cualquier cosa antes que a Dios. Esta tristeza ante el don de Dios engendra en ella el desagrado hacia todo lo que pueda acercarla a Él. La acedia es una aversión generalizada a todo lo que constituye la vida espiritual. «Hay monotonía porque falta amor», decía en *Camino* san Josemaría Escrivá.

En el retiro que predicó para Juan Pablo II en 1996, decía el cardenal Christophe Schönborn: «Me parece que la crisis más profunda que hay en la Iglesia consiste en que no nos atrevemos ya a creer en las cosas buenas que Dios obra en y por medio de quienes le aman. A esa poca fe intelectual y espiritual, la tradición de los maestros de la vida espiritual la llaman acedia». Yo iría aún más lejos. El mal que caracteriza a la sociedad occidental es una tristeza consciente de sí misma. Occidente se niega a amar. Y es algo que me parece sumamente grave. Elimina el motor de toda espiritualidad: el deseo de Dios. Ante la grandeza embriagadora de la llamada de Dios a la santidad, el hombre occidental se repliega sobre sí mismo. Tuerce el gesto. Se niega a dejarse atraer. Elige instalarse en la tristeza y rechaza la felicidad que Dios le ofrece. El fruto de esta

actitud es inmediato. Entre las almas y en la sociedad se difunde una densa amargura. Ese profundo malestar deja huella en todas las relaciones sociales. Cuando se rechaza la vida divina, ya no hay nada capaz de hacernos felices. La depresión se ha adueñado del corazón del hombre occidental. Se ha instalado en él y destila su peligroso veneno.

Permítame citar las desgarradoras palabras de tristeza contenidas en *La náusea* de Jean-Paul Sartre: «La palabra absurdo nace ahora de mi pluma [...]. El absurdo no era una idea en mi cabeza, ni un hálito de voz, sino aquella larga serpiente muerta a mis pies [...]. Comprendía que había encontrado la clave de la existencia, la clave de mis náuseas, de mi propia vida. En realidad, todo lo que pude comprender después se reduce a este absurdo fundamental». Nos hemos negado a que la felicidad venga de otra cosa que no sea nosotros mismos, a que venga de Dios. Y hemos preferido extinguir en nosotros la esperanza. Solo ha quedado el terrible y monstruoso sentimiento del absurdo. No queremos dejarnos importunar por la invitación a la felicidad infinita que nos ofrece Dios. Preferimos quedarnos a solas con nosotros mismos, aborreciendo nuestra propia grandeza. En cierto modo, creo que Occidente vive la experiencia de la soledad radical y deliberadamente deseada de los condenados.

La historia de Occidente está recogida en el evangelio, en el episodio del hombre rico que busca la vida eterna (Mc 10, 17-31). Su corazón está henchido del deseo de felicidad. Respeta los mandamientos: es la imagen del Occidente cristiano de la primera mitad del siglo XX, generoso y lleno de anhelos. Se puede decir de él lo que dice el evangelio de aquel hombre: «Jesús fijó en él su mirada y quedó prendado de él» (21). E, invitándole a compartir su incomparable felicidad y a seguirle de cerca, Jesús añade: «Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres. Luego, ven y sígueme» (21). Jesús le ofrece entrar en su intimidad. Y el evangelio concluye: «Pero él, afligido por estas palabras, se marchó triste, porque tenía muchas posesiones» (22). Esta es la historia de Occidente. En el último momento, se niega a darlo todo. Se ha rendido ante el sacrificio supremo. Encerrado en su opulencia, ha tenido miedo. Y se ha hundido en la tristeza.

¿Cuáles son las consecuencias de la acedia?

La acedia tiene tres consecuencias que caracterizan a la sociedad occidental contemporánea: el letargo, la acritud y el refugio en el activismo. La desesperanza conduce, en primer lugar, a una especie de parálisis progresiva: como si la vida se negara a desarrollarse y florecer. De esta situación nace

después el rencor, la acritud hacia el bien que uno se ha negado a desear. Y, por último, el refugio en un activismo desordenado, en un mariposeo destinado a olvidar la situación en la que uno se ha encerrado. Como subraya el P. Jean-Charles Nault en su espléndido libro *Le démon de midi*, es algo que afecta a todas las circunstancias de la vida.

Las parejas lo sufren de un modo particular. Cuando los cónyuges se niegan a adentrarse en la dicha del amor conyugal, poco a poco se va instalando entre ellos una especie de rutina. La tacañería en la entrega engendra la cautela y el adormecimiento en el amor. Muchas veces nuestros contemporáneos ni siquiera creen que es posible quererse toda la vida. Están como desengañados. «Demasiado bonito para ser verdad», dicen cuando hablan de fidelidad. Me impresiona hasta qué punto dudan los jóvenes a la hora de casarse. No es cuestión de pereza, sino de falta de esperanza y de confianza en su amor. Pactan con un amor mediocre, renuncian a los grandes deseos. Es la tentación de la tibieza, que genera inevitablemente una acritud y un resentimiento hacia las familias más generosas. Hemos visto cómo se ha desplegado todo un discurso de desprecio por la fidelidad, por la fecundidad. Las parejas, en definitiva, están tentadas de sustituir la dicha que deberían obtener de la entrega mutua por cierto ajeteo, por el mariposeo. Unos van pasando de pareja en pareja; en otros se da una multiplicación de actividades que intentan enmascarar el vacío interior.

Este fenómeno se puede aplicar también a los sacerdotes y los religiosos. Como decía el futuro papa Francisco en su libro *En él solo la esperanza*, «la acedia aparece bajo diversas manifestaciones en nuestra vida de pastores [...]. A veces es la parálisis, donde uno no termina de aceptar el ritmo de la vida. Otras veces es el pastor saltimbanqui que, en su vaivén, muestra su incapacidad de estar en sí fundado en Dios». En todos los casos, negarse a la dicha de entregarse a Dios genera el hastío de la vida cristiana, de sus exigencias, de la oración, y las amargas críticas hacia nuestros hermanos sacerdotes y obispos. Y acaba traducándose en un ajeteo frenético, en los viajes, en una presencia excesiva en Internet y en las redes sociales, que intentan llenar el vacío creado. Esa dispersión aparece para ocultar el temor a admitir la infelicidad y a reconocer la pusilanimidad, la tacañería a la hora de entregarse. No digo que todo esto sea algo consciente. Me limito a constatar las etapas de un proceso. Pero sí quiero subrayar que la acedia es siempre un «síndrome del hombre rico», la reacción de un corazón cansado de entregarse. Llega un momento en que estos hombres se niegan a alegrarse de la llamada de Dios a ir aún más lejos. Las palabras del papa Francisco durante la homilía del domingo 14 de octubre de 2018 en la misa

de canonización de Pablo VI son tajantes: «Jesús es radical. Él lo da todo y lo pide todo: da un amor total y pide un corazón indiviso. También hoy se nos da como pan vivo; ¿podemos darle a cambio las migajas? A él, que se hizo siervo nuestro hasta el punto de ir a la cruz por nosotros, no podemos responderle solo con la observancia de algún precepto. A él, que nos ofrece la vida eterna, no podemos darle un poco de tiempo sobrante. Jesús no se conforma con un “porcentaje de amor”: no podemos amarlo al veinte, al cincuenta o al sesenta por ciento. O todo o nada». En este sentido, la acedia es una auténtica herida en nuestra vida teologal. Es rechazar la alegría que debería dejar la caridad en nosotros. Es la indiferencia a ese don que es Dios mismo. Es un rechazo de la radicalidad de la llamada de Dios.

Creo que no nos damos cuenta de hasta qué punto toda la cultura occidental está marcada por esta desganada indiferencia hacia Dios que engendra tristeza y falta de esperanza. «La admiración es un feliz abandono de uno mismo; la envidia, una desgraciada reivindicación del yo», decía Kierkegaard en *La enfermedad mortal (Tratado de la desesperación)*. No hay mejor manera de describir la situación de Occidente frente a Dios. Creo que el hombre contemporáneo se niega a adorar, a admirar, para no encontrar en nada que no sea él mismo la alegría más honda. El resultado es una soledad envidiosa e infeliz. El mal es tan profundo que puede influir en toda la vida espiritual, apartar de la oración, llevar a despreciar a Dios. Uno se queda paralizado ante este fenómeno que afecta a nuestros medios de reacción antes de que hayamos podido advertir el progreso del mal.

¿Existe algún remedio?

Dice santo Tomás de Aquino que el principal remedio contra la acedia no está en nosotros, sino en Dios: es la Encarnación, la venida de Dios en nuestra carne. Sí: como el cielo nos parece tan lejano y ante la posibilidad de que nos cansemos de buscar a Dios, es Él quien viene a nuestro encuentro para hacer más fácil nuestro deseo de amarle, para hacer palpable el bien que nos ofrece. En este sentido, creo que el momento en el que resulta más fácil luchar contra la acedia es la Navidad. Cuando contemplamos el pesebre, al Niño Jesús que se hace tan cercano, nuestro corazón no puede permanecer en la indiferencia, en la tristeza o en el hastío. Nuestro corazón se abre, se caldea. Los villancicos, las costumbres que rodean esta fiesta están impregnadas de la sencilla alegría de haber sido salvados. Por eso la contemplación de la Encarnación es la fuente de cualquier remedio contra la acedia. De ahí podemos obtener la fuerza para poner por obra

lo que recomiendan los padres del desierto, los primeros monjes de la historia de la Iglesia. Su experiencia se resume en una sola palabra: ¡perseverancia! La perseverancia implica aceptar de antemano la acedia como una prueba. «La tristeza es penosa; la acedia, insoportable. Pero las lágrimas delante de Dios pueden más que ambas», dice Evagrio. El único remedio consiste en el regreso a la oración, que es la energía y la fuerza interiores que nacen de Dios. La ascesis, la mortificación, los actos de penitencia y de renuncia son los humildes y sencillos medios que tenemos para manifestar nuestra perseverancia en el combate espiritual.

Querría subrayar que la perseverancia que permite superar la acedia es alegre. No se trata de un endurecimiento pelagiano de la voluntad. La acedia es una tristeza que no parece tener motivos concretos, porque la realidad es que no nos falta nada. Ataca al propio dinamismo espiritual. Para combatirla no se puede hacer otra cosa que ser fiel al compromiso, perseverar en la oración y evitar cuestionárselo todo. Y lo que debemos conservar por encima de todo es la alegría interior y sobrenatural de sabernos salvados y amados por Dios. «Devuélveme el gozo de tu salvación», dice el salmo 51 (14). Por eso creo que a Occidente le hace falta recuperar el sentido de la acción de gracias. El asombro es lo propio de los niños. A un anciano desencantado no le sorprende nada, nada le maravilla. A veces Occidente se parece a un anciano amargado. Le falta la candidez de los niños. Espiritualmente, los continentes que han recibido más recientemente la Buena Nueva siguen asombrándose, cautivados por la belleza de Dios, de las maravillas de su acción en nosotros. Quizá Occidente esté demasiado acostumbrado a todo eso. Ya no se estremece de alegría ante el pesebre, ya no llora de agradecimiento ante la Cruz, ya no tiembla deslumbrado ante el Santísimo Sacramento. Creo que los hombres tienen necesidad de asombrarse para adorar, para alabar, para dar gracias a un Dios tan bueno y tan grandioso. La sabiduría empieza en el asombro, decía Sócrates. La incapacidad de asombrarse es la señal de una civilización que está muriendo.

¿Se podría hablar de una pérdida de lo sagrado?

Todo lo que está relacionado con Dios es sagrado. Cuanto mayor es la marca del sello divino sobre una realidad, más inspira esta en nosotros los sentimientos que invaden nuestra alma en la presencia de Dios. Esos sentimientos forman lo que llamamos el sentido de lo sagrado. ¿Cómo podríamos describirlos? Por una parte, está el temor del alma que adora, la respetuosa distancia ante una realidad que nos supera; y, por otra, el deseo de acercarnos y participar de esa realidad

fascinante y deseable. Estos dos sentimientos no son contradictorios. Están ordenados el uno al otro.

Para poder participar de las cosas divinas hay que estar dispuesto a reconocerse totalmente indigno de ellas. Si no hay temor ni adoración, no se alcanzan ni el amor ni la unión. Fíjese en el Evangelio, en la experiencia de san Pedro durante la pesca milagrosa (*Lc* 5, 1-11). ¡Qué escena tan maravillosa! Imagine las riberas del lago de Tiberíades de madrugada. Los apóstoles están lavando las redes en la orilla después de haber faenado toda la noche sin pescar nada. Deben de estar agotados, mareados de fatiga y muertos de sueño. Y Jesús pasa. Se sube a una barca para enseñar a la gente y, de repente, le pide a Pedro que guíe mar adentro y eche las redes. Me imagino el cruce de miradas que debió de seguir a aquello, esos segundos de duda en el corazón de Simón Pedro, que era pescador profesional: bien sabía él que era humanamente imposible lograr obtener una pesca productiva después de una noche infructuosa. Podría haber protestado, haber recurrido a su experiencia humana para contradecir a Jesús. Nos consta que el carácter de Pedro no era fácil: podría haber montado en cólera y explicado al Señor que, en materia de peces, el especialista era él. No obstante, decide confiar en el Señor: «Sobre tu palabra echaré las redes» (*ibid.*, 5). Decide renunciar a sus puntos de referencia humanos para apoyarse exclusivamente en la palabra de Jesús. Y entonces las redes se llenan tanto que están a punto de romperse. Pedro ha aceptado adentrarse en la fe y recibe la experiencia concreta de la omnipotencia de Dios. ¿Cuál es su reacción? ¿Se pone a brincar de alegría ante esta manifestación de la gloria divina? ¿Se lanza a alabar la gloria de Dios? No: empieza por postrarse ante Cristo y proclamar: «Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (*ibid.*, 8). Imagine la orilla del lago, con ese encanto suyo tan particular. El decorado es grandioso. La naturaleza forma el espléndido joyero de la que viene a ser la primera enseñanza de nuestro primer papa. Los otros aún siguen desembarcando, pero Pedro está de rodillas delante de Jesús, con la frente pegada al suelo. El jefe de los apóstoles nos enseña el sentido de lo sagrado. Nos demuestra con su ejemplo que el temor santo es la puerta de entrada que nos conduce a la intimidad divina. No se puede acceder a Dios desde un mismo plano. Hay que hacerse pequeño para que Él, gratuitamente, nos admita en su altura infinita.

El tema del sentido de lo sagrado no es únicamente una cuestión de disciplina litúrgica, sino que condiciona la vida espiritual y —me atrevería a decir— la vida mística. Enseñar a los cristianos a desdeñar el sentido de lo sagrado convirtiéndolo en una realidad secundaria equivale a privarlos de la plenitud de

la intimidad con Dios. Los teólogos de la liturgia que menosprecian las manifestaciones de ese sentido de adoración sagrada cargan con una grave responsabilidad espiritual. A mí me impresionan las palabras que dirigió Jesús a santa Catalina de Siena: «Yo soy el que soy; tú eres lo que no es»; cuando lo cierto es que la intimidad entre esta dominica italiana y Jesús era sublime. Por eso podía decir: «Nos hacemos uno con quien es nuestro amigo; no nos hacemos uno con quien es nuestro amo».

Creo que la unión mística más profunda conlleva el sentido de la distancia sagrada y la adoración. No podemos prescindir de las manifestaciones de nuestra pequeñez o de nuestra bajeza ante la majestad divina: son las señales de un alma delicada. Todas las actitudes que conducen a echar mano a Dios destruyen nuestra recta relación con Él e impiden que nazca la intimidad. Me refiero, por ejemplo, a las actitudes desenvueltas durante la liturgia; a esa actitud, tan extendida a veces, de no expresar ningún gesto de adoración en el momento de la comunión eucarística. ¿No deberíamos más bien dejarnos alimentar como niños? La responsabilidad de los sacerdotes en este tema es mucha: tienen que ser ejemplares. ¡En las iglesias de Oriente se sale de la casa de Dios caminando hacia atrás! Y, sin embargo, ¿cuántas iglesias occidentales se utilizan como salas de concierto? Dentro de ellas se habla igual que en cualquier otro sitio, como en una sala de reuniones normal y corriente. El auténtico modelo es Moisés delante de la zarza ardiente. Que no digan que lo importante es la actitud interior: esta solo es real y permanente si se manifiesta con gestos externos y concretos.

En Occidente la desaparición de Dios ha desterrado todo lo que hay de sagrado en la existencia humana. Lo sagrado se ha convertido en una minucia. La ruptura entre el hombre y Dios parece cada vez mayor, hasta el punto de que la desacralización ha dejado de provocar cualquier reacción. Pasamos al lado de cosas de lo más sagradas sin que nos dominen el respeto y el temor que inspiran. Me gustaría destacar una consecuencia imprevista de este fenómeno. Y es que el sentido de lo sagrado encuentra su expresión en todos los umbrales, en todos los límites que rodean y protegen las realidades sagradas: la iglesia, el coro, el altar, el sagrario. Hoy en muchos sitios todo el mundo puede acceder a todo. Se han suprimido los límites simbólicos como las rejas en torno a los presbiterios o las escaleras alrededor del altar. La consecuencia es que todo adopta el aspecto de algo corriente, cuando no profano.

Si eliminamos de nuestra vida la presencia de lo sagrado, creamos un mundo uniforme y carente de relieve, un mundo plano. Nos es indiferente celebrar misa en una iglesia o en una sala de espectáculos. Da lo mismo celebrar sobre un altar

consagrado o sobre una mesa cualquiera. En esas condiciones es imposible vivir la experiencia que describe el salmista: «Me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría y de mi gozo» (*Sal 43*).

En un mundo donde todo ocupa el mismo plano, todo parece igual de triste. Un mundo profano —si no profanado, me atrevería a decir— es un mundo sin alegría. En el fondo, la pérdida del sentido de lo sagrado es motivo de tristeza. ¡Qué maravilla cuando un monaguillo de pocos años se acerca por primera vez al altar! Cuanto más cerca de Dios está, mayor es su alegría. Para eso se ha revestido con las prendas sagradas de sus ministros. Lo sagrado es un bien precioso: es la puerta de entrada por la que accede al mundo la alegría. Nos permite participar de alegrías inmensas. ¿Quién no se ha estremecido en lo más hondo durante la vigilia pascual mientras caminaba detrás del cirio pascual en plena noche? ¿Quién no ha saboreado el gozo espiritual de oír el canto gregoriano de la Salve en un monasterio? El escalofrío de temor que inspira es un estremecimiento de alegría. Las voces de los monjes se unen para proclamar el amor a la Virgen en un canto lento, grave y solemne que expresa con transparencia el verdadero sentido de lo sagrado: un temor gozoso y confiado. Experimentamos literalmente en nuestra carne las palabras de Goethe: «Lo sagrado es lo que une a las almas». Y las une en una honda alegría, añadiría yo.

Hemos perdido esos grandes signos sagrados que deberían conformar la unidad y la alegría del pueblo cristiano. Hoy por hoy vemos cómo los hombres recurren a prácticas mágicas y sagradas que no son más que una caricatura de lo sagrado. Estas conductas demuestran el hambre de gestos sagrados que los clérigos han provocado en los más fieles. ¡Es hora de que recuperemos la sencillez de san Pedro a la orilla del lago!

¿No se ha convertido Dios para el hombre moderno en una minucia en medio de una multitud de ocupaciones y placeres?

Me gustaría empezar refiriéndome a un detalle del mundo moderno que me parece muy sintomático. En muchas librerías las obras de espiritualidad se guardan en las estanterías de «desarrollo personal». Hemos conseguido hacer de Dios un medio para nuestra insignificante autorrealización y nuestra autosatisfacción. ¡Qué manera de invertir las cosas! Creo que esto manifiesta un giro radical de la lógica de la fe. Dios no está a mi servicio. Es cierto que uno solo puede ser feliz por Él y en Él. Creer en Dios no va en contra de nuestra felicidad. Pero hay que poner las cosas en su sitio.

Hemos sido creados para amar, alabar y servir a Dios. Eso dice la primera frase del catecismo que aprendimos de niños. ¡Cuánta sabiduría! Dios no es una ocupación añadida a todas las demás que forman parte de mi vida. Es mi todo. «Solo Dios basta», decía Teresa de Ávila.

Nuestros contemporáneos acuden a las iglesias a ver una obra de arte, y raramente a Dios. Cuando asisten a una celebración eucarística, se pasan casi todo el tiempo haciendo fotos o utilizando el móvil. Dios está ausente de la vida familiar o profesional. Hay pocas familias que se levanten y se acuesten dirigiendo la mirada al cielo. En Occidente Dios se ha convertido en uno de esos ancianos que viven en residencias y que nos olvidamos de visitar. Se tiene que adaptar al empleo que hacemos de nuestro tiempo y a nuestro cansancio. Cuando le dejamos algo de sitio, nos creemos que estamos haciendo mucho. ¡Qué engaño!

No obstante, también conozco familias cristianas que ponen a Dios en el centro de su vida. Su oración en común se hace palpable. En algunas ciudades he visto a muchos fieles participar a diario no solo en la Eucaristía, sino en la oración de las horas. Son familias que han puesto a Dios en el lugar que merece. Construyen su vida sobre el único cimiento sólido. Son la esperanza de la Iglesia.

¿Se podría hablar de un regreso del politeísmo?

Vivimos en un sistema pagano en el que los dioses nacen y mueren en función de nuestros intereses. No queremos un Dios único y verdadero. Y nos fabricamos nuestras propias divinidades.

Nos creamos dioses y nos creamos también profetas y sacerdotes en función de las tendencias del momento. El mundo posmoderno es el reino de los ídolos, de los brujos y de los astrólogos. Sus dioses y su clero son crueles. No les importan nada ni la vida ni la felicidad. Ocultos tras los negros cortinajes de un falso humanismo, están al servicio del capitalismo financiero. Creo que el puesto de honor de este nuevo panteón lo ocupa el ídolo del dinero. Me gustaría recordar unas palabras pronunciadas en París por Benedicto XVI: «Fuera del pueblo de Israel, que había recibido la revelación del Dios único, el mundo antiguo era esclavo del culto a los ídolos. Los errores del paganismo, muy visibles en Corinto, debían ser denunciados porque eran una potente alienación y desviaban al hombre de su verdadero destino. Impedían reconocer que Cristo es

el único y verdadero Salvador, el único que indica al hombre el camino hacia Dios. Este llamamiento a huir de los ídolos sigue siendo válido también hoy. ¿Acaso nuestro mundo contemporáneo no crea sus propios ídolos? ¿No imita, quizá sin saberlo, a los paganos de la antigüedad, desviando al hombre de su verdadero fin de vivir por siempre con Dios? Esta es una cuestión que todo hombre honesto consigo mismo se plantea un día u otro. ¿Qué es lo que importa en mi vida? ¿Qué debo poner en primer lugar? La palabra “ídolo” viene del griego y significa “imagen”, “figura”, “representación”, pero también “espectro”, “fantasma”, “vana apariencia”. El ídolo es un señuelo, pues desvía a quien le sirve de la realidad para encadenarlo al reino de la apariencia. Ahora bien, ¿no es esta una tentación propia de nuestra época, la única sobre la que podemos actuar de forma eficaz? Es la tentación de idolatrar un pasado que ya no existe, olvidando sus carencias, o un futuro que aún no existe, creyendo que el ser humano hará llegar con sus propias fuerzas el reino de la felicidad eterna sobre la tierra. San Pablo dice a los Colosenses que la codicia insaciable es una idolatría (cfr. 3, 5) y recuerda a su discípulo Timoteo que el amor al dinero es la raíz de todos los males. Por entregarse a ella, precisa, muchos, arrastrados por la codicia, “se han apartado de la fe y se han acarreado muchos sufrimientos” (1 Tm 6, 10). El dinero, el afán de tener, de poder e incluso de saber, ¿acaso no desvían al hombre de su verdadero fin, de su auténtica verdad?».

El corazón de muchos cristianos está dividido entre el amor al único Dios verdadero y la veneración al ídolo del dinero. En este sentido son auténticos politeístas. Si solo hay un Dios, todo lo demás es relativo. El amor al dinero se manifiesta en la excesiva inquietud que genera. Veo a muchas personas con un nivel de vida sólido y envidiable preocupadas por la situación de sus cuentas bancarias. Y veo a muchos cristianos de buena posición a los que no les inquieta desprenderse de sus cosas. Las palabras de Jesús son muy claras: «¡Ay de vosotros los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo!» (Lc 6, 24). Creo que el apego a los bienes materiales es como un anestésico que nos impide sentir nuestra hambre de Dios. Uno puede acabar muriendo de hambre espiritual, pero sintiéndose saciado por la abundancia de bienes materiales. La solución ha de ser radical. Así nos lo recuerda Clemente de Alejandría, uno de los Padres de la Iglesia: «Cualquier posesión que uno conserva para sí mismo como bien propio y no la pone al servicio de los necesitados es injusta». Si el sentido de la gratuidad y del servicio no nos llevan a desprendernos de las cosas, estas acabarán asfixiándonos.

¿Cree que las profanaciones simbólicas de nuestra época pueden estar

ligadas a este nuevo reinado del politeísmo?

Las profanaciones se han multiplicado. Hay un sinfín de iglesias profanadas y mancilladas. Unas veces la emprenden con las imágenes de la Virgen; otras, el objetivo es el propio sagrario. Ni siquiera los cementerios son considerados ya espacios sagrados. No se respeta a los muertos: destrozan sus moradas.

Sirviéndose de las realidades sagradas, es siempre a Cristo a quien se ataca; quien recibe el golpe es toda la Iglesia. Cuando se ataca un lugar consagrado al culto divino, es como si se rompiera el corazón de cada cristiano. Los profanadores se ensañan con el Sagrado Sacramento, tratan con odio y con desprecio a Dios Todopoderoso, que se ha hecho pequeño y frágil para salvarnos. Recemos por ellos, para que el odio diabólico ceda el paso en sus almas a un respetuoso temor de Dios y a una adoración agradecida. En realidad, lo que está profanado en lo más hondo es su corazón, habitado por Satanás.

Que no nos sorprenda experimentar el rechazo y el odio. El amor de Dios por los hombres, manifestado en la Natividad, ha desatado la cólera del diablo. Recordemos que el horror de la masacre de los Santos Inocentes vino poco después de la alegría de la Navidad. Cuando Dios revela su ternura y su amor, el demonio responde con una violencia ciega y gratuita. La Iglesia es un signo de contradicción en medio del mundo. Cuanto más predica a Aquel que es «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 4, 6), más molesta es y más rechazo sufre.

La Iglesia recuerda constantemente al mundo lo que el mundo se niega a escuchar: que la Cruz nos ha salvado. La Cruz revela al mismo tiempo el amor infinito de Dios y la insondable miseria del hombre. ¿A quién le puede sorprender que el signo de la Cruz desate tanto odio? «No es el siervo más que su señor. Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán», nos advirtió Jesús (Jn 15, 20). Hoy muchos cristianos del mundo entero son perseguidos en medio del silencio ensordecedor de los medios y la indiferencia cómplice de los poderosos. Consagrados, sacerdotes, religiosos y religiosas son secuestrados y asesinados miserablemente. El demonio solo se manifiesta a través del odio. No construye nada: destruye. Su nombre es la nada.

Usted menciona con mucha frecuencia los signos del demonio...

La señal de Satanás es la división. Hoy existen graves conflictos en el seno del clero. El demonio se frota las manos. Le entusiasma dividir a la Iglesia. Lo que el príncipe de las tinieblas desea por encima de todo es crear oposición entre

nosotros. Nos tiende una trampa terrible convirtiendo en mediática la declaración episcopal más insignificante. Todo el mundo está obligado a tomar partido, a elegir su campo. ¡Y en la Iglesia no hay partidos! ¡No hay campos! Los sínodos no son asambleas políticas. ¿Todos los cristianos tienen que juzgarlo todo? ¿Tienen que opinar sobre todo? Esta politización —a veces frenética— de lo que debería ser un debate pacífico entre teólogos que aman al mismo Dios es la señal del demonio, que nos lleva a su terreno. Nos arrastra al odio, a las invectivas, a la manipulación y al cálculo maquiavélico. ¿Hay que renunciar a denunciar el error? ¡Por supuesto que no! Pero debemos denunciarlo con un espíritu católico, es decir, sobrenatural y bienintencionado.

Cuando la barca de la Iglesia atraviesa una tempestad, el demonio intenta desasosegarnos. Siembra la inquietud. Destila la duda y la sospecha. Para compensar esa inquietud, se busca un chivo expiatorio. Con el convencimiento de estar defendiendo el bien, se obra en servicio del odio. Entonces el demonio estalla en frías carcajadas: los hijos de Dios se están destrozando entre ellos. El espíritu de fe y de caridad queda cubierto por la gélida niebla de la desconfianza y la mentira. Escuchemos las palabras de Jesús en medio de la tormenta: «¿Por qué os asustáis, hombres de poca fe?» (*Mt* 8, 26). Si Jesús está en la barca con nosotros, aunque parezca dormido, no corremos peligro. La paz y la alegría son las señales de Dios; el miedo y la tristeza, los atributos del infierno.

Al demonio le gusta también servirse de la confusión. «La táctica del demonio consiste en proponernos lo “razonable”. Sí, es el príncipe de la tibieza, el rey del término medio. Su objetivo no es hacernos caer en errores concretos, sino dejarnos en la imprecisión. Porque con ideas imprecisas es imposible arriesgarse y, en consecuencia, ser santo», decía el padre dominico Marie-Dominique Molinié.

El demonio intenta hacernos creer que el pecado carece de importancia y que podemos quebrantar la ley de Dios sin inquietarnos demasiado. Satanás nubla la idea que deberíamos tener de las relaciones de Dios con los hombres. Nos engaña y nos tranquiliza para que el reino del pecado extienda su oscuridad. Pero nosotros conocemos las hermosas palabras del salmo: «Dichoso el hombre que pone en el Señor su confianza» (*Sal* 40, 5). Para el creyente, fuera de Dios cualquier verdad es parcial y limitada.

El demonio quiere hacer pedazos la Iglesia atacando en primer lugar al sacerdocio. Satanás pretende destruir a los sacerdotes y la enseñanza de la doctrina. Aborrece la liturgia, los sacramentos y la sucesión apostólica. Con su

intento de hacer presa de las personas consagradas quiere ridiculizar a la Iglesia. Teme a los sacerdotes porque son los ministros de la misericordia. Sabe que él será vencido por la misericordia. Procura infundir en los sacerdotes la tibieza y la duda. Procura ganarse el corazón de algunos y arrastrarlos a la renuncia a la castidad. Y lo que es peor: a algunos sacerdotes los ha empujado a profanar el cuerpo de los niños. ¿Quién no es capaz de ver la obra de Satanás en las vidas de los sacerdotes y los obispos que se han convertido en depredadores que difunden el mal y la muerte espiritual en torno a ellos? ¿Quién no es capaz de entender que, embistiendo a la vez contra los sacerdotes y los niños, el demonio manifiesta su odio hacia dos reflejos de la bondad de Dios?

El discurso que el cardenal Karol Wojtyla dirigió a los obispos norteamericanos en agosto de 1976 contenía una extraordinaria carga profética: «Estamos ahora ante la confrontación histórica más grande que los siglos jamás han conocido. Estamos ante la lucha final entre la Iglesia y la anti-Iglesia; entre el Evangelio y el anti-Evangelio. No creo que el ancho círculo de la Iglesia estadounidense ni el extenso círculo de la Iglesia universal se den clara cuenta de ello. Pero es una lucha que descansa dentro de los planes de la Divina Providencia, y es un reto que la Iglesia entera tiene que aceptar». Y continuaba su reflexión en un discurso pronunciado en Fulda en noviembre de 1980: «Debemos estar preparados para afrontar grandes pruebas inminentes, que podrían exigir también el sacrificio de la propia vida por Cristo. Las pruebas podrían ser atenuadas por medio de sus oraciones y de las nuestras, pero (ya) no podrán evitarse, porque solamente por este medio podrá llevarse a cabo una verdadera renovación de la Iglesia, tal como ya ha ocurrido muchas veces en que la Iglesia surgió de nuevo por medio de la sangre».

A lo largo de los últimos decenios, la actividad de los papas ha consistido básicamente en repeler los asaltos del demonio ofreciendo al mundo una enseñanza espiritual, doctrinal y moral clara y fiel a la tradición de la Iglesia. Su intención ha sido la de ofrecer al pueblo de Dios un alimento saludable que les infunda fuerzas para el combate que hay que librar hoy. Aun así, creo que no debemos temer al demonio: es ruidoso, se mueve; pero cuanto hace es inútil. Porque el bien no hace ruido. Construye con paciencia y con perseverancia. El demonio tenía tanto miedo del cura de Ars que intentaba impedirle dormir. Los santos hacen temblar al demonio: por eso él procura tapar su obra silenciosa y discreta con sus gritos y sus muecas. No caigamos en el juego de este patético mentiroso.

«Nada podemos contra la verdad», dice el apóstol Pablo en sus cartas a los corintios...

En efecto, la segunda carta de san Pablo a los corintios contiene estas espléndidas palabras: «Nada podemos contra la verdad, sino en favor de la verdad» (2 Co 13, 8). Esta frase de san Pablo expresa la absoluta primacía de la verdad y nos remite al dramático diálogo entre Pilato y Jesús. Pilato es un hombre poderoso. No comprende quién es Jesús, ese rey que aparentemente carece de poder humano. Jesús intenta hacerle entender que el poder dominador no es nada al lado de la verdad. Entonces Pilato se refugia en la duda. Le da miedo la verdad. Nuestro mundo es como Pilato. Sabe que la verdad amenaza con hundir su imperio y se oculta detrás de la pregunta: ¿qué es la verdad?, y asegura que no puede haber una respuesta. En el debate político o jurídico el tema de la verdad es tabú. Se quiere ignorar el hecho de que la verdad sí es reconocible. «La verdad llega a ser reconocible si Dios es reconocible. Él se da a conocer en Jesucristo. En Cristo, ha entrado en el mundo y, con ello, ha plantado el criterio de la verdad en medio de la historia. Externamente, la verdad resulta impotente en el mundo, del mismo modo que Cristo está sin poder según los criterios del mundo: no tiene legiones. Es crucificado. Pero precisamente así, en la falta total de poder, Él es poderoso, y solo así la verdad se convierte siempre de nuevo en poder», escribía Benedicto XVI en *Jesús de Nazaret*. Y continuaba así: «La realeza anunciada por Jesús en las parábolas y, finalmente, de manera completamente abierta ante el juez terreno, es precisamente el reinado de la verdad. Lo que importa es el establecimiento de este reinado como verdadera liberación del hombre».

Solo la verdad tiene poder por sí misma. No le hace falta apoyarse en la fuerza de las armas o el dinero. Nuestro mundo se tapa la cara delante de la verdad: no quiere verla. Muchos hombres de nuestro tiempo se tensionan y retroceden con desdén en cuanto se hace mención de la verdad o se habla de una verdad objetiva que nos precede. La consideran sinónimo de dogmatismo e intolerancia, y contraria al progreso. No obstante, la verdad es luz, es una realidad irrefutable y liberadora. La verdad es indestructible porque procede de Dios: es un rostro de Dios.

¿Puede ser que en el origen de todas estas crisis esté una crisis de la teología moral?

Efectivamente, el campo de la teología moral se ha convertido en un ámbito

de tensiones entre los teólogos. Muchos recusan la obediencia al Magisterio de la Iglesia en este dominio. Desgraciadamente, esto trae consecuencias directas para el pueblo cristiano.

Mientras que la teología dogmática nos enseña lo que Dios ha revelado y lo que se puede deducir mediante la razón iluminada por la fe, la teología moral se propone mostrarnos lo que debemos hacer. En *L'Église* el cardenal Garrone se lamentaba así: «Los teólogos [...] presentan tendencia a erigirse en árbitros de las situaciones y a entender su vocación como un auténtico Magisterio del que el Magisterio de los obispos solo sería un eco fiel». Tanto los principios de la teología moral fundamental como las virtudes sobrenaturales —especialmente la de la religión— y la ley natural o el decálogo, en particular la justicia y la castidad, sufren maltrato.

La crisis de la teología moral fundamental nace del eclipse del sentido del bien. La moral no pretende imponernos una ley restrictiva desde fuera, sino que nos indica el camino hacia nuestro bien. El bien consiste fundamentalmente en la verdad de lo que somos. Por eso es falso decir que la Iglesia impone un lastre, una carga demasiado pesada que recae sobre la libertad de los cristianos. Lo que hace la Iglesia es indicar el camino de la felicidad plena y de la verdadera libertad.

De una falsa noción del bien, sustituido por el deber, se desprenden teorías erróneas como el consecuencialismo, un sistema según el cual no hay nada bueno o malo en sí mismo: la bondad de un acto depende únicamente de su fin y de sus previsibles consecuencias. Entonces el fin justifica los medios. Existe una versión americana del consecuencialismo moderado, el proporcionalismo, en el que la moralidad de una acción deriva del cálculo de la proporción de bien y mal que el individuo considere que dicha acción implica.

A propósito de estas construcciones intelectuales, Juan Pablo II comenta que «a lo que la ley moral prescribe se contraponen las llamadas situaciones concretas, no considerando ya, en definitiva, que la ley de Dios es siempre el único verdadero bien del hombre» (*Veritatis splendor*, 81).

¿Cómo se puede pretender que, en determinadas situaciones, una actitud que contradice la verdad más honda del ser humano se convierte en buena o necesaria? ¡Es imposible! «Las circunstancias o las intenciones nunca podrán transformar un acto intrínsecamente deshonesto por su objeto en un acto subjetivamente honesto o justificable como elección» (*Veritatis splendor*, 81).

No existe, por lo tanto, ninguna situación en la que sea imposible aplicar la norma moral. De hecho, esto implicaría que el Creador se contradice y nos pide que vayamos en contra del orden inteligente que él mismo ha inscrito en la creación. De aquí se deriva un importante reto pastoral. No se puede oponer la verdad de la ley a realizaciones prácticas contrarias a ella. La afirmación de una gradualidad de la ley en materia de preceptos negativos que prohíben actos intrínsecamente malos es un error que se ha convertido en moneda corriente. La pastoral práctica y la verdad universal de la ley moral no se pueden contradecir. La pastoral concreta supone siempre la búsqueda de los medios más adecuados para poner por obra la enseñanza universal, y nunca para derogarla.

Creo que el verdadero origen de la crisis de la teología moral es el miedo que se ha apoderado del corazón del clero. Nos da miedo que nos tomen por crueles inquisidores. No queremos ser impopulares a los ojos del mundo. No obstante, como nos recordaba Pablo VI, que vivió esta experiencia con motivo de la contracepción, «no menoscabar en nada la saludable doctrina de Cristo es una forma de caridad eminente hacia las almas» (*Humanae vitae*, 29).

Queridos hermanos míos sacerdotes: ¡anunciar la Buena Nueva del Evangelio es nuestro deber de padres, de guías y de pastores! Los silencios, las incertidumbres o las ambigüedades por nuestra parte traen como consecuencia el eclipse de la verdad humana y cristiana, la privación de esa verdad a los fieles más sencillos. Por amor pastoral hacia ellos, por celo misionero, por generosidad en la evangelización, no tengáis miedo de predicar y anunciar esta Buena Nueva. Pablo VI nos dejó un buen ejemplo de caridad pastoral: ¡no temamos imitarle! Nuestro silencio sería cómplice y culpable.

¡No abandonemos a los cristianos a merced de las engañosas sirenas de lo fácil! Y tengamos en cuenta que nuestro celibato es una garantía de credibilidad. Si vivimos realmente el gozo de una vida entregada en una continencia total por el Reino, podemos predicar el gozo de una vida cristiana exigente. Por supuesto, cuanto más enérgica sea nuestra predicación, con más paciencia y bondad acompañaremos a la gente, igual que el Señor, que se mostró intransigente con el mal y misericordioso con los pecadores.

La fe no es un grito descontrolado, ni un acto político, ni una estrategia mediática de comunicación. La fe es participaron en la vida divina misma.

¿Están, pues, en crisis la virtud de la religión, la liturgia y los sacramentos?

No creo que sea exagerado afirmar que la Iglesia atraviesa la crisis del sacramento y del sacrificio de la Eucaristía más grave de su historia. El *aggiornamento* de la liturgia no ha traído consigo los frutos esperados. Es imprescindible redoblar los esfuerzos por eliminar todos los aspectos folclóricos que convierten las Eucaristías en espectáculo. En la celebración de la misa las invenciones más increíbles han hecho palidecer el misterio pascual. Se ha extendido una música ajena a la misa. Ha habido incluso misas «temáticas». El respeto de las normas litúrgicas no ha contado con una protección suficiente. La fidelidad implica también el respeto a las normas litúrgicas promulgadas por la autoridad eclesiástica y excluye tanto las innovaciones arbitrarias y descontroladas como el terco rechazo de lo que está legítimamente previsto e integrado en los ritos sagrados.

Joseph Ratzinger tenía mucha razón cuando decía en su *Informe sobre la fe*: «Es preciso oponerse, más decididamente de lo que se ha hecho hasta el presente, a la vulgaridad racionalista, a los discursos aproximativos, al infantilismo pastoral, que degradan la liturgia católica a un rango de tertulia de café [...]. También las reformas que ya han sido llevadas a la práctica, especialmente las que se refieren al ritual, deben ser examinadas de nuevo bajo estos puntos de vista».

Por otra parte, a partir de los años 60, junto a la inmutabilidad hierática de la liturgia, se perdieron algunas de sus riquezas, como, por ejemplo, la unidad geográfica e histórica garantizada por el latín como lengua litúrgica, por los ritos transmitidos, por la belleza del arte y de la solemnidad que los acompañaba. La desaparición de la unidad lingüística en la liturgia en favor de las lenguas vernáculos es, a mi entender, un posible factor de división. ¿No es cierto que fueron algunos errores de comprensión lingüística entre griegos y latinos los que originaron el cisma de las Iglesias cristianas de Oriente y Occidente?

El Vaticano II pide expresamente que se preserve la lengua latina. ¿Hemos sido fieles al concilio? El empleo del latín en determinadas partes de la misa puede ayudar a recuperar la esencia más profunda de la liturgia: una realidad fundamentalmente mística y contemplativa que escapa a nuestra acción humana y que, no obstante, supone por nuestra parte una apertura al misterio celebrado. La constitución conciliar sobre la liturgia recomienda una plena comprensión de los ritos y prescribe que «los fieles sean capaces también de recitar o cantar juntos en latín las partes del ordinario de la Misa que les corresponde». De hecho, la comprensión de los ritos no consiste en la obra de una razón humana

que tiene que captarlo todo, entenderlo todo, controlarlo todo por sí sola. Pero ¿tendremos el valor de secundar en esto al concilio? Animo a los sacerdotes más jóvenes a atreverse a prescindir de las ideologías de los fabricantes de liturgias horizontales y retomar las directrices del *Sacrosanctum Concilium*. Que vuestras celebraciones litúrgicas muevan a los hombres a encontrarse cara a cara con Dios y a adorarle; y que ese encuentro los transforme y los divinice. Como nos enseña el concilio, «la sagrada liturgia es principalmente culto de la Divina Majestad»: nos sitúa delante del misterio de la trascendencia divina. Solo tiene valor pedagógico en la medida en que está enteramente ordenada a la glorificación de Dios y al culto divino: Cristo «no ha abolido lo sagrado, sino que lo ha llevado a cumplimiento, inaugurando un nuevo culto, que sí es plenamente espiritual pero que, sin embargo, mientras estamos en camino en el tiempo, se sirve todavía de signos y ritos», afirmaba Benedicto XVI en junio de 2012 en una homilía pronunciada en la fiesta del *Corpus Christi*.

Creo que es importante salvaguardar las riquezas de la liturgia que nos ha transmitido la mejor tradición de la Iglesia. En particular, la orientación del altar, que compartimos con la mayoría de las Iglesias de Oriente, estén o no unidas a Roma. Ya he tenido ocasión de insistir en la importancia de este punto: se trata de saber hacia quién queremos mirar y caminar. ¿Queremos mirar hacia el Señor que viene glorioso de Oriente? «Cuando la mirada sobre Dios no es determinante, todo lo demás pierde su orientación», dice Benedicto XVI en el prólogo a la versión en alemán de sus *Obras completas sobre la liturgia*. Y a la inversa: cuando nuestro corazón y nuestro cuerpo pierden la orientación hacia Dios, ya no es Él quien nos determina; literalmente, perdemos el sentido de la liturgia. Orientarse hacia Dios es ante todo una realidad interior, una conversión de nuestra alma hacia el Dios único. La liturgia debe obrar en nosotros esa conversión hacia el Señor, que es el Camino, la Verdad y la Vida; y se vale para ello de signos y medios sencillos. Entre otros, de la celebración *ad orientem*, uno de los tesoros del pueblo cristiano que nos permite conservar el espíritu de la liturgia. La celebración cara a Oriente no debe convertirse en la expresión de una actitud partidista y polémica, sino en la expresión del movimiento más íntimo y esencial de cualquier liturgia: el de volvernos hacia el Señor.

La liturgia se ha transformado a veces en un campo de batalla, en un espacio de enfrentamiento entre los defensores del misal preconiliar y los defensores del misal nacido de la reforma de 1969. El sacramento del amor y la unidad, el sacramento que permite a Dios convertirse en nuestro alimento y nuestra vida, que le permite divinizarnos morando en nosotros y nosotros en Él, se convirtió

en motivo de odio y conflictos. El motu proprio *Summorum pontificum* de Benedicto XVI puso fin definitivamente a esta situación. En la carta que dirigió el 7 de julio de 2007 a los obispos, el papa Benedicto afirmaba con toda su autoridad magisterial: «No es apropiado hablar de estas dos redacciones del misal romano como si fueran “dos ritos”. Se trata, más bien, de un doble uso del mismo y único rito».

El papa no dio la razón a ninguno de los combatientes de la guerra litúrgica. El hecho de que la forma extraordinaria del rito romano que estuvo en uso antes de las reformas de 1969 fuese uno de los caballos de batalla de monseñor Marcel Lefebvre no es razón para despreciarla. Los discípulos de monseñor Lefebvre no han sido los únicos en valorar la posibilidad de celebrar el culto siguiendo la forma extraordinaria o, en cualquier caso, en sentirse dolidos por el modo en que la misa ha quedado degradada en muchas celebraciones.

«La liturgia es entrar en el misterio de Dios; dejarnos llevar al misterio y estar en el misterio», decía el papa Francisco el 14 de febrero de 2019. Y la forma extraordinaria es un medio excelente para ello: ¡no la convirtamos en motivo de división! El empleo de la forma extraordinaria forma parte integral del patrimonio vivo de la Iglesia católica: no es un objeto de museo ni un testimonio de un pasado glorioso y superado. ¡Está llamada a ser fecunda para los cristianos de hoy en día! Al mismo tiempo, sería deseable que quienes utilizan el misal antiguo observaran los criterios esenciales de la constitución conciliar sobre la liturgia. Es indispensable que sus celebraciones integren una noción adecuada de la participación de los fieles asistentes.

Juan Pablo II y Benedicto XVI tuvieron razón al conceder un lugar a este antiguo rito de la Iglesia, siempre que los asistentes respeten las condiciones de adhesión al Magisterio especificadas reiteradamente y no se nieguen por principio a celebrar con los nuevos libros litúrgicos.

Hay que alentar encarecidamente la posibilidad de celebrar según el antiguo misal romano como signo de la identidad permanente de la Iglesia. Porque lo que fue hasta 1969 la liturgia de la Iglesia, lo más sagrado para todos nosotros, no se pudo convertir a partir de esa fecha en lo más reprobable. Es preciso reconocer que lo que era fundamental en 1969 sigue siéndolo hoy: es una misma sacralidad, una misma liturgia. Yo invito de todo corazón a llevar a cabo con el espíritu pastoral del papa Francisco la reconciliación litúrgica enseñada por el papa Benedicto. La liturgia no puede convertirse jamás en el estandarte de un partido. Para algunos, la expresión «reforma de la reforma» ha pasado a ser

sinónimo de dominio de un partido sobre otro. Yo prefiero hablar de reconciliación litúrgica. ¡Dentro de la Iglesia el cristiano no tiene enemigos! Como escribía el cardenal Ratzinger en su libro *Servidor de vuestra alegría*, «debemos recuperar el sentido de lo sagrado, el valor para distinguir lo que es cristiano de lo que no lo es; no para crear barreras, sino para transformar, para ser verdaderamente dinámicos».

Se trata, más que de una «reforma de la reforma», de una reforma de los corazones, de una reconciliación de las dos formas del mismo rito, de un enriquecimiento mutuo. La liturgia tiene que reconciliarse consigo misma, con su ser más profundo.

Iluminados por la enseñanza del *motu proprio* de Benedicto XVI, confortados por la audacia del papa Francisco, es hora de culminar este proceso de reconciliación de la liturgia consigo misma. Sería una magnífica señal que, en una próxima edición del misal romano reformado, se pudiera incluir un anexo con las oraciones al pie del altar de la forma extraordinaria —quizá en una versión simplificada y adaptada— y con las oraciones del ofertorio, que contienen una maravillosa epiclesis que completa el canon romano. Así quedaría por fin de manifiesto que las dos formas litúrgicas se iluminan mutuamente, en la continuidad y sin oposición. Y le devolveríamos al pueblo de Dios un bien al que está estrechamente vinculado.

En su *Informe sobre la fe* el cardenal Ratzinger escribe que la participación activa en la liturgia es un «concepto nobilísimo [que] ha sufrido una restricción fatal en las interpretaciones posconciliares. Se ha llegado a creer que solo se daba “participación activa” allí donde tenía lugar una actividad exterior, verificable: discursos, palabras, cánticos, homilías, lecturas, estrechamiento de manos [...]. Pero se ha olvidado que el Concilio, por *actuosa participatio*, entiende también el silencio, que permite una participación verdaderamente profunda y personal, abriéndonos a la escucha interior de la Palabra del Señor. Ahora bien, en ciertos ritos no ha quedado ni rastro de este silencio». La música sagrada, pese a los elogios del Vaticano II, ha sido desbancada por una «“música al uso”, cancioncillas, melodías fáciles, cosas corrientes [...]. La experiencia ha demostrado que el atenerse únicamente a la categoría de lo “comprensible para todos” no ha conseguido que la liturgia fuera verdaderamente más comprensible, más abierta, sino más pobre».

Hemos de cuidar cada vez más la sagrada liturgia, porque su renovación es la condición esencial del futuro de la Iglesia. Para demostrar la importancia de la

liturgia en la vida de la Iglesia, Benedicto XVI actuaba de un modo muy concreto: en sus celebraciones Dios siempre ocupaba el centro. De hecho, la liturgia tiene que llevarnos a experimentar la centralidad de la Cruz. La teología de la Cruz es la premisa y el fundamento de la teología eucarística. Cuando tantos hombres de Iglesia insistían en la necesidad de reformas en las estructuras o en la administración, el papa Benedicto XVI nos reorientó hacia lo esencial: ¡Dios! Se atrevió a denunciar con audacia el peligro de una Iglesia satisfecha de sí misma, instalada en el mundo, autosuficiente y adaptada a los criterios seculares; una Iglesia que con demasiada frecuencia da más importancia a la organización y a la institucionalización que a su llamada a la apertura a Dios. Para cumplir con su verdadera misión, la Iglesia tiene que volver a hacer el esfuerzo de despojarse de su «mundanidad» para abrirse a Dios.

Es importante también comprender mejor el santo sacrificio de la misa, es decir, el sacrificio de la cruz, el único sacrificio de la Nueva Ley, que se hace sacramentalmente presente sobre nuestros altares. No se trata de un banquete de ágape en el que la comunión es obligatoria y necesaria, sino, por encima de todo, del sacrificio de Cristo.

Este sacrificio no se debe reducir a la comunión sacramental de los fieles que, por otra parte, exige el estado de gracia de quien comulga, como ha tenido que recordar reiteradamente la Santa Sede en consonancia con el concilio de Trento. Por desgracia, y pese a la importancia de este punto, da la impresión de que hemos prescindido de pedir a los fieles cristianos que se examinen antes de acercarse al Cuerpo de Cristo. Por otra parte, es claramente constatable que en la misa vespertina en recuerdo de la Cena del Señor del jueves santo, así como en la fiesta de la solemnidad del Santísimo Sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo, la lectura de la primera carta a los corintios, desgraciadamente, omite los versículos del 27 al 29 del capítulo 11, que constituyen de algún modo la conclusión de la enseñanza de san Pablo: «Así pues, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese, por tanto, cada uno a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz; porque el que come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propia condenación» (1 Co 11, 27-29). En las grandes concentraciones eucarísticas conviene recordar que solo pueden comulgar los cristianos en estado de gracia. Urge detener la profanación que supone distribuir la comunión entre los turistas no cristianos que están de paso y que a veces se llevan la hostia consagrada como si se tratara de un *souvenir*.

Es igual de urgente fomentar en los fieles los gestos hacia la Eucaristía, aun

cuando se haya extendido la costumbre de comulgar en la mano, y evitar el abuso de permitir que distribuyan la comunión ministros extraordinarios laicos cuando hay sacerdotes suficientes para garantizar ese servicio.

Tampoco se debe reducir la piedad de los fieles exclusivamente a la Eucaristía, es decir, a la liturgia: la piedad popular tiene su propio papel, especialmente la adoración eucarística —también fuera de la misa—, el vía crucis y el rosario. La piedad popular, si se depura y se despoja de cierto folclore que la desfigura, puede convertirse en una experiencia mística y en ocasión de un verdadero encuentro con el Señor.

Volvamos a la crisis que usted considera la matriz de todas las demás crisis: la del sacramento del orden y la vida consagrada...

Es incuestionable que la crisis tuvo su primera manifestación con anterioridad al Concilio Vaticano II en el ámbito del discernimiento de las vocaciones sacerdotales. Por otra parte, para discernir la idoneidad de los sujetos se recurrió indebidamente a los métodos del psicoanálisis. De ahí que la Santa Sede estableciera criterios de discernimiento inflexibles, es decir, imperativos, también en cuanto al uso de la psicología.

La crisis continuó con la disminución de vocaciones. En este sentido, querría recordar las graves palabras del cardenal Gabriel-Marie Garrone en su libro *L'Église*: «Salvo rarísimas excepciones, esta crisis es universal. En algunas zonas del mundo adquiere hoy un tinte tan grave que todo apunta a una posible extinción a corto plazo del sacerdocio [...]. Todos los que hoy quieren romper con las directrices aun moderadas del concilio no tardan en darse cuenta de que se han extraviado y que la desaparición de los elementos que el concilio consideraba indispensables ha creado un vacío total».

Después del concilio, los dicasterios romanos, y especialmente la Congregación para la educación católica, los seminarios y las universidades pontificias, publicaron documentos sobre cada uno de los diferentes aspectos del contenido de la formación de los futuros sacerdotes en materia de filosofía, teología, Sagradas Escrituras, patrología, liturgia, historia de la Iglesia, espiritualidad y preparación al celibato.

La principal manifestación de esta crisis concierne a la identidad sacerdotal. Las cifras hablan por sí solas. Según *Fides*, la agencia internacional de la Congregación para la evangelización de los pueblos, en 2017 Europa perdió

240.000 católicos y 2.583 sacerdotes.

Algunos proponen una reforma de las estructuras y un rechazo del clericalismo por considerarlo el origen de todos los males. Yo creo que la crisis es más profunda: afecta a la propia identidad sacerdotal. Los sacerdotes ya no saben quiénes son en este mundo. Los negros nubarrones del malestar, la depresión y el suicidio, y de unas faltas morales sumamente graves, apuntan a un horizonte funesto. Sí, la crisis sacerdotal es muy profunda y deriva directamente de la crisis de fe que ha quebrado la confianza de los hombres de Iglesia en su propia identidad, hasta el punto de dudar de la importancia y la especificidad de su papel. En *L'Église* escribía el cardenal Garrone: «Uno de los errores más graves de hoy día es el de considerar el problema teológico del sacerdocio como un problema completamente nuevo que hay que abordar desde la base [...]. El perfil del sacerdote se difumina. Pierde conciencia de sí mismo y los fieles que le necesitan ya no encuentran en él el apoyo indispensable que precisan tanto para su fe como para su vida». Esto repercute en las vocaciones: «¿Cómo se les va a ocurrir y cómo se van a atrever los sacerdotes a orientar hacia el seminario y el sacerdocio cuando el estado de su alma es incierto y dudan —como suele decirse— de “su propia identidad”?».

La tendencia de los sacerdotes a considerarse representantes de la comunidad ha ido creciendo progresivamente, como si la Iglesia fuese una democracia. Ya no tienen una idea precisa de la función trascendental del sacerdote.

En la misa la diferencia entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común bautismal se ha ido desdibujando, en buena medida por la falta de separación de los espacios litúrgicos. Algunos teólogos han sugerido que, en caso de necesidad, la comunidad de fieles podría celebrar misa sin sacerdote.

En cuanto a los obispos, su oficio de derecho divino encuentra trabas en parte por la burocracia de las conferencias episcopales y corren el riesgo de perder su responsabilidad inalienable y personal de «maestros de la fe». Hay que recuperar el equilibrio entre esta responsabilidad y la verdadera noción de colegialidad según las enseñanzas del Vaticano II. Las conferencias episcopales nacionales son útiles en la práctica, pero su deber no consiste en hablar de la misión magisterial; no deben olvidar que la verdad no es una cuestión de votos, y mucho menos de cantidad de textos publicados.

Los religiosos han sufrido mucho el azote de la crisis. Las palabras recogidas en *L'Église* por el cardenal Garrone son estremecedoras: «Los religiosos no se

han librado de las disputas: de hecho, han encabezado las filas de los contestatarios. Muchos de ellos se han unido a los más “iracundos”. El fenómeno ha afectado incluso a las órdenes más importantes que, dados su tradición y sus principios, aparentemente deberían haberse mantenido al margen de la tormenta. Se ha cuestionado lo que parecía formar parte de la esencia de la condición religiosa. La oración y sus exigencias. Los votos y, por extraño que parezca, todos los votos: desde la obediencia hasta la castidad. En todos los espectáculos de dolorosas hemorragias que ha dado la Iglesia, los que las han sufrido más han sido los religiosos; y en su caso el mal ha sido más difícil de atajar que en otros casos».

Conmocionadas por el posconcilio, las grandes órdenes religiosas —que son las columnas tradicionales y siempre necesarias de la Iglesia— se han tambaleado, vaciadas por graves hemorragias y por la crisis de las vocaciones. Un gran número de religiosos ha intentado remediarlo proyectándose hacia el exterior y buscando la «liberación» en la sociedad y en la política. Muchas religiosas, en cambio, parecen buscar esa misma liberación en la psicología profunda. Quizá sin darse cuenta de las razones, a las religiosas les desagrada vivir en una Iglesia en la que el cristianismo se reduce a la ideología de la acción, según esa eclesiología impregnada de dura masculinidad que se ofrece —y tal vez también se considera— como más cercana a las mujeres y a sus exigencias «modernas».

Muchas veces los religiosos han confundido «renovación» y «comodidad». El abandono del hábito religioso, así como la sustitución del oficio nocturno por vigiliarias comunitarias, resultan lamentables. Se ha llegado a cuestionar incluso la pobreza religiosa y, de un modo más general, la utilidad de los votos. No obstante, la Iglesia necesita la vida religiosa, que le recuerda incesantemente la radicalidad del Evangelio.

SEGUNDA PARTE

EL HOMBRE DEGRADADO

El mundo moderno envilece.
Envilece la ciudad; envilece al hombre.
Envilece el amor; envilece a la mujer.
Envilece la raza, envilece al niño.
Envilece la nación: envilece la familia.
Ha logrado envilecer lo que quizá
es más difícil de envilecer en el mundo:
envilece la muerte.

Charles Péguy
Cuadernos de la Quincena.
IX, 1; 6 de octubre de 1908

5 EL ODIO AL HOMBRE

NICOLAS DIAT: *En muchos debates contemporáneos vemos cómo sale a relucir la idea de un menosprecio de la filiación, piedra angular del odio moderno al hombre. ¿Cuál es su opinión a este respecto?*

CARDENAL ROBERT SARAH: Me gustaría remontarme al origen de ese odio que los hombres modernos parecen profesarse tanto a sí mismos como a su propia naturaleza. En la raíz de este proceso escondido está el miedo. Han convencido a nuestros contemporáneos de que para ser libre no se puede depender de nadie. Y es un error funesto.

La desconfianza que muestra la modernidad hacia cualquier dependencia es la explicación de muchos males; y, por desgracia, aún no ha acabado de desplegar sus perniciosos efectos. Si el hecho de depender de otro se percibe como una negación de la libertad, toda relación auténtica y duradera se considera peligrosa. Los otros se convierten en un enemigo potencial. El hombre libre solo puede ser un hombre radicalmente autónomo e independiente, un hombre solitario, sin vínculo alguno. Vive encerrado en sí mismo. Por eso, a ojos de nuestros contemporáneos la dependencia de un padre y de una madre supone un obstáculo para la plenitud de la libertad. No elegimos a los padres: los recibimos. Esta experiencia básica le resulta insoportable al hombre contemporáneo, que querría ser la única causa de todo lo que le ocurre y de todo lo que es. Piensa que el hecho de recibir es contrario a su dignidad. La educación que recibimos de nuestros padres se ve como una ofensa a una libertad concebida como autocreadora. Con más razón aún, la idea de recibir de un Dios creador nuestra naturaleza de hombres y mujeres pasa a ser humillante y alienante. De esta lógica se deriva la necesidad de negar incluso la noción de naturaleza humana o la realidad de un sexo que no nace de una elección.

Creo que ha llegado el momento de liberar al hombre de este odio hacia todo lo que ha recibido. Para ello es preciso descubrir la verdadera naturaleza de nuestra libertad, que se desarrolla y se fortalece si se acepta la dependencia por amor. De hecho, todo amor crea una relación que es un vínculo, un don, una

libre dependencia del objeto de nuestro amor.

El rechazo fundamental de cualquier vínculo, de cualquier filiación, no hace sino replicar lo que en el libro del Génesis se describe como el pecado original: «¿Cuál es el cuadro que se nos presenta en esta página?», se preguntaba Benedicto XVI en un discurso el 8 de diciembre de 2005. «El hombre no se fía de Dios. Tentado por las palabras de la serpiente, abriga la sospecha de que Dios, en definitiva, le quita algo de su vida, que Dios es un competidor que limita nuestra libertad, y que solo seremos plenamente seres humanos cuando lo dejemos de lado; es decir, que solo de este modo podemos realizar plenamente nuestra libertad. El hombre vive con la sospecha de que el amor de Dios crea una dependencia y que necesita desembarazarse de esta dependencia para ser plenamente él mismo. El hombre no quiere recibir de Dios su existencia y la plenitud de su vida. Él quiere tomar por sí mismo del árbol del conocimiento el poder de plasmar el mundo, de hacerse dios, elevándose a su nivel, y de vencer con sus fuerzas a la muerte y las tinieblas. No quiere contar con el amor que no le parece fiable; cuenta únicamente con el conocimiento, puesto que le confiere el poder. Más que el amor, busca el poder, con el que quiere dirigir de modo autónomo su vida. Al hacer esto, se fía de la mentira más que de la verdad, y así se hunde con su vida en el vacío, en la muerte. Amor no es dependencia, sino don que nos hace vivir. La libertad de un ser humano es la libertad de un ser limitado y, por tanto, es limitada ella misma. Solo podemos poseerla como libertad compartida, en la comunión de las libertades: la libertad solo puede desarrollarse si vivimos, como debemos, unos con otros y unos para otros. Vivimos como debemos si vivimos según la verdad de nuestro ser, es decir, según la voluntad de Dios. Porque la voluntad de Dios no es para el hombre una ley impuesta desde fuera, que lo obliga, sino la medida intrínseca de su naturaleza, una medida que está inscrita en él y lo hace imagen de Dios, y así criatura libre. Si vivimos contra el amor y contra la verdad —contra Dios—, entonces nos destruimos recíprocamente y destruimos el mundo. Así no encontramos la vida, sino que obramos en interés de la muerte».

Creo que podemos otorgar un significado auténticamente teológico a la «muerte del padre» que reivindica cierta filosofía occidental. En realidad, se trata del antiguo deseo destructivo de no recibir nada de nadie para no deber nada a nadie. La dignidad del hombre consiste en ser fundamentalmente deudor y heredero. ¡Qué maravilloso, qué liberador es saber que existo porque soy amado! Soy fruto de la voluntad libre de Dios que, en su eternidad, ha querido mi existencia. ¡Qué confortador es saberse heredero de un linaje humano en el que

los hijos nacen como el fruto más hermoso del amor de sus padres! ¡Qué fecundo es saberse deudor de una historia, de un país, de una civilización! No creo que haya que nacer huérfano para ser verdaderamente libre. Nuestra libertad solo tiene sentido si alguien distinto de nosotros le da un contenido gratuitamente y por amor. ¿Qué sería de nosotros si unos padres no nos enseñaran a caminar y a hablar? Heredar es la condición de una libertad auténtica.

¿Qué sentido tendría la libertad de un hombre privado de una naturaleza recibida? En el fundamento del odio del hombre está ese rechazo a reconocerse criatura. No obstante, nuestra categoría de criatura es nuestro mayor título de gloria y la condición fundamental de nuestra libertad. A mí, que soy hijo de África, me duele ver cuánto odio y —con más frecuencia aún— cuánta angustia y cuánta rebelión provoca a veces en los occidentales su condición de herederos y criaturas. Como explicaba Benedicto XVI el 20 de febrero de 2009, «el hombre no es un absoluto, como si el yo pudiera aislarse y comportarse solo según su propia voluntad. Esto va contra la verdad de nuestro ser. Nuestra verdad es que, ante todo, somos criaturas, criaturas de Dios, y vivimos en relación con el Creador. Somos seres relacionales, y solo entramos en la verdad aceptando nuestra relacionalidad; de lo contrario, caemos en la mentira y en ella, al final, nos destruimos. Somos criaturas y, por tanto, dependemos del Creador. En la época de la Ilustración, sobre todo al ateísmo, esto le parecía una dependencia de la que era necesario liberarse. Sin embargo, en realidad, esta dependencia solo sería fatal si este Dios Creador fuera un tirano, no un Ser bueno; solo si fuera como los tiranos humanos. En cambio, si este Creador nos ama y nuestra dependencia es estar en el espacio de su amor, en este caso la dependencia es precisamente libertad. En efecto, de este modo nos encontramos en la caridad del Creador, estamos unidos a él, a toda su realidad, a todo su poder [...]. Ser criatura quiere decir ser amados por el Creador, estar en esta relación de amor que él nos da, con la que nos previene».

En la raíz de la condición humana se halla la gozosa experiencia de que no estamos en el origen de nuestro ser; que no somos creadores de nosotros mismos; que ya antes de que existiéramos fuimos queridos y amados. Es una experiencia matriz: «El Señor me llamó desde el seno materno, desde las entrañas de mi madre pronunció mi nombre» (*Is* 49, 1). Estoy plenamente convencido de que esta certeza fundada en nuestra experiencia se encuentra en la raíz de cualquier civilización. Sin ella, privados de nuestro origen, estamos condenados a crearlo todo con nuestras propias fuerzas. Quedamos reducidos al

estado de nómadas que deambulan por la existencia, arrojados al mundo por el azar de una evolución ciega.

En este mundo, para construir una vida sólida tenemos que relacionarnos con los otros. Nuestra libertad no está hecha para dar un sí temeroso y suspicaz a los demás, sino para decirles sí y comprometerse con vínculos permanentes de confianza y amor. El arquetipo de este acuerdo es el matrimonio por el cual un hombre y una mujer, aceptando su naturaleza esencial de seres sexuados, toman conciencia de que se necesitan el uno al otro y deciden darse para siempre. Es significativo que el hombre moderno se haya vuelto casi incapaz de un compromiso total. Se queda literalmente paralizado por el miedo ante esta perspectiva que implica la confianza en sí mismo y en el otro. La crisis del matrimonio y la de las vocaciones tienen una raíz común: las dos caminan juntas.

¿Quién se va a comprometer para toda la vida si sospecha *a priori* que el otro no quiere su bien? La suspicacia frente a la bondad y el amor de un Dios creador se ha difundido en toda la sociedad humana como un lento veneno paralizador. Ahora toda relación suscita temor. El compromiso por amor se considera una locura peligrosa. Día a día va ganando terreno una soledad distante. Esto era, en cambio, lo que decía Benedicto XVI a continuación de las palabras citadas más arriba: «La relacionalidad propia de las criaturas implica también un segundo tipo de relación: estamos en relación con Dios, pero al mismo tiempo, como familia humana, también estamos en relación unos con otros. En otras palabras, libertad humana es, por una parte, estar en la alegría y en el espacio amplio del amor de Dios, pero implica también ser uno con el otro y para el otro. No hay libertad contra el otro. Si yo me absolutizo, me convierto en enemigo del otro; ya no podemos convivir y toda la vida se transforma en crueldad, en fracaso. Solo una libertad compartida es una libertad humana; solo estando juntos podemos entrar en la sinfonía de la libertad. Así pues, este es otro punto de gran importancia: solo aceptando al otro, solo aceptando también la aparente limitación que supone para mi libertad respetar la libertad del otro, solo insertándome en la red de dependencias que nos convierte, en definitiva, en una sola familia humana, estoy en camino hacia la liberación común».

Aún hay otro elemento en ese odio de todos contra todos. Si, para desarrollarse, nuestras libertades deben colaborar, es necesario que compartan una medida, un orden común justo y objetivo que las preceda. Y si la única medida de nuestras acciones es una ley positiva impuesta por la voluntad de una mayoría, nos veremos constantemente obligados a inclinarnos ante lo que nos es

extrínseco y nos viene impuesto desde fuera. Por eso, toda sumisión a una ley, a un orden, se considera una esclavitud que hemos de consentir en nombre de la necesidad de vivir juntos. Esta disposición interior nunca logrará hacernos felices. No edificará una sociedad pacífica y justa. Ante esta situación, el corazón del hombre acaba habitado por una rebeldía latente y un hondo resentimiento, los motores secretos de una voluntad permanente de traspasar los límites. Ya que estamos obligados a que el poder político nos someta a la ley civil, alimentamos la realidad de nuestra libertad experimentando todas las transgresiones morales, ampliando todos los límites de nuestra naturaleza.

Este resentimiento hacia la ley impuesta, hacia la naturaleza recibida, ha generado lo que llamamos las «evoluciones sociales». Cuanto más dura y más represiva es la sociedad de mercado globalizada a la hora de imponer sus leyes, más tentados se sienten los hombres de demostrarse que siguen siendo libres mediante la transgresión de la ley natural heredada y la negación de cualquier noción de una naturaleza recibida. Esta lógica es un callejón sin salida que conduce al odio hacia uno mismo y a la autodestrucción de nuestra naturaleza, cuyas encarnaciones más recientes son la ideología de género y el transhumanismo.

En este sentido, es esencial redescubrir la noción de naturaleza como la condición para el desarrollo de nuestra libertad. De hecho, ¿a qué nos referimos cuando mencionamos el concepto de ley natural? Nuestros contemporáneos la entienden como una esclavitud impuesta por un Dios al que consideran el rival de nuestra libertad. ¡Es un error funesto! La ley natural no es más que la expresión de lo que somos esencialmente. Es, en cierta manera, el modo de empleo de nuestro ser, las instrucciones de nuestra felicidad. Cuando la Iglesia condena las conductas homosexuales o el divorcio, muchos piensan que lo que pretende es imponer el control de las conciencias desde la lógica del dominio y la represión; pero lo cierto es que la Iglesia se convierte en humilde protectora del hombre, de su ser profundo, de las condiciones de su libertad y su felicidad.

¡Dios y el hombre no están enfrentados en un duelo de poder por el control del mundo! Dios Creador quiere ayudar al hombre a autogobernarse. Por eso ha confiado a la Iglesia la misión de recordar a todos lo que cada uno puede descubrir en su conciencia: las leyes que rigen nuestro ser en lo más hondo. La ley natural es, en cierto modo, la gramática de nuestra naturaleza. Basta con escudriñarla con buena voluntad y agradecimiento para descubrirla.

Permítame que le haga una confidencia. Estoy convencido de que la

civilización occidental vive una crisis mortal. Ha alcanzado los límites del odio autodestructivo. Como ocurrió durante la caída del Imperio Romano, con todo en vías de destrucción, las élites no se preocupan más que de aumentar el lujo de su vida diaria y el pueblo, de anesthesiarse con entretenimientos cada vez más vulgares. También hoy la Iglesia preserva lo que hay de más humano en el hombre. Es la guardiana de la civilización. En los primeros siglos de nuestra era fueron los obispos y los santos los que salvaron las ciudades amenazadas por los bárbaros. Fueron los monjes quienes conservaron y transmitieron los tesoros de la literatura y la filosofía antiguas.

En un sentido más hondo, la Iglesia se hace guardiana de la naturaleza humana. El grave malentendido con el mundo que reina a este respecto es aterrador. Cuando la Iglesia defiende a los niños luchando contra el aborto; cuando defiende el matrimonio mostrando los profundos daños del divorcio; cuando preserva la relación conyugal advirtiendo del callejón sin salida que representan las relaciones homosexuales; cuando quiere proteger la dignidad de los moribundos frente a la tentación de la eutanasia; cuando advierte de la falsedad de las ideologías de género y del transhumanismo, en realidad se convierte en servidora de la humanidad y protectora de la civilización. Pretende proteger a los más pequeños y débiles de los insensatos errores de los aprendices de brujos que, por miedo o por odio a su propia humanidad, amenazan con conducir a tantos hombres y mujeres a la soledad, la tristeza y la muerte. La Iglesia quiere empuñar el escudo de la humanidad frente a la nueva barbarie de los poshumanos. Los bárbaros ya no están a las puertas de las ciudades ni al pie de las murallas: ahora ocupan influyentes cargos de gobierno. Hacen las leyes y moldean la opinión, alimentados con frecuencia por un auténtico menosprecio de los débiles y los pobres. Y la Iglesia se alza para defenderlos, convencida de la verdad de las palabras de Jesús: «Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40).

Los obispos no pretenden hacerse con el control de las conciencias. Ejercen responsablemente su misión de *defensor civitatis*, ¡defensores de las ciudades y de la civilización! Créame: sé por experiencia que a veces el obispo es el último recurso contra la opresión. Precisamente porque carecemos de todo interés político, porque —en virtud de nuestra consagración— hemos renunciado a la búsqueda de poder secular y de dinero, somos libres. Hay que haberlo dado todo para no tener nada que perder y lograr una verdadera libertad de palabra y de acción. En Guinea yo mismo tuve que salir en defensa de mi pueblo frente a la dictadura de Seku Turé. Protesté contra la violenta represión de los enemigos de

la libertad. Eso mismo hago hoy, luchando contra los enemigos del hombre. ¡Nadie me callará! «Si estos callan, gritarán las piedras» (Lc 19, 40). Defenderé hasta el final el auténtico sentido de la libertad humana. Jamás abandonaré a los hombres a las elucubraciones de los enemigos de la naturaleza humana que nos amenazan, que nos dicen: ¡Callaos! ¡Os hacéis impopulares, sois mal vistos por el mundo mediático, os arriesgáis a perder fieles!

Yo no estoy aquí para ser popular, ni para mejorar nuestras cifras en las iglesias o en las redes sociales. El profundo amor a todos mis hermanos en la humanidad que anima mi alma me impide callar. La Iglesia se ha alzado siempre en contra de las ideologías. Los obispos han pagado con el precio de su sangre su oposición al nazismo, al comunismo y a los racismos de todo tipo. Nunca me haré cómplice con mi silencio de esta nueva ideología del odio al hombre y a la naturaleza humana. ¡Está en juego la autenticidad de nuestro amor a Dios y a nuestros hermanos!

¿Cómo analizaría usted la teoría de género?

La teoría de género nace de una reflexión: la feminidad y la masculinidad se expresan en las distintas sociedades mediante códigos heredados de las culturas que nos configuran. Se transforma en ideología cuando afirma que las propias nociones de feminidad y masculinidad son creaciones culturales que habría que deconstruir para liberarse de ellas. Le tocaría a cada uno, por lo tanto, construir libremente su género, su identidad sexual. Nacer con una identidad sexual recibida y no elegida iría en contra de la dignidad de nuestra libertad. Aquí está el error al que me refería antes. Según esta ideología, solo lo que yo construyo es digno de mí. Y al contrario: lo que recibo como algo dado no es propiamente humano. No obstante, todos tenemos la experiencia de nacer con un cuerpo sexuado que no hemos elegido. Ese cuerpo nos indica algo acerca de lo que somos. ¡En lugar de negar nuestra naturaleza, deberíamos cultivarla! Nuestra humanidad alcanza la plenitud de su desarrollo si aceptamos el don de su naturaleza sexuada, si la cultivamos y la desarrollamos. Nuestra naturaleza indica en qué dirección podrá expresarse nuestra libertad de un modo fecundo y feliz. Para los defensores de la ideología de género, en cambio, solo puedo ser libre negando lo dado por naturaleza.

Por eso el hombre puede considerarse y construirse como mujer. Esta reivindicación puede extenderse incluso a la pretendida libertad de transformar el cuerpo por medio de una intervención quirúrgica concebida como la recreación de un sexo elegido y fabricado por uno mismo; lo cual constituye una

muestra de lo que con tanto acierto describe el papa Francisco en *Laudato si'*: «El problema fundamental es otro más profundo todavía: el modo como la humanidad de hecho ha asumido la tecnología y su desarrollo *junto con un paradigma homogéneo y unidimensional*. En él se destaca un concepto del sujeto que progresivamente, en el proceso lógico-racional, abarca y así posee el objeto que se halla fuera. Ese sujeto se despliega en el establecimiento del método científico con su experimentación, que ya es explícitamente técnica de posesión, dominio y transformación. Es como si el sujeto se hallara frente a lo informe totalmente disponible para su manipulación. La intervención humana en la naturaleza siempre ha acontecido, pero durante mucho tiempo tuvo la característica de acompañar, de plegarse a las posibilidades que ofrecen las cosas mismas. Se trataba de recibir lo que la realidad natural de suyo permite, como tendiendo la mano. En cambio ahora lo que interesa es extraer todo lo posible de las cosas por la imposición de la mano humana, que tiende a ignorar u olvidar la realidad misma de lo que tiene delante. Por eso, el ser humano y las cosas han dejado de tenderse amigablemente la mano para pasar a estar enfrentados» (§ 106).

Hemos de volver a descubrir que nuestra naturaleza no es una enemiga ni una cárcel. Nos tiende la mano para que la cultivemos.

A través de nuestra naturaleza, es, en última instancia, el Creador quien nos tiende la mano, quien nos invita a entrar en su designio de amor y de sabiduría para nosotros. Respeta nuestra libertad y nos confía nuestra naturaleza como un talento que hay que hacer fructificar. En la ideología de género hay un profundo rechazo del Dios Creador. Es una ideología con consecuencias teológicas y espirituales muy concretas. Cuando se opone a ella, la Iglesia no actúa como guardiana intransigente e inflexible de un supuesto orden moral. Lucha por que cada hombre pueda encontrar a Dios. El primer lugar donde Él nos espera es precisamente nuestra naturaleza, nuestro ser profundo, que nos ofrece como don. Tiemblo cada vez que veo a algún clérigo seducido y tentado por la ideología de género, en cuyo interior anida la tentación original de la serpiente: «Seréis como dioses». Es como si Occidente, embriagado por el poder de su ciencia y su tecnología, se considerara un todopoderoso demiurgo; como si considerara todo aquello de lo que no es él el autor una afrenta a su dignidad. «Allí donde la libertad de hacer se convierte en libertad de hacerse por uno mismo, se llega necesariamente a negar al Creador mismo y, con ello, también el hombre como criatura de Dios, como imagen de Dios, queda finalmente degradado en la esencia de su ser», decía Benedicto XVI en diciembre de 2012 con motivo de su

felicitación a la curia romana.

La ideología de género se propone deconstruir la especificidad del hombre y de la mujer, suprimir las diferencias antropológicas. Pone todo su empeño en fabricar una nueva cultura mundial unisex, sin masculinidad, sin feminidad, que permita el advenimiento de una nueva era humana. Pero en un mundo en el que todo lo produce el hombre ya no queda nada humano. Nuestro planeta amenaza con parecerse a esas zonas industriales en las que no queda espacio para la naturaleza y se vuelven inhumanas. ¡El absurdo y la perversión de nuestros propios inventos deberían hacernos sentir vértigo!

En África ciertas organizaciones internacionales como la Fundación Bill y Melinda Gates, la International Parenthood Federation (IPPF) y sus asociaciones afiliadas invierten ingentes sumas de dinero en la difusión de esta ideología. No tienen reparo alguno en presionar a los gobiernos y a la población. Respaldados por su poder financiero y sus convicciones sectarias, exhiben una forma nueva de colonialismo ideológico. Con una energía descontrolada, sus militantes actúan sin respeto alguno hacia los pueblos. La conducta que muestran a veces es la de cruzados dominadores y desdeñosos con aquellos a quienes consideran atrasados. No me da miedo afirmar que los pobres de África, de Asia o de Suramérica son mucho más civilizados que esos occidentales que sueñan con fabricar un hombre nuevo a su medida. ¿Serán los más pobres los últimos defensores de la naturaleza humana? Desde aquí quiero rendirles un homenaje. Todos vosotros, los que a ojos de los hombres carecéis de poder y de influencia; todos los que, en lo más íntimo de vosotros, sabéis lo que es ser humano, ¡no temáis a los que quieren intimidaros! Tenéis una misión importante; vuestra tarea —como dijo Albert Camus en 1957 en su discurso durante la entrega del Premio Nobel— «consiste en impedir que el mundo se deshaga [...], restaurar un poco lo que constituye la dignidad de vivir y de morir». Frente al poder del dinero y de los medios, frente a las presiones de los grupos de presión internacionales, quiero destacar el inmenso valor que posee vuestra vida sencilla y diaria, tan simplemente humana. Porque —afirmaba Camus— «las grandes ideas vienen al mundo en patas de paloma. Si es así, y si aguzamos el oído, tal vez podamos oír, entre el fragor de imperios y naciones, un débil rumor de alas, el suave bullicio de la vida y de la esperanza. Unos dirán que esta esperanza la lleva un pueblo, otros que un hombre. Yo, por el contrario, creo que la despiertan, la reaniman y la mantienen millones de solitarios, cuyas obras y acciones niegan cada día las fronteras y las más burdas apariencias de la historia, para hacer resplandecer fugitivamente la verdad siempre amenazada que cada uno, por encima de sus

sufrimientos y alegrías, eleva para todos».

¿Por qué dice usted que la teoría de género pone en peligro a los más débiles y a los niños?

La ideología de género genera situaciones caóticas dentro de la sociedad. Pone en peligro las realidades de la paternidad y la maternidad. Las palabras «padre» y «madre» han pasado a estar mal vistas por algunos gobiernos occidentales, que ahora utilizan los términos «progenitor 1» y «progenitor 2». Las primeras víctimas de estas conductas son, evidentemente, los hijos. En diciembre de 2012, con motivo de las felicitaciones navideñas a la curia romana, Benedicto XVI trató este tema de un modo particularmente incisivo: «Si hasta ahora habíamos visto como causa de la crisis de la familia un malentendido de la esencia de la libertad humana, ahora se ve claro que aquí está en juego la visión del ser mismo, de lo que significa realmente ser hombres. [Conocemos] la afirmación que se ha hecho famosa de Simone de Beauvoir: “Mujer no se nace, se hace” (*On ne naît pas femme, on le devient*). En estas palabras se expresa la base de lo que hoy se presenta bajo el lema *gender* como una nueva filosofía de la sexualidad [...]. El hombre [...] niega la propia naturaleza y decide que esta no se le ha dado como hecho preestablecido, sino que es él mismo quien se la debe crear. Según el relato bíblico de la creación, el haber sido creada por Dios como varón y mujer pertenece a la esencia de la criatura humana. Esta dualidad es esencial para el ser humano, tal como Dios la ha dado. Precisamente esta dualidad como dato originario es lo que se impugna. Ya no es válido lo que leemos en el relato de la creación: “Hombre y mujer los creó” (*Gn* 1, 27). No, lo que vale ahora es que no ha sido Él quien los creó varón o mujer, sino que hasta ahora ha sido la sociedad la que lo ha determinado, y ahora somos nosotros mismos quienes hemos de decidir sobre esto. Hombre y mujer como realidad de la creación, como naturaleza de la persona humana, ya no existen. El hombre niega su propia naturaleza. Ahora él es solo espíritu y voluntad. La manipulación de la naturaleza, que hoy deploramos por lo que se refiere al medio ambiente, se convierte aquí en la opción de fondo del hombre respecto a sí mismo [...]. Ahora bien, si no existe la dualidad de hombre y mujer como dato de la creación, entonces tampoco existe la familia como realidad preestablecida por la creación. Pero, en este caso, también la prole ha perdido el puesto que hasta ahora le correspondía y la particular dignidad que le es propia [...]. En la lucha por la familia está en juego el hombre mismo. Y se hace evidente que, cuando se niega a Dios, se disuelve también la dignidad del hombre. Quien defiende a Dios, defiende al hombre».

Quien defiende a Dios, defiende al niño y su derecho a nacer de un padre y una madre. De no ser así, la filiación pierde su definición y se sacrifica en aras del pensamiento políticamente correcto que pretende luchar contra la discriminación de los homosexuales satisfaciendo su deseo de tener hijos. ¿Y quién encabeza la marcha hacia ese abismo en el que los niños nunca podrán conocer sus orígenes? Fruto de un proceso de gestación encargada a otro, cargarán toda su vida con el peso de un nacimiento anónimo. Este sistema amenaza con nublar la noción misma de filiación y con hacer que los niños sufran el desarraigo de por vida. ¿Cómo se puede impedir a un niño conocer y querer a su padre y a su madre biológicos? Los hombres deberían pararse a reflexionar antes de que las consecuencias sean irreversibles. Las legislaciones que fomentan prácticas como estas son sumamente injustas y acabarán llevándonos a terribles desigualdades que dividirán en dos a la humanidad: unos conocerán a sus padres y otros, huérfanos permanentes, quedarán privados de esa dicha. No dudo de que las personas que forman parte de una pareja del mismo sexo son capaces de querer a los niños. Pero también afirmo que no pueden cubrir todas las necesidades de esos niños. Me limito únicamente a preguntar a mis lectores: prescindiendo de cualquier ideología y siendo totalmente honestos, ¿no sabéis, por propia experiencia, lo necesarios que son un padre y una madre?

Al reducir la paternidad y la maternidad al mero desempeño de un papel, la ideología de género acaba por completo con la noción de familia. Por motivos que permanecen ocultos, a lo largo de las últimas décadas del siglo XX hemos asistido al aumento de un odio visceral hacia la familia, que la literatura y el cine suelen retratar muy a menudo como un espacio de opresión y asfixia de la personalidad. ¿Es esa la experiencia que tenemos nosotros? Es cierto que hay casos patológicos; pero también es cierto que la familia es el principal escudo del amor, el último recurso de todos los que se saben en peligro. Cuando las cosas van mal, lo natural es recurrir a la familia. Aun así, desde el divorcio hasta el *gender*, pasando por el aborto y la contracepción, es como si la institución familiar hubiera sido el blanco de todos los ataques y de toda repulsa. En su *Carta a las familias* escribía san Juan Pablo II: «En semejante situación cultural, la familia no puede dejar de sentirse amenazada, porque está acechada en sus mismos fundamentos. Lo que es contrario a la civilización del amor es contrario a toda la verdad sobre el hombre y es una amenaza para él: no le permite encontrarse a sí mismo ni sentirse seguro como esposo, como padre, como hijo. El llamado “sexo seguro”, propagado por la “civilización técnica”, es en realidad, bajo el aspecto de las exigencias globales de la persona, radicalmente

no-seguro, e incluso gravemente peligroso. En efecto, la persona se encuentra ahí en peligro, y, a su vez, está en peligro la familia. ¿Cuál es el peligro? Es la pérdida de la verdad sobre la familia, a la que se añade el riesgo de la pérdida de la libertad y, por consiguiente, la pérdida del amor mismo. “Conoceréis la verdad —dice Jesús— y la verdad os hará libres” (Jn 8, 32). La verdad, solo la verdad, os preparará para un amor del que se puede decir que es “hermoso”».

De hecho, creo que al demonio le resulta insoportable una realidad como la de la familia, el espacio por excelencia del amor y la entrega gratuita de uno mismo; eso es lo que suscita su odio y su violencia. Ahondando un poco más, la unión del padre, de la madre y del hijo es un vestigio de la fecunda unidad de la Trinidad divina. El demonio desea profanar esa unidad trinitaria sirviéndose de las familias. Quiere, sobre todo, privar a los niños inocentes de una infancia feliz y rodeada de amor. Destruyendo a las familias, aquel que es «homicida desde el principio» no hace sino replicar la masacre de los Santos Inocentes. Desde que Dios se hizo un niño de pecho, le parece intolerable la inocencia de cualquier niño, porque es el reflejo de la inocencia de Dios. Por eso es urgente defender y apoyar a las familias. No se trata solamente de un deber moral: es una parte del combate espiritual. Hay que ayudar a los esposos a amarse fielmente toda la vida. Ellos son portadores de la imagen de la fidelidad de Dios a su pueblo y, en particular, a los más débiles y a los niños: «Precisamente la familia, basada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, es la mayor ayuda que se puede dar a los niños. Estos quieren ser amados por una madre y un padre que se aman, y necesitan vivir, crecer y vivir junto con ambos padres, porque las figuras materna y paterna son complementarias en la educación de los hijos y en la construcción de su personalidad y de su identidad. Por lo tanto, es importante que se haga todo lo posible para ayudarles a crecer en una familia unida y estable. Para ello, es preciso exhortar a los cónyuges a no perder nunca de vista las razones profundas y el carácter sacramental de su pacto conyugal y a reforzarlo con la escucha de la Palabra de Dios, la oración, el diálogo constante, la acogida recíproca y el perdón mutuo. Un ambiente familiar falto de serenidad, la separación de los padres y, en particular, la separación con el divorcio conllevan consecuencias para los niños, mientras que sostener la familia y promover su verdadero bien, sus derechos, su unidad y estabilidad es el mejor modo de tutelar los derechos y las auténticas exigencias de los menores», afirmaba Benedicto XVI en 2010 durante su alocución al Consejo pontificio para la familia.

Parece que el papa Francisco apunta a una evolución de la enseñanza de la Iglesia con respecto a la cuestión del matrimonio homosexual y los derechos

LGTB.

Me gustaría comenzar subrayando que no podemos reducir a una persona a su orientación sexual. Yo prefiero no hablar de los «LGTB», sino de personas con conductas o tendencias homosexuales. Son personas tan amadas por Dios como cualquier hombre y cualquier mujer. Durante su Pasión, el Señor derramó su sangre por cada uno de ellos. Tenemos que mostrarles toda nuestra compasión. Como verdaderos pastores, debemos dirigirnos también hacia quienes reivindican con agresividad la legitimidad de su conducta. Son la oveja perdida que hay que ir a buscar lejos, sin calcular riesgos, para devolverla al redil cargándola sobre nuestros hombros. La primera caridad que les debemos es la verdad. Que nadie espere de la Iglesia palabras de aquiescencia. La unión de dos personas del mismo sexo jamás será un matrimonio. Esta afirmación no contiene ningún juicio acerca de estas personas, que siempre serán capaces de dar pruebas de cariño y generosidad, pero nunca podrán pretender vivir lo propio de la conyugalidad: el don de los cuerpos en un amor fecundo. Creo que el papa nos invita a no alimentar las ambigüedades a este respecto. Como hijo de san Ignacio, a quien debemos sus maravillosos *Ejercicios espirituales*, sabe que el estandarte de Cristo no es el de la confusión y los sobreentendidos. Nos invita a la caridad por la verdad y a la verdad en la caridad.

Creo que las primeras víctimas de la ideología LGBT son las personas que practican una tendencia homosexual y, guiadas por sus militantes, acaban reduciendo toda su identidad a su conducta homosexual. Por eso hemos acabado hablando de la «comunidad gay» como si se tratara de personas aparte con una cultura común, con un modo concreto de vestir y de hablar, con unos barrios exclusivos para ellos en las ciudades e incluso con sus propias tiendas y restaurantes. ¡Están considerados como una comunidad étnica! A veces tengo la impresión de que la ideología gay promueve inconscientemente cierto comunitarismo. Pido a los creyentes tentados por la homosexualidad que no se dejen encerrar en esa prisión que es la ideología LGTB. ¡Sois hijos de Dios por el bautismo! Vuestro lugar, como el de todos los cristianos, está en la Iglesia. Y, si a veces el combate espiritual se hace demasiado duro, contáis con la ayuda de la caridad fraterna.

A los hombres de Iglesia que alimentan deliberadamente los equívocos sobre la visión cristiana de las conductas homosexuales afirmando la estricta igualdad moral de todas las formas de sexualidad, les digo que están haciendo la obra del príncipe de la mentira. ¿Qué objetivo persiguen con sus palabras? ¿Justificar su propia conducta? ¿Ganar popularidad? ¿Cómo se puede ofrecer un discurso

ideológico a quienes lo que nos piden es la palabra de Dios?

Me gustaría recordar a los sacerdotes las palabras de san Ireneo de Lyon en *Contra los herejes*: «No es fácil descubrir el error por sí mismo, pues no lo presentan desnudo, ya que entonces se comprendería, sino adornado con una máscara engañosa y persuasiva; a tal punto que, aun cuando sea ridículo decirlo, hacen parecer su discurso más verdadero que la verdad. De este modo con una apariencia externa engañan a los más rudos». ¡Guardaos de haceros cómplices! Los que se hayan dejado engañar por nosotros nos pedirán cuentas en la eternidad.

¿Qué debemos hacer? Recordar sin descanso que el designio divino expresado en la naturaleza del hombre y de la mujer forma parte integral de nuestra misión evangelizadora. No tenemos derecho a abandonar a quienes esperan de nosotros que les indiquemos el camino que lleva a la santidad, también en el ámbito de la sexualidad. Querría destacar la agudeza profética de las palabras de Juan Pablo II quien, en su exhortación *Ecclesia in Europa*, escribía: «La Iglesia en Europa, en todos sus estamentos, ha de proponer con fidelidad la verdad sobre el matrimonio y la familia. Es una necesidad que siente de manera apremiante, porque sabe que dicha tarea le compete por la misión evangelizadora que su Esposo y Señor le ha confiado y que hoy se plantea con especial urgencia. En efecto, son muchos los factores culturales, sociales y políticos que contribuyen a provocar una crisis cada vez más evidente de la familia. Comprometen en buena medida la verdad y dignidad de la persona humana y ponen en tela de juicio, desvirtuándola, la idea misma de familia. El valor de la indisolubilidad matrimonial se tergiversa cada vez más; se reclaman formas de reconocimiento legal de las convivencias de hecho, equiparándolas al matrimonio legítimo; no faltan proyectos para aceptar modelos de pareja en los que la diferencia sexual no se considera esencial. En este contexto, se pide a la Iglesia que anuncie con renovado vigor lo que el Evangelio dice sobre el matrimonio y la familia, para comprender su sentido y su valor en el designio salvador de Dios».

En una cuestión tan esencial como la familia, los pueblos del mundo entero esperan de la Iglesia una enseñanza clara, firme y estable.

En nuestro primer libro, Dios o nada, publicado en 2015, comentaba usted que en Occidente el cuerpo de la mujer suele ser instrumentalizado, desvalorizado y ultrajado. ¿Ha cambiado en algo su opinión?

No, al contrario: la situación es cada vez más degradante. Muchas veces la

publicidad reduce el cuerpo de las mujeres a la categoría de mercancía utilizada con fines comerciales. Lo exhibe, lo airea, lo expone a todas las miradas. Y ese menosprecio y esa humillación nos parecen normales. El cuerpo femenino se considera un objeto destinado a provocar el deseo sexual. Se invita a los hombres a posar sobre ese cuerpo sagrado y maternal una mirada que es como una violación o, al menos, como un abuso violento. En Italia esta degradación se ve a las puertas de las iglesias y por todas partes. Cuando su relación con el hombre se presenta solo desde una perspectiva erótica y sexual, la mujer siempre sale perdiendo. La publicidad la caricaturiza como un mero elemento de prestigio para su marido, al menos en ambientes burgueses. La mujer se ha convertido sin su consentimiento en un objeto al servicio del hombre.

Algunos movimientos feministas pretenden promover la dignidad de las mujeres, pero creo que no abordan el problema desde la raíz. Quiriendo «liberar a las mujeres de la esclavitud de la reproducción» —por utilizar las palabras de Margaret Sanger, fundadora de la Federación Internacional de Planificación Familiar—, las privan de la grandeza de la maternidad, uno de los fundamentos de su dignidad. Es una liberación engañosa e ilusoria que incluso puede llegar a acentuar el problema. Sin darse cuenta, cierto feminismo lleva a las mujeres a mirarse a sí mismas con la misma visión de esos hombres depravados y arrogantes que las reducen a un objeto de disfrute. ¡Es preciso que escapen de esa cárcel, de esa mirada falsa y humillante! Las mujeres no se emanciparán rechazando su feminidad más esencial, sino acogéndola como una riqueza; no serán felices asumiendo una psicología de inspiración masculina, sino descubriendo la profunda dignidad de su especificidad de mujeres.

Yo querría remontarme a la raíz del problema tomando prestadas las palabras que pronunció el teólogo dominico Jean-Miguel Garrigues durante una conferencia sobre “El hombre y la mujer en el plan de Dios”: «Desde una perspectiva teológica, la raíz de la crisis del misterio de la mujer parece ir unida al fenómeno de la desacralización. La secularización, en efecto, hace desaparecer la dimensión de lo sagrado. Y en la historia de la humanidad la mujer es como el eje de lo sagrado». Sí, la mujer posee una superioridad natural respecto al hombre, porque gracias a ella vienen los hombres al mundo. Ese vínculo con los orígenes le proporciona una finura y una hondura especiales en todo lo que está ligado al orden de la vida. Es ella quien da la vida. La mujer conoce por experiencia el misterio sagrado del comienzo de la vida de un ser. Su capacidad de acoger la vida en su seno la predispone para recibir el misterio de la gracia, es decir, de la vida divina que se oculta y germina en nuestra alma. Por eso en la

Biblia Dios se presenta como el Esposo y nos pide que aprendamos de la mujer a recibirlo. Todas las almas tienen que aprender a entrar en el misterio del Esposo. También la Iglesia es esencialmente Esposa y madre. En la Iglesia las mujeres cuentan con la inmensa responsabilidad de enseñar a los hombres ese misterio sagrado de la esponsalidad. Ante Dios toda criatura es como una esposa. De ahí que históricamente hayan sido las primeras en descubrir el misterio de la vida consagrada, de la vida religiosa. Son ellas quienes se la han transmitido a los hombres. A través de la mujer entra en el mundo lo sagrado. A Dios lo recibimos primero por medio de la Virgen y luego por medio de las mujeres, que saben acoger y guardar su presencia. ¿Por qué no rendirles desde aquí un homenaje? En 1988 Juan Pablo II escribía en *Mulieris dignitatem*: «La presente reflexión está orientada a reconocer desde el interior del “don de Dios” lo que Él, creador y redentor, confía a la mujer, a toda mujer. En el Espíritu de Cristo ella puede descubrir el significado pleno de su femineidad y, de esta manera, disponerse al “don sincero de sí misma” a los demás, y de este modo encontrarse a sí misma. En el Año Mariano la Iglesia desea dar gracias a la Santísima Trinidad por el “misterio de la mujer” y por cada mujer, por lo que constituye la medida eterna de su dignidad femenina, por las “maravillas de Dios”, que en la historia de la humanidad se han cumplido en ella y por medio de ella. En definitiva, ¿no se ha obrado en ella y por medio de ella lo más grande que existe en la historia del hombre sobre la tierra, es decir, el acontecimiento de que Dios mismo se ha hecho hombre?

»La Iglesia, por consiguiente, da gracias por todas las mujeres y por cada una: por las madres, las hermanas, las esposas; por las mujeres consagradas a Dios en la virginidad; por las mujeres dedicadas a tantos y tantos seres humanos que esperan el amor gratuito de otra persona; por las mujeres que velan por el ser humano en la familia, la cual es el signo fundamental de la comunidad humana; por las mujeres que trabajan profesionalmente, mujeres cargadas a veces con una gran responsabilidad social; por las mujeres “valientes” y por las mujeres “débiles”. Por todas ellas, tal como salieron del corazón de Dios en toda la belleza y riqueza de su femineidad, tal como han sido abrazadas por su amor eterno; tal como, junto con los hombres, peregrinan en esta tierra que es “la patria” de la familia humana, que a veces se transforma en “un valle de lágrimas”. Tal como asumen, juntamente con el hombre, la responsabilidad común por el destino de la humanidad, en las necesidades de cada día y según aquel destino definitivo que los seres humanos tienen en Dios mismo, en el seno de la Trinidad inefable.

»La Iglesia expresa su agradecimiento por todas las manifestaciones del “genio” femenino aparecidas a lo largo de la historia, en medio de los pueblos y de las naciones; da gracias por todos los carismas que el Espíritu Santo otorga a las mujeres en la historia del Pueblo de Dios, por todas las victorias que debe a su fe, esperanza y caridad; manifiesta su gratitud por todos los frutos de santidad femenina».

Por eso la Iglesia se sitúa en primera línea en la defensa de la dignidad de las mujeres. En África la Iglesia ha condenado muchas veces la ablación femenina, una práctica anterior al animismo, al islam y al cristianismo. Algunos investigadores sitúan su origen en Nubia, en el cuerno de África, en regiones que hoy pertenecen a Egipto y a Sudán. Creo que la lucha contra esa mutilación intolerable acabará alzándose con la victoria. En cualquier caso y en contra de lo que pueda parecer, tanto en África como en Asia la mujer goza de un profundo respeto. Jamás se atreverían a reducirla a algunas de las imágenes degradantes que encontramos en Occidente. Se me podrá objetar que la mujer africana está condicionada por el hecho de tener hijos. Esta manera de caricaturizar a la familia numerosa africana es ofensiva. Quiero denunciar la hipocresía que supone hacer creer que la mujer occidental es respetada y se siente plenamente realizada porque se ha liberado del «peso» de la maternidad y es igual que el hombre en todos los aspectos.

¿Tiene usted la convicción de que la posmodernidad viene marcada fundamentalmente por el rechazo de la figura paterna?

Creo que el problema va todavía más allá: creo que se puede hablar de una crisis de la figura masculina.

Querer oponer a los dos sexos entraña un peligro mortal. El hombre y la mujer son complementarios: tienen una necesidad vital el uno del otro. Para que cada uno de los dos se realice plenamente deben buscar y cultivar esa diferencia. Permítame que le repita lo que le decía en *Dios o nada*: «La filosofía africana afirma que el hombre no es nada sin la mujer y la mujer no es nada sin el hombre». Y los dos no son nada sin el hijo. Dios los ha querido inseparablemente complementarios y el uno es la felicidad y la dicha del otro. Cada uno es un precioso regalo que Dios le entrega al otro; y los dos se reciben mutuamente en el amor en acción de gracias a Dios.

La absurda guerra de sexos que se ha desatado como sustituta de una lucha de

clases obsoleta no conduce más que a la caricatura de la masculinidad y la feminidad. Hoy la virilidad ha quedado reducida a una especie de violencia o de grosera rudeza. Yo creo, en cambio, que el alma masculina se caracteriza por su vocación a la paternidad en todas sus manifestaciones: carnal, espiritual, intelectual o artística. A veces el alma masculina sufre la tentación de la violencia, porque el hombre experimenta su virilidad como un cierto dominio. Pero a lo que está llamado es a desarrollar la fuerza moral, esa virtud que le permite desplegar su energía al servicio del bien. Entonces descubre su fortaleza para servir al bien de los otros y, de un modo especial, al bien común de la familia y la sociedad. Permítame que recuerde las grandes figuras de algunos políticos cristianos como el filósofo inglés Tomás Moro o el que fue alcalde de Florencia, Giorgio La Pira: dos modelos de valor y de audacia viril frente a los poderes políticos o financieros de su tiempo. El alma masculina también puede sentirse tentada por el placer que proporcionan el dominio y la superioridad sobre todo aquel al que se considera más débil y menos poderoso. Esta tentación vive hoy un repunte entre los movimientos neopaganos y eugenésicos. Lo que el hombre tiene que descubrir es que su virilidad se desarrolla plenamente en el servicio y la protección de los más débiles y frágiles y, en particular, de la mujer y del niño. Estoy pensando en san Luis, rey de Francia, arrodillado ante los leprosos a los que atendía; o en Cipriano Rugamba, el esposo ruandés que, tras una vida de pecado y de violencia, se convirtió en tierno protector de su hogar. Por último, también la flaqueza moral es una tentación masculina; y el alma viril la remedia con una generosidad que la lleva a descubrir el verdadero significado de la autoridad como ayuda al crecimiento de los que le han sido confiados. La plenitud de esa generosidad se ejerce en la paternidad que, mediante la palabra y el ejemplo, guía, conforta y afianza al hijo.

Querría decirles a los hombres que su alma está hecha para el heroísmo y no para una cómoda mediocridad. ¿No dice san Pablo: «Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia» (Ef 5, 25)? ¿Cómo amó Cristo a la Iglesia? Entregándose en la Cruz hasta la muerte. A eso está llamado el esposo: ¡a amar como Cristo! No pensemos que el heroísmo siempre es espectacular. Existe una santidad diaria y silenciosa cuyo modelo es san José, y que conlleva el despliegue de una virilidad interior ignorada y despreciada por nuestra sociedad, hasta el punto de que los padres dudan de sí mismos y a veces se sienten humillados.

Una sociedad sin padre no puede ser equilibrada. Sé que la imagen del padre ha cambiado a menudo en función del discurso y las representaciones sociales.

Pero la cuestión no es esa. Si se altera —o se esconde— la figura simbólica de lo que significa el padre, ni la madre ni el niño pueden ser felices. Desde hace algunos años se ha desdibujado la simbología de los sexos. El padre es el símbolo de la transmisión, de la diferencia y de la alteridad: otras tantas realidades que se han vuelto difícilmente comprensibles por el mundo moderno.

Me pregunto cómo podrán los niños rezar el Padrenuestro si no tienen la experiencia íntima de un padre benévolo y justo. El padre de familia es la primera imagen del Padre eterno: un título de gloria que no se encuentra entre los menores que ostenta.

¿Se podría hablar de un problema de mercantilización del cuerpo?

La prostitución, la pornografía y sus derivados se han convertido en grandes mercados. Los políticos que no toman las medidas adecuadas para luchar contra la prostitución acaban siendo culpables de un ataque deliberado contra la mujer. La prostitución es, en muchos aspectos, una manifestación contemporánea de la esclavitud. Hoy se practica de forma visible un auténtico tráfico de seres humanos entre unos continentes y otros. Occidente compra sus esclavos sexuales a los países más pobres y se escuda detrás de una pseudolibertad de las costumbres. La explotación del cuerpo en el marco de la prostitución no es objeto de una legislación sólida. La trata de miles de mujeres de Europa del este que llegan al oeste para alquilar sus cuerpos es vergonzosa. No puedo sino denunciar también la hipocresía de los países ricos que siguen tolerando el turismo sexual en Asia y en otros lugares para explotar la pobreza de las mujeres, sin dejar de proclamar al mismo tiempo ante los medios su deseo de liberar a las mujeres de los países pobres de la esclavitud a la que están sometidas.

También es evidente la erotización de sectores enteros de la sociedad. Pienso concretamente en la pornografía en Internet. Los jóvenes se exponen indefensos a esas violentas agresiones visuales mientras los padres, desorientados, hacen lo que pueden para proteger a sus hijos. ¿Ha habido algún gobierno con el valor suficiente para poner fin al escándalo de la pornografía? ¿Son los intereses financieros que se ocultan tras esas actividades los que explican el silencio de muchos dirigentes? La facilidad con que los niños acceden a imágenes pornográficas en Internet equivale a una violación de las conciencias de los menores. Creo que aún no somos conscientes de las consecuencias psicológicas y espirituales de la invasión de la pornografía que sufre toda una generación de niños y jóvenes. Los médicos han empezado a dar la voz de alarma ante el

número de jóvenes perturbados por imágenes cada vez más violentas o víctimas de la adicción a la pornografía. ¿Habrá alguien que les diga que todas esas imágenes no representan la verdad de la sexualidad? ¿Habrá alguien que les diga que la sexualidad entraña la entrega de uno mismo y la delicadeza, y no la violencia y la humillación? Una vez más, la Iglesia abandera la defensa de la verdad y la dignidad de la sexualidad. Tanto en este campo como en tantos otros, actúa como guardiana y protectora de lo que hay de más humano en el hombre.

Por otra parte, el comercio de órganos, sobre todo entre los países ricos y los pobres, es una ignominia demasiado poco conocida. Hay bandas mafiosas que asesinan a niños, les extraen los órganos y los venden a pacientes ricos. Y, mientras tanto, las sociedades occidentales reivindican a gritos y por todas partes el respeto de los derechos humanos.

¿Y quién es consciente de que en Occidente se fabrican productos cosméticos con los restos de los fetos abortados? Se han producido varios escándalos relacionados con estas prácticas que afectan a Planificación familiar americana. A veces tengo la sensación de que son las sociedades más amorales y privadas de Dios las que se desgañitan hablando de los derechos del hombre para ocultar mejor su deshonra.

Me conmovió en lo más hondo el testimonio —recogido en su libro *Un temps pour mourir*— del abad benedictino de En-Calcat, dom David d'Hamonville, cuando habla de la búsqueda de rentabilidad que podría imponerse en los hospitales franceses. Si un enfermo es rentable, se le puede curar; en caso contrario, se le puede dejar morir.

El cuerpo humano se ha convertido en un amasijo de células del que pretenden disponer los poderes financieros y políticos. La obsesión por el dinero y la ideología liberal hacen de este mundo un verdadero infierno. Hoy se puede comprar todo: desde órganos y esperma hasta el vientre de las mujeres que gestan para otros.

En contra de lo que se proclama por todas partes, la modernidad siente un profundo menosprecio por el cuerpo, que ha convertido en un objeto. Paradójicamente, la Iglesia, a la que se acusa tan a menudo de no abrir las puertas a las realidades carnales, encabeza la enérgica defensa de la incomparable dignidad del cuerpo. Creo que los cristianos, discípulos de un Dios hecho carne, jamás podrán menospreciar el cuerpo humano ni exponerlo a la voracidad de mercaderes e investigadores sin escrúpulos. Los sacerdotes que

sostenemos a diario al Señor con nuestras manos conocemos muy bien la fragilidad y el valor del cuerpo. Quizá es un privilegio que compartimos con las madres que viven la experiencia de cuidar a unos recién nacidos tan frágiles y valiosos. Como hizo Juan Pablo II en su *Carta a las familias* de febrero de 1994, nunca nos cansaremos de recordar que «cuando el cuerpo humano, considerado independientemente del espíritu y del pensamiento, es utilizado como un material al igual que el de los animales —esto sucede, por ejemplo, en las manipulaciones de embriones y fetos—, se camina inevitablemente hacia una terrible derrota ética. En semejante perspectiva antropológica, la familia humana vive la experiencia de un nuevo maniqueísmo, en el cual el cuerpo y el espíritu son contrapuestos radicalmente entre sí: ni el cuerpo vive del espíritu, ni el espíritu vivifica el cuerpo. Así el hombre deja de vivir como persona y sujeto. No obstante las intenciones y declaraciones contrarias, se convierte exclusivamente en objeto. De este modo, por ejemplo, dicha civilización neomaniquea lleva a considerar la sexualidad humana más como terreno de manipulación y explotación, que como la realidad de aquel asombro originario que, en la mañana de la creación, movió a Adán a exclamar ante Eva: “Es hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gn 2, 23). Es el asombro que reflejan las palabras del Cantar de los Cantares: “Me robaste el corazón, hermana mía, novia, me robaste el corazón con una mirada tuya” (Ct 4, 9). ¡Qué lejos están ciertas concepciones modernas de comprender profundamente la masculinidad y la femineidad presentadas por la Revelación divina! Esta nos lleva a descubrir en la sexualidad humana una riqueza de la persona, que encuentra su verdadera valoración en la familia y expresa también su vocación profunda en la virginidad y en el celibato por el reino de Dios».

Sin Dios, la dignidad humana queda en entredicho. «Si Dios no existe, todo está permitido», afirmaba Dostoievski. Sin Dios, acaba ocurriendo lo peor: se acaba despreciando al hombre.

El siglo XXI será sin lugar a dudas la época de las nuevas utopías, del transhumanismo, de la búsqueda de un hombre perfecto y eterno. ¿Es algo que le preocupa?

La revolución de hoy en día tiene un nombre: la humanidad aumentada o transhumanismo. Los medios de que se vale son las nanotecnologías, las biotecnologías, las tecnologías de la información y las ciencias cognitivas (NBIC). Su objetivo consiste en traspasar los límites de la humanidad y crear un superhombre. Este proyecto teórico va camino de convertirse en una realidad. Es

el punto final del proceso de autorrechazo y de odio a su propia naturaleza que caracteriza al hombre moderno: un hombre que se odia hasta tal punto que quiere reinventarse, corriendo así el grave peligro de desfigurarse irremediabilmente. Cualquier hombre sensato debería echarse a temblar ante esta perspectiva. De hecho, muchos evidencian un hondo desconcierto. Se ha afirmado que la libertad humana es un absoluto. Se ha rechazado al Creador. Se ha despreciado hasta la noción de naturaleza. ¿Qué nos queda? Nos encontramos solos y desarmados, expuestos sin defensa alguna a lo que parece una pesadilla. Hemos traspasado todos los límites, sin darnos cuenta de que los límites nos protegían. Más allá del límite solo existe la infinitud del vacío. Hoy hay algunos hombres de buena voluntad y algunos legisladores que intentan frenar el proceso. Se ha desarrollado la conciencia de que el supuesto progreso va demasiado deprisa. Pero no es una cuestión de velocidad. Lo que nos conduce a la nada es el proceso en sí. Hablamos de lo poshumano, cuando detrás de lo humano no hay nada. Estamos atrapados en la idea de que todo es posible mientras la ley lo autorice. Este positivismo jurídico erigido en principio está llegando a su fin. Ya no es capaz de protegernos. Ha dejado de desempeñar su papel, que consiste en dictaminar lo que es recto y justo. Los hombres están abandonados a sí mismos. ¿Cómo se puede parar esta huida hacia adelante? ¿Dónde está el límite capaz de proteger a la humanidad? ¿Dónde buscar el principio capaz de guiarnos? En un discurso ante el Parlamento alemán, Benedicto XVI pronunció unas palabras proféticas que resuenan como una advertencia, humilde y solemne a la vez, dirigida a toda la humanidad: «Donde la razón positivista es considerada como la única cultura suficiente, relegando todas las demás realidades culturales a la condición de subculturas, esta reduce al hombre, más todavía, amenaza su humanidad [...]. La razón positivista, que se presenta de modo exclusivo y que no es capaz de percibir nada más que aquello que es funcional, se parece a los edificios de cemento armado sin ventanas, en los que logramos el clima y la luz por nosotros mismos, sin querer recibir ya ambas cosas del gran mundo de Dios [...]. Es necesario volver a abrir las ventanas, hemos de ver nuevamente la inmensidad del mundo, el cielo y la tierra, y aprender a usar todo esto de modo justo.

»Pero ¿cómo se lleva a cabo esto? ¿Cómo encontramos la entrada en la inmensidad, o la globalidad? ¿Cómo puede la razón volver a encontrar su grandeza sin deslizarse en lo irracional? ¿Cómo puede la naturaleza aparecer nuevamente en su profundidad, con sus exigencias y con sus indicaciones? [...]. Cuando en nuestra relación con la realidad hay algo que no funciona, entonces debemos reflexionar todos seriamente sobre el conjunto, y todos estamos

invitados a volver sobre la cuestión de los fundamentos de nuestra propia cultura. Permitidme detenerme todavía un momento sobre este punto. La importancia de la ecología es hoy indiscutible. Debemos escuchar el lenguaje de la naturaleza y responder a él coherentemente. Sin embargo, quisiera afrontar seriamente un punto que —me parece— se ha olvidado tanto hoy como ayer: hay también una ecología del hombre. También el hombre posee una naturaleza que él debe respetar y que no puede manipular a su antojo. El hombre no es solamente una libertad que él se crea por sí solo. El hombre no se crea a sí mismo. Es espíritu y voluntad, pero también naturaleza, y su voluntad es justa cuando él respeta la naturaleza, la escucha, y cuando se acepta como lo que es, y admite que no se ha creado a sí mismo. Así, y solo de esta manera, se realiza la verdadera libertad humana [...]. La naturaleza solo podría contener en sí normas si una voluntad hubiese puesto estas normas en ella [...]. Esto supondría un Dios creador, cuya voluntad se ha insertado en la naturaleza [...]. ¿Carece verdaderamente de sentido reflexionar sobre si la razón objetiva que se manifiesta en la naturaleza no presupone una razón creativa, un *Creator Spiritus*?».

Estamos llegando al final de un ciclo. La cuestión del transhumanismo nos enfrenta a la elección de una civilización. Podemos continuar en la misma dirección, pero entonces corremos el riesgo de renunciar literalmente a nuestra humanidad. Si queremos seguir siendo humanos, debemos aceptar nuestra naturaleza de criaturas y volvernos de nuevo hacia el Creador. El mundo ha elegido organizarse sin Dios, vivir sin Dios, pensar sin Dios. Está viviendo una experiencia terrible: donde Dios no está, está el infierno. ¿Qué es el infierno sino la ausencia de Dios? La ideología transhumanista lo ilustra a la perfección. Sin Dios solo queda lo que no es humano, lo poshumano. Ahora más que nunca la alternativa es clara: ¡Dios o nada!

Hace poco, en una conferencia titulada “El rostro de Dios, los rostros del hombre”, el filósofo Guy Coq afirmaba: «La barbarie, es decir, la posibilidad de una destrucción de lo esencial de la civilización, va avanzando paso a paso. La barbarie no se planta delante de nosotros y nos dice: aquí estoy yo. Temblad. Mirad todo lo que os traigo de inhumano [...]. Nuestra civilización es como un ser humano borracho que camina al lado de un precipicio. Unos pasos lo acercan a él y otros lo alejan. Pero el hombre no sabe exactamente dónde está el borde del precipicio. Puede que un solo paso cerca del borde provoque la catástrofe definitiva. Es ese paso de más. Si el caminante quiere evitar lo peor, tiene que estudiar cuidadosamente su camino, intentar entender que debería evitar dar ese

paso».

La tentación transhumanista es ese pequeño paso de más que nos proyecta al vacío. Producir seres humanos modificados o aumentados nos puede llevar a eliminar la frontera entre el sujeto y el objeto. Hoy tengo conciencia porque la persona que veo no es una cosa que se pueda comprar o de la que se pueda disponer, sino otro yo. ¿Quién fijará el día de mañana la frontera entre lo humano y lo no-humano? Si el ser humano se convierte en un producto fabricado ¿quién podrá calibrar su dignidad innata?

¿Somos conscientes de lo que decimos cuando hablamos de hombres aumentados? ¿Cuánto falta para que haya varias clases de seres humanos: los humanos disminuidos y los humanos aumentados? ¿Cuál será el valor, cuáles serán el precio y los derechos de unos y otros? Me estremezco al pensar que quizá, dentro de poco, algunos hombres podrán sentirse y creerse superiores a los demás en virtud de sus implantes tecnológicos.

Conviene subrayar que este proyecto quebranta la lógica médica. Ya no se trata de sanar, de reparar una naturaleza estropeada por un accidente: se trata de crear, de inventar una nueva raza patentada. En *Fides et ratio* escribía Juan Pablo II: «Algunos científicos, conscientes de las potencialidades inherentes al progreso técnico, parece que ceden no solo a la lógica del mercado, sino también a la tentación de un poder demiúrgico sobre la naturaleza y sobre el ser humano mismo». Los partidarios más radicales del hombre aumentado se plantean establecer un vasto programa de mejora de la población. Se planea un aumento del CI (coeficiente intelectual). Se estudia dotar a algunos de nuevas capacidades mediante la implantación en el cerebro de aparatos obtenidos de las tecnologías de la información. Se quieren hombres más rentables y eficaces. Las técnicas de reproducción artificial, la selección embrionaria preimplantacional, la generalización del diagnóstico prenatal de las enfermedades genéticas han ido introduciendo poco a poco en nuestras mentes una lógica marcada por la eugenesia. Nos parece normal eliminar los embriones —es decir, los seres humanos más pequeños— que no se ajusten a la norma. ¿Y quién fijará la norma mañana? ¿Quién decidirá si este o aquel es suficientemente eficaz o si debe ser aumentado? ¿No pretenderá el transhumanismo crear una raza de amos y señores? Son preguntas terroríficas que hielan la sangre. La horrible experiencia de las barbaries asesinas del siglo XX debería servirnos de lección.

Frente a esta tentación de poder absoluto, yo quiero proclamar mi amor y mi infinito respeto por la debilidad. Vosotros, los enfermos, los débiles de cuerpo o

de mente, los que sufrís una minusvalía o una malformación: ¡vosotros sois importantes! Poseéis una dignidad particular porque os parecéis de un modo especial a Cristo crucificado. Permitidme que os diga que la Iglesia entera se arrodilla ante vosotros, porque sois portadores de su imagen, de su presencia. Queremos servirlos, amarlos, consolarlos, aliviarlos. Y queremos también aprender de vosotros. Vosotros nos predicáis el Evangelio del sufrimiento. Sois un tesoro. Vosotros nos mostráis el camino, como recordaba el cardenal Ratzinger en su intervención durante una conferencia internacional organizada por el Consejo pontificio para la pastoral de la salud: «La luz del amor divino descansa precisamente sobre las personas que sufren, en las que el esplendor de la creación se ha oscurecido exteriormente; porque ellas de modo particular son semejantes a Cristo crucificado, a la imagen del amor, se han acercado en una particular comunidad con el único que es la imagen misma de Dios. Podemos extender a ellos la frase que Tertuliano formuló con referencia a Cristo: “Por mísero que pueda haber sido su pobre cuerpo [...], él siempre será mi Cristo” (*Adv. Marc.* III, 17, 2). Por grande que sea su sufrimiento, por desfigurados y ofuscados que puedan ser en su existencia humana, serán siempre los hijos predilectos de nuestro Señor, serán siempre de modo particular su imagen».

La cruz es la respuesta definitiva a esta ideología que, sirviéndose de la debilidad, sueña con poner fin a todo lo finito: la fatiga, el dolor, la enfermedad e incluso la muerte. Yo, en cambio, creo que la finitud asumida y amada es el corazón de nuestra civilización. El sueño prometeico de una vida infinita, de un poder infinito, es un señuelo, una tentación diabólica. El transhumanismo nos promete convertirnos «exactamente» en dioses. Esta utopía es una de las más peligrosas de toda la historia de la humanidad: nunca ha sido mayor el deseo de la criatura de alejarse definitivamente del Padre. Las palabras de Nietzsche en *La gaya ciencia* se hacen realidad: «¡Dios ha muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado! [...]. Lo más sagrado y poderoso que poseía hasta ahora el mundo se ha desangrado bajo nuestros cuchillos [...]. ¿No es la grandeza de este acto demasiado grande para nosotros? ¿No tendremos que volvernos nosotros mismos dioses?».

Los hombres de ciencia se reirán sin duda de mí y de mi ignorancia. Aun así, yo, un hombre de fe, quiero proclamar sin vergüenza ni temor alguno que el «superhombre» es un mito y que el proyecto prometeico es en sí mismo un error.

Paradójicamente, esta locura es expresión de la trágica nostalgia de un paraíso perdido. Antes del pecado original el hombre no iba a conocer la muerte y habitar eternamente junto a Dios; y es como si quisiera recuperar con sus propias

fuerzas el bien que perdió por su culpa. En lo más hondo de nosotros sabemos que la muerte y el sufrimiento no pueden tener la última palabra. Sentimos en nuestro interior la llamada de la eternidad y del infinito. De ahí que el hombre, en virtud de su naturaleza humana, no pueda dejar de ser una criatura a una distancia infinita del Creador. Con sus solas fuerzas humanas no logrará nunca unirse a Dios, elevarse hasta Él y vivir su vida. El hombre solo puede vivir la vida de Dios —lo que llamamos la gracia santificante— si Él se la concede como un don enteramente gratuito. El hombre no tiene ningún derecho a él, porque es pura gratuidad de amor por parte de Dios y supera infinitamente todas las posibilidades de la naturaleza humana. El hombre es esencialmente dependiente. Sabe que está llamado por Dios a un fin que lo trasciende. Así lo ha querido Dios: en esta tierra no encontraremos la felicidad plena. Dios no nos ha creado para una perfección exclusivamente natural. Cuando nos creó a su imagen y semejanza, su fin era infinitamente superior a la perfección de la naturaleza. Solo existimos para esa vida sobrenatural. Dios ha creado a los hombres para la eternidad.

La santidad es la plenitud máxima que nos eleva a la altura de Dios. Nuestra perfección, nuestra santidad es obra de Dios y de su gracia. Jamás desaparecerá el abismo infinito que existe entre el orden natural y el orden sobrenatural, entre la vida de la naturaleza humana y la vida de la gracia, que es la misma vida de Dios entregada a los hombres. La santidad asume la naturaleza y no la contradice, sino que la trasciende infinitamente.

La Iglesia prolonga la misión de Cristo, que quiere conducir al hombre a la perfección, a su divinización: «Acordaos de vuestros pastores, que os proclamaron la palabra de Dios, e imitad su fe, considerando el buen final de su conducta. Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y por los siglos. No os dejéis llevar por doctrinas diversas y extrañas» (*Hb* 13, 7-9).

EL ODIO A LA VIDA

NICOLAS DIAL: *Los temas del aborto y de los derechos sexuales y reproductivos son siempre un campo de enfrentamiento conflictivo entre la Iglesia y los medios. El papa Francisco, por su parte, no duda en comparar el aborto con un «genocidio de guante blanco».*

CARDENAL ROBERT SARAH: En muchos países existe lo que san Juan Pablo II llamaba una «conjura contra la vida». Si, por propia iniciativa, un gobierno puede autorizar quitarle la vida legalmente a un niño, cualquier deriva es posible. La legalización del aborto es matriz de todas las transgresiones. ¿Quién tiene derecho a vivir? ¿Quién está condenado a morir? ¿Pertenece el niño trisómico inexorablemente a esta segunda categoría de seres humanos? El mandamiento de Dios es muy claro: «No matarás».

Según la madre Teresa, una sociedad en la que la mujer tiene derecho a matar a su hijo es intrínsecamente bárbara. Para suavizar la gravedad del crimen, sus defensores intentan asignarle calificativos halagadores: interrupción del embarazo suena mejor al oído y a la conciencia. Hay poblaciones enteras anestesiadas respecto a este tema que no parecen comprender la gravedad de lo que está en juego. Y se instaura el asesinato. El homicidio se convierte en algo bueno, justificable, legítimo. El homicidio se convierte en un derecho. La Iglesia católica se opone tajantemente a este crimen masivo contra la humanidad. Quieren excluarnos del debate y silenciar nuestras palabras. Nuestros argumentos les parecen oscurantistas. Los grupos de presión exaltan la libertad de elección de la muerte en lugar de celebrar el gozo de la vida y de la concepción. Y hay incluso quienes consideran que la maternidad es una alienación y una esclavitud.

Las cínicas leyes que legalizan el aborto significan una violación de los fundamentos del derecho y acaban provocando la disgregación social y la autodestrucción del Estado. El problema es aún más grave si se tiene en cuenta la crisis demográfica sin precedentes que atraviesa Europa. El reemplazo generacional ya no está garantizado. En algunos países como Italia el envejecimiento plantea graves problemas.

Hay que admitir que hoy en día nos hemos alejado mucho de las recomendaciones que dirigía Pablo VI a los gobiernos en su encíclica *Humanae vitae*: «Decimos a los gobernantes, que son los primeros responsables del bien común y que tanto pueden hacer para salvaguardar las costumbres morales: no permitáis que se degrade la moralidad de vuestros pueblos; no aceptéis que se introduzcan legalmente en la célula fundamental, que es la familia, prácticas contrarias a la ley natural y divina. Es otro el camino por el cual los poderes públicos pueden y deben contribuir a la solución del problema demográfico: el de una cuidadosa política familiar y de una sabia educación de los pueblos, que respete la ley moral y la libertad de los ciudadanos». A mí me resulta de lo más misteriosa la falta de una verdadera política de apoyo a la familia y a la demografía por parte de los países occidentales. Desde un punto de vista meramente humano, es evidente que existe una urgencia. Creo que esta carrera hacia la muerte encierra una honda falta de esperanza. Es como si esos países hubieran dejado de creer en su propio futuro.

Y, mientras tanto, la tragedia del aborto sigue causando estragos. Sus víctimas son los niños no nacidos, pero también las madres, el blanco de tantas presiones que las empujan a abortar. Hay muchas mujeres a las que esa terrible herida las acompaña durante años y que saben que han puesto fin a la vida de su hijo. Querría recordar las proféticas palabras de la madre Teresa en la ceremonia de entrega del Premio Nobel de la Paz. En presencia del rey de Noruega y de toda la Academia Sueca, esta mujer tan pequeña de estatura y tan grande ante Dios recuperó el acento de los profetas del Antiguo Testamento para ponernos la verdad delante de los ojos. La madre Teresa se atrevió a decir que el aborto era una amenaza contra la paz del mundo: «Quiero compartir algo con todos ustedes —dijo—: el gran destructor de la paz hoy es el crimen del niño inocente no nacido. Porque si una madre puede asesinar a su propio hijo en su seno, ¿qué puede impedir a ustedes y a mí que nos matemos unos a otros? Leemos en las Escrituras, porque Dios lo dice claramente: “Incluso si una madre puede olvidar a su hijo, Yo no te olvidaré, te llevo grabado en la palma de mi mano”. Incluso si una madre pudiera olvidar —algo imposible, pero incluso si pudiera olvidarlo—, “Yo no te olvidaré” [...]. Hoy, millones de no nacidos son asesinados y no decimos nada. En los periódicos leemos que han asesinado a tal o cual persona. Pero nadie habla de los millones de pequeños que han sido concebidos con la misma vida que ustedes y que yo, con la vida de Dios. Y no decimos nada, nos callamos [...]. Para mí, las naciones que han legalizado el aborto son las más pobres, le tienen miedo a un niño no nacido y el niño tiene que morir [...]. Debemos tomar una sólida resolución: vamos a salvar a todo pequeño, a todo

niño no nacido, dándole la posibilidad de nacer [...]. Estamos luchando contra el aborto a través de la adopción. El buen Dios ha bendecido el trabajo que realizamos de modo maravilloso, porque hemos salvado la vida de miles de niños y han encontrado un hogar donde son amados, queridos y protegidos. Por esta razón, hoy les pido, en presencia de Su Majestad y ante todos ustedes que vienen de diferentes países, que recemos para tener el coraje de ponernos de parte de los niños no nacidos y dar al niño la oportunidad de amar y ser amado. Y creo que, con la gracia de Dios, podremos llevar paz al mundo. Aquí, en Noruega, ustedes —con la bendición de Dios— viven con bastante desahogo. Pero estoy segura de que en las familias, en muchas de nuestras casas, puede que no tengamos hambre de un trozo de pan, pero quizá haya alguien en la familia que no sea deseado, que no sea amado, que no reciba cuidados, que viva olvidado. Ahí está el amor. El amor comienza en la propia casa. El amor, para que sea auténtico, debe costarnos [...]. El hijo es el mejor regalo de Dios a una familia, a un país y al mundo entero. ¡Que Dios les bendiga!».

Creo que solo una mujer es capaz de hablar con tanto coraje, solo una santa es capaz de hablar con tanta claridad. La madre Teresa me recuerda a las mujeres que se mantuvieron al pie de la cruz mientras los apóstoles huían vencidos por el miedo. Ese día fue el Espíritu Santo el que, por boca de una mujer, nos habló a nosotros, sacerdotes y obispos, tan pusilánimes a veces a la hora de recordar la verdad.

En la encíclica *Evangelium vitae* Juan Pablo II denunció la difusión de «una inquietante cultura de la muerte» que se manifiesta no solo en guerras fratricidas, masacres o genocidios, sino sobre todo en «atentados contra la vida naciente y contra los ancianos y los enfermos». ¿Cómo se puede interpretar esta idea del antiguo papa?

Nuestras sociedades contemporáneas se han vuelto morbosas. Todos los papas del siglo pasado han combatido esta cultura de muerte. La situación, en el fondo, es muy extraña. Porque nadie puede amar la muerte. La idea de nuestro final terrenal nos provoca un rechazo natural. No obstante, bajo los falsos oropeles de las ideologías progresistas, las civilizaciones posmodernas no dudan en quitar la vida.

En la *Evangelium vitae*, publicada en 1995, Juan Pablo II escribía: «¿Cómo se ha podido llegar a una situación semejante? Se deben tomar en consideración múltiples factores. En el fondo hay una profunda crisis de la cultura, que engendra escepticismo en los fundamentos mismos del saber y de la ética,

haciendo cada vez más difícil ver con claridad el sentido del hombre, de sus derechos y deberes. A esto se añaden las más diversas dificultades existenciales y relacionales, agravadas por la realidad de una sociedad compleja, en la que las personas, los matrimonios y las familias se quedan con frecuencia solas con sus problemas. No faltan además situaciones de particular pobreza, angustia o exasperación, en las que la prueba de la supervivencia, el dolor hasta el límite de lo soportable, y las violencias sufridas, especialmente aquellas contra la mujer, hacen que las opciones por la defensa y promoción de la vida sean exigentes, a veces incluso hasta el heroísmo. Todo esto explica, al menos en parte, cómo el valor de la vida pueda hoy sufrir una especie de “eclipse”, aun cuando la conciencia no deje de señalarlo como valor sagrado e intangible, como demuestra el hecho mismo de que se tienda a disimular algunos delitos contra la vida naciente o terminal con expresiones de tipo sanitario, que distraen la atención del hecho de estar en juego el derecho a la existencia de una persona humana concreta. En efecto, si muchos y graves aspectos de la actual problemática social pueden explicar en cierto modo el clima de extendida incertidumbre moral y atenuar a veces en las personas la responsabilidad objetiva, no es menos cierto que estamos frente a una realidad más amplia, que se puede considerar como una verdadera y auténtica estructura de pecado, caracterizada por la difusión de una cultura contraria a la solidaridad, que en muchos casos se configura como verdadera “cultura de muerte”».

El gran papa polaco fue testigo de las atrocidades de la guerra —muchos de sus amigos judíos no regresaron de los campos de exterminio— y de un sinfín de horrores. Hacía mucho tiempo que conocía los resortes de esas pasiones morbosas.

Las instituciones internacionales trabajan en la difusión de esta cultura de muerte. Los países pobres en los que la familia sigue siendo un punto de anclaje fundamental de la vida social son el blanco prioritario de las políticas eugenésicas y maltusianas. Grandes fundaciones manejadas por millonarios occidentales llevan a cabo programas de exterminio de niños no nacidos. Este combate por difundir la muerte a cualquier precio es una monstruosidad y supone un empleo descontrolado del poder económico para destruir a los débiles e indefensos.

Es una gran paradoja. El hombre occidental, que saca el máximo provecho posible de los encantos de la vida, lucha enconadamente contra ella. El odio a la vida es el odio al amor. El amor siempre genera vida. Quien ama de verdad posee la vida. Quiero recordar las hermosas palabras del apóstol san Juan:

«Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte. Todo el que aborrece a su hermano es un homicida; y sabéis que ningún homicida tiene en sí la vida eterna. En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. Por eso también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. Si alguno posee bienes de este mundo y, viendo que su hermano padece necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor a Dios? Hijos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y de verdad. En esto conoceremos que somos de la verdad, y en su presencia tranquilizaremos nuestro corazón, aunque el corazón nos reproche algo, porque Dios es más grande que nuestro corazón y conoce todo. Queridísimos: si el corazón no nos acusa, tenemos plena confianza ante Dios» (1 Jn 3, 14-21).

La cultura de muerte es obra de una contracultura de muertos vivientes. Nos enfrentamos a una visión equivocada del destino del hombre. Una civilización auténtica se fundamenta en la dicha del don de la vida.

Yo nací en Guinea en tiempos de la dictadura de Seku Turé. Entonces comprendí que la única respuesta a la violencia de la dictadura revolucionaria era la pasión del amor. No había que temer a la dictadura: había que sembrar amor: «En el amor no hay temor, sino que el amor perfecto echa fuera el temor, porque el temor supone castigo, y el que teme no es perfecto en el amor» (1 Jn 4, 18). Con ayuda de la gracia divina, debía actuar para injertar en el corazón de cada guineano y de todas las familias un pedazo del corazón de Dios para poder amar y perdonar como Él. Sabíamos que todos nuestros hermanos arrestados sufrían torturas. El régimen pretendía arrancarles supuestos secretos. Tenía prohibido visitar a mi predecesor en Conakry, monseñor Tchidimbo, que estaba en la cárcel, pero no cabe duda de que estuvo sometido al peor maltrato. No volvimos a saber nada de un gran número de personas encerradas en las prisiones de Seku Turé. A través de algunos carceleros, a veces nos enterábamos de la muerte de alguno de ellos en medio de terribles sufrimientos. Nunca devolvían sus cuerpos a las familias. Los esbirros del régimen demostraban una maldad extrema: disfrutaban viendo morir a sus prisioneros. Frente a tantos horrores diabólicos, había que enseñar al pueblo de Guinea a amar y a perdonar como Dios. El único modo de oponerse a la violencia y al odio es ovillarse en Dios para amar sin medida.

La esperanza está solo en Dios. El Padre reúne en Él la vida y el amor.

La eutanasia es otra manifestación del desprecio de la vida humana...

El hombre occidental siente pánico ante la idea del dolor y de la muerte. Cuando el placer deja de estar garantizado, ¿para qué seguir en este mundo? Como en el caso del aborto, se observa un desplazamiento semántico que procura propiciar la evolución de las mentalidades. Se habla de una muerte digna. ¿Y a quién le gusta marcharse de aquí con dolor? Los partidarios de la eutanasia utilizan el dolor moral y psicológico de los enfermos terminales y de sus familias para fomentar su visión de las cosas. Muestran una falsa piedad que no es otra cosa que una hipócrita pulsión de muerte.

La Iglesia ha acompañado siempre a los moribundos. ¿Cuántos sacerdotes, religiosos y religiosas han pasado horas al lado de los terminales? Cuando el camino en esta tierra llega a su fin, lo que necesita el hombre no es una fría jeringuilla que lo mate: necesita una mano compasiva y amante. Me vienen a la memoria las emotivas palabras de la madre Teresa: «Los pobres son grandes, son totalmente dignos de amor. No necesitan nuestra piedad ni nuestra simpatía. Necesitan nuestro amor comprensivo, necesitan nuestro respeto, necesitan que los tratemos con dignidad. Vivimos la experiencia de la pobreza extrema: la vivimos junto a ellos, los que corren el peligro de morir por un pedazo de pan. Pero mueren con dignidad. Nunca olvidaré a un hombre que recogimos de los alcantarillados, medio comido por los gusanos y, después de traerlo a casa, solo dijo: “He vivido como un animal en la calle, pero voy a morir como un ángel, amado y cuidado”. Y luego murió. Se marchó a su casa, a la casa de Dios, porque la muerte no es otra cosa que volver a casa, a la casa de Dios. Experimentó la felicidad en esta vida porque experimentó el amor, porque se sintió deseado, amado, sintió que era alguien para alguien en sus últimos instantes».

¡Morir con dignidad es morir amado! Lo demás no es más que una mentira. Las personas de los servicios de cuidados paliativos que se dedican con una generosidad incansable a disminuir el dolor, acompañar la soledad y querer a las personas lo saben: es rarísimo que un enfermo pida la eutanasia. Y, si lo hace, su petición esconde alguna carencia. En el fondo, creo que si a día de hoy se debate la eutanasia, es porque quienes gozamos de buena salud no soportamos la presencia de los enfermos y de los que sufren. Mendigan nuestro amor y nuestra compasión. No nos atrevemos a enfrentarnos a su mirada. No tenemos suficiente amor que darles. Nuestra sociedad vive una sequía de amor y se quiere desembarazar de quienes tienen más necesidad de él. ¡Visitad los hospitales; id a diario y limitaos a dar la mano a un enfermo o a un anciano abandonados a la soledad! Os lo ruego: vivid esta experiencia; sentiréis en carne propia lo que

significa amar. «Esto es lo que os propongo: amarnos los unos a los otros hasta que nos duela. No olvidéis que hay muchos niños, muchas mujeres y muchos hombres en este mundo que no tienen lo que vosotros tenéis, y acordaos también de amarlos hasta que os duela», decía también la madre Teresa.

La respuesta a la eutanasia consiste en amar hasta la muerte. La eutanasia se basa fundamentalmente en una lógica económica. Hay que desembarazarse de las personas que se han vuelto inútiles o costosas para la sociedad. La rentabilidad es más importante que la vida.

Los medios participan plenamente en este combate por la eutanasia con el argumento de que esta permite aliviar el dolor y preparar para una muerte clemente y feliz. Les gusta ofrecer contundentes detalles de algunos casos especialmente emotivos para forzar los sentimientos del público.

La eutanasia es un suicidio por poderes y una ejecución ilegal. Basta un mínimo debilitamiento del respeto a la vida humana para que las consecuencias sean incalculables. En Bélgica o en Gran Bretaña quieren autorizar la eutanasia de menores sin el consentimiento de los padres. ¿No está el personal médico exclusivamente al servicio de la vida? ¿Se le puede convertir en ejecutor de la muerte? Para algunos la eutanasia es una terapia más. ¿Hay que temer igual a un médico que a un verdugo?

Me viene a la memoria la afirmación de un genetista francés, el profesor Jérôme Lejeune, descubridor de la trisomía 21: «La calidad de una civilización se mide por el respeto que muestra hacia sus miembros más débiles».

La Iglesia no debe tener miedo a pelear a tiempo y a destiempo. ¿Fueron lo suficientemente valientes los obispos belgas cuando se legalizó la eutanasia? ¿Prestaron quienes son hombres de Dios ayuda suficiente al rey Felipe, un hombre bueno y amable, digno heredero del rey Balduino, cuando se legalizó la eutanasia de menores? Me consta que los obispos americanos, polacos, franceses y españoles demuestran mucho valor respecto a todas estas cuestiones.

¿Cómo será nuestro mundo dentro de un siglo? El aborto, la mercantilización del cuerpo, las derivas sexuales, el *gender*, la crisis del matrimonio, la eutanasia son las múltiples facetas de un mismo combate de las élites occidentales que solo conoce tres principios: el dinero, el poder y el placer. Estos hombres bailan sobre los cadáveres de cientos de miles de frágiles seres sacrificados para poder conservar su dominio.

La Iglesia es el último escudo frente a una nueva ética mundial macabra y suicida. Debe iluminar todas las conciencias. Cuando el sol de la Iglesia se esconde, los hombres sienten frío. Hay que recuperar el valor de san Atanasio y de san Ireneo para derribar estas nuevas herejías: un camino que abrió Juan Pablo II cuando en 1980, en los inicios de su pontificado, escribió en su encíclica *Dives in misericordia*: «Teniendo a la vista la imagen de la generación a la que pertenecemos, la Iglesia comparte la inquietud de tantos hombres contemporáneos. Por otra parte, debemos preocuparnos también por el ocaso de tantos valores fundamentales que constituyen un bien indiscutible no solo de la moral cristiana, sino simplemente de la moral humana, de la cultura moral, como el respeto a la vida humana desde el momento de la concepción, el respeto al matrimonio en su unidad indisoluble, el respeto a la estabilidad de la familia. El permisivismo moral afecta sobre todo a este ámbito más sensible de la vida y de la convivencia humana. A él van unidas la crisis de la verdad en las relaciones interhumanas, la falta de responsabilidad al hablar, la relación meramente utilitaria del hombre con el hombre, la disminución del sentido del auténtico bien común y la facilidad con que este es enajenado. Finalmente, existe la desacralización que a veces se transforma en “deshumanización”: el hombre y la sociedad para quienes nada es “sacro” van decayendo moralmente, a pesar de las apariencias».

También la carta encíclica de Juan Pablo II *Evangelium vitae* sigue siendo un documento profético, un himno a la vida lanzado al rostro del mundo en un momento en que —por utilizar sus palabras— se multiplican los «atentados contra la vida», a través sobre todo del aborto y la eutanasia. Se puede condenar a muerte en el seno de su madre al niño no nacido, y la horrible consecuencia lógica del infanticidio en el inicio de la vida se prolonga en la eutanasia, que pretende acabar con los enfermos con graves discapacidades y con quienes han llegado al final de la vida. ¡Qué paradoja tan sorprendente! Cuando la mayoría de las sociedades quieren eliminar la pena de muerte de los asesinos, quieren reinstaurarla para los inocentes y los vulnerables: desde el niño que se está gestando hasta el enfermo y el que se hace viejo, e incluso los que están cansados de vivir. En ambos casos perdemos la solidaridad con los hombres y las mujeres que pasan por situaciones difíciles.

La sociedad occidental retoma así los reflejos más arcaicos de las sociedades primitivas que se otorgaron el derecho a la vida o a la muerte de los niños y de determinados sectores de la población. Tanto el aborto como la eutanasia son las modernas manifestaciones asépticas de una barbarie silenciosa. La medicina no

puede ser el brazo secular de un poder que da muerte. La vocación de los médicos consiste en proteger la vida, y no en impedirla. Hace cuatro siglos Pascal escribió en sus *Pensamientos*: «Lo propio del poder consiste en proteger», y no en asesinar.

Creo que es urgente que la Iglesia reaccione creando «oasis de vida», lugares en los que las mujeres embarazadas puedan ser acogidas y acompañadas hasta el parto, felizmente y sin que las miren mal; lugares en los que los niños discapacitados puedan ser acogidos con admiración cuando nacen en lugar de ser tratados como fracasos de la medicina; lugares en los que los enfermos puedan morir dignamente y recibiendo amor. Hay congregaciones religiosas que están llevando a cabo un trabajo admirable, como las hermanitas de la Maternidad católica en África y en Europa, o todos los que se dedican a los cuidados paliativos. ¿A quién no le impresiona el extraordinario trabajo de la Maison Jeanne Garnier de París, que acoge a enfermos terminales? En la capital francesa ni el cardenal Lustiger, ni su sucesor el cardenal Vingt-Trois, ni monseñor Aupetit ahora, han tenido miedo de anunciar el Evangelio de la vida, que debería representar una urgencia para todos los obispos. Habría que luchar contra la cultura de muerte en cada diócesis no solo con palabras, sino poniendo en práctica una cultura de vida. El Evangelio no es una utopía: tiene que encarnarse. Es Jesús quien nos lo dice: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10). La Iglesia es la matriz de una civilización de la vida.

En su opinión, ¿qué lugar ocupa la Shoah en la historia humana?

Creo que la Shoah ha sido el mayor escándalo de la humanidad, el mayor crimen de la historia moderna. El odio y el deseo de acabar con el pueblo judío son abominables. ¿No fue en realidad un plan para matar a Dios eliminando al pueblo que ha transmitido el recuerdo de su Alianza a lo largo de los siglos? Querría citar a este respecto un texto maravilloso de Benedicto XVI, quien durante su visita al campo de concentración de Auschwitz el 28 de mayo de 2006 se expresó de este modo: «Tomar la palabra en este lugar de horror, de acumulación de crímenes contra Dios y contra el hombre que no tiene parangón en la historia, es casi imposible; y es particularmente difícil y deprimente para un cristiano, para un papa que proviene de Alemania. En un lugar como este se queda uno sin palabras; en el fondo solo se puede guardar un silencio de estupor, un silencio que es un grito interior dirigido a Dios: ¿Por qué, Señor, callaste? ¿Por qué toleraste todo esto? Con esta actitud de silencio nos inclinamos profundamente en nuestro interior ante las innumerables personas que aquí

sufrieron y murieron. Sin embargo, este silencio se transforma en petición de perdón y reconciliación, hecha en voz alta, un grito al Dios vivo para que no vuelva a permitir jamás algo semejante [...]. El papa Juan Pablo II estaba aquí como hijo del pueblo polaco. Yo estoy hoy aquí como hijo del pueblo alemán, y precisamente por esto debo y puedo decir como él: no podía por menos de venir aquí. Debía venir. Era y es un deber ante la verdad y ante el derecho de todos los que han sufrido, un deber ante Dios, estar aquí como sucesor de Juan Pablo II y como hijo del pueblo alemán, como hijo del pueblo sobre el cual un grupo de criminales alcanzó el poder mediante promesas mentirosas, en nombre de perspectivas de grandeza, de recuperación del honor de la nación y de su importancia, con previsiones de bienestar, y también con la fuerza del terror y de la intimidación; así, usaron y abusaron de nuestro pueblo como instrumento de su frenesí de destrucción y dominio. Sí, no podía por menos de venir aquí [...]. Esta es también la finalidad por la que me encuentro hoy aquí: para implorar la gracia de la reconciliación; ante todo, a Dios, el único que puede abrir y purificar nuestro corazón; luego, a los hombres que aquí sufrieron; y, por último, la gracia de la reconciliación para todos los que, en este momento de nuestra historia, sufren de modo nuevo bajo el poder del odio y bajo la violencia fomentada por el odio. ¡Cuántas preguntas se nos imponen en este lugar! Siempre surge de nuevo la pregunta: ¿dónde estaba Dios en esos días? ¿Por qué permaneció callado? ¿Cómo pudo tolerar este exceso de destrucción, este triunfo del mal? Nos vienen a la mente las palabras del salmo 44, la lamentación del Israel doliente: “Tú nos arrojaste a un lugar de chacales y nos cubriste de tinieblas [...]. Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza. Despierta, Señor, ¿por qué duermes? Levántate, no nos rechaces más. ¿Por qué nos escondes tu rostro y olvidas nuestra desgracia y nuestra opresión? Nuestro aliento se hunde en el polvo, nuestro vientre está pegado al suelo. Levántate a socorrernos, redímenos por tu misericordia” (*Sal* 44, 20.23-27). Este grito de angustia que el Israel doliente eleva a Dios en tiempos de suma angustia es a la vez el grito de ayuda de todos los que a lo largo de la historia —ayer, hoy y mañana— han sufrido por amor a Dios, por amor a la verdad y al bien; y hay muchos también hoy. Nosotros no podemos escrutar el secreto de Dios. Solo vemos fragmentos y nos equivocamos si queremos hacernos jueces de Dios y de la historia. En ese caso, no defenderíamos al hombre, sino que contribuiríamos solo a su destrucción. No; en definitiva, debemos seguir elevando, con humildad pero con perseverancia, ese grito a Dios: “Levántate. No te olvides de tu criatura, el hombre”. Y el grito que elevamos a Dios debe ser, a la vez, un grito que penetre nuestro mismo corazón, para que se despierte en nosotros la presencia escondida de Dios, para que el poder que Dios ha depositado en nuestro corazón

no quede cubierto y ahogado en nosotros por el fango del egoísmo, del miedo a los hombres, de la indiferencia y del oportunismo. Elevemos este grito a Dios; dirijámoslo también a nuestro corazón, precisamente en este momento de la historia, en el que se ciernen nuevas desventuras, en el que parecen resurgir de nuevo en el corazón de los hombres todas las fuerzas oscuras: por una parte, el abuso del nombre de Dios para justificar una violencia ciega contra personas inocentes; y, por otra, el cinismo que ignora a Dios y que se burla de la fe en él. Nosotros elevamos nuestro grito a Dios para que impulse a los hombres a arrepentirse, a fin de que reconozcan que la violencia no crea la paz, sino que solo suscita otra violencia, una espiral de destrucciones en la que, en último término, todos solo pueden ser perdedores. El Dios en el que creemos es un Dios de la razón, pero de una razón que ciertamente no es una matemática neutral del universo, sino que es una sola cosa con el amor, con el bien. Nosotros oramos a Dios y gritamos a los hombres, para que esta razón, la razón del amor y del reconocimiento de la fuerza de la reconciliación y de la paz, prevalezca sobre las actuales amenazas de la irracionalidad o de una razón falsa, alejada de Dios. El lugar en donde nos encontramos es un lugar de la memoria, el lugar de la Shoah. El pasado no es solo pasado. Nos ata también a nosotros y nos señala qué caminos no debemos tomar y qué caminos debemos tomar. Como hizo Juan Pablo II, he recorrido el camino de las lápidas que, en diversas lenguas, recuerdan a las víctimas de este lugar [...]. Todas estas lápidas conmemorativas hablan de dolor humano; nos permiten intuir el cinismo de aquel poder que trataba a los hombres como material, sin reconocerlos como personas, en las que resplandece la imagen de Dios. Algunas lápidas invitan a una conmemoración particular. Está la lápida en lengua hebrea. Los potentados del Tercer Reich querían aplastar al pueblo judío en su totalidad, borrarlo de la lista de los pueblos de la tierra. Entonces se verificaron de modo terrible las palabras del salmo: “Nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza”. En el fondo, con la aniquilación de este pueblo, esos criminales violentos querían matar a aquel Dios que llamó a Abraham, que hablando en el Sinaí estableció los criterios para orientar a la humanidad, criterios que son válidos para siempre. Si este pueblo, simplemente con su existencia, constituye un testimonio de ese Dios que ha hablado al hombre y cuida de él, entonces ese Dios finalmente debía morir, para que el dominio perteneciera solo al hombre, a ellos mismos, que se consideraban los fuertes que habían sabido apoderarse del mundo. En realidad, con la destrucción de Israel, con la Shoah, querían en último término arrancar también la raíz en la que se basa la fe cristiana, sustituyéndola definitivamente con la fe hecha por sí misma, la fe en el dominio del hombre, del fuerte. Luego está la lápida en lengua polaca: en una primera fase, y ante todo, se quería eliminar la

élite cultural y borrar así al pueblo como sujeto histórico autónomo, para reducirlo, en la medida en que seguía existiendo, a un pueblo de esclavos. Otra lápida que invita particularmente a reflexionar es la que está escrita en la lengua de los sinti y de los rom. También aquí se quería hacer desaparecer a un pueblo entero, que vive emigrando en medio de otros pueblos. Era considerado como un elemento inútil de la historia universal, en una ideología en la que ya solo debía contar lo útil mensurable; todo lo demás, según sus conceptos, se clasificaba como *lebensunwertes Leben*, una vida indigna de ser vivida. Después está la lápida en ruso, que evoca el inmenso número de vidas sacrificadas entre los soldados rusos en el enfrentamiento con el régimen del terror nacionalsocialista; sin embargo, al mismo tiempo, nos hace reflexionar sobre el trágico doble significado de su misión: libraron a los pueblos de una dictadura, pero sometiendo también a los mismos pueblos a una nueva dictadura, la de Stalin y la ideología comunista. También todas las demás lápidas, en muchas otras lenguas de Europa, nos hablan del sufrimiento de hombres de todo el continente. Si no nos limitáramos a hacer memoria de las víctimas de modo global, sino que, además, viéramos los rostros de cada una de las personas que murieron aquí, en lo más lóbrego del terror, nuestro corazón se sentiría profundamente afectado. He sentido en mi interior el deber de detenerme en particular ante la lápida en lengua alemana. Allí emerge ante nosotros el rostro de Edith Stein, Teresa Benedicta de la Cruz, judía y alemana, que juntamente con su hermana murió en el horror de la noche del campo de concentración nazi alemán; como cristiana y judía, aceptó morir junto con su pueblo y por él. Los alemanes que entonces fueron traídos a Auschwitz-Birkenau y que murieron aquí eran considerados *Abaschaum der Nation*, la basura de la nación. Sin embargo, ahora nosotros los reconocemos con gratitud como testigos de la verdad y del bien, que en nuestro pueblo tampoco habían desaparecido. Damos gracias a estas personas porque no se sometieron al poder del mal y ahora están ante nosotros como luces en una noche oscura. Con profundo respeto y gratitud nos inclinamos ante todos los que, como los tres jóvenes frente a la amenaza del horno de Babilonia, supieron responder: “Solo nuestro Dios puede librarnos; pero si no lo hace, has de saber, oh rey, que nosotros no serviremos a tus dioses ni adoraremos la estatua de oro que has erigido” (*Dn* 3, 17-18). Sí; detrás de estas lápidas se oculta el destino de innumerables seres humanos. Sacuden nuestra memoria, sacuden nuestro corazón. No quieren provocar en nosotros el odio; más bien, nos demuestran cuán terrible es la obra del odio. Quieren hacer que la razón reconozca el mal como mal y lo rechace; quieren suscitar en nosotros la valentía del bien, de la resistencia contra el mal. Quieren despertar en nosotros los sentimientos que se expresan en las palabras que Sófocles pone en labios de Antígona ante el horror

que la rodea: “Están aquí no para odiar juntos, sino para amar juntos”. Gracias a Dios, con la purificación de la memoria, a la que nos impulsa este lugar de horror, crecen en torno a él múltiples iniciativas que quieren poner un límite al mal y dar fuerza al bien. Hace poco he bendecido el Centro para el diálogo y la oración. En las cercanías se desarrolla la vida oculta de las religiosas carmelitas, conscientes de estar particularmente unidas al misterio de la cruz de Cristo; nos recuerdan la fe de los cristianos, que afirma que Dios mismo ha descendido al infierno del sufrimiento y sufre juntamente con nosotros [...]. En Auschwitz-Birkenau la humanidad atravesó por “un valle oscuro”. Por eso, precisamente en este lugar, quisiera concluir con una oración de confianza, con un salmo de Israel que, a la vez, es una plegaria de la cristiandad: “El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan [...]. Habitaré en la casa del Señor por años sin término” (*Sal* 23, 1-4.6)».

Cuando reinan la peor violencia, los imperialismos de todo tipo — sanguinarios o camuflados—, los actos de brutalidad, el desorden manifiesto e institucionalizado, el pueblo suele extrañarse de la paciencia y el silencio de Dios y se escandaliza de ellos. Ese silencio divino frente a la barbarie y los crímenes es para muchos motivo suficiente de incredulidad. ¡Si supiéramos lo viva que está la impaciencia de Dios! Para superarla no necesita nada más ni nada menos que el infinito de su amor. Dios no quiere el mal. Me da pena cuando oigo decir: «¡Dios permite el mal!». ¡No! Dios no permite el mal. Lo sufre. Fue herido de muerte por él. ¡Él es la primera víctima! Cuanto más monstruoso es el mal, más patente se hace que Dios es en nosotros la primera víctima. Dios es como una madre: por amor a un hijo la madre es capaz de sufrir con su hijo, más que su hijo y por su hijo. En virtud de esa identificación del amor con el ser amado, una madre sana puede vivir la agonía de un hijo con mayor dolor aún que el propio hijo. De eso es capaz el amor.

¿Cómo podemos pensar que el amor de Dios es menos maternal que el amor de una madre, cuando todo el amor de todas las madres, incluso el de la Virgen, no es más que una gota en el océano de la ternura maternal de Dios? Nadie sufre el golpe del dolor sin que Dios lo sufra en él, antes que él, más que él y por él.

El silencio es la palabra más poderosa y la más plena de amor, y esa ausencia es la presencia más inmediata en el corazón del sufrimiento humano. Dios Amor estuvo silenciosamente presente en Auschwitz-Birkenau, inundando

secretamente con su ternura esa tierra martirizada. Nadie puede saber cómo acogió Dios en sus brazos a todos los que murieron en las cámaras de la muerte.

Para dudar de ello hay que haber perdido totalmente la conciencia de la dignidad de nuestra libertad. Dios nos ha concedido una libertad plena. Si ha creado esa libertad, no ha sido para petrificarla y reemplazarla. La tarea es nuestra. Y tenemos que cumplirla en la impaciencia y en la paciencia, «viviendo la verdad con caridad» (Ef 4, 15).

Quizá pensamos que, después de la Shoah, el horror de los genocidios no se volvería a repetir. Y, desgraciadamente, no ha sido así...

Si creemos que el hombre está hecho a semejanza de Dios, es imposible cometer el más mínimo atropello contra él. Si matamos a un hombre, matamos a Dios. Si aborrecemos a un hombre, aborrecemos a Dios. Si hacemos sufrir a un hombre, hacemos sufrir a Dios. Un genocidio, la eliminación sistemática y programada de un grupo nacional, étnico o religioso, es una señal inequívoca del diablo; es un combate, una ofensa, una oposición radical al mismo Dios.

En África ha habido muchos hombres y mujeres reducidos a la esclavitud. Cuando era niño, escuchaba a los ancianos hablar de los habitantes deportados del poblado. Sabíamos en qué sitios de la costa, a orillas del océano, se encontraban los edificios en los que en el pasado se apiñaban los esclavos antes de embarcar. No eran más que mercancía sin valor. Me enteré muy joven del vergonzoso destino reservado a muchos de mis hermanos. No ignoraba que algunos antepasados míos fueron vendidos como animales. Nunca regresaron. Ese comercio se prolongó durante siglos. Las poblaciones indefensas víctimas de él no tenían nada con que responder a los golpes. Los esclavos negros poseían menos valor que un mueble o un campo de cereales. Todas las regiones de África han pasado por esta humillación, por esta degradación, por esta negación absoluta, por este comercio de esclavos ideado, promovido y vilmente ejecutado por países cristianos y musulmanes. También yo soy hijo de esta trágica historia.

Tras ocupar la cátedra de Pedro, el papa Francisco denunció sin miramientos dos políticas genocidas de nuestros tiempos. El 12 de abril de 2015, segundo domingo de Pascua, concelebró una misa para los fieles de rito armenio junto con el patriarca Nerses Bedros XIX Tarmouni. La misa desató una importante tormenta diplomática: Turquía llamó inmediatamente a consulta a Ankara a su embajador; una reacción provocada por el saludo preliminar que el soberano pontífice dirigió a los fieles asistentes. En aquel texto el papa se refería al

«primer genocidio del siglo XX» del que fue víctima el pueblo armenio en 1915 y cuyo carácter de exterminio deliberado jamás ha reconocido Turquía.

En 2018 dedicó palabras muy fuertes al aborto: «Para llevar una vida tranquila se elimina a un inocente». Ese día de junio, durante la recepción ofrecida en el Vaticano a representantes de asociaciones familiares, el papa Francisco comparó el aborto practicado en caso de minusvalía infantil con un «genocidio de guante blanco»: «Está de moda, es habitual. Cuando en el embarazo se ve que quizá el niño no está bien o viene con cualquier cosa: la primera oferta es “¿lo tiramos?”. [...] El siglo pasado todo el mundo estaba escandalizado por lo que hacían los nazis para cuidar la pureza de la raza. Hoy hacemos lo mismo, pero con guantes blancos». El papa se hacía también esta pregunta: «¿Por qué no se ven enanos por la calle? Porque el protocolo de muchos médicos dice: viene mal, fuera». Para el sucesor de Pedro, con el drama del aborto Occidente está viviendo un genocidio escondido, aséptico y destructivo.

En sus Cuadernos de la quincena escribía Charles Péguy: «El mundo moderno envilece. Envilece la ciudad; envilece al hombre. Envilece el amor; envilece a la mujer. Envilece la raza, envilece al niño. Envilece la nación: envilece la familia. Ha logrado envilecer lo que quizá es más difícil de envilecer en el mundo: envilece la muerte». ¿A qué reflexión le invitan las palabras de este gran escritor?

En nuestras relaciones humanas hemos inventado una justicia sin amor que no tarda en convertirse en un animal rabioso. Nos volvemos indiferentes tanto a la verdad como a la mentira. Queremos ser cada vez más ricos y no nos damos cuenta de que somos cada vez más pobres. Parecemos entes que han perdido su centro de gravedad. No sabemos amar porque desconocemos el verdadero amor de Dios. A nuestra época le encanta mirarse en el espejo. Los hombres sienten un amor desmedido por ellos mismos. Estamos viviendo el triunfo del egoísmo.

Cuando le damos la espalda a Dios, extinguimos el amor. Para el cristiano Dios es el Todopoderoso. Pero eso no significa dominar ni disfrutar del poder de pisar a los demás. Dios es amor porque ama y da sin medida. Dios se despoja eternamente. Dios subsiste, está presente para darse. No puede sino darse. La presencia de Dios en mi vida me hace incapaz de envilecer el amor, incapaz de envilecer al hombre o a la mujer. Porque no hay mayor demostración de amor que dar la vida.

Aún existen mártires y héroes. San Maximiliano Kolbe y Arnaud Beltrame son dos ejemplos vivos de la grandeza y la nobleza del amor.

Me gustaría citar unas palabras de Juan Pablo II, quien en la exhortación *Ecclesia in Europa*, publicada en 2003, escribió: «En la raíz de la pérdida de la esperanza está el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo. Esta forma de pensar ha llevado a considerar al hombre como el centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar así falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre. El olvido de Dios condujo al abandono del hombre, por lo que no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta del hedonismo cínico en la configuración de la existencia diaria. La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera. En esta perspectiva surgen los intentos, repetidos también últimamente, de presentar la cultura europea prescindiendo de la aportación del cristianismo, que ha marcado su desarrollo histórico y su difusión universal. Asistimos al nacimiento de una nueva cultura, influenciada en gran parte por los medios de comunicación social, con características y contenidos que a menudo contrastan con el Evangelio y con la dignidad de la persona humana. De esta cultura forma parte también un agnosticismo religioso cada vez más difuso, vinculado a un relativismo moral y jurídico más profundo, que hunde sus raíces en la pérdida de la verdad del hombre como fundamento de los derechos inalienables de cada uno. Los signos de la falta de esperanza se manifiestan a veces en las formas preocupantes de lo que se puede llamar una “cultura de muerte”».

Me sorprende el talento que ha desarrollado el hombre moderno para ensuciar lo que toca. Fíjese en el espacio: la belleza de las imágenes de los planetas y los astros es sobrecogedora. Cada cosa ocupa su lugar. El orden del universo rezuma paz. Fíjese en el mundo, las montañas, los ríos, los paisajes: todo rezuma una serena belleza. Fíjese en el rostro de un niño que ríe a carcajadas, en el rostro de un anciano arrugado por los años. Dios ha creado a su criatura con tanto amor que siempre emana de ella una impresión de nobleza y belleza. ¡Y ahora fíjese en lo que hace el mundo moderno!

Creo que el hombre, pese a la pobreza, la fatiga o la enfermedad, conserva su belleza mientras sigue siendo sencillo y auténtico, es decir, consciente y feliz de su condición de criatura. La modernidad desfigura la belleza del Creador

reflejada tanto en el rostro de los niños como en el de los moribundos. Ese reflejo le resulta tan insoportable que quiere deformarlo. Ese reflejo es un incesante reproche que no puede tolerar. Quiere envilecerlo. Me viene a la memoria un libro espléndido escrito por un autor polaco que fue deportado de niño al gulag de Siberia en la época soviética. Al subir al tren que va a trasladarlo hacia los campos de concentración, se pregunta por qué han deportado también a su madre, siendo tan hermosa. ¿Qué hay más bello en el corazón de un niño que el rostro de su madre? Y se responde: «Porque ahí también necesitaban una belleza como la que irradiaba mi madre. La belleza es indispensable allá donde el hombre se vuelve un animal, o donde intentan convertirlo en un diablo». Querría hacer mía esta reflexión de Piotr Bednarski. El mundo moderno envilece y afea las realidades más sagradas: el niño, la madre, la muerte. No obstante, jamás podrá arrancar del todo de nuestras almas la belleza interior que Dios ha depositado en ellas. No puede acceder a esa belleza. Allí donde florece la santidad se difunde algo de la belleza de Dios. En el libro que acabo de citar, *Las nieves azules*, cuando el niño descubre la fealdad de los campos de concentración del mundo soviético y de la muerte violenta, exclama: «“A Cristo lo crucificaron. Por nosotros. Siendo sabio, joven y bello. Amó y fue amado, predicó el amor y, a pesar de eso (o precisamente por ello), lo asesinaron [...]. ¿Acaso el amor es pecado?”. Entonces algo estalló en mi interior. Me abracé a la tierra y liberé con el llanto toda mi amargura. Cuando me faltaron las lágrimas y mis ojos se quedaron secos como la arena del desierto, se abrió mi corazón». Esas lágrimas interiores que solo Dios ve limpian el mundo de toda su fealdad y de toda su vileza. Le devuelven la belleza. Los niños, las madres, los ancianos y los santos lo saben, pero es un secreto que comparten con Dios y que permanece oculto a ojos del mundo.

TERCERA PARTE

EL DERRUMBE DE LA VERDAD, LA DECADENCIA MORAL Y LOS EXTRAVÍOS POLÍTICOS

«Se impone la comparación con el hundimiento del Imperio Romano decadente que aún funcionaba como gran marco histórico, pero que, en la práctica, vivía ya por obra de los que iban a liquidarlo, porque no tenía energía vital en sí mismo».

Cardenal Joseph Ratzinger,
Fundamentos espirituales para una Europa con futuro.

¿HACIA DÓNDE VA EL MUNDO?

NICOLAS DIAT: *¿Cómo interpreta usted el escepticismo de la modernidad frente al pasado y sus tradiciones?*

CARDENAL ROBERT SARAH: El hombre moderno occidental desprecia el pasado. Está orgulloso de su civilización, que considera superior a todas las que la han precedido. Esa ilusión nace de los progresos en el campo científico y tecnología. Las últimas revoluciones en el terreno de la tecnología de la comunicación, y en especial internet, alimentan esa presunción.

El hombre moderno es amnésico. Aspiramos a la ruptura con el pasado, mientras que lo novedoso se convierte en un ídolo. A mi modo de ver, existe una especie de hostilidad agresiva en contra de la tradición y, de un modo más general, en contra de cualquier herencia.

No obstante, vivir en el cambio permanente priva al hombre de una brújula. Los jóvenes pueden condenar los errores de las generaciones anteriores. Entiendo que quieran pasar algunas páginas: a los jóvenes alemanes de la posguerra no se les puede reprochar que deseen olvidar los fantasmas del pasado nazi. Con todo, no conviene olvidar ni siquiera las páginas más negras de la historia. Conservar el recuerdo de la Shoah reviste una importancia decisiva.

La tradición es fundamentalmente un acuerdo con el futuro que firmamos en el pasado. A mí me resulta muy penosa la amnesia de los occidentales. Ya no tenemos nada que ver con la escuela de primaria de mi poblado guineano, en la que aprendí que mis antepasados eran galos... Puede que lo que me enseñaron suene extraño, pero no fue traumático. Reflejaba una voluntad real de apertura de los guineanos a la identidad francesa en un momento en que el país era una colonia de Francia.

La crisis de la memoria solo puede engendrar una crisis cultural. La condición del progreso reside en la transmisión de los logros del pasado. El hombre está física y ontológicamente ligado a la historia de quienes lo han precedido. Una sociedad que rechaza el pasado corta con su futuro. Es una sociedad muerta, una

sociedad sin memoria, una sociedad vencida por el Alzheimer.

Este movimiento contemporáneo se aplica también al cristianismo. Si la Iglesia rompiera definitivamente con su larga historia, no tardaría en perderse. En *L'Affrontement chrétien* Emmanuel Mounier explica que esta voluntad de ruptura con el pasado ha provocado una decadencia conjunta de la civilización occidental y del cristianismo. En sus inicios el cristianismo estuvo sostenido por el «vigor de la civilización», mientras que ahora sufre su extenuación. Pero, según él, la crisis es ante todo interna al cristianismo. Existe una especie de porosidad entre la civilización y la religión cristianas. Si el cristianismo pacta con el mundo en lugar de iluminarlo, los cristianos no son fieles a la esencia de su fe. La tibieza del cristianismo y de la Iglesia provoca la decadencia de la civilización. El cristianismo es la luz del mundo. Si deja de brillar, contribuye a hundir a la humanidad en la penumbra.

¿Qué opina de la conflictiva relación que mantiene la modernidad con la idea de unas raíces?

La raíz es el principio y el alimento de la vida. Fija la vida en un suelo fértil y la irriga con una savia nutritiva. Se hunde en el agua para que la vida conserve el verdor en cualquier estación. Permite el follaje y la aparición de flores y frutos. Una vida sin raíces llama a la muerte. La conflictiva relación de la modernidad con la idea de unas raíces viene dada por la crisis antropológica de la que hablábamos antes. El hombre moderno teme que sus raíces se conviertan en un yugo. Prefiere renegar de ellas. Se cree libre, cuando en realidad se hace más vulnerable. Es como una hoja muerta desprendida del árbol y a merced de cualquier viento.

Este problema es un fenómeno occidental. En África y en Asia continuamos atados a nuestras raíces, que sumergen nuestras vidas y nuestra historia en lo más hondo de nuestros orígenes ancestrales. Las etnias, las religiones y las culturas cuentan con antiguas historias de las que siguen nutriéndose. El pasado y el futuro se imbrican inseparablemente en ellas. Este anclaje no es determinismo, sino la condición de nuestra libertad.

El rechazo de las raíces cristianas en la Constitución europea es el síntoma más patente de esta actitud. Las instituciones europeas de hoy en día han quedado reducidas a una estructura económica y administrativa. Aparte de los intereses económicos manejados por una pequeña oligarquía, Europa fabrica ideologías, las alimenta de utopías y pierde su alma. Europa se ha separado de lo

que es en esencia. Ha renegado de sí misma.

A veces Occidente da la impresión de tener como único horizonte el progreso...

El progreso es un poderoso ídolo de las sociedades occidentales. Representa el alfa y la omega que facilita la llegada de un hombre nuevo. El progreso genera el nacimiento de una civilización puramente tecnológica, ansiosa de la opulencia y la sobreabundancia de unos bienes materiales que el hombre moderno codicia ávidamente.

Las noticias y la información de actualidad nos avasallan a diario. Se nos exhorta a todos a adaptarnos, a cambiar. El hombre posmoderno es un nómada permanente, un títere zarandeado por cualquier corriente de moda.

De la búsqueda compulsiva del progreso ha surgido un hombre virtual al que le cuesta encontrarse con Dios. El movimiento y la inestabilidad son enemigos acérrimos de la contemplación.

En sus *Confesiones* escribe san Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti». El sentido de cualquier progreso auténtico es Dios. La velocidad y la artificialidad no pueden llevarnos a Él. El hombre del instante no es hombre de Dios: acaba por no comprender su razón de ser.

En semejante situación de extravío no es sorprendente que no manifestemos ninguna inquietud ante la llegada de robots humanoides dotados de inteligencia artificial. Sentimos cierta estupefacción, convencidos de que esos híbridos con cerebro compuestos de una red de neuronas representan una oportunidad para la humanidad, cuando en realidad anuncian su muerte lenta.

La Iglesia, por su parte, ha contribuido siempre de manera decisiva al progreso técnico. ¡Cuántos descubrimientos científicos se han producido en entornos cristianos, como los monasterios! Hoy la Iglesia debe alentar todo progreso científico que esté de verdad al servicio del hombre. Para ello, tiene que seguir siendo ella misma y continuar predicando lo que Cristo le ha transmitido.

¿La llegada de una sociedad robótica anuncia la muerte definitiva de Dios?

Antes habría que hablar de la muerte del hombre. Yo recuerdo a menudo a

Paul Tibbets, el piloto del *Enola Gay* que bombardeó Hiroshima y cuya obediencia e irresponsabilidad los convierten en un exponente de la civilización de las máquinas.

En *Francia contra los robots* George Bernanos se refiere con absoluta claridad a este fenómeno: «En la lucha más o menos solapada en contra de la vida interior, la civilización de las máquinas no se inspira —al menos no directamente— en ningún proyecto ideológico: defiende su principio esencial, que es la primacía de la acción. La libertad de acción no le inspira ningún temor: lo que teme es la libertad de pensar».

En el mundo de hoy el hombre solo encuentra su lugar en virtud de su utilidad dentro de la inmensa tela de araña de los robots. El hombre reducido al papel de mero ejecutor no puede considerarse propiamente un hombre, sino un frío operario que renunció hace mucho tiempo al empleo de su libre albedrío: ha perdido el contacto con su alma. «¡Las almas! Hoy casi nos ruborizamos cuando escribimos esa palabra sagrada [...]. El hombre solo se pone en contacto con su alma por medio de la vida interior; y en la civilización de las máquinas la vida interior va adquiriendo poco a poco un carácter de anormalidad», proseguía Bernanos.

El hombre contemplativo es aquel que no se somete al imperativo técnico de la producción. Sabe que la muerte del hombre anuncia la muerte de Dios, y la muerte de Dios, el fin de la humanidad.

Sin Dios el mundo solo puede seguir a las utopías y a los ídolos. Sin Dios el mundo vive en el vacío, en la nada, en una inquietud y un sufrimiento permanentes. Si el hombre deja de buscar a Dios, si se crea sus propios dioses al servicio de su plenitud personal, el Dios verdadero desaparece del horizonte del mundo.

La Vida de la vida se escapa de nuestras sociedades. Aun así, Dios sigue vivo en nosotros. Está en nuestra alma, porque el hombre es la morada, el templo más sagrado de Dios.

Paradójicamente, el progreso podría llevarnos a descubrir a Dios. El progreso debería ser el medio más favorable para un constante descubrimiento de lo que Dios ha querido. Todos los descubrimientos científicos o tecnológicos evocan la Creación de Dios. Un barniz de ciencia aleja de Dios, mientras que una ciencia inteligente y reflexiva nos acerca a Él.

¿Es acertado el diagnóstico de la Iglesia sobre las consecuencias de la poshumanidad?

La verdad no cambia. Es eterna. Su nombre es Jesucristo, y «Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y por los siglos» (*Hb* 13, 8). La humanidad no perecerá: la salvará Cristo. La poshumanidad es una mentira: quiere ser autónoma respecto de su Creador, pero jamás podrá matar a su Creador.

El liberalismo integrista parece ser la única regla del mundo de hoy: preconiza la abolición de todas las reglas, de los límites y de la moral. Preconiza la abolición de la religión. Si Dios ha muerto, la religión ya no nos vincula a ninguna divinidad y se convierte en algo superfluo.

En el prólogo a su *Tratado sobre el vacío* escribía Blaise Pascal: «Toda la sucesión de los hombres, a lo largo de los siglos, debe ser considerada como un solo y mismo hombre que subsiste siempre y aprende continuamente». El filósofo del Gran Siglo tiene razón. La idea de que el hombre es superado por otro hombre denota arrogancia y necedad. Desde una perspectiva ontológica y por lo que se refiere a su capacidad de pecado y de rebelarse contra Dios, no existe ninguna diferencia entre Adán y el hombre de hoy: la única diferencia —una diferencia nimia— es que el hombre de hoy está acostumbrado al lujo y dispone de teléfono móvil, mientras que Adán y Eva descubren que están desnudos.

¿Qué quedará de nosotros tal y como somos —«humanos, demasiado humanos»— cuando las posibilidades que plantean la clonación y el útero artificial hayan suprimido los nacimientos; cuando la enfermedad se mantenga a raya gracias al progreso de la nanomedicina y la biotecnología; cuando la Parca no nos dé miedo porque podremos actualizar nuestras conciencias? ¿Nos despojaremos definitivamente de nuestro envoltorio carnal? Fascinado por las increíbles posibilidades de la máquina, el hombre quiere librarse de su cuerpo compuesto de carne y de sangre para revestirse de un poco de silicio y acero. ¡Qué liberación tan falsa!

¿Cómo no plantear a los responsables políticos y a los poderosos los enormes riesgos de la biotécnica? Es evidente que la biotécnica nos enfrenta a un serio dilema moral. El fantasma de la eugenesia —el nacimiento de individuos seleccionados de acuerdo con determinados criterios— se cierne sobre toda la genética. ¿Llegarán a permitir los Estados que se esterilice a las personas consideradas «deficientes», animando al mismo tiempo a tener todos los hijos

posibles a quienes reúnan unas condiciones favorables? ¿Se convertirán en una nueva normativa las disposiciones legales de la política eugenésica de los nazis, que implicaban el exterminio de sectores enteros de la población y autorizaban los experimentos médicos con individuos considerados genéticamente inferiores calificados de *Untermenschen*, de «subhumanos»?

Me gustaría recordar aquí los términos del convenio del Consejo de Europa sobre la clonación humana: «La instrumentalización de los seres humanos a través de la creación deliberada de seres humanos genéticamente idénticos es contraria a la dignidad humana y constituye así un abuso de la biología y la medicina». Son unas palabras llenas de cordura y de coraje: la señal de que Europa no ha llegado a perder del todo la herencia de la sabiduría.

Estamos languideciendo bajo los euforizantes efluvios de la pasividad. Hemos olvidado las palabras del Apocalipsis: «Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin» (Ap 22, 13).

«Después de mí, el diluvio», da la impresión de exclamar el hombre del siglo XXI. ¿Este salto en el vacío no va acompañado de una voluntad casi suicida de no transmisión?

La noción de herencia ha muerto; el vacío se ha convertido en norma. Según los sumos sacerdotes del nuevo mundo, la cultura, los valores, la religión y las tradiciones no se pueden transmitir: deben quedar sepultados en el olvido y, para garantizar que no se vuelva a oír hablar de ellos, se sellará su tumba eliminándolos de los planes educativos.

La voluntad de no transmitir nace de un deseo de muerte. ¿Quién puede decidir no transmitir lo que nos ha dejado el pasado? Este orgullo autosuficiente es terrible, opresivo, asfixiante. Desde que la ruptura se ha convertido en el motor de la modernidad, las sociedades occidentales son incapaces de garantizar y asumir la transmisión de la herencia cultural y la experiencia del pasado. Rechazar cualquier herencia, hacer *tabula rasa* del pasado y de la cultura que nos precede, despreciar los modelos y los vínculos, romper sistemáticamente con la figura del padre: estos gestos modernos, que encierran a las sociedades en la dictadura del presente, conducen a las peores catástrofes humanas, políticas e incluso económicas.

Tengo la sensación de que la historia de los países occidentales se ha convertido en un terreno en ruinas. ¿Quién va a transmitir lo que no existe?

¿Acabará desapareciendo todo? ¿Desaparecerán el cristianismo, la historia, la civilización, incluso los hombres, para ser sustituidos por los robots?

A las nuevas generaciones se las ha privado de una herencia multisecular que les habría permitido construir su vida. Cuando un joven ve un belén, apenas comprende su significado. Cuando contempla un cuadro en un museo famoso, es incapaz de reconocer a las grandes figuras bíblicas. Cuando lee una novela del siglo XIX, ya no entiende nada de la vida y la cultura de la época. Sin historia, sin raíces, sin referencias, se pierde en la ciénaga de lo virtual. Así las cosas, el pasado es una *terra incognita* y el presente, una tiranía.

¿La ruptura es, por lo tanto, el motor de la modernidad?

Hoy los occidentales se creen en la obligación de adoptar una actitud de ruptura permanente para ofrecer una imagen de modernidad.

Las élites mundiales quieren crear un mundo nuevo, una cultura nueva, hombres nuevos, una ética nueva. Lo único que no pueden hacer es un sol nuevo, una luna nueva, unas montañas nuevas, un aire nuevo, una tierra nueva. La ruptura es el motor de su proyecto político. Ya no quieren relacionarse con el pasado. Los hombres que continúan apelando a los valores del antiguo mundo tienen que desaparecer, quieran o no, y se les proscribe y ridiculiza. Para los defensores del nuevo mundo, son subhumanos que pertenecen a una raza inferior. Hay que descartarlos y eliminarlos. Este deseo de ruptura es tremendamente adolescente. El sabio es consciente de haber heredado y se enorgullece de ello.

Me asusta a veces observar una actitud parecida en el seno de la Iglesia. ¿Qué sería de una Iglesia en la que desaparecieran quienes se aferran a los tesoros de la tradición cristiana y son fieles a la inmutable enseñanza de Aquel que «es el mismo ayer y hoy, y por los siglos» (Hb 13, 8)?

¿Vive nuestra época en un eterno presente?

El hecho de vivir en un presente que deseáramos fuera interminable manifiesta el rechazo de lo eterno. El presente nos desborda y Dios se vuelve invisible. El hombre busca cada vez más evadirse en realidades paralelas. Me impresiona ver a tantas personas que dedican todo su tiempo al móvil, absorbidas por las imágenes, las luces, los fantasmas. El eterno presente es una ilusión eterna, un pequeño calabozo. El móvil nos traslada constantemente fuera

de nosotros mismos: impide toda vida interior. Nos proporciona la sensación de estar siempre viajando por los distintos continentes, de facilitarnos el contacto con todo el mundo, cuando en realidad nos despoja de nuestra interioridad y nos instala en el mundo de lo efímero. El móvil hace que perdamos el contacto auténtico, nos proyecta hacia lo lejano, lo inaccesible. Nos lleva a pensar que somos nosotros quienes engendramos el espacio y el tiempo, que somos dioses con una capacidad de comunicación carente de obstáculos que la impidan. Los desquiciados aparatos que utilizamos para comunicarnos violan el silencio, destruyen la riqueza de la soledad y atropellan la intimidad. Muchas veces estorban nuestra vida de amor con Dios y nos dejan expuestos a la periferia, al exterior de nosotros mismos en medio del mundo.

El presente, sin embargo, pertenece a Dios. El Padre habita todas las dimensiones del tiempo. Dios es. Si el hombre conoce su identidad y vive con lucidez el presente, puede volver a injertarse en Dios.

Pasamos por el tiempo para encontrarnos con Dios en una intimidad mayor. El tiempo es un largo camino hacia Dios.

¿El culto al hic et nunc y el rechazo de la eternidad caminan de la mano?

En el mundo moderno el presente se ha convertido en un ídolo. El hombre, no obstante, ha nacido para el más allá. Lleva la vida eterna inscrita en él. Por eso la cultura del instante crea una tensión nerviosa permanente. Hay que lograr apartar al hombre contemporáneo de esa peligrosa idolatría de la inmediatez. El hombre solo puede recobrar la calma y el auténtico sosiego si descansa en Dios.

La cultura del *hic et nunc* es fruto de la crisis filosófica y de la crisis de la cultura de la época moderna. ¿Cómo podemos hacer entender que los mayores tesoros no son los que se tocan con las manos? La apertura a Dios es un acto de fe que nadie puede cuantificar.

Creo que es preciso hacer comprender al mundo occidental que el apego excesivo a las cosas materiales es una trampa. Esta civilización nuestra materialista y postindustrial está condenada a una muerte cercana. Y la civilización transhumanista significaría una catástrofe aún mayor. La humanidad tiene que concienciarse del callejón sin salida material y espiritual en el que se encuentra. No sirve de nada aturdirse con pequeños placeres egoístas, artificiales y fugaces. Durante una conferencia pronunciada en Río de Janeiro el 22 de diciembre de 1944, Georges Bernanos afirmaba con lucidez: «Solo se llega a la

esperanza a través de la verdad y a costa de muchos esfuerzos. Para encontrar la esperanza hay que ir más allá de la desesperanza. Cuando llegamos al final de la noche nos encontramos con un nuevo amanecer».

Nuestro mundo no podrá prescindir de la verdad y de la esperanza en Dios. Ese camino será muy doloroso. Aprendamos a desprendernos de los bienes materiales y del poder. Adhirámonos escrupulosamente a Dios y a su palabra de vida. Así alcanzaremos todos juntos la unidad en la fe y el conocimiento de la verdad, cuyo nombre es Jesucristo.

EL ODIO, EL ESCARNIO Y EL CINISMO

NICOLAS DIAT: *¿Qué percepción tiene usted de los totalitarismos del siglo XX y de sus hijos póstumos?*

CARDENAL ROBERT SARAH: Este siglo ha tenido la desgracia de conocer los regímenes políticos y los sistemas ideológicos más terribles. Todos sabemos hasta qué punto el comunismo y el nazismo han arruinado las vidas de millones de personas.

En mi país, Guinea, vivimos mucho tiempo bajo la dictadura marxista de Seku Turé. Nuestro pueblo sufrió la falta de libertad, los abusos de la policía política, el hambre y la miseria. Las detenciones arbitrarias, la deportación a los campos de tortura y los juicios sumarios formaban parte del día a día. ¡Cuántos torrentes de lágrimas y sangre inundaron a las familias guineanas! Ninguna se salvó de la dictadura ni de la violencia política e ideológica.

El totalitarismo se ha extendido como un reguero de pólvora por todos los continentes. Los regímenes totalitarios han destruido al hombre, han atropellado la fe y los valores culturales, han pisoteado las libertades y la dignidad del hombre: el mismo hombre al que ambicionaban transformar.

El régimen nazi en particular pretendía que surgiera una raza sin defecto, una raza de amos y señores. La voluntad de exterminar al pueblo judío, el pueblo elegido por Dios, ha marcado al rojo vivo toda la historia de la humanidad.

El totalitarismo del siglo XXI adquiere una apariencia aún más dañina y se concreta en la idolatría de la libertad total y absoluta, manifestada en sus versiones más agresivas en la ideología de género y el transhumanismo. Los terribles sucesores del nazismo, el fascismo y el comunismo son las ideologías que niegan la dignidad humana, que promueven el aborto y la eutanasia, así como el fanatismo islámico que mata y siembra el terror. Hay algunas señales que nos permiten descubrir los mismos orígenes demoniacos en estos movimientos, que revelan un idéntico odio al hombre, un mismo orgullo destructivo.

En cuanto al contexto histórico actual, urge que la Iglesia, por boca de sus responsables, dé a conocer a todos sin tapujos la voluntad del Creador respecto al hombre, la familia, el matrimonio, la sacralidad y el respeto a la persona humana. ¡Cuántas personas de buena voluntad se unirían a este acto de coraje tan esclarecedor por parte de la Iglesia!

La ideología atea del siglo XX pretendía separar al hombre de Dios. Las nuevas ideologías desean mutilarlo y controlar su naturaleza. El hombre soñaba con un paraíso terrenal y el fracaso fue estrepitoso. Ahora quiere cambiar su propia naturaleza humana.

Juan Pablo II luchó con todas sus fuerzas por el fin del comunismo. Hoy la Iglesia debe proteger a los más débiles de las locuras del transhumanismo y de la ideología de género, de los que los poderes capitalistas y liberales parecen sentirse plenamente satisfechos.

¿Cómo describiría usted los nuevos intentos de transformar el mundo?

En su libro *La Haine du monde* Chantal Delsol escribe que «seguimos viviendo una época de demiurgia, y nuestros demiurgos forman parte de la misma tendencia que los totalitarismos recientes. Viven el mismo proceso». El odio a Dios continúa siendo el mismo.

El hombre, voluntariamente privado de Dios, quiere transformar su cuerpo. La ciencia y las nuevas tecnologías son los instrumentos de esta demiurgia contemporánea. El hombre y la naturaleza deben someterse al yugo implacable de la investigación. La promesa es muy simple: el hombre aumentado será inmortal y su capacidad intelectual inigualable, mientras que sus fuerzas físicas se multiplicarán. La genética es un nuevo Dios. Nadie sabe cuál es el desastre que nos espera y, sin embargo, no detenemos esta carrera desenfrenada. ¿Es inminente la catástrofe? La respuesta de los ideólogos radicales es siempre la misma: ¡hay que continuar a marchas forzadas! Pagaremos un precio muy alto por este absurdo proceso de autodestrucción. El hombre aumentado desembocará en el hombre disminuido. Este camino monstruoso aboca a la comercialización y mercantilización del hombre.

La emancipación absoluta del hombre esconde una rebelión programada destinada a demostrar a Dios que somos capaces de hacerlo todo sin Él, de suplir sus carencias y su incapacidad de hacer un hombre perfecto. El río que se separa de su fuente podrá continuar viviendo algún tiempo, pero terminará secándose.

Un árbol privado de sus raíces sufrirá el mismo destino. ¿Cómo se pueden frenar las derivas de un orgullo humano ilimitado? ¿Cómo se puede recuperar la moderación? La Iglesia conoce los vínculos entre el hombre y su Creador. Sabe que la vasija necesita al alfarero, el pan al panadero, la casa al albañil. El hijo necesita a sus padres. Y el hombre necesita a Dios. La palabra de la Iglesia es luz. Nos recuerda que el hombre tiene raíces divinas. La búsqueda de independencia es una ilusión. Sin Dios, su criatura solo es una piedra que rueda sin rumbo hacia el abismo.

Nuestro tiempo parece escindido entre el escarnio y el cinismo...

Lo contrario del escarnio reside siempre en lo sagrado. Sí, el escarnio pretende ensuciar, atropellar y humillar: no tiene ningún respeto. Lo sagrado, por el contrario, conlleva la deferencia y el silencio. La divinización del escarnio desemboca ineludiblemente en la barbarie. En este sentido comparto el análisis que recoge Chantal Delsol en su libro *La Haine du monde*: «Emplear el sarcasmo y destruir la reputación, la autoestima y —por así decir— el alma, puede resultar más grave y más cruel que utilizar una violencia desnuda, ya que muchas veces las cicatrices del cuerpo dejan una señal menos profunda que las cicatrices del alma. Y banalizar una conducta que hasta el momento se ha considerado claramente negativa permite redistribuir la escala de valores mucho más eficazmente que cualquier amenaza física».

Estoy convencido de que el combate por la civilización implica no emplear las armas del mal. Hemos de evitar el escarnio. El bien avanza en silencio. Los cristianos y los hombres de buena voluntad no deben entrar en una lógica de lucha por la posesión del espacio mediático. La verdadera lucha se lleva a cabo en los corazones. Una conciencia que respeta en silencio el Misterio de Dios y del hombre se impone eficazmente a los alaridos de las ideologías en los medios.

La Iglesia es la única que defiende un humanismo auténtico. Es el último escudo, la única defensa segura del hombre y de su dignidad. Algunas agencias de la ONU, así como algunas instituciones europeas que disfrutaban de importantes medios financieros y tecnológicos, han emprendido una guerra hostil en contra de su enseñanza. Las poblaciones carecen de medios para reflexionar. Están anestesiadas, hipnotizadas, sin capacidad para reaccionar de un modo racional. El beneficio es el único dios de las élites mundiales, que se desentienden del futuro del hombre.

Ese transhumanismo que aspira a crear un hombre eterno ¿no es una utopía que cuenta con la gran ventaja de no mostrar su verdadero rostro?

El transhumanismo alimenta el proyecto descabellado de acelerar la evolución traspasando los límites del ser humano y creando nuevas formas de vida. Fomenta las investigaciones genéticas que, en un futuro próximo, permitirán el nacimiento de un híbrido hombre-máquina. Los científicos que promueven el transhumanismo intentan hacer realidad lo que es, sin duda alguna, el sueño más antiguo maliciosamente insinuado por Satanás a Adán y Eva. En la Biblia la serpiente tranquiliza así a la mujer: «No moriréis en modo alguno; es que Dios sabe que el día que comáis de él se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal» (*Gn 3, 4-5*).

El proyecto de aumentar al ser humano no es nada nuevo. El hombre siempre ha temido a la Parca, que lo enfrenta a lo desconocido y pone fin a su existencia. El transhumanismo intenta remediar la muerte distanciando y eliminando el momento del gran viaje hacia la eternidad. Los cantos del transhumanismo proclaman hoy la muerte de la muerte. El hombre ya no morirá. Será eterno.

Así describe Chantal Delsol este sombrío futuro en *La Haine du monde*: «Como exige la libertad individual, habrá —dicen— dos categorías humanas distintas: a mediados del siglo XXI, un pueblo de cibernéticos inmortales se mezclará con los humanos tradicionales, que serán algo así como Amish. En otras palabras: la responsabilidad de la renovación constante, la vocación de seguir creando desde cero, unida a la aprobación de la muerte, le corresponderá a un grupo de voluntarios que seguirán siendo mortales. Ellos salvarán el corazón del mundo. Porque los humanos inmortales no tendrán hijos: como dice Christophe Rufin en su novela *Globalia*, el programa de la sociedad de los inmortales es cero nacimientos y cero muertes. El programa de inmortalidad de Silicon Valley olvida que la naturaleza es una renovación permanente, expresión de la permanente juventud del mundo, del recomenzar, de la sucesión indefinida de amaneceres: no es otra cosa. Y es también —las dos van unidas— la diversidad siempre recomenzada a partir de seres singulares y siempre nuevos. La diversidad, la singularidad y la esperanza solo existen si se acepta la muerte». Y concluye con lucidez: «Lo que Hannah Arendt llama el *hombre superfluo*, sin futilidad ni significación debido a su desarraigo —entendido como la ausencia de vínculos y relaciones—: ese es el corazón y el núcleo de las utopías revolucionarias y, al mismo tiempo, el corazón y el núcleo del periodo contemporáneo».

Este movimiento implica una filosofía adquirida de evolución permanente, según la cual la inteligencia no es en absoluto una facultad espiritual, sino el resultado del desarrollo de la materia a lo largo de la historia. De ahí que no haya necesidad alguna de plantearse la pertinencia —y mucho menos la moralidad— de la modificación del genoma, del injerto de chips electrónicos en el cuerpo o de la adición de implantes inteligentes. El hombre, en posesión del poder de la técnica, debe convertirse en el amo de la evolución y contribuir a la venida al mundo de una poshumanidad.

Se trata de una gran paradoja, porque lo que se perfila es una especie de nostalgia renovada del paraíso perdido. Antes del pecado original no existían ni el cansancio, ni la enfermedad, ni la muerte. Nuestra esperanza, no obstante, no está en el hombre ni en la ciencia. Está en Dios. Para los cristianos el alma sobrevive a la desaparición terrenal del cuerpo. Según el plan de Dios, algún día recuperaremos nuestra envoltura corporal. La resurrección o la vida eterna son obra del Padre, no del hombre. Y, sin embargo, yo mismo he constatado que la Iglesia ya no predica sobre el alma, la eternidad y las postrimerías. A los sacerdotes les da miedo que se rían de ellos. La supresión del *Dies irae* durante las honras fúnebres constituye una muestra de este falso pudor.

Tenemos que estar alegres y llenos de esperanza. El hombre busca la eternidad por el camino de la ciencia. Pero la eternidad solo nos la dará Dios. Llegará un tiempo en que viviremos eternamente con Él.

En el mundo posmoderno la eternidad se ha convertido en un asunto comercial. En el mejor de los mundos la caridad desaparecerá, porque todo el mundo será fuerte y eterno. Un infierno en la tierra.

La Iglesia no tiene derecho a ser mediocre. Si se niega a denunciar los sueños prometeicos de nuestro tiempo, falta gravemente a su misión divina. Si no propone ningún remedio a las derivas transhumanistas, traiciona a Cristo. Si se adapta a los tiempos, se aleja de Dios. El peligro es grave. Lo que no hicieron las utopías del siglo XX intentará hacerlo un Occidente posmoderno sin Dios.

Así las cosas, ¿cómo se puede recobrar la cordura? Hay que escuchar a Dios. Aceptar nuestra finitud. A través de la Encarnación, Cristo nos enseña que el camino de la felicidad no consiste en negar nuestra condición de criatura. No: Él ha venido a encarnarse. Él nos enseña el camino. Él es el hombre perfecto. Y no ha querido prescindir de ninguno de los límites de nuestra condición humana. Nada de lo que forma parte de nuestra humanidad le resulta extraño. Hasta el

sufrimiento lo podemos vivir, como Él, en el amor. Aliviar el sufrimiento es una obra de caridad; negarlo es una ilusión. Cristo nos enseña que la misma muerte puede dar paso a la vida eterna si la aceptamos. La ideología transhumanista está inspirada por la triste tentación de imitar la resurrección. Solo Dios hecho hombre puede vencer a la muerte. Sufriéndola por amor la venció definitivamente. Con su muerte ha vencido a la muerte. Y nos ofrece su vida, que es la única vida eterna.

LA CRISIS DE EUROPA

NICOLAS DIAT: *En este capítulo nuestra reflexión se va a servir como hilo conductor del espléndido libro de Joseph Ratzinger Europa. Raíces, identidad y misión, publicado en 2005. Un año antes de su elección a la sede de Pedro, el cardenal escribió lo siguiente: «Occidente siente un odio por sí mismo que es extraño y que solo puede considerarse como algo patológico; Occidente sí intenta laudablemente abrirse, lleno de comprensión a valores externos, pero ya no se ama a sí mismo; solo ve de su propia historia lo que es censurable y destructivo, al tiempo que no es capaz de percibir lo que es grande y puro. Europa necesita de una nueva [...] aceptación de sí misma, si quiere verdaderamente sobrevivir». ¿A quién no le impresiona el carácter profético de las palabras de Ratzinger?*

CARDENAL ROBERT SARAH: Con los años, el problema de Europa, pese a su desarrollo económico, se ha ido agravando cada vez más. Los avances científicos y tecnológicos, la abundancia de bienes materiales, la disolución de toda identidad propia han cegado a Europa, la han desequilibrado, la han hecho orgullosa, irreligiosa y atea. El hombre o la estructura que reniega de sus raíces y deja de reconocer el ser que le es propio renuncia a sí mismo o padece de amnesia. Europa parece estar programada para la autodestrucción. El único futuro que contempla atañe a sus proyectos económicos o militares. Ha olvidado sus raíces judeocristianas. Es como si Occidente se odiara a sí mismo y estuviera dispuesto a suicidarse.

Europa quiere abrirse a todas las culturas —cosa que puede ser muy loable y fuente de riqueza— y a todas las religiones del mundo, pero ya no se quiere a sí misma. Basta observar la pobreza de conocimientos de la propia lengua materna que muestran las nuevas generaciones.

Europa ha perdido su nobleza. La fealdad invade todos los sectores de la sociedad. La presunción y el orgullo son males muy graves. Ya no existe la búsqueda de la verdad. El mal y el bien se confunden. La mentira ya no se avergüenza de sí misma, sino que —de alguna manera— se exhibe con

arrogancia. La palabra se ha convertido en un instrumento de la guerra económica y financiera. Vivimos en la confusión. Se crean nuevos nombres, pero ¡mucho cuidado con definirlos con precisión! Ya no sabemos qué es un hombre y qué es una mujer. El sexo ha dejado de ser una realidad objetiva. La familia, el matrimonio y la persona humana se redefinen una y otra vez.

El panorama que dibuja usted es terrible. ¿Ha muerto ya Europa?

Creo que Europa agoniza. Los procesos de autodestrucción siempre son reversibles, pero el tiempo apremia. Desde hace algunos años, la decadencia se ha ido acelerando. Todas las civilizaciones que ignoran la insigne dignidad de la persona humana acaban desapareciendo. Hoy, como en tiempos del Imperio Romano, Europa manipula, comercia y juega con la vida del hombre, generando con ello las condiciones de su desaparición.

El rechazo a la vida, la muerte de los niños no nacidos, de los discapacitados y de los ancianos, la destrucción de la familia y de los valores morales y espirituales: este es el primer acto suicida de toda una población. Asistimos impotentes a la decadencia de una civilización. El derrumbe de Europa es único en la historia de la humanidad.

Es preciso añadir, no obstante, que, junto a unas instituciones que parecen suicidas y decadentes, en Europa existen también brotes de renovación. Conozco a muchas familias generosas y profundamente arraigadas en su fe cristiana. Veo también muchas comunidades religiosas fieles y fervorosas, que me llevan a pensar en los cristianos que, en los últimos momentos del Imperio Romano, custodiaban la llama vacilante de la civilización. Y quiero animarlos. Quiero decirles: vuestra misión no consiste en salvar a un mundo que muere. Ninguna civilización posee las promesas de la vida eterna. Vuestra misión consiste en vivir fielmente y sin componendas la fe que habéis recibido de Cristo. Así, sin ni siquiera daros cuenta, salvaréis la herencia de tantos siglos de fe. ¡No tengáis miedo de ser pocos! No se trata de ganar elecciones ni de influir en las opiniones. Se trata de vivir el Evangelio: no de pensar en él como en una utopía, sino de vivirlo de un modo concreto. La fe es como el fuego: para poder transmitirla tiene que arder. ¡Cuidad ese fuego sagrado! Que sea vuestro calor en medio del invierno de Occidente. Cuando un fuego ilumina la noche, los hombres van reuniéndose poco a poco en torno a él. Esa debe ser vuestra esperanza.

En el libro que hemos citado antes —Europa. Raíces, identidad y misión—, Joseph Ratzinger escribía: «Europa, justo en esta hora de su máximo éxito, parece haberse vaciado por dentro, paralizada en cierto sentido por una crisis de su sistema circulatorio, una crisis que pone en riesgo su vida, dependiendo, por así decirlo, de trasplantes, que sin embargo no pueden eliminar su identidad. A esta disminución interior de las fuerzas espirituales importantes corresponde el hecho de que también étnicamente Europa parece que recorre el camino de la desaparición». Este severo dictamen se aproxima mucho al análisis que hace usted...

Al hablar de trasplantes, el cardenal Ratzinger se estaba refiriendo ya a los procesos migratorios. Sabemos que dentro de poco Europa sufrirá un desequilibrio extraordinariamente peligroso para los planes demográfico, cultural y religioso. Europa es estéril: su tasa de natalidad es insuficiente y ha dejado de renovarse. La casa se le llena de extranjeros porque está vacía, «desocupada, bien barrida y en orden» (Mt 12, 44). Se ha despojado de sus tesoros históricos y cristianos.

Aparentemente, las tecnoestructuras europeas aplauden los flujos migratorios o los alientan. Piensan exclusivamente en términos económicos. Necesitan trabajadores a quienes pagar poco. Ignoran la identidad y la cultura de cada pueblo. Basta ver el desprecio mostrado hacia el gobierno polaco. La ideología liberal prevalece sobre cualquier otra consideración. Como en Belén, Dios es el único pobre para el que no hay lugar en la posada.

Europa pretende luchar contra toda forma de discriminación ligada a pertenencias raciales y religiosas. Y se han producido auténticos avances en este aspecto. Pero se han aprovechado de ellos para imponer un espíritu utópico. La desaparición de la patria y la colonización de las culturas nunca serán progreso. El proyecto multicultural europeo explota un ideal de caridad universal malentendida. La caridad no consiste en renegar de uno mismo, sino en ofrecer al otro lo que uno tiene de mejor y lo que uno es; y lo mejor que tiene Europa para ofrecer al mundo es su identidad, su civilización profundamente irrigada de cristianismo. ¿Y qué es lo que ofrece a los recién llegados musulmanes que no sean la irreligión y un consumismo salvaje? ¿A quién le puede sorprender que se refugien en el fundamentalismo islámico? Los europeos tienen que sentirse orgullosos de sus costumbres y tradiciones de inspiración evangélica. El mejor regalo que Europa puede ofrecer a los inmigrantes que viven en su tierra no es una ayuda económica, y mucho menos un modo de vida individualista y

secularizado, sino compartir sus raíces cristianas. Asumir lo que uno es: en eso consiste la condición fundamental para acoger al otro. Frente a la amenaza del islamismo radical, Europa debería saber formular con firmeza bajo qué condiciones se puede compartir con ella su vida y su civilización; y, en cambio, lo que hace es dudar de sí misma y avergonzarse de su identidad cristiana. Por eso acaba ganándose el desprecio ajeno.

Joseph Ratzinger añadía: «A veces, la multiculturalidad, que se estimula y favorece continua y apasionadamente, se transforma en abandono y negación de lo que le es propio, una fuga de las cosas propias. Pero la multiculturalidad no puede subsistir sin constantes en común, sin puntos de referencia a partir de valores propios. Seguramente no puede subsistir sin respeto de lo que es sagrado».

La riqueza de un jardín es la de cada una de las variedades de flores que lo componen. Todas las especies son hermosas y distintas. La mezcla de colores, de matices y de aromas forma un paraíso. Si las flores fuesen iguales, la belleza desaparecería. La auténtica belleza es sagrada. El cardenal Ratzinger estaba en lo cierto cuando decía que «para las culturas del mundo, la profanidad absoluta que se ha ido formando en Occidente es algo profundamente extraño. Están convencidas de que un mundo sin Dios no tiene futuro. Por lo tanto, justamente la multiculturalidad nos llama a entrar nuevamente en nosotros mismos». Creo que, si los migrantes que llegan a Europa acaban despreciándola, en el fondo es porque no descubren en ella nada sagrado.

En África y en Asia no hay nada profano. Todo es sagrado. Todo está ligado a Dios y depende de Él. Todo alcanza su plenitud en Dios. La realidad más insignificante se halla ligada a Dios. Es inseparable de su origen. Una cultura profana es una tierra desconocida y despreciable, una fuente sin agua (cfr. 2 P 2, 17). El hombre africano es incapaz de comprender un mundo sin Dios. El río dejaría de tener una fuente y las casas carecerían de cimientos. Un mundo sin Dios y sin moral es como un niño que nace muerto. El lago de Tiberíades no puede existir sin la fuente del Jordán. Un mundo sin Dios y sin valores morales y religiosos es una ilusión letal. Los avances técnicos intentan infundir en el hombre un sueño cada vez más profundo. Las civilizaciones egipcia y romana desaparecieron aun después de llevar a cabo extraordinarias hazañas. El hombre sin Dios se mece con la ilusión de ser inmortal.

El cardenal Ratzinger sabía que existen patologías de la religión, pero

siempre estuvo convencido de que es mucho más peligrosa la patología de una razón separada de Dios.

La indiferencia hacia Dios es una grave patología, porque trae consigo la autocelebración del hombre. En esta crisis de fe hay una terrible arrogancia. Cuando leemos las Sagradas Escrituras, resulta llamativo constatar en nuestros contemporáneos ese error de criterio tan decisivo que lleva a los hombres a dar importancia a lo que no la tiene. Así, se les da una importancia capital a los fantasmas del dinero, de la riqueza material o del poder político. Y en cambio Dios, que debería ser el tesoro y el origen de toda plenitud humana, solo halla desprecio e indiferencia en el corazón del hombre, que cree que no necesita de Él para tomar las riendas de su destino, para realizarse plenamente y para construir el mundo de hoy y de mañana.

Es Dios quien toma toda la iniciativa, quien nos acompaña, nos sostiene y lleva a plenitud nuestra verdadera humanidad y nuestra felicidad. Desgraciadamente, el hombre ya no quiere reconocer sus errores. Está satisfecho de lo que hace sin Dios. Está satisfecho de su decadencia. Está satisfecho del caos. Pronto estará satisfecho de ser sustituido por robots o por transhumanos. Y cuando digo esto, me estremezco...

¿El hecho de que existan valores que nadie puede alterar no es la mejor garantía de nuestra libertad?

Es esencial que haya unos valores fundamentales que rijan la vida de las sociedades. El relativismo se alimenta de la negación de los valores para imponer su tóxico control. En un sistema relativista todo es manipulable, incluida la vida humana. Y se extingue la libertad. Aun así, los auténticos valores no morirán jamás.

El proyecto de Occidente consiste en separar al hombre de Dios para hacerlo autónomo. Aunque puede parecer que su iniciativa se ha llevado la victoria, acabará fracasando. No podemos vivir plenamente nuestra humanidad si nos separamos de nuestros orígenes. El bien, la belleza, la verdad, el amor y la felicidad proceden de Dios. Sin Él el hombre tiene miedo de la felicidad. La llamada de la felicidad se vuelve más difícil que la muerte. Para muchos de nuestros contemporáneos la felicidad nace del mero consumo y de una libertad absoluta cuyas manifestaciones no frenan nada: todos se dejan llevar por sus deseos, sus inclinaciones y sus apetitos. Este disfrute materialista es agónico. El instinto, el placer, la ambición son los únicos amos de estas vidas desencantadas.

La vulgaridad es casi animal. No obstante, el hombre seguirá siendo siempre una criatura divina. La verdadera libertad reside en el combate por unirse y responder a la voluntad del Padre. Alexander Solzhenitsyn y todos los prisioneros de los gulags soviéticos conocieron el precio de este camino. Sabían que Dios tiene siempre la última palabra. Por mucho que se niegue, Dios siempre será Dios: habita en medio de nosotros, porque es Él quien nos da la plenitud. Cualquier creyente de mi país que ha sufrido la dictadura marxista de Seku Turé puede hablar de libertad. Y siempre afirmará que la libertad va totalmente unida a la verdad. En África se dice que la libertad y la verdad son como el aceite: se puede intentar ahogarlas o destruirlas, pero ambas, igual que el aceite, permanecerán siempre en la superficie.

La libertad del mundo occidental está hundida en el abismo. Pero algún día se podrá reconstruir, a no ser que los hombres y sus dirigentes se obstinen en el error. Aparentemente, prevalece la coalición de las fuerzas del mal adornadas con oropeles de pureza. Pero para Dios nada es imposible.

Hay otra reflexión del cardenal Ratzinger que llama la atención por ser un eco de nuestra época: «El laicismo [...] querría, por así decir, edificar un Estado de la pura razón, separado de toda raíz histórica [...]. Si los Estados de Occidente solo recorrieran este camino, a la larga no podrían resistir la presión ejercida por las ideologías y por las teocracias políticas».

Estas palabras son proféticas. No es difícil percibir dónde se encuentran hoy en día las presiones y las teocracias a las que se refiere el cardenal Ratzinger. El liberalismo relativista y el islamismo radical son una amenaza en muchos Estados occidentales. Las convicciones arraigadas en la historia que poseen las teocracias les proporcionan una fuerza de ataque inquebrantable. El materialismo y el hedonismo son de una fragilidad ilimitada frente a estos sistemas. ¿Cómo se va a defender un Occidente que carece de toda energía interior de los ataques lanzados por unas voluntades de poder y de conquista tan terribles? La única fuerza de Occidente reside en la feroz voluntad de autodestruirse. La euforia de una fuerza imaginaria lleva a pensar a veces en los últimos momentos de la Unión Soviética. Estamos asistiendo impotentes al tránsito de una era humana a una era animal. Se enfrentan dos barbaries: una materialista y otra islamista. Me asusta que sea la segunda la que tenga la última palabra. Me vienen a la memoria las duras palabras del cardenal Ratzinger durante una entrevista que le hicieron en julio de 1987 y publicada en 2008 como *Ser cristiano en la era neopagana*: «En virtud de una confusión entre pluralismo y libertad religiosa, se ha

producido un abandono del hecho cristiano a la hora de configurar el orden público. La idea de un Estado completamente neutral en cuanto a los valores, de un Estado distanciado de todo orden religioso y moral, es absurda. El propio Bultmann decía que, si es posible imaginar un Estado cristiano, no lo es imaginar un Estado ateo. Creo que es muy importante recordar a las conciencias la dimensión política y social del cristianismo, su carácter indeleble de hecho público». La crisis europea es fundamentalmente una crisis espiritual: hunde sus raíces en el rechazo a la presencia de Dios en la vida pública.

La conclusión del cardenal Ratzinger parece describir una vela a punto de extinguirse: «El mismo Estado rechaza cualquier fundamento religioso y se sabe fundado solamente sobre la razón y sus intuiciones. Frente a la flaqueza de la razón, estos sistemas se han revelado frágiles y se convierten con facilidad en víctimas de las dictaduras; sobreviven, propiamente, solo porque partes de la vieja conciencia moral continúan subsistiendo aun sin los fundamentos precedentes, permitiendo así un consenso moral básico».

¿Existe en Occidente un sistema cristiano invisible, frágil y sin aliento que sigue sosteniendo entre sus manos a las naciones que él mismo ha creado? Es posible. Pero un Estado que niega toda norma moral está condenado tarde o temprano a la ruina. San Pablo dice claramente que el verdadero poder procede de Dios. La mediocracia intenta a toda costa hacer pedazos los restos de la cristiandad. El sistema mediático —una auténtica policía del pensamiento único— pasa de una batalla a otra para transformar al hombre.

Si Europa no presta especial atención a esta llamada de atención, desaparecerá. La ruptura con Dios traerá consigo una revolución antropológica sin parangón en la historia de la humanidad. Para concluir esta reflexión, querría citar unas palabras esclarecedoras extraídas del discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas que el cardenal Ratzinger pronunció el 6 de noviembre de 1992 bajo la cúpula del Instituto de Francia: «Volvamos al problema de cómo robustecer el derecho y el bien en la sociedad frente a la ingenuidad y el cinismo, sin que la fuerza del derecho sea impuesta mediante coacción exterior ni se defina de forma totalmente arbitraria. En este orden de consideraciones me ha impresionado siempre el análisis de Tocqueville en *La democracia en América*. Una condición esencial para que se mantuviera unida esta formación constitutivamente quebradiza y fuera posible un orden de libertades en libertad vivida en común era, a juicio del gran pensador político, el que en América seguía viva la conciencia moral fundamental alimentada por el

cristianismo protestante, la cual constituía el fundamento que sustentaba las instituciones y mecanismos democráticos. Así es efectivamente. Sin convicciones morales comunes las instituciones no pueden durar ni surtir efecto. Pero las convicciones no derivan de la mera razón empírica. Las decisiones mayoritarias no pierden su condición verdaderamente humana y razonable cuando presuponen un sustrato básico de humanidad y lo respetan como verdadero bien común y condición de todos los demás bienes. Esas convicciones reclaman actitudes humanas correspondientes, y las actitudes no pueden prosperar cuando no se respeta el fundamento moral de la cultura ni las evidencias religioso-morales custodiadas por ella. Apartarse de las grandes fuerzas morales y religiosas de la propia historia es el suicidio de una cultura. Cultivar las evidencias morales esenciales, defenderlas, protegerlas como un bien común sin imponerlas por la fuerza, constituye una condición para mantener la libertad frente a todos los nihilismos y sus consecuencias totalitarias».

Me preocupan, por último, las consecuencias de la desaparición de la Europa cristiana en las demás regiones del mundo. Los misioneros del Viejo Continente trasladaron hace mucho tiempo a África y Asia el mensaje del Evangelio y la enseñanza de los valores cristianos, permitiendo que pueblos enteros renunciaran a las antiguas religiones paganas para encontrar a Cristo. Yo soy producto de esa historia. Europa recibió de Dios una responsabilidad especial y, durante muchos siglos, respondió generosamente a esa llamada. Es inevitable que su loco egoísmo de ahora tenga consecuencias. No obstante, pese a ser consciente de que su enfermedad parece irreversible, yo quiero seguir creyendo en Europa. La mayor tragedia del Viejo Continente no es que ignore el sentido de su misión, sino que cada vez le inquiete menos no tenerla. Está en juego la civilización humana y al hombre europeo le trae sin cuidado. Baila al borde de un volcán. Hay países, no obstante, que van despertando poco a poco. Alzan la voz. Pienso en Polonia, Eslovaquia, Austria, Italia y Hungría. ¡Aún hay esperanza!

LOS ERRORES DE OCCIDENTE

NICOLAS DIAT: *En nuestro primer libro, Dios o nada, establecía usted un vínculo entre la ideología de la Ilustración y el humanismo irreligioso. ¿Podríamos retomar esa reflexión?*

CARDENAL ROBERT SARAH: En el famoso discurso que pronunció en Harvard en 1978, Alexander Solzhenitsyn se expresó con una lealtad y una franqueza que no dejarán de sorprender a algunos occidentales acostumbrados al lenguaje «políticamente correcto»: «Si alguien me preguntara, en cambio, si yo propondría a Occidente, tal como es en la actualidad, como modelo para mi país, francamente respondería en forma negativa. No. No recomendaría vuestra sociedad como un ideal para la transformación de la nuestra. A través de profundos sufrimientos, las personas en nuestro país han tenido un desarrollo espiritual de tal intensidad que el sistema occidental, en su presente estado de agotamiento, ya no aparece como atractivo».

Cuando el hombre solo concede importancia a su propia razón, a los bienes materiales, y Dios desaparece entre tanto estrépito ideológico, ¿quién puede sorprenderse de que Occidente atreviese semejante crisis? La característica fundamental de la Ilustración consiste en afirmar que, para ser ella misma, la razón debe desligarse de toda perspectiva divina. La ideología de la Ilustración quiso desterrar a Dios lo más lejos posible de este mundo. El culto al Ser Supremo de la Revolución Francesa expresa a la perfección esa puerilidad de tan graves consecuencias. La arrogancia y la rebeldía del hombre siempre acaban volviéndose contra él. Ninguna civilización ha profesado hasta ese punto el ateísmo y la irreligión. Ninguna civilización ha creído hasta ese punto que para progresar en la vida basta con la razón.

¿Por qué el humanismo tiene que ser forzosamente irreligioso? La voluntad de cuidar del hombre debería, por el contrario, hacer que Occidente se acercara a Dios. Estoy convencido de que la razón solo alcanza su plenitud si se abre a la luz de la fe.

¿Cree usted que existe una especie de supremacía fáctica del derecho sobre la moral?

Las civilizaciones ateas pierden inevitablemente el sentido metafísico. Las realidades trascendentes les son ajenas. Entonces el hombre se cree lo suficientemente poderoso para tomar las riendas de su destino.

El hombre moderno ya no acepta a su Creador y, poco a poco, va pisoteando las normas morales para reemplazarlas por normas jurídicas supuestamente democráticas. Los deseos más básicos se convierten en la medida de todo. La mayoría, generalmente representada por el poder parlamentario de los Estados y manipulada por los poderes mediáticos, va reescribiendo la norma moral.

En medio de tanta confusión, la libertad individual es el único criterio y las satisfacciones personales, el único objetivo. Cada uno puede hacer lo que quiera. Se abomina de la ley moral. Los sumos sacerdotes mediáticos ensalzan los impulsos. Si un hombre quiere poner punto final a su vida, puede hacerlo. Si un hombre quiere convertirse en mujer, puede hacerlo. Si una joven quiere prostituirse por Internet, puede hacerlo. Si un adolescente quiere ver pornografía en Internet, puede hacerlo. Si una mujer quiere abortar, puede hacerlo. Está en su derecho. Todo es posible.

El cuadro que he pintado puede parecer caricaturesco, pero es la realidad. Vivimos en la civilización del caos de los deseos. Y, cuanto más nos hundimos en el caos, más evidente es la conclusión: una vez agotados los placeres primarios, el hombre prefiere que la vida acabe. Prefiere la nada. Fuera de este mundo no hay esperanza. El hombre ya no mira al cielo. Pelea con sus frustraciones. Los occidentales se han convertido en los mayores consumidores de antidepresivos. Las consultas de los psicólogos y de otros especialistas de la salud están llenas. Entre los adolescentes el suicidio es un fenómeno común.

En África el suicidio prácticamente no existe. En las sociedades tradicionales no se da. El hombre está plenamente integrado en una pequeña comunidad. Respeta las leyes de la naturaleza y las costumbres de su pueblo. Dios sigue siendo el fundamento de su vida. Aspira al más allá tras su breve paso por la tierra. Cuando llega la muerte, la acepta como el camino que nos lleva de esta tierra a la patria en la que nos esperan nuestros antepasados.

En mi continente los hombres de una misma tribu se ayudan mutuamente. No hay marginados. Por la noche charlan unos con otros. El dinero no tiene una

importancia vital. Lo único realmente importante son las relaciones humanas y la relación con Dios. Los pobres son felices: bailan de felicidad y de vida.

En Occidente los poderes mediáticos y financieros apoyan activamente los nuevos derechos. Los segundos influyen y atribuyen las culpas a las poblaciones. Para generalizar la eutanasia no se cansan de difundir mensajes que den la vuelta a la famosa «opinión pública». Una vez que los medios de información han cumplido con su cometido, aparecen los institutos de encuestas para explicar con pedantería que la mayoría ha cambiado... La cosa ya está madura. Y se consolida sin vergüenza alguna un mundo de mentiras, de condicionamientos y de manipulación. Un mundo de esclavos. Las técnicas de manipulación mental son sumamente sutiles. El mal se convierte en bien como por arte de magia.

Si la Iglesia no denuncia el engaño que suponen esos nuevos derechos, cundirá el caos y el mundo quedará envuelto en tinieblas. Pablo VI mostró un coraje profético con su carta encíclica *Humanae vitae* sobre el matrimonio y la regulación de la natalidad. Juan Pablo II habló sin cansarse de los estragos de la cultura de muerte. Benedicto XVI exhortó a Europa a recuperar sus raíces cristianas. Y hoy Francisco condena la explotación económica del hombre por el hombre. Los gobiernos de Occidente no han escuchado a los últimos papas. El mal se ha agravado aún más. Pero no hay que bajar los brazos.

Juan Pablo II denunció una y otra vez el ideal de una libertad que degenera en el libertinaje y en las pasiones desenfrenadas. ¿Cuál es su opinión a este respecto?

Existe una dictadura de la libertad desenfrenada. Alexander Solzhenitsyn no tardó en comprender que Occidente había dejado de entender el verdadero sentido de la libertad. En su discurso de Harvard decía: «El sesgo de la libertad hacia el mal se ha producido en forma gradual, pero evidentemente emana de un concepto humanista y benevolente según el cual el ser humano —el rey de la creación— no es portador de ningún mal intrínseco y todos los defectos de la vida resultan causados por sistemas sociales descarriados que, por consiguiente, deben ser corregidos». Solzhenitsyn ofrece una crítica objetiva de la idolatría occidental de la libertad. Su reflexión sobre la libertad tal y como se vive en Occidente merece nuestra atención.

En nombre de los pueblos oprimidos, el expresidente del gulag dirige una llamada apremiante a los pueblos libres con intención de apuntar a la raíz del mal: «El mundo occidental llega a un momento decisivo —escribió en *El error*

de Occidente—. En los próximos años se va a jugar la existencia de la civilización que lo creó. Pienso que no es consciente de ello. El tiempo ha erosionado su noción de libertad. Se han quedado con el nombre y fabricado una nueva noción. Han olvidado el significado de la libertad. Cuando Europa la conquistó en torno al siglo XVIII, era una noción sagrada. La libertad desembocaba en la virtud y el heroísmo. Y lo han olvidado. Esa libertad que para nosotros sigue siendo una llama que ilumina nuestra noche se ha convertido para ustedes en una realidad mustia y a veces decepcionante porque está llena de oropeles, de abundancia y de vacío. Ya no son capaces de sacrificarse ni de comprometerse apenas por ese fantasma de la antigua libertad [...]. Tienen la impresión de que las democracias pueden durar siempre. Pero no es así. La voluntad interior es más importante que la política. Si los dirigentes del Este percibieran en ustedes el más mínimo ardor, el más mínimo impulso vital por que las libertades sigan existiendo en sus países y crezcan de un modo concreto, si comprendieran que están ustedes dispuestos a sacrificar sus vidas, en ese mismo momento son ellos quienes bajarían los brazos. La batalla no se libra entre ellos y ustedes, sino entre ustedes y ustedes mismos. En el fondo, piensan que la libertad se adquiere de una vez por todas y por eso se permiten el lujo de menospreciarla. Están librando una terrible batalla y actúan como si se tratara de un partido de ping-pong. Aun así, es probable que sus cartas sigan siendo mejores. Con la única condición de que su actitud revele su voluntad de jugarlas y de que no haya nadie que dude de su determinación».

Este hombre que sufrió durante años en los gulags soviéticos conoce el precio de la verdadera libertad, de una libertad saludable. En estos momentos de degradación moral y de negligencia generalizada, nos exhorta a la resistencia espiritual y a un esfuerzo de discernimiento sobre los retos de la libertad. No se puede silenciar una llamada tan enérgica y severa como esta ante la decadencia de Occidente.

Si la palabra libertad sigue existiendo, no ocurre lo mismo con su sentido más profundo: se ha convertido en una cáscara vacía. Los hombres confunden la libertad con el libertinaje. ¿Qué es la libertad: es la hija de la verdad, que la lleva a hacer el bien y a buscar lo bueno; o es solo un medio para conseguir lo que nos agrada? La libertad occidental es un teatro de sombras.

La verdadera libertad es una conquista, una lucha concreta que exige superación personal, disciplina y esfuerzo. Requiere ante todo el autodomínio y el discernimiento de las propias debilidades y cualidades. La libertad es una llama que ilumina. Es lo contrario de un sentimiento ciego que nos arrastra hacia

nuestras pasiones y nuestros abismos.

Solo quienes han conocido la pérdida de la libertad pueden comprender su verdadero sentido: conocen su profundidad.

Hoy la libertad es un eslogan publicitario. Se compra y se vende según las fluctuaciones del mercado bursátil. Me temo que las mayorías parlamentarias occidentales no estén compuestas solamente de dinero, de aderezos retóricos, de teatros mediáticos, de sistemas electorales controlados, de circunscripciones sesgadas y de miles de presiones o subterfugios de todo tipo. La cultura occidental que debería trasladar la libertad al mundo ya no conoce su significado.

La Iglesia tiene que hablar de Cristo Libertador, que viene a romper las cadenas del mal y del pecado. Es Dios quien da la libertad. Si la Iglesia deja de enseñar la libertad querida por Dios, falta gravemente a su misión. El hombre no es naturalmente bueno. El pecado original existe. La libertad pasa por apartarse de ese pecado. Solo Dios puede ayudarnos. La Iglesia debe repetir incansablemente esta verdad.

A veces da la impresión de que los derechos del individuo pisotean los de la sociedad...

Hemos olvidado que el bien común es el bien más hondo e íntimo de la personas. En una orquesta el mayor bien de cada instrumentista es, en último término, la sinfonía que tocan todos. En una familia el bien común es el principal bien de cada uno de sus miembros. Hoy se opta por oponer a la sociedad y al individuo. No obstante, la sociedad no debe hostigar al individuo. Con demasiada frecuencia las políticas económicas dejan en la cuneta a muchos hombres expoliados, molidos a palos y medio muertos. Me aterra ver cuántas familias de agricultores pobres quedan abandonadas en condiciones miserables. Este escándalo silencioso no tiene nombre.

Pero es cierto también que el desarrollo personal no puede dañar el destino colectivo. En las sociedades occidentales hedonistas la primacía del placer individual tiene tendencia a perjudicar la buena marcha de las sociedades. Las opciones y las inclinaciones del individuo pueden emponzoñar la sociedad y destruir sus cimientos. Lo que predomina es una especie de dictadura del desarrollo personal.

El individualismo es devastador. Me preocupa constatar que los líderes europeos dan muestras patentes de individualismo. Muchos de ellos, por ejemplo, no han querido edificar una familia y no tienen hijos. ¿Cómo se puede promover en esas condiciones una política familiar ambiciosa? ¿Cómo se puede cultivar en el corazón de la familia el deseo y el amor a los hijos?

Aunque se suele cuestionar el poder de los medios, lo cierto es que desempeñan un papel capital en nuestras sociedades...

Los medios cuentan con un formidable poder de seducción, de condicionamiento, de presión psicológica y de reclutamiento. Los jóvenes representan una presa fácil. Muchas veces se encuentran indefensos frente a la caótica diversidad de imágenes que se les muestran. Se creen que pueden adquirir fácilmente una especie de nueva libertad, cuando en realidad están sojuzgados, encadenados y desorientados, y son incapaces de plantearse los aspectos esenciales de la vida. Les falta sabiduría, discernimiento, experiencia y educación para enfrentarse con madurez a todo lo que les proponen los medios. Están expuestos a un flujo incesante de informaciones que irrumpen y allanan su inocencia.

Me da pena constatar que hay sacerdotes que han caído en las trampas groseras del poder mediático. Se han hecho dependientes de esas formas de comunicación. También hay seminaristas atrapados en esas mismas trampas. En lugar de ir construyendo un claustro interior que les permita estar constante e íntimamente junto al Señor, desperdician un tiempo precioso que deberían dedicar al silencio, la oración y la lectura meditada de la palabra de Dios. La televisión, internet y tantas otras tecnologías de la comunicación acaparan el tiempo destinado a Dios.

En el Vaticano, en la Basílica de San Pedro, los medios y las televisiones han invadido las celebraciones eucarísticas solemnes del papa. Las ceremonias se consideran espectáculos. Estamos asistiendo a un extraordinario proceso de desacralización. Sé que gracias a las pantallas hay muchos enfermos y personas mayores que pueden alimentar su fe. Pero a Dios no se le encuentra viendo un programa de la televisión. Dios es una presencia real oculta en el sagrario. Una imagen no sustituirá jamás a un encuentro íntimo. Para hacer que un alma crezca, el Padre no acepta intermediarios ficticios. Nos engañamos fingiendo creer que nos hemos encontrado con Dios y que hemos participado en el sacrificio eucarístico viendo algo emitido por televisión. Nadie puede pretender

haber asistido al funeral de su madre si solo ha visto las imágenes. Supeditar nuestra relación con Dios a intermediarios tecnológicos sería desnaturalizarla. Ninguna relación humana verdaderamente íntima y personal puede construirse por mediación de una máquina. Ninguna máquina, ninguna tecnología, ningún robot pueden reemplazar al hombre en su relación con Dios.

Los medios no son ajenos a la pérdida del sentido de la oración y la contemplación. Son ladrones del fuego sagrado. No les importa nada la vida de nuestra alma. Me gustaría insistir aquí en un mensaje que ya he dirigido a los sacerdotes en otras ocasiones: no recéis el oficio divino con el móvil. No podéis utilizar un aparato con toda clase de cosas y rezar al mismo tiempo. Igual que en la liturgia eucarística: hay misales para la misa. Amad el libro sagrado que es vuestro breviario, porque el oficio divino es una auténtica liturgia.

El gran enemigo del silencio son los medios. Sin silencio ni siquiera la razón es capaz de desarrollarse. Creo que habría que instituir un gran ayuno mediático durante la cuaresma. Los cristianos deberían dar el ejemplo de abstenerse por completo de las pantallas durante cuarenta días. Las consecuencias de esta práctica para nuestra relación tanto con Dios como entre nosotros serían muy positivas. Es una cuestión de civilización. ¿Seríamos capaces de hacerlo? A todos mis lectores cristianos les planteo esta pregunta: ¿os atrevéis a romper vuestras cadenas digitales al menos durante cuarenta días al año? ¡Qué actitud tan profética!

Pío XI y su sucesor, Pío XII, prestaron mucha atención a los medios con vistas a aumentar el potencial evangelizador. El Vaticano y Radio Vaticana fueron pioneros. Entonces las esperanzas eran muchas. No obstante, a pesar del empleo de las nuevas técnicas de comunicación, la evangelización nunca ha sido tan débil. Porque la evangelización no es comunicación: es ante todo testimonio. Se lleva a cabo con el cuerpo, el cansancio y el sufrimiento. Los sacrificios de Cristo son nuestro modelo. La evangelización es una nueva encarnación del Verbo de Dios.

¿Habría dejado yo mi poblado guineano si no hubiera tenido la suerte de conocer a un misionero totalmente poseído por Cristo, devorado por el deseo de morir por Él, habitado por el anuncio del Evangelio? A mí lo que me conmovió fue el ejemplo de oración de los misioneros en nuestra pequeña iglesia. No los escuchaba por la radio. Veía al padre Marcel Bracquemond y a sus hermanos, los padres André Mettan, André Besnir y Daniel Denoual, en la penumbra del coro. La oración es el fundamento de la evangelización.

Urge recuperar el sentido de una verdadera ascesis cristiana. Para hacer un buen uso de los medios es necesaria también mucha humildad: una cualidad que les hace falta a los periodistas.

Me gustó mucho una entrevista realizada hace poco a monseñor Batut, obispo de Blois, en la que explicaba que «la liturgia no es un espectáculo». El periodista le preguntaba por dónde había que empezar para iniciar a los jóvenes en el misterio de la liturgia cristiana. Comparto plenamente su respuesta: «Hay que sacarlos de sus tabletas y de sus móviles, de su incapacidad de vivir el silencio... El silencio es lo que más les cuesta, pero también lo más fructífero. Los jóvenes son capaces de entender que lo importante no es si uno se aburre o no en misa, sino asistir a ella. Hay que conseguir que superen el aspecto afectivo que suele ser lo que los mueve en un 99%. Lo importante no es dar explicaciones sobre la liturgia, sino hacer que la vivan. ¿A cuántos jóvenes he visto llorar durante una hermosa liturgia? Lloran porque descubren una novedad transformadora. Viven la experiencia de Dios». Sí, hay que sacar a los jóvenes de sus tabletas y de sus móviles para que vivan la experiencia de Dios. Un ejemplo que deberían seguir todos los sacerdotes.

¿No influye para nada la acumulación de bienes en la larga siesta de Occidente?

Dios quiere que el hombre sea feliz en la tierra. La vida terrenal es un anticipo de la dicha eterna. La cuestión no está, por lo tanto, en oponerse a la mejora de las condiciones de vida.

Aun así, hoy en día los fines se han invertido. El consumo se ha convertido en un fin en sí mismo. El materialismo capitalista ha vencido al materialismo marxista. Ambos son hermanos gemelos. Atrofian la dimensión espiritual del hombre, que se convierte en un consumidor esclavo. Por eso hay que reemplazar la primacía de la materia por la primacía del espíritu.

Cuanto más instalado está el hombre en las cosas materiales y cuanto más se complace en ellas, más tiende a alejarse de Dios. Lo dice el mismo Cristo: «En verdad os digo: difícilmente entrará un rico en el Reino de los Cielos. Es más, os digo que es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios» (Mt 19, 23-24).

Frente a esta vida de molicie, los monjes eligen voluntariamente la pobreza para acercarse mejor a Dios. Su ascesis les permite desarrollar una extraordinaria

vida cultural: hacen suyas las palabras del Deuteronomio: «Debes recordar todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer por el desierto durante estos cuarenta años, para hacerte humilde, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón, si guardas o no sus mandamientos. Te humilló y te hizo pasar hambre. Luego te alimentó con el maná, que desconocíais tú y tus padres, para enseñarte que no solo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor. El vestido que llevabas no se gastó y tus pies no se hincharon en estos cuarenta años. Reconoce en tu corazón que el Señor, tu Dios, te corrige como un hombre corrige a su hijo. Guarda, por tanto, los mandamientos del Señor, tu Dios, marchando por sus caminos y temiéndole» (Dt 8, 2-6).

Los grandes santos como Benito de Nursia, Bruno de Colonia o Francisco de Asís eligieron la pobreza para alimentar mejor su vida espiritual. Fundaron focos de vida espiritual y de civilización extraordinarios.

La Virgen se suele aparecer a niños pobres. En Lourdes y en Fátima los pastorcillos que la veían no poseían nada y la Madre de Cristo los eligió a ellos. Dios ama los corazones pobres, sencillos, tiernos y ardientes de amor. El corazón puro es el Templo de Dios más hermoso.

La fe y la pobreza son consanguíneas. El confort suele conducir a la arrogancia y al egoísmo.

¿La búsqueda de confort y la obsesión materialista son un obstáculo para la vida del alma?

El hombre moderno cuida de su cuerpo y se desentiende totalmente de su alma. Se pasa todo el día hablando del crecimiento de la economía, del dinero, de la producción, del bienestar, de las condiciones de trabajo y de las vacaciones de verano. Pero ya no conoce a Dios.

No se trata de oponerse al confort. Hay hombres inmensamente ricos que no han perdido su dimensión espiritual; que, como Job, guardan la fe poniendo a Dios en el centro de su vida y de sus actividades.

En cualquier caso, hoy hay una obsesión por el dinero y el lujo. Es como si comprar fuese sinónimo de felicidad. Se trata de una trampa que se convierte en una esclavitud, con su cortejo de envidias y de odio. La publicidad alimenta incesantemente esta búsqueda ilusoria. Envenena hasta lo más hondo las relaciones entre los hombres. ¿Es admisible que la coloquen en cualquier parte,

en cualquier muro despejado de nuestras ciudades y nuestros campos? Su eliminación o, al menos, su limitación es una cuestión de salud pública. Me consta que algunas ciudades brasileñas han tenido el coraje de prohibirla en espacios públicos: una actitud profética y valerosa. Los cristianos deberían unirse a los hombres de buena voluntad para acabar con esa invasión de fealdad y vulgaridad. Quizá entonces recobraríamos la afición por las obras de arte que nos ofrecen a todos gratuitamente el solaz de la belleza.

Cuando esa obsesión por el consumo y el confort penetra en la Iglesia, lleva a la traición de las promesas hechas a Cristo. El Dios al que seguimos es pobre y humilde. Los sacerdotes y los obispos están demasiado influidos por la mentalidad secular. Tienen que procurar no caer en pozos de fango. El mejor modo de evitarlo consiste en retirarse de vez en cuando a un monasterio. Estos lugares son muchas veces la única manera de volver a encontrar el camino del Evangelio. La pobreza voluntaria de los monjes, su silencio, su inmersión en Dios, su discreción son modelos capaces de reestructurar nuestras vidas y de orientarlas más hacia Dios y hacia su Iglesia.

¿Conoce usted a muchos sacerdotes contemporáneos nuestros dispuestos a marcharse a anunciar a Cristo en las regiones más recónditas con peligro de su vida, como los misioneros del pasado? El confort material trae consigo una burocratización mundana y burguesa del clero.

¿Qué opina usted de las relaciones entre Occidente, Rusia y la ortodoxia?

Juan Pablo II estaba convencido de que los dos pulmones de Europa debían trabajar juntos. Hoy la Europa del Oeste despliega medios absurdos para aislar a Rusia. ¿Por qué se empeñan en ridiculizar a ese gran país? Occidente da muestras de una arrogancia inaudita. La herencia espiritual y cultural de la Iglesia ortodoxa rusa es inigualable. El despertar de la fe que siguió a la caída del comunismo representa una inmensa esperanza: es fruto de la sangre de los mártires. El testimonio de Alexander Solzhenitsyn recogido en *Figaro* en 1985 es impresionante: «El mundo nunca había conocido un ateísmo tan organizado, tan militarizado y tan tenaz en su maldad como el que practicó el marxismo. Dentro del sistema filosófico de Marx y Lenin, y en el corazón de su psicología, el odio a Dios es la principal fuerza motriz, y es más fundamental que cualquiera de sus pretensiones políticas y económicas. El ateísmo militante no es puramente fortuito o marginal en la política comunista; no se trata de un efecto colateral, sino del pivote central. Entre 1920 y 1930, la URSS presenció una procesión ininterrumpida de víctimas y mártires entre el clero ortodoxo. Dos

metropolitanos fueron abatidos a tiros, uno de ellos Benjamín de Petrogrado, que había sido elegido mediante el voto popular de su diócesis. El patriarca Tijon en persona pasó a manos de la Checa-OGPU para luego morir bajo extrañas circunstancias. Fallecieron un montón de arzobispos y obispos. Decenas de miles de curas, monjes y monjas fueron presionados por los chequistas para que renunciaran a la palabra de Dios, fueron torturados, fusilados en celdas, enviados a campos de concentración, exiliados en la tundra asolada del norte lejano, o soltados en la calle a edades avanzadas sin alimento ni cobijo. Todos estos mártires cristianos se dirigieron inquebrantablemente hacia la muerte en nombre de su fe; los casos de apostasía fueron escasos. Para decenas de millones de laicos el acceso a la Iglesia fue prohibido, y se les negó criar a sus hijos en la fe: padres religiosos fueron arrancados de sus hijos y encarcelados, mientras que los niños fueron apartados de la fe mediante amenazas y mentiras».

En Rusia la Iglesia ortodoxa ha recuperado ampliamente el papel de fundamento moral de la sociedad que tenía antes de 1917, lo que ha suscitado, junto con la oposición política, un intenso odio por parte de las élites del Occidente poscristiano no solo hacia Rusia, sino hacia la Iglesia ortodoxa rusa y, por extensión, hacia el cristianismo ortodoxo. El ataque abiertamente político dirigido a enfrentar a Ucrania con la Iglesia ortodoxa rusa bajo la autoridad del patriarca Kirill de Moscú es una provocación peligrosa y absurda. Por mi parte, creo que los cristianos europeos deberían unirse para reivindicar el valor de su herencia, que es ante todo la de los santos y los mártires.

LOS ENEMIGOS IMPLACABLES

NICOLAS DIAT: *¿Por qué no se cansa usted de denunciar eso que denomina la debilidad psicológica, moral y espiritual de los occidentales?*

CARDENAL ROBERT SARAH: Occidente se ha ido apartando poco a poco de la fuente de la vida. Es imposible olvidar la enseñanza del profeta Jeremías, que ponía estas palabras en boca de Dios: «Mi pueblo ha cometido dos males: me abandonaron a mí, fuente de aguas vivas, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados, que no retienen el agua» (Jr 2, 13). La ruptura con Dios solo puede ser fatal. ¿Quién no cree que traerá consigo graves consecuencias espirituales, morales y psicológicas? Pese a tantos síntomas preocupantes, los occidentales se niegan a cuestionarse a sí mismos. Tomemos, por ejemplo, las artes, la arquitectura, la poesía, la pintura o la música: ¿acaso no evidencian una regresión tremenda? La belleza ha desaparecido del horizonte. La fealdad se ha erigido en norma infranqueable.

La negación de la realidad de Occidente es fruto de un orgullo terrible, de una ceguera voluntaria, de una pulsión de muerte. Se atesoran y se difunden falsos valores. Lo feo se ha convertido en bello y lo inmoral, en progreso. ¿De verdad no ve Occidente el abismo que se abre bajo sus pies? Cuesta imaginar que una civilización tan espléndida sea capaz de querer abandonar tanta riqueza sin darse cuenta de su pérdida. Hay que denunciar esa tendencia que lleva a inventarse riquezas que no lo son y a convertir el oro en barro.

Es como si a Occidente le encantara ver sus iglesias transformadas en gimnasios, sus capillas románicas en ruinas, su patrimonio religioso amenazado por una absoluta desacralización. Rusia, en cambio, invierte importantes sumas de dinero en restaurar los tesoros de la ortodoxia. Occidente no se ha parado a pensar las consecuencias ilimitadas de su pasiva poltronería frente a la historia artística cristiana.

¿Se podría hablar incluso de una colonización posmoderna de África?

Mientras viví en África pude apreciar los frutos más espléndidos de la

colonización occidental. Los valores culturales, morales y religiosos que los franceses transmitieron a mi país fueron muy ricos. Los colonos llegaban con tradiciones ancestrales llenas de vida y riqueza, ennoblecidas por el cristianismo. Sus nociones de la dignidad del hombre, de sus derechos y sus valores eran liberadoras. Francia me dio un idioma maravilloso. Los misioneros de ese país me entregaron al Dios verdadero. No me da miedo decir que soy hijo de una colonización constructiva. Hoy, sin embargo, los occidentales llegan a África con falsos valores delictivos. No puedo aceptar la propagación de un veneno que amenaza con destruir al hombre africano tradicional. ¿Por qué quiere aniquilar Occidente lo que él mismo ha construido? El verdadero enemigo de Occidente es el propio Occidente, el haberse cerrado a Dios y a los valores espirituales de resultas de un funesto proceso de autodestrucción.

¿Qué opina usted de la globalización?

La tierra ha sido creada por Dios, que quiso un mundo plural. Los hombres no son iguales. También la naturaleza es una riqueza multiforme ordenada por Dios. Nuestro Padre pensó que las diferencias entre sus hijos podían ser enriquecedoras.

La globalización de hoy en día es contraria al proyecto divino: lleva a la uniformidad de la humanidad. La globalización pretende separar al hombre de sus raíces, de su religión, su cultura, su historia, sus costumbres y sus antepasados; y el hombre se convierte en un apátrida sin país y sin tierra. Pertenece a todas partes y a ninguna. El hombre, sin embargo, cuenta con la riqueza de la tierra que lo ha visto nacer y crecer. De ese espacio geográfico concreto obtiene recursos incalculables. La tierra no puede ser un océano sin fronteras. El planeta acabaría convirtiéndose en una pesadilla.

Dios ha querido colocar a su criatura en un jardín, en un país, en un continente. Las naciones son grandes familias. Dios quiere hombres con raíces. Sabe lo importantes que son los vínculos para su bienestar. El hombre no ha sido creado para ser un agente económico o un consumidor. La humanidad forma parte de un proyecto divino que la Biblia no se cansa de describir. Dios quiere protegernos; pero, si los hombres se salen de las sendas trazadas por Él, se perderán.

Los países que se niegan a extraviarse en esta loca carrera, como los del Grupo de Visegrado, son estigmatizados, cuando no insultados. La globalización se ha convertido en una prescripción médica obligatoria. La patria-mundo es un

continuum líquido, un espacio sin identidad, una tierra sin historia.

¿Cómo es capaz de existir África en medio de esta globalización desenfrenada?

Durante mucho tiempo el continente africano estuvo estructurado en reinos. Los mandingas ocupaban territorios sin fronteras trazadas y definidas, y sus únicas referencias eran las leyes de sus antepasados. Las relaciones dentro de cada reino no pertenecían al orden económico. El vínculo más sólido era de inspiración consuetudinaria. En ese orden de cosas, la iniciación constituía un rito de tránsito decisivo para la plena pertenencia a la familia ancestral.

La colonización inventó las naciones que conocemos hoy día. Los colonos jamás suprimieron del todo las tradiciones, los valores y las fiestas ancestrales. Ahora la globalización pretende insidiosamente separar a los jóvenes de sus raíces. Me cuesta creer que su intento prospere: ¿quién puede construir una vida exclusivamente sobre una creencia idólatra en unas leyes económicas, financieras y comerciales?

¿Cuál es su postura en torno a un tema tan decisivo como la migración?

El gran engaño consiste en hacer creer a los pueblos que todas las fronteras serán eliminadas. Sí, los flujos migratorios han existido siempre. La búsqueda de una vida mejor o la huida de la pobreza y de los conflictos armados no es nada nuevo. Lo que hace diferentes a los movimientos de hoy es su relevancia. Hay hombres que corren riesgos increíbles. Se ven obligados a pagar un precio muy alto. El Occidente que se les pinta a los africanos es un paraíso terrenal. El hambre, la violencia y la guerra pueden empujar a esos hombres a arriesgar su vida por llegar a Europa. ¿Es admisible que haya países que se priven de tantos hijos suyos? ¿Cómo van a desarrollarse esas naciones si tantos trabajadores optan por el exilio? ¿Cuáles son esas extrañas organizaciones humanitarias que recorren África promoviendo la huida de los jóvenes con la promesa de una vida mejor en Europa? ¿Por qué la muerte, la esclavitud y la explotación son tantas veces el verdadero destino final de los viajes de mis hermanos africanos hacia un soñado El Dorado? Estas historias me indignan. Las redes mafiosas de traficantes deberían ser erradicadas con la mayor firmeza, y lo curioso es que siguen siendo totalmente impunes. En este orden de cosas, la situación en Libia es catastrófica. Ha sido un país cínicamente destruido para hacerse con su petróleo. ¿Por qué los gobiernos occidentales presentan tan pocos proyectos para

su reconstrucción? No estoy seguro de que el respeto y la protección de la vida humana sean una realidad en ningún lado.

Hace poco, el general Gomart, que dirigió el servicio de información militar francés antes de dejar el ejército en mayo de 2017, explicaba: «Esta invasión de Europa por parte de los migrantes está programada, dirigida y admitida [...]. Las autoridades militares y civiles francesas lo saben todo del tráfico migratorio en el Mediterráneo». El general, responsable de recoger cualquier información capaz de ayudar a Francia a tomar decisiones, analizaba el tráfico migratorio de Oriente Medio y del Mediterráneo vigilado por los servicios de información franceses, que saben dónde intercambian los traficantes sus cargamentos humanos y dónde los alojan. Los servicios de información franceses son testigos de cómo preparan todas sus salidas hacia Europa desde las playas de Tripolitania y Cirenaica, imponiendo a los migrantes un trayecto fijado.

Antes de zarpar, los traficantes llaman siempre al Centro de coordinación italiano de socorro marítimo, de modo que los barcos europeos puedan recoger directamente en el mar los flujos migratorios para trasladarlos a buen puerto antes de que se ahoguen en costas africanas... La invasión no es imprevisible. No hay ningún misterio: se sabe todo. Se sabe dónde se aprovisionan los barcos de los traficantes. Se sabe que Turquía emite pasaportes falsos y que las autoridades de los países receptores prefieren cerrar los ojos. El servicio de información francés está al corriente de los más mínimos detalles del tráfico migratorio en África.

Hay que hacer todo lo posible para que los hombres puedan quedarse en los países que los han visto nacer. Cada día mueren cientos de africanos en aguas del Mediterráneo. A mí me sigue atormentando la historia de los dos jóvenes guineanos que quisieron huir clandestinamente de Conakry. Se subieron a la bodega de un avión y murieron de frío durante el viaje. Tengo buenos amigos que me han hablado de jóvenes procedentes de África muertos en los frigoríficos de los barcos de transporte de plátanos. Esta barbaridad no puede seguir ocurriendo.

En Europa se despoja a los migrantes de su dignidad. Los que se hacinan en los campos, condenados a esperar sin nada que hacer en todo el día, son seres humanos. La jungla de Calais en Francia fue una vergüenza. ¿Quién puede pretender que un hombre sin trabajo se realice plenamente? El desarraigo cultural y religioso de los africanos trasladados a unos países occidentales que también están atravesando una crisis sin precedentes es un caldo de cultivo

mortal.

La única solución posible a largo plazo pasa por el desarrollo económico de África. Los jefes de Estado de mi continente tienen una gran responsabilidad. Europa no debe convertirse en la tumba de África.

No estoy seguro de que el pacto de Marrakech, destinado a reforzar la cooperación entre los países en materia de problemas migratorios y firmado por varias naciones —Francia lo hizo en 2018—, vaya a significar realmente un avance. El texto nos promete migraciones seguras, ordenadas y regulares. Me temo que pueda provocar justo lo contrario. ¿Por qué no se ha consultado a los pueblos de las naciones que han firmado el texto? ¿Acaso los gobiernos de esos Estados, como el de Francia, piensan que el pueblo no es capaz de pronunciarse debidamente en temas tan importantes para el futuro del mundo? ¿Tienen miedo las élites globalizadas de la respuesta democrática acerca de los flujos migratorios? Países tan distintos como Italia, Australia, Croacia, Estonia, Austria, Hungría, Eslovaquia, Polonia, Suiza o la República Checa, e incluso Estados Unidos, se han negado a firmar ese pacto. En cuanto a mí, me sorprende que la Santa Sede no haya intervenido para aportar matices y añadidos a un texto que me parece muy insuficiente.

¿Qué deberían hacer los gobiernos con los migrantes que pisan ya suelo europeo?

Si los gobiernos ya han acogido a esos hombres y mujeres, se supone que es porque disponen de un proyecto concreto para ofrecerles todas las garantías de una vida digna: un techo, un trabajo y una vida familiar y religiosa estable. Lo contrario sería una irresponsabilidad muy preocupante. Por desgracia, me consta que todas estas condiciones distan mucho de ser reales. Es una vergüenza que se ofrezca hospitalidad a los migrantes sin contar con un proyecto concreto de integración.

¿Le preocupa el totalitarismo islamista?

Los ataques perpetrados por islamistas radicales se han convertido en algo corriente. En Oriente Medio, en África y en Europa la violencia no conoce tregua. La lista de ciudades afectadas es cada vez más larga: París, Niza, Bruselas, Colonia, Berlín, Estocolmo, Londres, Uagadugú, Grand-Bassam, Nairobi... A mí me conmueven especialmente los terribles crímenes cometidos contra los coptos egipcios.

A veces me pregunto si los gobiernos occidentales aplican medidas adecuadas para luchar contra el terrorismo. ¿Cómo es posible que el Estado islámico se haya originado y crecido con tanta impunidad? No pretendo criticar el trabajo hecho, pero es claramente insuficiente. No se abordan las causas religiosas. Muchos terroristas islamistas llevan en Europa varias generaciones. Son hijos de la sociedad de consumo. Desesperanzados por el nihilismo europeo, se echan en brazos del islamismo radical. Creo que las causas del terrorismo son en buena medida religiosas. Este fenómeno solo se podrá combatir si a los hijos nacidos de la inmigración se les ofrece una auténtica perspectiva espiritual. A ellos no les gusta la sociedad atea. Se niegan a integrarse en un mundo secularizado. ¿Quién tendrá el valor de proponerles una Europa orgullosa de su herencia cristiana? ¿Quién tendrá el valor de invitarlos a adquirir una identidad fundada en la moral y en los valores cristianos? La evangelización de los jóvenes europeos de origen musulmán debería ser una prioridad pastoral. Estoy convencido de que esperan de nosotros un testimonio claro y firme. No obstante, en nombre de un diálogo interreligioso mal entendido, a la hora de anunciar a Cristo nos mostramos pusilánimes y timoratos.

Hay que combatir enérgicamente el islamismo integrista y fanático que quiere atacar y herir a cristianos y musulmanes. En mi país he tenido la suerte de conocer un islam espiritual inspirado por el sufismo. Allí los musulmanes sirven de estímulo para que los cristianos practiquen su propia religión.

Occidente vive un hondo deterioro de la moral cristiana que es un verdadero ultraje para muchos musulmanes. Los migrantes que se trasladan a Occidente son en su mayoría jóvenes musulmanes. ¿No es lógico que se sientan heridos cuando llegan a unos países europeos donde reina tanto paganismo?

Por otra parte, los gobiernos muestran mucha cautela a la hora de acoger a los cristianos perseguidos refugiados; algo particularmente notorio bajo la presidencia de Obama. El gobierno canadiense de Trudeau es el prototipo de tan extraña actitud.

Occidente sufre la pérdida de sus referentes básicos, renunciando entre otras cosas a sus raíces cristianas. Así las cosas, su utópica filantropía lo expone a los ataques del islamismo radical. Si Europa recupera su identidad, podrá volver a alzar la cabeza y combatir el terrorismo. La identidad es el crisol del auténtico respeto mutuo. En una sociedad que se dice abierta, sin identidad propia, los hombres que poseen un sistema de valores son inevitablemente los vencedores.

¿Cuál es su opinión sobre las intervenciones militares de los países occidentales a nivel mundial?

Los gobiernos occidentales pretenden imponer su régimen político en el mundo entero. ¿Por qué hay que exportar la democracia norteamericana a cada uno de los rincones del mundo? Es absurdo imponer las mismas reglas a todos los países. La democracia perfecta no existe. ¿Hay necesidad de recordar los numerosos problemas que plantea la legislación sobre la pena de muerte en Estados Unidos? A mí me merece más respeto la política familiar de Rusia que la de Gran Bretaña, Canadá o Francia.

La administración Obama quiso liberar a los sirios. Hoy el país es un terreno en ruinas. Evidentemente, el régimen del presidente Assad no es el más deseable. Los abusos del régimen baasista son intolerables. La protección de que goza la minoría cristiana no puede hacernos olvidar las masacres cometidas. Sin la intervención de Rusia, habría acabado instaurándose un régimen islamista. Los cristianos de ese país deben su supervivencia a Moscú. Rusia ha desempeñado el papel de protector de las minorías cristianas mayoritariamente ortodoxas. El gobierno ruso ha querido defender una religión, pero también una cultura.

En Irak la coalición occidental provocó la caída de Saddam Hussein y se instaló el caos. Juan Pablo II hizo todo lo posible por evitar la intervención militar contra Saddam Hussein. Hoy sabemos que la presencia de armas químicas que sirvió de pretexto para la invasión era una vil mentira. ¿Qué intereses económicos ocultaba aquella iniciativa? El intervencionismo occidental en nombre de la democracia puede conducir a una desviación de la libertad.

En Libia la caída del régimen del Ghaafi trajo consigo los flujos migratorios que conocemos hoy y la destrucción de todas las estructuras políticas del país. ¿Por qué se apresuró Nicolas Sarkozy a eliminar un régimen sin prever el después? Francia tiene una grave responsabilidad en la tragedia libia. ¿Qué falta de sentido moral! ¿Se puede hablar en Siria de «respeto de los derechos del hombre»? ¿Se puede hablar de un progreso de la civilización? No hay más que recordar cómo fueron torturados y asesinados Saddam Hussein y Muamar el Gadaafi... Es cierto que ambos hombres tenían las manos muy manchadas de sangre. Aun así, ¿tenía que escenificar Occidente la atrocidad de su agonía y su muerte? Hasta los peores criminales tienen derecho a una muerte digna. Solo Dios es juez. La tragedia de Occidente es siempre la misma. Dios ha desaparecido. Los Estados han ocupado su lugar.

Occidente debe hacer examen de conciencia. ¿Cuántos países han visto pisoteados sus derechos más elementales por las potencias occidentales? ¿Cómo se puede afirmar que hay pueblos menos dignos o menos civilizados que otros? A ningún Estado le es legítimo imponer su visión política, económica o cultural. Occidente ha aportado al mundo grandes ideas, pero su tendencia a imponer su sistema político es digna de condena. ¿Por qué no quiere recibir de otros pueblos?

El extravío de Occidente es funesto. Tendría que cuestionarse la estructura de su orientación geopolítica en su totalidad.

LAS ENGAÑOSAS SEDUCCIONES DE UNA VIDA SUPUESTAMENTE EMANCIPADA

NICOLAS DIAT: *La vida moderna se parece cada vez más a una fiesta permanente...*

CARDENAL ROBERT SARAH: Los hombres parecen obsesionados por la monotonía y el aburrimiento. Para conjurar el miedo, viven en una evasión y un culebreo constantes. Una alegría que es ficticia, porque procede del triste reino del goce y la comodidad.

En las sociedades occidentales, que se dicen desarrolladas, la miseria moral y espiritual es inmensa. La diversión se convierte en el único medio que permite olvidar la nada en la que ha caído el individuo.

Cuanto más se destruye el hombre, más siente la necesidad de encontrar medicamentos para su crisis interior; y, al final de esa búsqueda frenética, aparecen las recetas milagrosas de las filosofías asiáticas.

El hombre pasa de las fiestas a las vacaciones, de los viajes a las comilonas. La vida es un gran juego; el exotismo, una promesa. Ni siquiera los funerales tienen que ser tristes. Hay que cantar y reír hasta el último momento. ¿Cómo son capaces los hombres de aplaudir a los muertos que entran y salen de las iglesias? ¿Cómo se puede prostituir un momento tan denso de emociones y de sacralidad? Nuestra ligereza y nuestra superficialidad frente al misterio son estúpidas. Delante de la muerte hay que guardar silencio, recogerse, rezar y volverse hacia Dios para intentar penetrar en el gran misterio divino en el que a partir de ese momento habita el difunto. La muerte no es fácil, como bien ha quedado plasmado en su libro *Un temps pour mourir. Derniers jours de la vie des moines*. El hombre quiere ahuyentar a la muerte, eliminar el duelo. Ya no soporta la tristeza y las lágrimas.

El sufrimiento interior y físico no tiene derecho de ciudadanía. Hay que ocultar a los discapacitados, olvidar a los enfermos y aparcar a los ancianos. La vejez no tiene gracia, así que conviene esconderla detrás de los siniestros muros

de las residencias para la tercera edad.

Y, por lo que se refiere a Dios y a la religión, la indiferencia se ha convertido en la norma tácita.

Las fiestas religiosas han pasado a ser penosos días de consumo en los que la generosidad queda adulterada. Esta vida falsamente deslumbrante es la culminación de una civilización decadente. La búsqueda del placer, del éxito, de la complacencia aleja a los hombres cada vez más de Dios. La vida se ha convertido en una fiesta sin Dios.

En sus *Pensamientos* escribía Pascal: «Toda la desdicha de los hombres proviene de una sola causa: no saben permanecer en reposo, en un cuarto». El filósofo quiere demostrar que el hombre, dominado por su orgullo y su concupiscencia, solo puede hallar en Dios la paz interior y la verdadera felicidad. Según Pascal, de la relación rota entre el hombre y su Creador nacen en el ser humano la insatisfacción constante que le genera la vida y el deseo de olvidar que es mortal recurriendo a la «diversión». Y concluye: «Los hombres, que no han podido curar la muerte, la miseria, la ignorancia, han caído en la cuenta, para conseguir la felicidad, de no pensar en ello».

Para dejar de escuchar la música de Dios hemos optado por emplear todos los artificios de este mundo. Pero los instrumentos del cielo no dejarán de tocar, por sordos que estemos.

En nuestro segundo libro, La fuerza del silencio, dedicamos una larga reflexión al combate moderno entre el ruido y el silencio...

Hay que ayudar al mundo moderno a entender que el ruido se ha convertido en una poderosa dictadura que no para de degradarlo. Alejado del ruido, el hombre puede encontrar a Dios: si se apagan las luces, si callan los sonidos, es capaz de escuchar la voz de Dios en su corazón.

La civilización de la fiesta intenta por todos los medios callar al silencio. Fomenta la dispersión de los sentimientos, la superficialidad y el hedonismo. El ruido es hermano gemelo de la mentira. El silencio es la sede de la verdad, la morada de Dios.

¿Cómo podemos lograr que nuestros contemporáneos entiendan que la vida no es una fiesta y que el silencio nos hace libres? Tenemos que ayudarles a comprender que el silencio es la flor de harina de todo encuentro auténtico. El

silencio interior es difícil de encontrar; y, en esa búsqueda, los monasterios son un oasis.

¿Diría usted que la búsqueda de placer y la interioridad libran un combate implacable?

El hombre moderno descuida tanto su interioridad que ya no sabe lo que significa. Vive sumergido en el lodo de sus pasiones, centrado en divertirse y en disfrutar de todos los placeres de este mundo. Le da igual vivir en un mundo dominado por el mal, la violencia, la corrupción, la relajación de las costumbres, la perversión, la irreligión e incluso el desprecio de Dios.

La exageración es la norma. Siempre ha habido periodos de la historia en los que ha descollado lo sórdido, lo brutal, lo obsceno, lo inmundo y lo frenético. Pero en nuestro tiempo todo esto es aún más inquietante, porque Dios está socialmente muerto. Esta gran ausencia representa la peor de las amenazas para la humanidad. Tal vez el sucesor del hombre cristiano sea el hombre amoral.

La Iglesia tiene obligación grave de desempeñar su papel. La dificultad de su misión es todavía mayor porque ha desaparecido el consenso moral nacido de la civilización judeocristiana que ha caracterizado al mundo durante siglos. El torrente mortal del relativismo filosófico denunciado por Benedicto XVI lo ha arrasado todo. Durante la apertura del cónclave de 2005 el papa tuvo el valor de afirmar: «Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida solo el propio yo y sus antojos». En su libro *Luz del mundo*, publicado en 2010, continuaba así con su reflexión: «Está a la vista que el concepto de verdad ha caído bajo sospecha. Por supuesto, es cierto que se ha abusado mucho de él. En nombre de la verdad se ha llegado a la intolerancia y la crueldad. En tal sentido se tiene temor cuando alguien dice que tal cosa es la verdad o hasta afirma poseer la verdad. Nunca la poseemos; en el mejor de los casos, ella nos posee a nosotros. Nadie discutirá que es preciso ser cuidadoso y cauteloso al reivindicar la verdad. Pero descartarla sin más como inalcanzable ejerce directamente una acción destructiva. Gran parte de la filosofía actual consiste realmente en decir que el hombre no es capaz de la verdad. Pero, visto de ese modo, tampoco sería capaz de ética. No tendría parámetro alguno».

Lejos de la verdad, el hombre se dispersa en vanos placeres. La confusión abona el terreno del esparcimiento más inmoral.

La muerte de la interioridad ha pasado a considerarse prácticamente un bien. El placer y el error recorren ufanos y sonrientes el mismo camino. Estamos asistiendo a la venganza del instinto. El autodomínio y cierta higiene del espíritu y del corazón necesitan una auténtica abstinencia.

Por desgracia, el rey-individuo es el único juez de su propia conducta. Solo confía en su propio discernimiento. ¿Cómo puede juzgarse a sí mismo un hombre que carece de la formación y la cultura adecuadas?

Para recuperar una vida interior digna de tal nombre hay que empezar por cultivar el silencio. El silencio cuesta, pero hace al hombre capaz de dejarse guiar por Dios. Del silencio nace el silencio. A través del Dios silencioso podemos acceder al silencio. Entonces al hombre no deja de sorprenderle la luz que resplandece. El silencio es más importante que cualquier otra obra humana. Porque es expresión de Dios. La verdadera revolución procede del silencio: nos conduce hacia Dios y hacia los demás para ponernos humilde y generosamente a su servicio.

Solo el silencio y la reflexión, iluminados por las realidades divinas, son capaces de hacer renacer la vida interior. Hay que facilitar al hombre moderno los medios para volver a encontrar el camino de su corazón y escapar del invierno de los bajos instintos.

¿Se podría hablar de un panteón de ídolos modernistas?

Por encima de cualquier otro ídolo está el del dinero. «Cuando el dinero habla, la verdad calla», dice el refrán. El mundo está controlado por el dinero. El culto al becerro de oro es una obsesión del mundo contemporáneo.

Otro ídolo es la libertad. El hombre occidental no soporta ninguna restricción. Reivindica una independencia absoluta de cualquier norma moral. Dios no puede discutirle ningún derecho. Hoy la vida está hecha de derechos. Pero los ídolos son siempre mentirosos.

La tercera diosa es la democracia: una democracia, por desgracia, sanguinaria. Hay naciones, pueblos, culturas —especialmente en Oriente Medio y en África— masacrados en nombre de la democracia. Sus sumos sacerdotes, los occidentales, derraman ríos de sangre para imponer su culto en el mundo entero.

El poder del dinero es, a mi juicio, el que controla al hombre por encima de

todo.

En su libro *Les Droits de l'homme dénaturé*, el jurista Grégor Puppink escribe: «¿Los derechos del hombre? Después de la segunda guerra mundial se veían como una promesa universal de paz y de justicia. Hoy se han convertido en un campo de batalla ideológico, el terreno del enfrentamiento entre civilizaciones contrarias. Porque los derechos del hombre son ante todo el reflejo de nuestra noción del hombre: una noción que ha cambiado mucho desde que se redactó la Declaración universal en 1948. Mientras que la declaración de la posguerra seguía inspirándose en los *derechos naturales*, el fortalecimiento del individualismo ha generado nuevos *derechos antinaturales* como el derecho a la eutanasia o al aborto, o a la homosexualidad, que han conducido a su vez a la aparición de los *derechos transnaturales* transhumanos que hoy garantizan el poder de transformar y redefinir la naturaleza, como el derecho a la eugenesia, el derecho al hijo o al cambio de sexo. En la entraña de esa transformación se constata una evolución que evidencia un profundo cambio de la noción de la dignidad humana, que tiende a quedar reducida exclusivamente a la voluntad individual en detrimento del cuerpo, o al espíritu en oposición al cuerpo, y que apunta a cualquier negación de la naturaleza y de los condicionamientos como una liberación y un progreso. A partir de ahí, los derechos del hombre acompañan sigilosamente al transhumanismo, facilitando la superación de la democracia representativa».

El hombre moderno actúa inconscientemente. No mide todas las consecuencias de sus actos. Vive en el subterfugio para enmascarar sus crímenes. Prefiere la ilusión a la realidad. Los falsos ídolos han provocado la caída de Occidente. En su *Sermón sobre el honor* tronaba Bossuet: «Los hombres ya casi ni intentan evitar los vicios; solo intentan encontrar nombres engañosos y excusas honestas [...]. El nombre y la dignidad del hombre de bien dependen antes del ingenio y de la destreza que de la probidad y la virtud; y el mundo considera virtuoso y justo lo que se ha sido capaz de componer y lo que se ha tenido la habilidad de tapar».

¡Solo el coraje de la resistencia podrá acabar con todas las falsas seducciones de una vida supuestamente emancipada! El amor a Dios y a los demás, la búsqueda paciente y perseverante del bien son, hoy más que nunca, la disidencia que el mundo necesita.

EL DECLIVE DEL CORAJE Y LAS UTOPIÁS LETALES DEL «MEJOR DE LOS MUNDOS»

NICOLAS DIAT: *¿Cómo definiría la civilización moderna del bienestar?*

CARDENAL ROBERT SARAH: El culto exacerbado al bienestar que desgraciadamente caracteriza a nuestra época va embotando poco a poco la voluntad y el coraje. El coraje se define como la fortaleza de carácter y la firme determinación de los hombres ante situaciones difíciles. Es enemigo del miedo. Nuestro tiempo, sin embargo, vive en un temor permanente, en la ansiedad, las obsesiones más absurdas y una falta de racionalidad angustiosa.

El coraje no actúa sin una auténtica fuerza interior. El combate solo puede darse si está sostenido por valores morales y espirituales. Lo que distingue a los hombres valientes es la fortaleza de su carácter y su determinación de superar cualquier obstáculo. Más de una vez hemos constatado que nuestro valor nace de nuestra relación con Dios. El cielo hace héroes. Pero, por desgracia, dedicamos un interés exclusivo al bienestar y al disfrute de los bienes materiales. La mayor parte de la vida del hombre occidental está orientada hacia esa búsqueda de los placeres de una vida sin sufrimiento ni obstáculos. Por eso hay que procurar paliar la obsesión por la compra y el consumo. Tenemos que reemplazar la primacía de la materia por la primacía del espíritu.

¿Por qué durante las Jornadas Mundiales de la Juventud se reúne una inmensa multitud de jóvenes alegres y entusiastas alrededor de Juan Pablo II, de Benedicto XVI y ahora del papa Francisco, emprendiendo largos y costosos viajes solamente para encontrarse con ellos y escucharlos? ¿Por qué atraen tanto a los jóvenes estos hombres de Dios con un discurso abrasador? Porque, igual que los atletas necesitan un entrenador, también ellos necesitan modelos, héroes que los arrastren a comprometerse y a entregarse a nobles tareas. Los jóvenes quieren palabras contundentes, provocadoras; palabras que desafíen sus energías. Aspiran a una conducta noble y heroica y a una intensa vida espiritual. Están llenos de energía física, repletos de inmensas reservas espirituales que se encuentran como amuralladas, encerradas en los baluartes de su corazón. Esto es

lo que decía uno de ellos en las columnas del *Figaro littéraire* al día siguiente de los acontecimientos del 13 de noviembre de 2015 que sacudieron no solo a Francia, sino al mundo entero: «Nuestra civilización padece una enfermedad terrible, quizá mortal, conocida como vacío espiritual. Tenemos pan, máquinas y una libertad exterior, pero no estamos hechos exclusivamente de materia. Lo mejor de nosotros pasa hambre. Creo que lo que ha sacado a los jóvenes a las calles ha sido el derrumbe de los valores espirituales fundamentales: la religión, el arte, el amor. Los ha movido la falta de alma. Inconscientemente, pero desde lo más hondo y vigorosamente, la juventud del mundo entero se ha alzado en salvaguarda del espíritu».

Sé que quienes no creen lanzan fundados reproches contra la Iglesia. El escritor y dramaturgo Eugène Ionesco declaró en una entrevista con Yves Gibon, publicada en *L'Église sous leur regard*: «Para no perder a sus fieles, la Iglesia ha hecho que la gente ya no sepa qué es lo sobrenatural y lo sagrado. Todos llevamos dentro el sentimiento religioso. Y no se podrá desarrollar mientras la Iglesia esté corrompida por tantos y tantos compromisos. Ojalá se mantuviera por encima del siglo: solo así intentarían los hombres elevarse hasta ella».

No nos deben faltar la humildad y el valor para asumir estas palabras, que recuerdan la verdadera misión de la Iglesia. Una misión que no es política ni social, ni puede ser la misma que la de una ONG, sino que consiste esencialmente en llevar a los hombres a Dios y hacer que el corazón del hombre se convierta en un templo sagrado, el templo y la morada de Dios.

Sé que algunos creen que la vida espiritual no es posible sin cierta prosperidad material. Y es un grave error. Las grandes épocas de riqueza espiritual suelen ser fruto de la pobreza. También hoy los grandes focos espirituales se encuentran en los países pobres. Estoy pensando concretamente en la India de la madre Teresa.

La expansión del cristianismo ha venido de las poblaciones más necesitadas, las primeras en comprender la fuerza revolucionaria del Evangelio: de Palestina, por ejemplo, de Corinto, de Roma y de otros lugares. Hay un canto del Deuteronomio que recoge los reproches dirigidos a Israel, recordando los distintos periodos en los que el pueblo elegido abandonó a Dios a cambio del dinero y las riquezas materiales: «¡Ha engordado Yesurún y ha comenzado a cocear!: —Te has puesto grueso, cebado, lustroso— y abandona a Dios, su Hacedor, y deshonor a la Roca, su Salvación» (*Dt 32, 15*). La postura de los grandes padres espirituales frente al confort no ha variado nunca. Las palabras del Eclesiastés han sido siempre una fuente de inspiración: «Uno que está solo y

no tiene a nadie, ni hijos ni hermanos, y pese a todo trabaja sin fin y no se da por satisfecho con sus riquezas. ¿Para quién trabajo y privo a mi corazón de bienestar?» (Qo 4, 8). El empecinamiento con que se tortura el hombre para obtener riquezas, ese «perseguir el viento» —por retomar la metáfora del Eclesiastés—, ¿no es una búsqueda frenética e inútil de una satisfacción que siempre se nos escapa?

Eso fue lo que comprobó Salomón: hizo cosas grandes, poseyó casas, árboles, rebaños, criados, criadas, tesoros... Y, sin embargo, decía: «¡Todo es vanidad y empeño vano! No hay ventajas bajo el sol» (Qo 2, 11).

Qohélet pasea su mirada en torno a él ¿y qué es lo que ve? Está solo, sin nadie que le ayude; no tiene hijos ni hermanos; trabaja sin descanso. No piensa: «¿Por quién me agobio y privo a mi alma de bienestar?». No hay riqueza que amase ese hombre capaz de colmarlo.

Tampoco los que aman el dinero se sentirán satisfechos. Los bienes crecen y crecen también los que se alimentan de ellos: ¿qué beneficio obtiene el amo? El ansia de bienes que consume al rico «no le deja dormir».

Ezequiel hizo alarde de sus posesiones ante los emisarios del rey de Babilonia. El profeta le dijo: «Escucha la palabra del Señor de los ejércitos: “He aquí que llegan días en que todo lo que hay en tu casa y cuanto atesoran tus padres será llevado a Babilonia sin que quede nada. Lo ha dicho el Señor”» (Is 39, 5-6).

Hablando de todo ese vacío, me parece interesante recordar la advertencia del salmista: «En las riquezas, si vienen, no pongáis el corazón» (Sal 62, 11).

Los poderes del dinero no tienen ningún interés en contemplar el desarrollo de un verdadero humanismo. Han sumergido al hombre en un profundo sueño viscoso. La civilización del bienestar mutila al hombre. Lo separa de la eternidad. Los hombres tienen que armarse de valor para salvar al hombre interior. La lucha contra la dictadura de la materia no es fácil. Nuestros contemporáneos viven como adheridos con pegamento. Pero los jóvenes, saturados por esta orgía de bienes materiales y asqueados del vacío que generan en el hombre, despertarán a este mundo cada vez menos humano para, con la fuerza de su energía, elevarnos hasta nuestros orígenes, hasta Dios y hasta los valores espirituales.

Hay que hacer una apuesta pascaliana. Hay que elegir la trascendencia

asumiendo lo invisible.

¿Cuál cree que es la principal utopía de nuestra época?

La utopía más peligrosa y más potente es la consumista. ¿Para qué está hecho el hombre: para Dios o para pasarse la vida consumiendo? En el sistema capitalista uno llega a preguntarse incluso si al hombre que carece de «valor de mercado» le queda algún lugar que ocupar en un mundo dominado exclusivamente por los flujos económicos.

En esta sociedad la adquisición de confort material y la producción masiva de bienes de consumo son la cima de la vida en esta tierra.

La frase de san Ignacio de Loyola recogida en sus Ejercicios espirituales parece haberse convertido en la triste reliquia del mundo del pasado: «¡Cuán vil y baja me parece la tierra cuando miro al cielo!».

No cabe duda de que el progreso material existe y el hombre puede obtener de él beneficios reales, una verdadera felicidad humana y terrenal. Pero en el mundo posmoderno se ha pervertido el empleo de esos avances.

Un consumo auténtico debería ayudarnos a adquirir una mayor calidad interior, moral y espiritual. Hemos de procurar ser cada vez más humanos acercándonos incesantemente a Dios. Si las cosas de la tierra entorpecen nuestra marcha, podemos estar seguros de que hemos errado el camino.

Cristo quiso recordar a los hombres que buscan el Reino de Dios que este se encuentra ya en su corazón. La vida de fe, la constancia en la oración, el alma vuelta hacia Dios y la caridad son prácticas esenciales para no hundirse en un materialismo asfixiante. Los beneficios que podamos obtener de los bienes materiales dependen de la riqueza de nuestra vida moral.

El verdadero crecimiento vendrá de la calidad interior del hombre. Tenemos que apartarnos del tumulto de los objetos exteriores para escondernos en los pliegues de nuestra alma y buscar la claridad de la luz divina y ese silencio tan difícil de preservar. Dentro de nosotros siempre hay una lucha entre el hombre exterior, que se separa de Dios y vive en el pecado convirtiéndose en presa de sus deseos carnales y mundanos, y el hombre interior, que se abre a la gracia y se santifica siguiendo la ley del Espíritu y la voluntad de Dios.

San Pablo se refiere a esta realidad cuando escribe a los corintios: «Por eso no

desfallecemos; al contrario, aunque nuestro hombre exterior se vaya desmoronando, nuestro hombre interior se va renovando día a día. Porque la leve tribulación de un instante se convierte para nosotros, incomparablemente, en una gloria eterna y consistente; ya que nosotros no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las visibles son pasajeras, y en cambio las invisibles, eternas» (2 Co 4, 16-18).

El verdadero valor material está determinado por la riqueza moral y espiritual. La crisis más grave no es de orden económico, sino fundamentalmente espiritual. La filosofía utilitarista muestra una capacidad insospechada de corrupción. El productivismo sin límites conduce inevitablemente a catástrofes humanas, culturales o ecológicas. El consumismo es una utopía que corrompe al hombre y lo reduce a una dimensión puramente terrenal. Esta religión de la inmediatez solo contempla el interés práctico del beneficio. El hombre no cuenta. Es un estorbo. ¿Por qué no reemplazarlo por un robot en determinados casos? Creo que es urgente volver a vivir la experiencia de la gratuidad, condición de la amistad, la belleza, el estudio, la contemplación y la oración. Un mundo sin gratuidad es un mundo inhumano. Animo a los cristianos a abrir oasis de gratuidad en el desierto de la rentabilidad dominante. Deberíamos plantearnos esta pregunta: ¿dejo en cada uno de mis días la impronta de la gratuidad? La gratuidad no es un suplemento opcional del alma, sino la condición para la supervivencia de nuestra humanidad.

¿El becerro de oro de la era posmoderna sería ese consumismo que usted no se cansa de denunciar?

En el Antiguo Testamento, pese a la solicitud de Dios a la hora de liberar a los esclavos de Egipto, pese a la extraordinaria travesía en seco por el Mar Rojo y al don del maná, Israel abandona a su Dios para fabricarse un ídolo que pueda trasladar. Quiere una divinidad capaz de someterse a sus caprichos. En lugar de dejarse modelar, instruir y guiar por el Señor, el Dios de los ejércitos de Israel, da forma a un ídolo, un becerro de oro fabricado con los pendientes de las mujeres fundidos por Aarón, y declara ante esa imagen: «Este es tu Dios, Israel, el que te ha sacado de Egipto» (Ex 32, 4). El hombre hace patente así su absoluta incoherencia, su ingratitud y su bajeza.

Hoy hemos vuelto a la época del becerro de oro. El dinero está en el centro de las preocupaciones no solo del mundo occidental, sino de muchos otros pueblos del mundo entero. La enseñanza de Cristo es muy clara: «Ningún criado puede servir a dos señores, porque o tendrá odio a uno y amor al otro, o prestará su

adhesión al primero y menospreciará al segundo: no podéis servir a Dios y a las riquezas» (Lc 16, 13).

Supuestamente, el dinero nos libera de la esclavitud y de la pobreza; pero, aunque no lo queramos admitir, somos prisioneros de las cadenas del materialismo. El becerro de oro es incapaz de llevarnos a la Tierra prometida; por eso nos vende otros dioses vulgares y superficiales: el hedonismo, el egoísmo y el consumismo.

Las aguas violentas de nuestras pasiones vencen a la razón. El hombre posmoderno se ve arrastrado por los lodos más malsanos. A Dios le horrorizan esas corrientes diabólicas. Le gustaría ayudarnos, pero nosotros rechazamos su amor. El becerro de oro destruye a la humanidad. Al hombre se le ha amputado la parte más hermosa de su ser.

Usted ha denunciado a menudo la utopía de una religión global. ¿Podría explicarnos a qué se refiere?

El sueño de la élite occidental globalizada consiste ni más ni menos en instaurar una nueva religión universal. Esta minoría piensa que las antiguas religiones, y en particular la Iglesia católica, deben cambiar o morir. Tienen que abandonar su doctrina y su enseñanza moral. Hay que llegar a una religión universal, una religión sin Dios, sin doctrina y sin enseñanza moral, una religión de consenso. La realidad es que una religión así acabaría al servicio de intereses puramente financieros.

La religión es una relación personal entre el hombre y Dios. ¿Quién es capaz de imaginar la vida de ese amor atrapada en el magma informe de una ideología mundial? La búsqueda de un consenso religioso universal es falaz y absurda.

Nos enfrentamos a un enfoque político e ideológico ateo, a una dictadura aberrante e inadmisibile.

A juzgar por sus palabras, estamos viendo despuntar la utopía de un mundo sin fronteras...

La Unión Europea es, por desgracia, un buen ejemplo de esta utopía. La supresión de fronteras ancestrales no tiene en cuenta la identidad de las naciones antiguas. Las raíces, la cultura milenaria y la historia de un país ya no cuentan nada. Las únicas reglas válidas son el comercio y el libre cambio. No es

sorprendente que los pueblos se rebelen cuando ven desaparecer su propia identidad, su historia, su lengua y su peculiaridad. El proyecto que quiere sacrificar la historia de los Estados en aras de intereses económicos es una peligrosa utopía.

Puedo entender la idea de la cooperación entre los pueblos. Puedo entender cierta apertura de las fronteras para mejorar el intercambio económico. Pero la ideología liberal libertaria es un contrasentido. Esos delirios egoístas matan a Europa.

Las élites de la ONU sueñan con un gobierno mundial que dirija pueblos, culturas y tradiciones con un pasado muy distinto. Es un sueño que roza la demencia y manifiesta el desprecio de los pueblos hacia sus riquezas. ¿Qué será de África, que ha sufrido tantas humillaciones a lo largo de la historia? ¿Seguiremos teniendo derecho a vivir? Basta observar la labor de las grandes fundaciones filantrópicas occidentales en nuestros países para entender qué significa el hombre africano para los millonarios que las financian. Están convencidos de saber mejor que nosotros las políticas más adecuadas para nuestro continente. En realidad, las obsesiones de estas élites son dos: una reducción drástica de la natalidad africana y el desarrollo económico al servicio de los objetivos de las multinacionales occidentales.

Esta utopía quiere ganar la partida a toda costa. De hecho, el mundo en el que vivimos parece haber destruido sus fronteras. ¿Por qué nunca ha habido tantas guerras como hoy? En Siria, en Libia, en Afganistán, en África Central reina un caos indescriptible. Quieren debilitar, destruir, dominar para poder saquear y reinar con un poder absoluto.

¿Tiene que beneficiar la globalización a unos cuantos privilegiados? ¿No se dedican los ejércitos occidentales a combatir a los pobres? Los contratos armamentísticos que benefician a las grandes potencias y permiten la guerra en Yemen son una vergüenza. Por la mañana se organizan conferencias humanitarias y por la noche se venden armas. Los miles de niños yemenís que mueren de hambre en atroces condiciones sanitarias no parecen despertar el interés de los responsables ni de los diplomáticos. No son nada al lado de los fabulosos contratos de armas.

Occidente provee de armas a las poblaciones africanas que se despedazan entre ellas. Mientras los pobres se matan unos a otros, los grandes grupos internacionales explotan las riquezas naturales de los países en guerra.

La ideología globalizadora descansa exclusivamente sobre intereses financieros. No hay piedad para con los pobres y los débiles, mientras que los poderosos poseen todos los derechos.

Son muchos los pensadores que denuncian la utopía de la transparencia. ¿Qué reflexiones le inspira este tema?

Vivimos en sociedades que se dicen abiertas, en las que se supone que los nuevos medios de comunicación nos informan hasta del suceso más insignificante. En realidad, nunca ha habido tanta desinformación. El padre de la mentira y príncipe de este mundo ha tomado posesión del corazón de quienes tienen el poder.

La sociedad transparente dispone de instrumentos de control peligrosos para la población de los que pretenden apoderarse los poderes políticos y económicos con el fin de influir en las opiniones.

Especialmente en las redes sociales, los hombres aceptan ofrecer mucha información sobre su vida privada que contribuye a reforzar los instrumentos de control a los que me refiero.

En la era de la inteligencia artificial, el régimen de transparencia es una falsificación de la verdadera libertad. El mecanismo de control de las conciencias en las dictaduras tradicionales era relativamente fácil de ver. La tiranía de los regímenes posmodernos es más sutil.

La verdadera transparencia se basa en la grandeza de la relación entre Dios y los hombres. El camino nos lo muestra san Pablo en su carta a los filipenses: «Por lo demás, hermanos, cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de íntegro, de amable y de encomiable; todo lo que sea virtuoso y digno de alabanza, tenedlo en estima» (*Flp* 4, 8). La nobleza y la virtud no se pueden ocultar.

El hombre debe permanecer vigilante, saber analizar y demostrar espíritu crítico y discernimiento. No puede dar por cierta toda la información que se le sirve constantemente en bandeja de plata. Muchas veces circulan falsas verdades que hay que negarse a repetir, porque se acaban dando por buenas.

El hombre que de verdad ama a Dios es discreto. El hombre sin Dios está constantemente expuesto a la luz secular: desnudo, zarandeado por los vientos de los rumores, preso de las tormentas de mentiras y calumnias.

Para los liberales la utopía del igualitarismo es especialmente peligrosa...

Desde el Siglo de las Luces se ha venido asumiendo que la justicia no puede hacerse realidad si no existe igualdad entre los hombres. Una condición que, sin embargo, sabemos imposible. En el siglo pasado la búsqueda de la igualdad trajo consigo la tragedia del comunismo y el marxismo, que querían construir el paraíso en la tierra. De hecho, conviene analizar atentamente las políticas de la lucha contra la desigualdad social. Las promesas de igualdad suelen ser un estandarte agitado por los poderes económicos más egoístas, que necesitan mantener esa ilusión para evitar que los pueblos se rebelen.

Por mucho que nos indigne, la desigualdad, por desgracia, forma parte de la existencia humana. Todas las etapas de la vida llevan su sello. Ni siquiera la muerte escapa a esta ley implacable. ¿Quién puede negar que un europeo y un africano no son iguales ante la enfermedad y la muerte? Unos mueren ancianos y otros, jóvenes. Unos mueren de repente, sin dolor, y otros sufren una larga agonía. ¿Es justo? Las probabilidades de vida con que nacemos son muy distintas.

La utopía del igualitarismo arruina el significado de la existencia humana. La sensatez recomienda mantenerse alejado de esos delirios de naturaleza revolucionaria y arrogante.

Tenemos que dejar nuestras vidas en las manos de Dios. Él es nuestro mejor guía y es nuestro escudo. Él nos ha creado y solo Él conoce el sentido de nuestro destino.

¿Qué opina de la utopía de la revolución numérica y de la tiranía del formateo de la mente?

Hoy en día debemos emplear todo nuestro coraje en combatir la primacía de la técnica y de los técnicos. Hay que elegir entre lo que nos lleva hacia arriba, hacia la verdad, y lo que tira de nosotros hacia abajo. Sabemos que los medios son capaces de formar y deformar los juicios morales. En la crisis que estamos viviendo pueden tanto salvar nuestra civilización como corromperla mortalmente. Cada vez es mayor la sensación de que facilitan a nuestros contemporáneos una idea determinada del mundo. Antes había que trabajar, investigar, esforzarse por descubrir la verdad. Ahora basta con abrir internet y acceder a un caudal de datos abrumador. Estamos dispensados de reflexionar y

de ejercitar el juicio crítico. El hombre moderno ya no conoce la noción del tiempo a largo plazo. Actúa solamente como consumidor. Hay una necesidad imperiosa de adquirir madurez interior y una mayor conciencia de nuestra responsabilidad.

La protección de la naturaleza es primordial, lo cual no impide a ciertos filósofos como Alain Finkielkraut recelar de la utopía ecologista.

Por desgracia, el hombre africano conoce demasiado bien los problemas de la destrucción de la naturaleza. A veces recursos naturales como los minerales sufren un vergonzoso saqueo en nombre de los intereses económicos. Los países ricos no tienen ni idea de las consecuencias humanas y sociales que provocan en algunas poblaciones indefensas.

En su encíclica *Laudato si'* el papa Francisco aborda sin reservas estas cuestiones. El texto se abre con estas palabras proféticas: «El desafío urgente de proteger nuestra casa común incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar. El Creador no nos abandona, nunca hizo marcha atrás en su proyecto de amor, no se arrepiente de habernos creado. La humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común. Deseo reconocer, alentar y dar las gracias a todos los que, en los más variados sectores de la actividad humana, están trabajando para garantizar la protección de la casa que compartimos. Merecen una gratitud especial quienes luchan con vigor para resolver las consecuencias dramáticas de la degradación ambiental en las vidas de los más pobres del mundo. Los jóvenes nos reclaman un cambio. Ellos se preguntan cómo es posible que se pretenda construir un futuro mejor sin pensar en la crisis del ambiente y en los sufrimientos de los excluidos. Hago una invitación urgente a un nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta. Necesitamos una conversación que nos una a todos, porque el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos. El movimiento ecológico mundial ya ha recorrido un largo y rico camino, y ha generado numerosas agrupaciones ciudadanas que ayudaron a la concientización. Lamentablemente, muchos esfuerzos para buscar soluciones concretas a la crisis ambiental suelen ser frustrados no solo por el rechazo de los poderosos, sino también por la falta de interés de los demás. Las actitudes que obstruyen los caminos de solución, aun entre los creyentes, van de la negación del problema a la indiferencia, la resignación cómoda o la confianza ciega en las soluciones técnicas. Necesitamos

una solidaridad universal nueva. Como dijeron los obispos de Sudáfrica, “se necesitan los talentos y la implicación de todos para reparar el daño causado por el abuso humano a la creación de Dios”. Todos podemos colaborar como instrumentos de Dios para el cuidado de la creación, cada uno desde su cultura, su experiencia, sus iniciativas y sus capacidades».

El propio Benedicto XVI abrió camino con su encíclica *Caritas in veritate*: «El tema del desarrollo está también muy unido hoy a los deberes que nacen de la relación del hombre con el ambiente natural. Este es un don de Dios para todos, y su uso representa para nosotros una responsabilidad para con los pobres, las generaciones futuras y toda la humanidad. Cuando se considera la naturaleza, y en primer lugar al ser humano, fruto del azar o del determinismo evolutivo, disminuye el sentido de la responsabilidad en las conciencias. El creyente reconoce en la naturaleza el maravilloso resultado de la intervención creadora de Dios, que el hombre puede utilizar responsablemente para satisfacer sus legítimas necesidades —materiales e inmateriales— respetando el equilibrio inherente a la creación misma. Si se desvanece esta visión, se acaba por considerar la naturaleza como un tabú intocable o, al contrario, por abusar de ella. Ambas posturas no son conformes con la visión cristiana de la naturaleza, fruto de la creación de Dios [...]. El modo en que el hombre trata el ambiente influye en la manera en que se trata a sí mismo, y viceversa. Esto exige que la sociedad actual revise seriamente su estilo de vida que, en muchas partes del mundo, tiende al hedonismo y al consumismo, despreocupándose de los daños que de ello se derivan. Es necesario un cambio efectivo de mentalidad que nos lleve a adoptar nuevos estilos de vida, “a tenor de los cuales la búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien, así como la comunión con los demás hombres para un crecimiento común sean los elementos que determinen las opciones del consumo, de los ahorros y de las inversiones”. Cualquier menoscabo de la solidaridad y del civismo produce daños ambientales, así como la degradación ambiental, a su vez, provoca insatisfacción en las relaciones sociales. La naturaleza, especialmente en nuestra época, está tan integrada en la dinámica social y cultural que prácticamente ya no constituye una variable independiente. La desertización y el empobrecimiento productivo de algunas áreas agrícolas son también fruto del empobrecimiento de sus habitantes y de su atraso. Cuando se promueve el desarrollo económico y cultural de estas poblaciones, se tutela también la naturaleza. Además, muchos recursos naturales quedan devastados con las guerras. La paz de los pueblos y entre los pueblos permitiría también una mayor salvaguardia de la naturaleza. El acaparamiento de los recursos, especialmente del agua, puede provocar graves conflictos entre las poblaciones

afectadas. Un acuerdo pacífico sobre el uso de los recursos puede salvaguardar la naturaleza y, al mismo tiempo, el bienestar de las sociedades interesadas. La Iglesia tiene una responsabilidad respecto a la creación y la debe hacer valer en público. Y, al hacerlo, no solo debe defender la tierra, el agua y el aire como dones de la creación que pertenecen a todos. Debe proteger sobre todo al hombre contra la destrucción de sí mismo. Es necesario que exista una especie de ecología del hombre bien entendida. En efecto, la degradación de la naturaleza está estrechamente unida a la cultura que modela la convivencia humana: cuando se respeta la “ecología humana” en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia. Así como las virtudes humanas están interrelacionadas, de modo que el debilitamiento de una pone en peligro también a las otras, así también el sistema ecológico se apoya en un proyecto que abarca tanto la sana convivencia social como la buena relación con la naturaleza. Para salvaguardar la naturaleza no basta intervenir con incentivos o desincentivos económicos, y ni siquiera basta con una instrucción adecuada. Estos son instrumentos importantes, pero el problema decisivo es la capacidad moral global de la sociedad. Si no se respeta el derecho a la vida y a la muerte natural, si se hace artificial la concepción, la gestación y el nacimiento del hombre, si se sacrifican embriones humanos a la investigación, la conciencia común acaba perdiendo el concepto de ecología humana y con ello de la ecología ambiental. Es una contradicción pedir a las nuevas generaciones el respeto al ambiente natural, cuando la educación y las leyes no las ayudan a respetarse a sí mismas. El libro de la naturaleza es uno e indivisible, tanto en lo que concierne a la vida, la sexualidad, el matrimonio, la familia, las relaciones sociales, en una palabra, el desarrollo humano integral. Los deberes que tenemos con el ambiente están relacionados con los que tenemos para con la persona considerada en sí misma y en su relación con los otros. No se pueden exigir unos y conculcar otros. Es una grave antinomia de la mentalidad y de la praxis actual, que envilece a la persona, trastorna el ambiente y daña a la sociedad».

El auténtico respeto a la naturaleza nace de una actitud contemplativa. No se decreta: exige una profunda conversión del corazón y el sentido de la adoración al Creador en el amor.

EL ROSTRO DE LAS DEMOCRACIAS POSMODERNAS Y EL CAPITALISMO

NICOLAS DIAT: *¿Cómo describiría el cinismo del que habla usted tan a menudo refiriéndose al gobierno de la ciudad?*

CARDENAL ROBERT SARAH: En griego antiguo, el término «cinismo» deriva de *kuôn*, *kunos*, que significa «perro». Fue Antístenes, fiel discípulo de Gorgias, quien desarrolló el pensamiento cínico. Ya adulto, Antístenes se unió a Sócrates: de él aprendió la firmeza de carácter, que convirtió a su vez en una especie de fin último del hombre. A partir de ahí nacieron una moral de autosuficiencia individual y un desprecio práctico de las instituciones, respetadas por Sócrates hasta el punto de dar la vida. El desprecio de las convenciones alcanzó su máxima expresión con Diógenes de Sinope, cuyo individualismo radical se tradujo en la insolencia que caracterizó a todos los filósofos denominados cínicos debido a su actitud y a sus frases mordaces y obscenas: de ahí la afinidad con el perro. No les importaba nada el bien público. En su reflexión no tenían cabida ni la urbanidad, ni la cortesía, ni la alteridad.

Hoy los principios morales y la felicidad de los pueblos se ven insidiosamente pisoteados por el cinismo de muchos gobiernos y compañías financieras: una funesta tendencia que los medios acompañan como personajes secundarios.

Las guerras y las crisis económicas son muchas veces fruto de vergonzosas políticas cuyos verdaderos motivos permanecen ocultos.

Basta con un solo ejemplo. ¿Quién distribuye las armas que utilizan los niños soldados? Los países pobres carecen de medios para producir ese material militar. Tanta falsedad es digna de condena. La mentalidad dominadora y los intereses económicos de los occidentales han hecho pedazos y desestructurado los países de Oriente Medio, Libia, Siria y, algo más lejos, Afganistán. Millares de niños mueren en medio de la más absoluta indiferencia culpable, mientras que, cuando un soldado italiano o francés pierde la vida en combate, se decreta de inmediato el luto nacional. La falsedad europea, que practica una moral de geometría variable, es escandalosa.

Recuerdo las desesperadas llamadas de Juan Pablo II a evitar la primera guerra de Irak. El papa sabía que esa campaña encubierta no era más que una guerra comercial animada por falsos principios humanitarios. Al complejo militar-petrolífero no le importaban nada los derechos del pueblo iraquí. La historia acabó dando la razón al papa polaco. No podemos dejar de denunciar estas maniobras maquiavélicas con las que Occidente quiere imponer al mundo entero su visión antropológica y moral.

En África conocemos bien la instrumentalización de los intereses de los pobres. Allí la ideología occidental permite que se cometan masacres con total impunidad. La familia es la mayor riqueza de nuestro continente. Los gobiernos de los países del Norte han decidido terminar con esa ventaja inigualable. Me acuerdo a menudo de las abyectas palabras que pronunció el presidente Emmanuel Macron en julio de 2017 durante la cumbre del G20 celebrada en Hamburgo: «Cuando en un país siguen teniendo siete u ocho hijos por mujer, puedes plantearte gastar en él miles de millones de euros, pero no conseguirás nada». Quien se atreve a decir algo así ¿puede hablar luego de la independencia de los países africanos?

Hay que denunciar la venta a la baja de los recursos naturales africanos llevada a cabo con la complicidad de los líderes políticos nacionales y de la que se aprovechan los extranjeros. África está siendo literalmente saqueada, explotada por las multinacionales y los gobiernos occidentales. Se fomenta la guerra, se cercan sus recursos mineros con las armas. Y, mientras los africanos combaten entre ellos, se explota su subsuelo. Se contamina el medio ambiente y se condena al continente a una pobreza endémica. El mercado de armas en África es un horror que diezma las poblaciones africanas, que genera una inestabilidad permanente y un odio que llevan a los pueblos a la ruina. Hace poco, el 25 de junio de 2017, los obispos de la República Democrática del Congo se rebelaron con esta declaración: «La política económica de nuestro país está cada vez más orientada al exterior y organizada en perjuicio de los congoleños y en beneficio de las economías extranjeras: se saquean los recursos mineros, las sobretasas de los funcionarios públicos asfixian y causan la muerte de la economía congoleña con una competencia desleal organizada por los mismos responsables de proteger al pueblo. De todo ello se derivan la miseria de las poblaciones congoleñas y el bandidaje generalizado».

Debemos luchar contra toda forma de corrupción, de mentira, de desprecio de los pueblos, de su cultura y de su fe. El bien común es el único objetivo. La

defensa de la vida y de la moral es una lucha noble que agrada a Dios.

En su libro Con los ojos abiertos escribe Marguerite Yourcenar: «Condeno la ignorancia que reina tanto en las democracias como en los regímenes totalitarios. Esta ignorancia es tan grande, tan total, que pareciera deseada por el sistema, si no por el régimen. He reflexionado con frecuencia acerca de lo que debería ser la educación del niño. Pienso que se necesitarían estudios básicos, muy simples, en los que el niño aprendería que vive, en el seno de un universo, sobre un planeta cuyos recursos deberá cuidar más tarde, que depende del aire, del agua, de todos los seres vivientes, y que el menor error o la menor violencia pueden destruirlo todo».

¿Cómo se puede reaccionar frente a la creciente incultura de nuestro tiempo?

En la raíz de la quiebra de Occidente hay una crisis cultural e identitaria. Occidente ya no sabe quién es, porque ya no sabe ni quiere saber qué lo ha configurado, qué lo ha constituido tal y como ha sido y tal y como es. Hoy hay muchos países que ignoran su historia. Esta autoasfixia conduce de forma natural a una decadencia que abre el camino a nuevas civilizaciones bárbaras. Tengo la certeza de que la paganización de Occidente paganizará al mundo entero y que la ruina de Occidente provocará un cataclismo general, una conmoción cultural, demográfica y religiosa absoluta.

Paralelamente a este fenómeno del incremento de la incultura, las élites, que conservan un gran conocimiento literario, científico y político, han decidido eliminar toda referencia a una cultura moral o cristiana. La cultura cristiana es el amor a una sabiduría encarnada por un hombre: el Hijo de Dios, Jesucristo. En Él encuentran justificación todas las vidas. Al apartarse sistemáticamente de Dios, la cultura moderna ya no puede ofrecer una visión unificada del universo.

Y, sin embargo, la noche oscura de este mundo sigue siendo hermosa, porque Dios existe.

La incultura contemporánea es la ruina del hombre, reducido prácticamente a un estadio animal. La disolución de la cultura engendra un sentimentalismo perverso y vacío. Hay que aprender de nuevo a conocer a Jesucristo, a creer que nos ama y que ha muerto por amor a nosotros. Hay que aprender de nuevo el catecismo de la Iglesia católica. Hay que tener el valor y la determinación de adquirir el conocimiento de las verdades fundamentales del credo de la fe

católica. ¿Qué razón hay para que tantos católicos se conformen con una piedad analfabeta, sin argumentos; con una religión dominada por espasmos emocionales: una religión sentimental, con una moral ciega privada de la base de una doctrina sólida?

La cultura nos conduce a la luz. Pero ello requiere pasar por fases exigentes, un trabajo intenso y combates librados con ayuda de la inteligencia.

Los romanos tenían esta máxima: *Ars sine scientia nihil est*: «El arte sin la ciencia no es nada». No recurrir a la inteligencia significa naufragar. No se puede alcanzar la fe sin emplear la razón. La identificación mística con Dios sin ayuda de la reflexión es un quietismo peligroso.

La propia etimología del término cultura implica una noción de crecimiento: no hay cultura sin trabajo y esfuerzo. Para recobrar el auténtico sentido de la cultura tenemos que saber qué humanidad deseamos crear. ¿Queremos un mundo en el que el hombre sea imagen y semejanza de Dios, o una tierra despojada de cualquier relación con las realidades trascendentes, un mundo totalmente secularizado, un mundo sin Dios? En el primer caso, podremos desarrollar una cultura noble y bella; en el otro, nos iremos acercando a la barbarie. La felicidad consiste en un perfeccionamiento cada vez más rico de una cultura heredada de nuestros padres bajo la mirada de Dios. La barbarie de la incultura está dominada por la búsqueda de un disfrute sin fin y por la satisfacción de nuestros instintos y pasiones.

¿Qué caracteriza a las mentiras que no se cansa usted de sacar a la luz?

La mentira es una máscara tras la cual se oculta el hombre para engañar y corromper a sus hermanos los hombres; no obstante, él mismo acaba extraviando su propio camino, sin ser capaz a veces de volver a tocar tierra firme.

La mentira es la práctica corriente de un mundo que ya no teme a Dios.

La mentira es un abismo del que el diablo es rey y señor, un agujero del que Dios está ausente. Para volver a alcanzar la superficie hay que aceptar la luz de la verdad.

El mentiroso es un hombre que se inculca a sí mismo una enfermedad incurable y mortal. Hoy nuestro mundo, con sus mentiras, corre el riesgo de ser un mundo condenado a desaparecer. Hay un poema de Charles Baudelaire recogido en *Las flores del mal*, “El amor a la mentira”, que describe de un modo

admirable el drama de un mundo mentiroso apartado de Dios:

Cuando te veo pasar, mi querida indolente,
ajustando tus lentos y armoniosos andares
al melódico son que se quiebra en el techo,
y paseando el hastío de tu mirar profundo;

cuando miro a la luz del gas que colorea
tu frente hermo­seada por mórbidos encantos,
donde de noche encienden las velas una aurora,
y tus ojos, que atraen como los de un retrato,

me digo: ¡Qué hermosura! ¡qué extraña lozanía!
La corona el recuerdo, cual regia y firme torre,
y el corazón, durazno machucado, y el cuerpo
están por fin maduros para el más sabio amor.

¿Eres fruto otoñal de espléndidos sabores,
o eres fúnebre vaso que las lágrimas guarda,
perfume que transporta a lejanos oasis,
almohadón que acaricia o canasta de flores?

Yo sé que existen ojos, los más tristes de todos,
que jamás han guardado un secreto valioso;
bello estuche sin joyas, medallón sin reliquia,
más vacío y profundo que vosotros, oh cielos.

Pero ¿no es suficiente que seas apariencia
para alegrar a un pecho que la verdad rehúye?
Necedad o indiferencia, ¿qué me puede importar?
¡Salve, máscara o adorno! Adoro tu belleza.

Con su odio a la verdad, nuestro tiempo se condena a desaparecer. Nos lo dice el Evangelio: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (*Jn* 8, 32).

Satanás es el origen de la mentira. Como escribe san Juan, «vosotros tenéis por padre al diablo y queréis cumplir las apetencias de vuestro padre; él era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla la mentira, de lo suyo habla, porque es mentiroso y el padre de la mentira» (*Jn* 8, 44). Cualquier mentira es una esclavitud: nos encadena sin que nos demos cuenta. Nos hace adentrarnos en las turbias aguas de Satanás.

¿Cree usted que las democracias occidentales son rehenes de una oligarquía económica?

Hoy existe la opinión generalizada de que la democracia es el régimen político ideal. Todos conocemos lo que dijo Winston Churchill: «La democracia es el peor sistema de gobierno, a excepción de todos los demás». Esta máxima es una de las más sólidas en el debate político.

No obstante, las democracias actuales están secuestradas por poderosas oligarquías económicas: han pasado a ser el sistema preferido de pequeños grupos de poder que velan ante todo por sus intereses depositados en Bolsa. El gobierno del pueblo por el pueblo se ha convertido en el sometimiento del pueblo a las finanzas.

En Guinea conocí la dictadura marxista de Seku Turé. Se suponía que el pueblo ostentaba todo el poder, cuando, en realidad, vivía oprimido, hambriento y sometido.

Después de los desastres del nazismo y el comunismo, Occidente quiso asegurar el éxito de las democracias llamadas liberales, unos regímenes que se dicen abiertos, tolerantes y progresistas. El poder del pueblo, sin embargo, se ha convertido en una ilusión que los medios se ocupan de acreditar a diario.

¿Cómo se puede seguir pretendiendo que el pueblo es soberano? No hay más que ver el descaro con que se le arrebató el poder para reforzar el de un pequeño grupo privilegiado.

La democracia está enferma. La corrupción de los gobiernos occidentales no tiene nada que envidiar a la de los países pobres del Sur. Me indigna la violencia ejercida contra los manifestantes franceses conocidos como los «chalecos amarillos». La represión se está convirtiendo en un modo de actuación cada vez más frecuente en las democracias occidentales. Por otra parte, me cuesta creer que las instituciones burocráticas de la Unión Europea quieran defender de verdad el interés de los pueblos. La democracia a la que se ha divinizado está mostrando derivas totalitarias. Me preocupa ver cómo las potencias occidentales pretenden instaurar la democracia en los países pobres con la fuerza de las armas. Sus poblaciones lo ignoran todo acerca de las características de ese régimen que se intenta imponer por la fuerza.

¿Qué opina de la realidad práctica del capitalismo?

Se ha producido un deslizamiento semántico. Ya no se habla de capitalismo, sino de liberalismo económico o de economía descentralizada. Los defensores del capitalismo opinan que la libre competencia constituye la única senda de progreso posible. El beneficio de las empresas debe permitir a todos una mejora del nivel de vida y aumentar las posibilidades de desarrollo, de confort y de bienestar.

En realidad, la base del capitalismo es el ídolo del dinero. El irresistible atractivo de la ganancia destruye progresivamente los vínculos sociales. El capitalismo se devora a sí mismo. El mercado va minando poco a poco el valor del trabajo. El hombre se convierte en una mercancía. Ya no se pertenece. Esto genera una nueva forma de esclavitud, un sistema en el que gran parte de la población depende de una pequeña casta.

En esta situación, ¿siguen teniendo sentido la solidaridad y el desarrollo personal?

La realidad del capitalismo se debe juzgar a la luz de la libertad que puede conservar y aumentar cada uno. Es evidente que hoy tanto los directivos como los asalariados están presos en los engranajes de las decisiones nacionales e internacionales que limitan su libertad. Muchas veces tengo la sensación de que Occidente ha conseguido su bienestar material a costa de la decadencia moral de las poblaciones. Por eso hay que distinguir claramente entre una economía basada en la libertad empresarial y un sistema capitalista basado en la búsqueda de beneficios. La libertad económica conlleva nuestra responsabilidad como seres humanos ante Dios y ante nuestros conciudadanos. No es un absoluto sin reglas ni límites. Está al servicio del bien de todos. Su objetivo es la amistad entre todos los ciudadanos. Por eso debe regirse por cierta sobriedad y templanza so pena de convertirse en ciega y violenta. Una libertad orientada al beneficio termina autodestruyéndose.

¿Qué relación existe entre la sociedad de consumo, la cultura de masas y la uniformidad de los estilos de vida?

El capitalismo tiende a reducir la humanidad a una figura central y única: el consumidor. Todas las fuerzas de la economía intentan crear un comprador que sea igual en cualquier parte del globo. El consumidor australiano tiene que ser exactamente el mismo que el español o el rumano. Las identidades culturales y nacionales no pueden representar un freno para la construcción de este hombre intercambiable.

La estandarización de los productos de consumo es perfecto reflejo de la aridez de esta civilización sin alma. La sociedad de consumo anima a producir cada vez más, a acumular y consumir cada vez más bienes materiales. Ofrece al hombre una abundancia inimaginable de bienes materiales susceptibles de consumo e intenta estimular todo lo posible la codicia del hombre. La abundancia de bienes materiales es casi aterradora. El ser humano parece obligado a consumir cuanto está a su alcance.

El materialismo intenta generar una necesidad ilimitada de disfrute. Ignora totalmente las necesidades de la vida interior. Para que cada individuo pueda desarrollarse, se tiene que reconocer su unicidad. La esencia del capitalismo va en contra de este principio. El capitalismo encarcela al hombre en sí mismo, lo aísla, lo hace dependiente.

El consumo de masas trae consigo una especie de gregarismo peligroso y estéril. La uniformidad de los estilos de vida es el cáncer del mundo posmoderno. Los hombres se convierten en miembros inconscientes de un inmenso rebaño global que no piensa, no se rebela y se deja guiar hacia un futuro que ya no le pertenece.

El aislamiento de los individuos y la degradación de las personas, condenadas a ser solamente un elemento perdido en la masa de consumidores, son los dos peores hijos del capitalismo.

La criatura de Dios está embrutecida. Quema su corazón en el altar de una felicidad artificial. Ya no conoce el goce de la auténtica dicha. Es un animal que come, bebe, se esconde en su guarida y disfruta. El sentido crítico se ha convertido en una quimera del pasado.

La humanidad global privada de fronteras es un infierno.

¿Cree usted que el liberalismo económico y el libertarismo social caminan de la mano?

El capitalismo liberal necesita que los hombres pierdan sus creencias y su moral. Moviliza todas sus fuerzas para alcanzar un libertarismo anárquico, cuando en realidad el espíritu de indiferencia frente al mal, tolerante con todo, no protege de nada.

Mayo del 68 marcó el giro hacia esta alianza funesta entre el liberalismo

económico y el libertarismo social.

Pensadores oficiales como Jean-Paul Sartre o Michel Foucault predicaron la liberación de los instintos. Querían romper con todos los tabús, los marcos sociales y las instituciones, y liberar la espontaneidad. A quienes defendían esta orientación deconstructora les encantaba proclamar la muerte de Dios.

Este movimiento descansa sobre una noción errónea de la libertad.

El padre Henri de Lubac resume con mucho acierto el clima de la época: «El uno dice: dos más dos es igual a cuatro. El otro contesta: dos más dos son cinco. Y el hombre del justo medio afirma: cuatro y medio». La revolución de mayo del 68 fue una explosión libertaria. Pero ¿soy más libre si afirmo que dos y dos son cinco, o que son cuatro y medio? En realidad, soy más necio. La libertad va esencialmente unida a la verdad.

En 1993 Juan Pablo II quiso ofrecer una respuesta magistral a esta crisis de la verdad con su encíclica *Veritatis splendor*: «El esplendor de la verdad brilla en todas las obras del Creador y, de modo particular, en el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios (cfr. *Gn* 1, 26), pues la verdad ilumina la inteligencia y modela la libertad del hombre, que de esta manera es ayudado a conocer y amar al Señor. Por esto el salmista exclama: “¡Alza sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor!” (*Sal* 4, 7)».

Todos los insurgentes del 68 chillaban muy alto reclamando la libertad absoluta del hombre, también respecto a Dios. De una gran y noble aspiración han nacido aberraciones que han destruido al hombre desde dentro.

¿Cómo se pueden resolver las desigualdades derivadas de la globalización y poner remedio a situaciones de extrema miseria?

A partir del Siglo de las Luces, el hombre occidental se considera un modelo, un superhombre, un amo y señor que dicta a los demás pueblos qué es el hombre, qué es la libertad, la democracia, la cultura, la sociedad, la economía y el derecho. Cuando existía la trata de negros, el africano tenía menos valor que el mobiliario de su amo. Algunos comerciantes llegaron a plantearse incluso la cuestión teológica de la existencia del alma de los africanos. No obstante, los santos de la Iglesia han sido siempre defensores de los esclavos y los pequeños. Pienso en Ana María Javouhey, una mujer que luchó contra los gobiernos de la Guyana del siglo XIX para lograr el respeto a la libertad de los esclavos. Pienso

también en san Pedro Claver, apóstol de los esclavos; en san Martín de Porres, un dominico negro del siglo XVII; o en Josefina Bakhita, una esclava que fue religiosa canosiana a principios del siglo XX. El fenómeno al que nos referimos no es tan antiguo. La segregación racial y las prácticas discriminatorias fueron legales en Estados Unidos hasta 1964 y en el régimen sudafricano del apartheid, hasta 1994.

En la Iglesia católica siempre se han alzado voces condenando la esclavitud. Roma conserva una hermosa muestra de ello: la fachada de la iglesia de Santo Tomás in Formis luce un mosaico de comienzos del siglo XIII en el que Cristo aparece representado sobre un trono tendiendo una mano hacia un esclavo blanco y la otra hacia un esclavo negro, a los que está liberando de sus cadenas. En plena Edad Media, las imágenes de un hombre blanco y un hombre negro presentan una estricta igualdad. Una vez más, la Iglesia se adelantó a su tiempo. Hicieron falta siglos para que los cristianos y el mundo aceptaran plenamente su mensaje.

La cuestión de África, un continente olvidado y explotado, siempre ha formado parte del grueso de sus reflexiones.

Las palabras recogidas por Juan Pablo II en *Ecclesia in Africa* en 1994 son particularmente edificantes: «El África de hoy se puede parangonar con aquel hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó; cayó en manos de salteadores que lo despojaron, lo golpearon y se marcharon dejándolo medio muerto (cfr. *Lc* 10, 30-37). África es un continente en el que innumerables seres humanos — hombres y mujeres, niños y jóvenes— están tendidos, de algún modo, al borde del camino, enfermos, heridos, indefensos, marginados y abandonados. Ellos tienen necesidad imperiosa de buenos samaritanos que vengan en su ayuda. Por mi parte, deseo que la Iglesia continúe paciente e incansablemente su obra de buen samaritano. En efecto, durante un largo periodo, regímenes hoy desaparecidos pusieron a dura prueba a los africanos y debilitaron su capacidad de reacción: el hombre herido debe reencontrar todas las fuerzas de su propia humanidad. Los hijos e hijas de África tienen necesidad de presencia comprensiva y de solicitud pastoral. Hay que ayudarles a recobrar sus energías, para ponerlas al servicio del bien común».

Conviene saber que los países más ricos de África están constantemente en guerra. En Congo-Kinshasa las compañías internacionales explotan los minerales sin excesivo control, porque las sucesivas guerras han debilitado mucho a los gobiernos. ¿Quién distribuye las armas entre los enemigos? ¿Quién

se beneficia de un crimen como ese? Durante muchos años Angola ha sufrido la misma situación. Su suelo esconde las reservas de diamantes más abundantes de África. Y no hay duda de que la riqueza forestal de Gabón y de África Central explica los sanguinarios conflictos en el seno de ambos países.

Aún me sigo preguntando, por último, cuáles son los motivos que llevaron a dejar Libia en manos de unas fuerzas mafiosas de lo más potentes que desempeñan un papel primordial en el tráfico migratorio.

¿El hombre aumentado es el sueño dorado del capitalismo?

El capitalismo ya no necesita hombres, sino consumidores. Su único objetivo consiste en mejorar las capacidades de producción y consumo. El hombre aumentado, fruto de la revolución tecnológica, es el último avatar que ofrece el sistema para mejorar su beneficio. Basta con mirar la evolución que vive el mundo de la poderosa industria farmacéutica. La desaparición de las fronteras entre la medicina terapéutica tradicional y la medicina perfectiva constituye una de las principales características de la biomedicina del siglo XXI. En la biomedicina contemporánea los nuevos medicamentos y tecnologías médicas se pueden utilizar no solo para curar la enfermedad, sino para aumentar determinadas capacidades humanas. La medicina ha dejado de ser exclusivamente terapéutica. El sueño prometeico está en marcha. «No veo que haya nada tan perfecto en el hombre de hoy que no se pueda mejorar»: esta terrible afirmación del biólogo Francis Crick, descubridor junto con James Watson de la estructura del ADN en 1953, podría ser la divisa del movimiento transhumanista.

En el imaginario actual el robot se presenta como el modelo de la humanidad del futuro. Como ya he dicho, el hombre quiere deshacerse de su cuerpo de carne y sangre para revestirse de silicio y acero. Las células envejecen, los cuerpos se gastan, mientras que el metal se sustituye. Por eso los transhumanistas investigan el modo de descargar los datos del cerebro y trasplantar la personalidad a otro cuerpo. ¡Lograríamos la inmortalidad! ¡Qué deseo tan asfixiante de maquinaria! ¿Qué clase de hombre saldrá de todo esto?

Me vienen a la cabeza las palabras del profeta Daniel: «Tú, oh rey, estabas mirando y apareció una gran estatua. Era una estatua enorme; su brillo extraordinario resplandecía ante ti, y su aspecto era terrible. Aquella estatua tenía la cabeza de oro fino, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro, y los pies parte de hierro y parte de barro. Seguías

mirando hasta que una piedra se desprendió sin intervención de mano alguna, golpeó la estatua sobre los pies de hierro y de barro, y los hizo pedazos. Entonces se hicieron pedazos a la vez el hierro, el barro, el bronce, la plata y el oro, y fueron como el tamo de una era en verano; el viento se los llevó y desaparecieron sin dejar rastro. Y la piedra que golpeó la estatua se convirtió en una montaña y llenó toda la tierra» (*Dn* 2, 31-35).

Para el capitalismo posmoderno el hombre es un recurso más. Lo único que cuenta es el dios Dinero.

Así es como el objetivo primordial de una sociedad —la conservación de la especie humana y la protección de las personas— entra en contradicción con el objetivo del capitalismo, que sitúa el beneficio por delante del ser humano.

Si los hombres son consumidores, solo pueden ser enemigos entre sí. La sociedad se convierte en el inmenso campo de batalla de una competencia desenfrenada. Solo podremos sabernos hermanos si descubrimos que tenemos un mismo Padre. Entonces cuidaremos gratuitamente unos de otros. Hoy más que nunca nos pregunta Dios: ¿qué has hecho con tu hermano?

LA MARCHA FÚNEBRE DE LA DECADENCIA

NICOLAS DIAT: *¿Cómo describiría la decadencia? ¿Cuáles fueron sus manifestaciones en el Imperio Romano?*

CARDENAL ROBERT SARAH: Citando el salmo 102, en su sermón 81 escribe san Agustín: «¿Te extrañas de que se derrumbe el mundo? Extráñate de que el mundo haya envejecido. Uno es hombre: nace, crece, envejece. Múltiples son los achaques de la vejez: aparecen la tos, las flemas, las legañas, la angustia y la fatiga. Así pues, envejece el hombre y se cubre de achaques; envejece el mundo y se cubre de tribulaciones [...]. No te adhieras a este mundo envejecido y anhela rejuvenecer en Cristo, que te dice: “El mundo perece, el mundo envejece, el mundo se viene abajo y respira con dificultad a causa de su vejez. No temas; tu juventud se renovará como la del águila”».

Estas palabras del anciano obispo de Hipona parecen describir una Roma minada por su inmoralidad, su pecado de lujuria, sus juegos crueles y sangrientos en los que se sacrifican esclavos para complacer a los romanos, que solo reclaman una cosa: *Panem et circenses*, pan y circo. Los romanos viven sumergidos en una búsqueda frenética de placeres. Les gusta ver correr la sangre en el circo, a hombres devorados por bestias feroces y hambrientas. ¡Qué costumbres tan horribles las de esa época!

Entonces Roma es asediada. La misma ciudad que había conquistado el universo es ahora la conquistada. Una antigua ciudad se desmorona. Durante muchos años fue la dueña del mundo. La toma de la ciudad eterna es el símbolo de la caída y la desaparición de una civilización milenaria.

Si Roma puede perecer, se lamenta san Jerónimo en sus *Cartas*, ¿nos queda algo seguro? ¡Qué deprisa se derrumba el universo! ¡Quién habría pensado que Roma, edificada sobre las victorias obtenidas frente al mundo entero, se hundiría hasta el punto de convertirse en «sepultura de los pueblos de los que fue madre ella»!

A principios del siglo V, durante el saqueo llevado a cabo por los visigodos de

Alarico I, el obispo de Hipona, pese a la tristeza que sentía, quería ver en Roma algo más que sus palacios y sus arcos triunfales: «Es posible que no perezca Roma si no perecen los romanos. No se trata aquí de las piedras y de las maderas, ni de las manzanas de elevados bloques de casas o de las enormes murallas». Lo que Agustín temía ocurrió de un modo imprevisto y sumamente doloroso. El 24 de agosto del año 410 las tropas de Alarico invadieron la capital del imperio. La caída de la *Urbs* dio pie a las rapiñas, los incendios, las violaciones y las masacres. Entonces los paganos acusaron a los cristianos: «Advierte que Roma perece en los tiempos cristianos», decían, convencidos de que sus dioses se vengaban del abandono sufrido por culpa de la nueva religión. Los cristianos estaban inquietos. A pesar de los emperadores que unieron todas las fuerzas en su contra, la Iglesia logró convertir al imperio que, en el siglo IV, se convirtió en cristiano. Después la Iglesia contempló cómo se desencadenaban las invasiones bárbaras, pero, henchida por una savia nueva, convirtió a los pueblos bárbaros para conducirlos a Dios. Nuestra juventud, igual que la de Roma, solo se renovará si se convierte a Cristo. Entonces podrá cobrar fuerza y vigor.

La Iglesia inspiró y dio forma a la Edad Media y creó Europa. Ha visto desaparecer la civilización medieval surgida y extendida bajo su influencia. Ha visto nacer un mundo moderno cada vez más sustraído a su influencia y radicalmente opuesto a su doctrina.

Los siglos pasan, la Iglesia permanece. Una vez más, nuestra época marca el fin de una civilización, acompañado de toda su angustia y sus miedos.

Montesquieu, analizando la historia del mundo, escribía en su obra *Consideraciones sobre la grandeza y la decadencia de los romanos*: «Más Estados han perecido por la depravación de las costumbres que por la violación de las leyes». La lucha contra la contaminación del aire y el agua y a favor de la conservación de los recursos naturales se ha convertido en un afán loable de la sociedad y en materia de una nueva ciencia: la ecología. Pero nuestro futuro corre otros peligros muy graves: las distintas formas de contaminación moral. También ellas envenenan el aire que respiramos. Deforman nuestra conciencia, pervierten nuestros juicios y nuestra sensibilidad, corrompen la realidad del amor, generan la degradación del hombre. Occidente es el principal punto de partida de esta contaminación moral; por eso, igual que la antigua Roma, corre el peligro de desaparecer.

¿Por qué insiste usted tanto en el tema de la extenuación moral?

Los defensores de la posmodernidad consideran desfasados, inútiles y peligrosos los valores tradicionales nacidos de la civilización judeocristiana. La familia nunca ha sido tan maltratada como ahora. Con el pretexto del humanismo y la fraternidad, se ha pisoteado la dignidad del hombre. La corrupción de las costumbres y la violencia contra las mujeres alcanzan unos niveles rara vez equiparables.

Occidente está envenenado por unas ideas que provocan la deformación de las conciencias y una perversión de la sensibilidad.

El mal, la violencia, los crímenes y la perversión sexual han existido siempre. No cabe duda de que en la historia ha habido periodos en los que la sordidez, la brutalidad, la obscenidad, la inmundicia, el frenesí erótico y la embriaguez sexual han reinado en la misma medida que reinan ahora. La diferencia con esas épocas es que hoy reina una cultura hedonista institucionalizada que amenaza la vida del hombre del mañana. Hace poco los jóvenes estaban empapados hasta el fondo de los valores indiscutibles nacidos de la civilización judeocristiana. Hoy esos valores son rechazados y combatidos porque se consideran inapropiados y vetustos.

Apoyándose en la razón, Occidente intenta poner fin al «antiguo mundo». La mayor tragedia de nuestro tiempo es la confusión entre el bien y el mal. Parece como si la inteligencia ya no fuera capaz de hacer esa distinción. La razón ha dejado de saber qué es y qué no es dañino para la naturaleza humana, para la existencia humana. Son demasiados los jóvenes y los adultos que ignoran o niegan categóricamente la importancia de los grandes principios de este mundo. Hemos perdido la brújula que ha de orientar el juicio moral del hombre.

Y, si la razón sigue intentando encontrar la verdad, parece perderse en medio de las ciénagas y la bruma que la ciegan y le impiden abrirse a esa verdad.

El hombre occidental es su propio contaminante. Se puede observar un asombroso paralelo entre la contaminación de la naturaleza y la del hombre. Sabemos que no debemos utilizar determinados productos químicos para aumentar la producción agrícola, pero seguimos haciéndolo. Lo mismo ocurre con la vida moral: el hombre ha perdido el sentido de lo absoluto. Está adherido a un relativismo narcótico. Y se dispersa, se deprime y ya no encuentra su camino.

Hay una frase de la segunda carta de san Pedro que plantea una cuestión de clamorosa actualidad: «Si todas estas cosas se van a destruir de ese modo, ¡cuánto más debéis llevar vosotros una conducta santa y piadosa!» (2 P 3, 11).

El empobrecimiento de las estructuras educativas es sobrecogedor, cuando lo cierto es que en ellas se originan las grandes reformas. La enseñanza de la historia es un síntoma de ese empobrecimiento. Una materia tan noble, que hasta ahora había sido la base de las humanidades, se ha relegado a la categoría de enseñanza prácticamente inútil.

En muchos países occidentales la voluntad de romper con el pasado y con todas sus tradiciones ha provocado situaciones de guerras civiles larvadas. El hombre ya no se quiere. Ya no quiere al prójimo ni a la tierra de sus antepasados. Detesta su cultura y los valores de antes. Hay un combate contra nuestra herencia religiosa, cultural e histórica, e incluso contra nuestras raíces.

Existe una nueva forma de dictadura y de colonización cultural que alimenta el resentimiento de algunos pueblos. Es una trágica guerra contra los valores. Europa ha renegado de sus raíces cristianas y ha perdido los vínculos comunes. Se va sumiendo poco a poco en la violencia y el comunitarismo. En el horizonte se perfilan las guerras civiles. Las naciones se desarticulan, lo específico desaparece. Los ciudadanos se refugian en ideales artificiales. Confunden sus sentimientos con la construcción de un proyecto colectivo.

En nombre de la modernidad y del progreso, se quema todo lo que remite al pasado.

No se trata de alimentar la nostalgia de un pasado que se fue. Pero sí hace falta que los jóvenes cuenten con una identidad definida, que conozcan la historia de la que son herederos. En el fondo, creo que los jóvenes de Occidente aspiran a un mundo en el que cada generación no cargue con el pesado deber de volver a construirlo todo a partir de cero. Ha llegado el momento de devolverles la libertad de recibir de sus padres certezas y normas nacidas de la experiencia. Es agotador tener que estar constantemente reinventándolo todo. Recibir es libertad.

¿Y qué se nos propone a cambio? Los defensores del *género* quieren deconstruir la familia. De hecho, la teoría de género está subiendo un escalón más de importancia decisiva para convertirse en un movimiento *queer*, que no se limita solamente a la deconstrucción del sujeto, sino que pretende también la

deconstrucción del orden social. Se trata de sembrar la duda acerca de las identidades y las conductas sexuales, de introducir la sospecha en torno a las reglas heredadas y consideradas expresión de la naturaleza humana, de cambiar desde dentro la cultura y las relaciones sociales transformando la visión de la sexualidad.

Juan Pablo II solía hablar del afán destructor del nihilismo.

Al hombre posmoderno le gusta destruir. Siente atracción por lo morboso. El arte contemporáneo es, en este sentido, muy significativo. Gusta y se exalta lo que es feo. El virus de lo horrible galopa a rienda suelta: se sustituye la armonía por lo ininteligible.

Se ha emprendido un ataque contra las antiguas estructuras de nuestras sociedades, que quedan condenadas a iniciar un proceso de decadencia. Creo que estamos llegando a una nueva fase que consiste en la destrucción del propio hombre. Hay una necesidad imperiosa de ayudar al hombre occidental —tan activo, tan lúcido y tan inquieto, nunca satisfecho de sí mismo, inclinado siempre a la continua mejora personal y a la de los demás— a hallar reposo en la aceptación humilde y decidida de sus debilidades y sus límites. Antes que un ser activo, antes que un fabricante de objetos, ¿qué es el hombre sino un contemplativo? El hombre no se autocrea: recibe mucho en herencia.

Concluíamos nuestro libro *La fuerza del silencio* insistiendo en la agitación, el activismo y el ruido que caracterizan a nuestra época y actúan como una fuerza destructora de la vida interior. El ruido es el enemigo perfecto de la reflexión, de la tranquilidad y el amor. Y, no obstante, se ha convertido en algo corriente. Forma parte de nuestro ambiente y de nuestro modo de vida, y nos impide enfrentarnos a nuestra vida interior.

Y el sentimiento suicida es un lamentable y habitual componente más de la vida diaria...

Irremediablemente arrollado por la abundancia y los estímulos publicitarios que le invitan a disfrutar sin restricciones, el hombre moderno consume sin pensar. Antes o después, abre los ojos a la infinita tristeza de su existencia y se da cuenta de que ya no puede ver el cielo. Está encerrado en un círculo vicioso: producir, consumir, producir aún más y consumir todavía más.

En lo material el hombre es obeso. Y, en el plano espiritual, deambula como

un triste payaso. Hubo un tiempo en que no era desgraciado. El universo le parecía lleno de promesas materiales.

La decadencia de nuestras sociedades va envolviendo poco a poco a los hombres en una bruma ansiógena. Las instituciones, las culturas y las historias desaparecen inexorablemente.

Hay que contemplar las ruinas del foro romano para comprender la finitud de las civilizaciones.

El suicidio de Occidente es una tragedia. Sus renunciaciones han conducido a toda la humanidad a un punto muerto. Ya no quedan fuerzas, ni niños, ni moral, ni esperanza. Su única esperanza de vida reside en volver a encontrar a Aquel que dijo: «Yo soy el camino y la verdad y la vida» (Jn 14, 6).

La decadencia de Occidente es la consecuencia de que los cristianos hayan abandonado su misión. Ya no miran al cielo. Son rehenes de los nuevos paradigmas. Se han mundanizado. Hasta la vida de oración que debería nutrirlos, fortalecerlos, hacerles brillar, corre el peligro de dejarse contaminar por el sentido del espectáculo y la búsqueda de sensaciones. Esa vida de oración es la que ha alimentado durante más de dos mil años la vida de los santos y de todos los discípulos de Jesús. La oración es el único y principal remedio.

LA LIBERTAD RELIGIOSA

NICOLAS DIAT: *En 2008, en la majestuosa cripta del santuario de la Inmaculada Concepción de Washington y en presencia de cuatrocientos obispos norteamericanos, decía Benedicto XVI: «El respeto por la libertad de religión está profundamente arraigado en la conciencia americana, un dato que de hecho ha favorecido que este país atrajera generaciones de inmigrantes a la búsqueda de una casa donde poder dar libremente culto a Dios según las propias convicciones religiosas». ¿Cree usted que los Estados Unidos son un modelo de libertad religiosa que deberían imitar las demás naciones?*

CARDENAL ROBERT SARAH: Algunos interpretaron así las palabras de Benedicto XVI. Creyeron que podían hacer de Estados Unidos el arquetipo de sociedad abierta cuyo modelo debía exportarse —o imponerse— al mundo entero. No cabe duda de que olvidaron la frase que precede a la que acaba usted de citar, en la que el papa recordaba: «Vuestra gente [...] tiene confianza en Dios y no duda en introducir en los discursos públicos argumentos morales basados en la fe bíblica». De este modo, Benedicto XVI quería recordar los fundamentos objetivos de una auténtica libertad religiosa.

La gran tentación de las sociedades políticas consiste en olvidar que ni su fundamento ni su fin último residen en ellas mismas. Un Estado nunca puede aspirar a la perfección, nunca podrá prometer una felicidad total ni una libertad absoluta. Las sociedades terrenales siempre serán incompletas. Creo que conviene recordar esto a los cristianos: nuestra esperanza no es de este mundo. El Reino de Dios no llegará nunca a instaurarse en esta tierra. Cuanto más se olvide de esto una sociedad política, cuanto más proclame ser el horizonte infranqueable, más totalitaria será.

En este sentido, me gustaría recordar con contundencia lo que decía Benedicto XVI: existe un hondo parentesco entre el espejismo comunista, la locura nazi y el liberalismo democrático tal y como lo conocemos hoy en día.

Hay varios puntos fundamentales en los que coinciden estas tres ideologías. Pretenden lograr la felicidad del hombre, se quiera o no se quiera. El comunismo

y el nazismo inventaron los campos de exterminio. La ideología liberal democrática se vale de la persecución mediática y del adoctrinamiento desde los primeros años de vida. Esas son las señales de una sociedad que se cree el único horizonte de la humanidad, la única referencia política, económica y social. Para esos totalitarismos, blandos o duros, los cristianos serán siempre un aguijón en la carne. Porque los cristianos son un recuerdo constante de que no estamos hechos para este mundo. ¡Nuestra patria es el cielo!

Eso no significa que nuestras patrias terrenales no importen y que no tengamos que esforzarnos por convertirlas en espacios de desarrollo humano, de fraternidad, de honradez, de verdad y de justicia. Al contrario: hemos de buscar el modo de vivir unidos, orgullosos de nuestras respectivas culturas. En este sentido solo se puede constatar el fracaso de la ideología liberal democrática. Los pueblos de Occidente son víctimas de una profunda crisis de identidad. Ya no saben por qué forman un pueblo.

Benedicto XVI también hizo hincapié en el profundo vínculo entre los totalitarismos y la ideología liberal. Si en los fundamentos del Estado democrático solo existe una suma de subjetividades, ¿cómo no va a acabar convirtiéndose en opresora la mayoría? En el fondo, no es más que la expresión de una libertad vacía de sentido, librada a los caprichos de las opiniones, abandonada en manos de la manipulación de los ricos y poderosos. «La libertad individual huera se anula a sí misma», escribía Benedicto XVI en *Verdad, valores, poder*. Y en *Una mirada a Europa* decía: «Aquello que otorga cohesión y paz a una sociedad es el derecho». Una sociedad que se niega a tener como fundamento el bien objetivo se transforma en una dictadura del vacío.

La Iglesia tiene el deber de recordar a las sociedades democráticas el fundamento del derecho. Una sociedad fundada sobre sí misma se derrumba antes o después. Me impresiona el coraje profético de Benedicto XVI cuando se dirigía a los parlamentos nacionales, tanto en Westminster en 2010 como en Berlín en 2011. Siempre insistía en este punto: «Cuando Dios y las formas fundamentales de la existencia humana, creada por Él, son eliminadas de la mentalidad común y reducidas a actuar en lo privado, en la esfera meramente subjetiva, la propia noción del derecho se desvanece y, con ella, el fundamento de la paz». Estas palabras, recogidas en su libro *Una mirada a Europa*, desarrollan un tema fundamental. El derecho exige un fundamento trascendente recibido por el hombre. No puede constituirse a sí mismo sin que la autoridad política ceda a la tentación de Prometeo y se convierta en un poder totalitario.

¿Eso quiere decir que las sociedades democráticas no pueden ser sociedades justas?

Me gustaría citar una espléndida frase de san Agustín: «*Remota itaque justitia quid sunt regna nisi magna latrocinia*» («Un estado sin justicia sería una banda de ladrones»). Una reflexión de la que se hace eco el cardenal Joseph Ratzinger con mucha lucidez. Esto es lo que escribe en *Un tournant pour l'Europe*: «Los criterios constitutivos de una banda de ladrones son esencial y puramente pragmáticos y, por lo tanto, necesariamente parciales: son criterios de grupo. Una comunidad que no sea una comunidad de ladrones —es decir, un grupo que rige su conducta conforme a sus fines— solo existe si interviene la justicia, que no se mide en virtud del interés de un grupo, sino en virtud de un criterio universal. A eso lo llamamos “justicia” y es ella la que constituye un Estado. Incluye al Creador y a la creación como puntos de referencia. Eso significa que un Estado que pretenda ser agnóstico, que edifique el derecho exclusivamente sobre las opiniones de la mayoría, se desintegra y queda reducido a una banda de ladrones». Una banda de ladrones no es siquiera una comunidad, sino una suma momentánea de intereses que confluyen accidentalmente. Un Estado que abandone la definición del derecho a las fluctuaciones de la mayoría corre un grave peligro de transformarse en una banda de ladrones. «Allí donde se excluye a Dios, prosigue el cardenal Ratzinger, se introduce de un modo más o menos flagrante el principio de la banda de ladrones. Entonces aparece el asesinato organizado de seres humanos inocentes —antes de su nacimiento—, cometido so pretexto de un derecho que responde a los intereses de una mayoría».

Yo valoro la forma democrática del Estado porque ofrece a todos la posibilidad de tomar conciencia de su libre responsabilidad dentro de la sociedad, pero creo que no contiene en sí misma el fundamento de un auténtico derecho. Una sociedad democrática en la forma necesita un contenido: el derecho, el bien; si no, se organiza alrededor de la nada. La justicia es el fin y, al mismo tiempo, la medida intrínseca de cualquier política. La política es algo más que una técnica destinada a definir el ordenamiento público: su origen y su finalidad residen precisamente en la justicia, y esta es de naturaleza ética. Por eso es inevitable que el Estado se plantee la pregunta: ¿cómo hacer realidad la justicia aquí y ahora?

¿Y dónde podemos hallar ese contenido, ese fundamento? ¿Debe proporcionarlo la Iglesia? ¿No correríamos el peligro de caer en una especie de teocracia?

Ahí está el quid del problema de la auténtica libertad religiosa. Todos los hombres deben poder buscar libremente la verdad, sobre todo en materia religiosa. El debate público tiene que expresarse en libertad. Pero también tiene que estar fundado sobre un contenido objetivo justo y compartido por todos los hombres. Ante el Parlamento inglés Benedicto XVI recordó que «la tradición católica mantiene que las normas objetivas para una acción justa de gobierno son accesibles a la razón, prescindiendo del contenido de la revelación. En este sentido, el papel de la religión en el debate político no es tanto proporcionar dichas normas, como si no pudieran conocerlas los no creyentes. Menos aún proponer soluciones políticas concretas, algo que está totalmente fuera de la competencia de la religión. Su papel consiste más bien en ayudar a purificar e iluminar la aplicación de la razón al descubrimiento de principios morales objetivos». En su encíclica *Deus caritas est* Benedicto XVI es aún más explícito y concreto: «La doctrina social de la Iglesia, escribe, argumenta desde la razón y el derecho natural, es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano. Y sabe que no es tarea de la Iglesia el que ella misma haga valer políticamente esta doctrina: quiere servir a la formación de las conciencias en la política y contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y, al mismo tiempo, la disponibilidad para actuar conforme a ella, aun cuando esto estuviera en contraste con situaciones de intereses personales. Esto significa que la construcción de un orden social y estatal justo, mediante el cual se da a cada uno lo que le corresponde, es una tarea fundamental que debe afrontar de nuevo cada generación. Tratándose de un quehacer político, esto no puede ser un cometido inmediato de la Iglesia. Pero, como al mismo tiempo es una tarea humana primaria, la Iglesia tiene el deber de ofrecer, mediante la purificación de la razón y la formación ética, su contribución específica, para que las exigencias de la justicia sean comprensibles y políticamente realizables. La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible. No puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renuncias, no puede afirmarse ni prosperar» (n. 28).

El principio de la libertad religiosa aparece descrito aquí con toda precisión. Los hombres deben descubrir y poner por obra libremente las normas objetivas que son como la gramática de nuestra naturaleza humana. El papel de la Iglesia consiste en iluminar la razón libre de los hombres, en rectificarla, en purificarla de la tentación de la omnipotencia. Los hombres tienen que ser conscientes de

que la razón que no se deja purificar se convierte en totalitarismo, por mucho que se revista de procedimientos democráticos. Recordemos que Hitler fue elegido en un proceso democrático.

¿Cuál es entonces el papel de los cristianos en la política?

Ante todo, tienen que alzar una barrera contra la arbitrariedad totalitaria que prescinde de la ley natural. Y deben hacerlo apelando a su conciencia. Porque es en la conciencia donde el Creador ha inscrito ese orden objetivo. Es incoherente y hace mucho daño separar al cristiano por un lado y al ciudadano por otro.

Por lo tanto, y retomando las palabras del cardenal Ratzinger en su libro *Verdad, valores, poder*, los cristianos tienen que atestiguar «la capacidad de verdad del hombre como límite de cualquier poder». La verdad es el único escudo contra la tentación de un poder ilimitado. Hemos de conservar esa capacidad esencial en el hombre de alcanzar la verdad, junto con su derecho a buscarla libremente hasta que la encuentre. Ese orden natural objetivo que los cristianos tienen el deber de defender es el bien de cualquier hombre. Para reconocerlo no hace falta profesar la fe cristiana. Se trata de un orden accesible a todos los hombres de buena voluntad. Los cristianos no pueden sentir ningún complejo a la hora de promoverlo. Tienen que hablar sin miedo, porque no actúan en nombre de un partido contra otro, sino que son testigos de la verdad, defensores de la naturaleza humana. Y deben estar dispuestos a sufrir y a morir por dar testimonio de esa verdad.

¿Los cristianos pueden estar llamados alguna vez a resistirse a la autoridad política?

Muchas veces están llamados a una resistencia espiritual. Frente a un Estado que exige una cooperación al mal o que impone el mal, los cristianos están llamados por su conciencia al martirio, que es la cima del testimonio político cristiano. «La injusticia solo se puede vencer en última instancia por medio del sufrimiento: del sufrimiento voluntario de quienes permanecen fieles a su conciencia, siendo testigos auténticos, con su sufrimiento y con toda su vida, del fin de todo poder», escribía el cardenal Ratzinger en su obra *Iglesia, ecumenismo y política*. Es muy importante negarse a dejarse comprar o corromper por dinero. Cristo y los apóstoles no poseyeron absolutamente nada para llevar a cabo su misión. Muchos creen que el dinero acrecienta y hace progresar la misión de la Iglesia. Que abran los ojos y contemplen las ricas iglesias de Occidente. Han

sido más prósperas, más misioneras, más fervorosas, más fieles y más dinámicas en el testimonio evangélico cuando estaban sostenidas por la fe en Cristo y disponían de menos medios económicos. Si ponemos el acento en los aspectos y medios materiales y les damos prioridad, asfixiamos a la Iglesia.

En Estados Unidos algunos prefirieron perderlo todo antes que colaborar en la destrucción del orden natural, llevada a cabo por la administración Obama. La resistencia espiritual es el mejor servicio que pueden prestar los cristianos a la sociedad política. Creo que en una sociedad humana el cristiano siempre será, en mayor o menor medida, un disidente. A veces lo encarcelarán con tal de hacerlo callar. Pero normalmente se le descalificará empleando una ironía conforme con los tiempos o el linchamiento mediático.

No obstante, ¿no se persigue menos a los cristianos en las democracias occidentales que en los países dominados por el islam?

Hoy la persecución más destructiva contra el cristianismo se lleva a cabo en las democracias occidentales. Han matado a Dios. El cristiano se encuentra cada vez más marginado, más atemorizado, humillado y ridiculizado. De ahí que haya que lamentar un número creciente de casos de cristianos apóstatas. No les queda de cristianos más que el nombre. Siguen practicando su religión, pero sin ninguna convicción, como un mero acto cultural o social. Y, al mismo tiempo, sé que hay millones de cristianos heroicos, absolutamente fieles a Cristo y a sus enseñanzas. Recuerde la advertencia de Cristo: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo y después de esto no pueden hacer nada más. Os enseñaré a quién tenéis que temer: temed al que después de dar muerte tiene potestad para arrojar en el infierno. Sí, os digo: temed a este» (Lc 12, 4-5).

En las democracias plurales la tentación totalitaria es fruto de una razón que se niega a dejarse purificar por la religión. De ahí nacen la dictadura blanda del relativismo y la persecución latente que, poco a poco, va anestesiando las conciencias y despojando a los hombres de su verdadera libertad. La tentación del islam fanático y fundamentalista es justo la contraria: la de una religión que se niega a dejarse purificar por la razón. Los cristianos saben que Dios se manifiesta en la conciencia. No existe un conflicto entre la obra de Dios Creador y la Revelación. Por eso podemos afirmar que buscar y encontrar libremente la verdad forma parte de la dignidad del hombre. Los cristianos confían en la razón: reclaman la libertad religiosa para que todo el mundo abrace la verdad. El islam, por el contrario, impone su fe en detrimento de la razón empleando la fuerza y la violencia. Predica a un dios capaz de ordenar lo que es contrario a la

dignidad humana y viola las conciencias y la libertad. El islam fanático y fundamentalista promueve una religión fundada en la mera obediencia a una ley externa que no se revela a la conciencia, sino que viene impuesta por la sociedad política. Ahí es donde los cristianos dan prueba de resistencia espiritual. En muchos países de Oriente Medio son los únicos que no resisten en nombre de un partido que pretende hacerse con el poder e imponerse a los demás, sino en nombre de los derechos de una conciencia abierta a la verdad.

Los mártires víctimas del islam proclaman el «poder de la impotencia» frente a la violencia. Pienso en todos esos hermanos y hermanas de Egipto, Paquistán, Siria, Irak, Nigeria y Sudán. Son el modelo para los que no vivimos bajo una persecución sangrienta. Y son también un reproche a todos nuestros compromisos con el poder de la mentira. Cuestionan nuestro cristianismo, que se ha vuelto burgués y va de compromiso en compromiso para evitarse problemas. Nos dicen con una claridad cegadora: si el cristianismo pacta con la decadencia de Occidente, es porque los cristianos no son fieles a la esencia de su fe. Sus rostros son luz para la Iglesia de nuestro tiempo. Su ejemplo es el verdadero fundamento de nuestra esperanza. Son el rostro de Cristo hoy.

«Los mártires son la verdadera gloria de la Iglesia», escribía el papa Francisco el noviembre pasado a los franciscanos de Siria. No existe nada como el martirio para mostrar la forma distintiva en que el cristiano participa en la historia de la salvación de la humanidad. El horizonte de los mártires es el Reino de Dios. Son la verdadera gloria de Iglesia y son nuestra esperanza. Su testimonio es una exhortación a no perdernos en medio de la tempestad. «No pocas veces el mar de la vida nos reserva una tempestad, pero de las olas existenciales nos llega un signo inesperado de salvación: María, la Madre del Señor, asombrada, en silencio, mira al Hijo inocente crucificado que llena de sentido la vida y la salvación de los hombres», concluía Francisco.

CUARTA PARTE

RECUPERAR LA ESPERANZA: LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS

«En esta vida la virtud no es otra cosa que amar aquello que se debe amar. Elegirlo es prudencia: no separarse de ella a pesar de las molestias es fortaleza; a pesar de los incentivos, es templanza; a pesar de la soberbia, es justicia».

San Agustín,
Carta 155.

DIOS ABRE SU MANO

NICOLAS DIAT: *Ha esbozado usted un cuadro muy sombrío de la situación del mundo y de la Iglesia. ¿Qué puede abrir el camino hacia una renovación? ¿Qué programa propone usted que se debería seguir?*

CARDENAL ROBERT SARAH: Yo no tengo un programa. Cuando se cuenta con un programa, es porque se quiere llevar a cabo una obra humana. La Iglesia no es una institución que se pueda desarrollar o configurar conforme a nuestras ideas. Lo que hay que hacer es, sencillamente, recibir de Dios lo que Él nos quiere conceder.

Ya en su carta apostólica *Novo millennio ineunte* Juan Pablo II nos advertía contra esta tendencia a elaborar programas de iglesia: «No se trata, pues —decía—, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz. Este programa de siempre es el nuestro para el tercer milenio».

Me viene a la memoria un hermosísimo texto del cardenal Ratzinger en el que se pregunta en qué debe consistir la reforma de la Iglesia y la compara con una estatua. Miguel Ángel, desde que recibía un bloque de mármol, veía la estatua prisionera en el interior de ese mármol informe. Para él la escultura consistía en quitar lo que sobraba alrededor de esa estatua. Tampoco nosotros debemos esculpir el cuerpo de la Iglesia de acuerdo con nuestras pobres ideas. No tenemos que inventar una Iglesia. La Iglesia es la obra de Dios. Lo que debemos hacer es retirar todo el sobrante que nuestros pecados y nuestros compromisos con el mundo han añadido a su obra hasta acabar enmascarando su belleza. Sí: retiremos todas las capas de mundanidad, de bajezas, de pecados que ocultan a la mirada de todos la santidad, el esplendor y la belleza divinas de la Iglesia de Dios. ¿Y qué encontraremos? En primer lugar, las virtudes cristianas que nos ha

entregado Él para divinizar nuestra naturaleza humana. Las recibimos en el bautismo, son el cortejo que acompaña a la presencia de la Trinidad en nuestras almas. Son nuestro dinamismo espiritual.

En griego la palabra virtud significa «excelencia». En las virtudes están contenidas cada una de nuestras facultades para llevarlas a su cumplimiento más perfecto. Si nuestro fundamento son las virtudes cristianas, estamos seguros de no equivocarnos.

¿Qué virtud querría mencionar usted en primer lugar?

Me gustaría empezar recordando la importancia de la prudencia, una virtud que nos lleva a descubrir los medios concretos para alcanzar los fines que hemos elegido. Estamos cada vez más tentados por un cristianismo desencarnado. Con frecuencia escucho predicar una religión de «buenas intenciones». Pero hasta la mejor intención acaba convirtiéndose en un sueño o en un espejismo si no se lleva a la práctica de un modo concreto.

No basta con tener ideas generosas o grandes deseos: hay que ponerlos por obra. Ya he insistido en esa patología característica del espíritu moderno: so pretexto de ser «espirituales», despreciamos los medios concretos cediendo a la tentación de un cristianismo tan «puro» que termina siendo intelectual. En el fondo, negamos a Dios la posibilidad de encarnarse y penetrar en la entraña de nuestras vidas. Me pregunto si detrás de esta actitud no se esconde una forma sutil de orgullo. ¿No estaremos negando nuestra naturaleza, creada con unos límites propios? ¿No estaremos negando que recibimos esa naturaleza como un don del que no somos autores? ¿No se advierte un eco oculto de una rebelión satánica contra la condición de criatura?

Nuestra relación con Dios debe fundarse en actitudes y gestos. Aunque, naturalmente, lo esencial ocurre en el interior del corazón, a veces acabamos ignorando los medios concretos para preservar y desarrollar esa relación interior con Dios. La prudencia consiste en pasar a las obras; si no, las mejores intenciones se quedan en piadosos deseos.

Pongamos algunos ejemplos. Muchas veces oigo a algunos cristianos supuestamente sabios despreciar las manifestaciones de piedad popular como las peregrinaciones, el rosario, las procesiones en honor del Cuerpo y la Sangre Sacratísimos de Jesucristo o la genuflexión ante Jesús-Eucaristía. ¿Qué necesidad hay de oponer hasta ese punto fe y religión? ¿Qué sería de un amor

humano que nunca se manifestase exteriormente? La interioridad sin más es ilusoria. La prudencia nos enseña que necesitamos los gestos sagrados. Necesitamos arrodillarnos humildemente y por amor, necesitamos guardar silencio y cantar. Necesitamos los gestos externos. En su audiencia general del 15 de junio de 1965 san Pablo VI no dudaba en recordarlo así: «Conviene decir que la manifestación exterior del sentimiento religioso no solo es un derecho, sino un deber, en virtud de la propia naturaleza del hombre que recibe de los signos exteriores un estímulo para su actividad interior y la expresa en signos exteriores, concediéndole así todo su significado y su valor social [...]. Por lo tanto, la exterioridad religiosa, cuando no es superstición ni un fin en sí misma, sirve por así decir de ropaje a las cosas divinas, haciéndolas accesibles a nuestra facultad cognoscitiva. Nos permite de alguna manera presentar a la Majestad del cielo el tributo de una ofrenda terrenal».

Lo mismo se puede decir en el ámbito de la penitencia. Nos da miedo ser demasiado materialistas. Y, con la excusa de ser más espirituales, reducimos el ayuno a un mero movimiento interior. Para convertirse en ayuno del corazón, el ayuno cristiano debe pasar antes por el ayuno del cuerpo. Por eso, el ayuno cuaresmal debería ser una hermosa ceremonia cristiana comunitaria. La ascética cristiana no es un enemigo del cuerpo, sino una disciplina enfocada al dominio de uno mismo y un deseo de hacer partícipe al cuerpo del impulso de nuestra alma hacia la Santidad.

Pienso también en la vida del clero. Las enseñanzas de los últimos papas sientan de un modo admirable las bases de una auténtica espiritualidad sacerdotal. Lo que hace falta es traducirlas a medios concretos. Benedicto XVI y Francisco han planteado una reforma espiritual de la vida del clero que debería empezar por una reforma espiritual de la vida de la curia. La prudencia cristiana consiste en buscar los medios concretos a la luz de la fe. En vez de imitar a las instituciones burocráticas del mundo secular, recuperemos los medios de los que se sirvieron los apóstoles en los primeros tiempos del cristianismo y que nos muestran los Hechos de los Apóstoles: para poner por obra de un modo concreto el Evangelio, el clero debería centrar su vida en la palabra de Dios, la oración comunitaria y la celebración de la Eucaristía. Hay que volver a escuchar a san Pablo con toda la atención y el rigor posibles: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo» (1 Co 11, 1). Para proteger su castidad, deben llevar una vida común de pobreza, caridad y obediencia. ¿Quién puede extrañarse de la rastrera invasión del secularismo en la mentalidad de unos pastores que viven en la opulencia? En este sentido, la prudencia cristiana consiste en asumir los medios

concretos de una vida pobre. No nos podemos conformar con un supuesto espíritu de pobreza que sobrevuele una vida orientada en la práctica al consumo de bienes materiales. En septiembre de 2011 san Juan Pablo II afirmaba durante una homilía: «El camino de la pobreza es el que nos permitirá transmitir a nuestros contemporáneos “los frutos de la salvación”. Por tanto, como obispos estamos llamados a ser pobres al servicio del Evangelio».

La vida del clero debe seguir también de un modo práctico los preceptos de la santidad. Como recordaba Benedicto XVI a los católicos irlandeses el 19 de marzo de 2010, las causas más hondas de la proliferación de los abusos a menores residen en la renuncia a ese ideal: «A menudo se dejaban de lado las prácticas sacramentales y devocionales que sostienen la fe y la hacen capaz de crecer, como la confesión frecuente, la oración diaria y los retiros anuales. También fue significativa en ese periodo la tendencia, incluso por parte de sacerdotes y religiosos, a adoptar formas de pensamiento y de juicio de las realidades seculares sin suficiente referencia al Evangelio». ¿Cómo va a ser fiel un sacerdote si su vida no está organizada alrededor de medios como la confesión y la dirección espiritual?

Pero aún hay que ir más lejos. Entre las causas de la multiplicación de infidelidades al compromiso del celibato Benedicto XVI señala «una tendencia, motivada por buenas intenciones, pero equivocada, a evitar los enfoques penales de las situaciones canónicamente irregulares». Este punto, a mi entender, reviste especial importancia. Hemos de recuperar el significado de la pena. El sacerdote que comete un error tiene que recibir un castigo: es una demostración de caridad hacia él, porque eso le permite corregirse y hacer penitencia. Y, además, es lo justo para el pueblo cristiano. El sacerdote que falta a la castidad tiene que recibir un castigo. El derecho canónico (canon 1340) prevé maneras de corregirlo, como enviarlo durante un tiempo determinado a hacer penitencia a un monasterio. Con el pretexto de la misericordia, nos hemos limitado a trasladar geográficamente a los sacerdotes culpables, incluso en casos tan trágicos como los actos pedófilos. Toda la credibilidad de la Iglesia está en tela de juicio. Es urgente recuperar el sentido del derecho penal. ¿Quién sabe cuántas almas sacerdotales se habrían salvado si se hubiera intentado corregirlas antes de que ocurriera lo irremediable?

Quiero recordar a los obispos que lo que está en juego es su responsabilidad de padres. ¿Puede educar un padre de familia a sus hijos sin castigarlos nunca? Creo que prescindir de ese medio con la excusa de la misericordia o de una supuesta fe adulta es la manifestación más palmaria de ese clericalismo que con

tanta frecuencia condena el papa Francisco.

Debemos aplicar los medios que requieren nuestras intenciones más hondas. Ser prudente consiste en emplear medios concretos para alcanzar la unión con Cristo y vivir como cristiano. Eso exige no vivir en sintonía con el mundo. Es el momento de recuperar el coraje del anticonformismo. Los cristianos tienen que ser capaces de crear oasis en los que el aire sea respirable; en los que, simplemente, sea posible la vida cristiana. Nuestras comunidades han de ser esos oasis en medio del desierto. Hay que poder dedicar tiempo a la oración, a la liturgia y a la caridad.

El mundo se ha organizado en contra de Dios. Nuestras comunidades deben organizarse no limitándose a hacerle un hueco a Dios, sino situándolo en el centro. Me conmueve ver a tantas familias cristianas que optan por instalarse junto a un monasterio o una parroquia vibrante. Desean vivir al ritmo de la Iglesia y convertir su vida en una auténtica liturgia. Desean que sus hijos no tengan únicamente unas ideas cristianas abstractas, sino que vivan la experiencia cristiana de un entorno impregnado de la presencia divina y una intensa vida de oración y caridad: «Debemos abrir lugares de experiencia de la fe a aquellos que buscan a Dios», decía Benedicto XVI.

No pensemos que podremos vivir como cristianos si adoptamos todas las actitudes de un mundo sin Dios. A fuerza de no vivir como se cree, se acaba creyendo como se vive.

Ser cristiano no consiste solo en una disposición del alma, sino en un estado de vida. Los monjes se ajustan rigurosamente a esa disposición. En un monasterio todo está organizado para recordarnos la presencia de Dios y la necesidad de la caridad fraterna. Los laicos cristianos deben organizarse de modo que su vida diaria concreta no los aleje de Dios y les permita una auténtica coherencia con su fe. Eso implica replantearse todas las relaciones sociales y profesionales, el modo de descansar, de formarse, de informarse y de educar a los hijos. No podemos confiar en un mundo cuyo fundamento es el ateísmo. La prudencia cristiana nos aconseja crear los medios para una vida personal, familiar y social organizada conforme a Cristo.

Hoy la virtud de la templanza tiene muy mala prensa. ¿Sigue ocupando un espacio entre las virtudes cristianas?

¿Cómo podemos pretender ser discípulos de Cristo, que no tuvo ni una piedra

donde recostar la cabeza, viviendo en la opulencia? ¿Cómo puede pretender un sacerdote imitar a Cristo si no le falta de nada; si su estilo de vida es burgués y mundano; si su consagración sacerdotal no lo diferencia de los hombres del mundo? La templanza es la virtud que nos lleva a buscar la excelencia en el empleo de los placeres, que son buenos en sí mismos porque han sido creados y queridos por Dios.

La sociedad de consumo hace del placer y de la posesión un fin en sí mismo y un ídolo. Como toda idolatría, el consumo a cualquier precio separa a los hombres de Dios. La templanza es moderación, es una sobriedad sencilla que protege nuestra vida interior y nos abre a la contemplación. Ya sabe usted lo cerca que me siento de los monjes. ¡Cómo nos arrastra su vida empapada de la alabanza y la búsqueda de Dios a madurar en la voluntad de Dios y a tender constantemente a la perfección! Junto a ellos se aprende pacientemente a pasar de lo carnal a lo espiritual. En los monasterios se aprende que la ascética no es más que una disciplina de la fortaleza del alma para el dominio del cuerpo con el fin de hacerlo partícipe del esplendor de las realidades espirituales. De ahí que san Bernardo de Claraval pudiera escribir a Guigo, prior de la Gran Cartuja: «Porque somos carnales y nacemos de la concupiscencia de la carne, es necesario que el apetito o amor propio comience por la carne. La cual, si va dirigida por un recto camino, progresando con la ayuda de la gracia por sus propios grados, acabará finalmente en espíritu: porque no es primero lo espiritual, sino primero lo animal y después lo espiritual; y es necesario que primero llevemos la imagen del hombre terrestre y después la del celestial». Los monjes son un espejo y un modelo que conviene seguir. Fíjese en su ejemplo. Llevan una vida sencilla, sobria y humilde. No piense usted que desprecian el cuerpo. Al contrario: saben ponerlo en su sitio. Conocen la necesidad de la contemplación. De hecho, la vida de los monjes es larga. Gozan de mejor salud que la mayoría de occidentales saturados de productos de consumo más o menos adulterados.

Creo que debemos recobrar el sentido de la moderación. Me sorprende que en los países ricos uno ya no sepa disfrutar y pasarlo bien de un modo sencillo. La felicidad no pasa necesariamente por el exceso, la desmesura, el derroche de medios. La templanza cristiana se manifiesta en los placeres familiares sencillos y sobrios. Desgraciadamente, las tecnologías modernas de la comunicación que difunden imágenes cada vez más exuberantes generan deseos y envidias. La desmesura se ha convertido en norma. Me cuentan que algunas familias retrasan el bautismo o el matrimonio varios años para organizar una fiesta más lujosa.

¡Qué manera de invertir las cosas! De la falta de templanza nace la soberbia de la desmesura.

La templanza debe regir nuestra relación con las tecnologías. El poder que contienen los medios tecnológicos alimenta dentro de nosotros la tentación. Queremos ser cada vez más poderosos, estar cada vez más conectados, ser cada vez menos dependientes de nuestro cuerpo. La falta de templanza puede conducirnos a la actitud satánica de rechazar cualquier límite. En la encíclica *Laudato sí'* el papa Francisco afirma que «el hombre que posee la técnica sabe que, en el fondo, esta no se dirige ni a la utilidad ni al bienestar, sino al dominio; el dominio en el sentido más extremo de la palabra» (§ 108).

En lugar de tender la mano a la naturaleza para acogerla plegándonos a las posibilidades que nos ofrece, queremos poseerla, manipularla y someterla. Nos domina la inquietud de los que desean cada vez más y se entristecen por no tener suficiente. Esta constatación se puede aplicar tanto a los individuos como a las naciones. La tristeza y la inquietud son los frutos envenenados de la falta de templanza.

Yo, por mi parte, animo a una autolimitación gozosa. En 1993, en su *Discurso de Liechtenstein*, Alexander Solzhenitsyn decía: «Ya es hora de poner límites a nuestros deseos. Es difícil llegar solo al sacrificio y a la renuncia porque, tanto en nuestra vida privada como en la pública y en política, hace tiempo que tiramos la llave dorada de la moderación al fondo del océano. Pero la autolimitación es la acción primordial y más sabia para todo hombre que accedió a la libertad [...]. Limitarnos a nosotros mismos es la única vía para la preservación de todos. Esto nos ayudará a recobrar la conciencia de lo Divino que está allí, arriba de nosotros, así como a recobrar un sentimiento perdido: la humildad ante Él». Esta reflexión es muy significativa. Lo que en último término nos jugamos con la templanza es la capacidad de adoración. El exceso de consumo anestesia la vida contemplativa y proporciona una ilusión de poder. La sociedad de consumo embriaga: rebela al hombre contra Dios. El hombre occidental, como un borracho que pierde el equilibrio por haber bebido demasiado, desafía a Dios y se niega a adorarlo. Se cree todopoderoso cuando en realidad nunca ha sido tan débil.

La falta de templanza y el consumo destruyen la amistad entre los hombres y disuelven los vínculos que unen a las naciones. «Si no aprendemos a limitar rigurosamente nuestros deseos y nuestras exigencias, a subordinar nuestros intereses a los criterios morales, la Humanidad entera se desgarrará entre sí, ya

que los peores aspectos de la naturaleza humana enseñarán los dientes [...]. Si una personalidad no se orienta hacia valores más elevados que la sola preocupación por sí misma, inevitablemente triunfan la corrupción y la decadencia», decía también Alexander Solzhenitsyn en el texto que hemos citado antes.

Es difícil escapar a esta lógica. La sociedad de consumo es un sistema al que todos los hombres parecen estar encadenados. Creo que hay que tener el valor de plantearse actos proféticos. Es tarea de los cristianos de nuestro tiempo ser originales, aunque eso implique cierta marginación. En su *Informe sobre la fe* escribía el cardenal Ratzinger: «Es hora de que el cristiano descubra de nuevo la conciencia responsable de pertenecer a una minoría y de estar con frecuencia en contradicción con lo que es obvio, lógico y natural para aquello que el Nuevo Testamento llama —y no ciertamente en sentido positivo— “el espíritu del mundo”. Es tiempo de encontrar de nuevo el coraje del anticonformismo, la capacidad de oponerse, de denunciar muchas de las tendencias de la cultura actual, renunciando a cierta eufórica solidaridad posconciliar».

La templanza es fuente de alegría y de bondad. Los cristianos deben inventar nuevas formas de trabajo y de consumo. También en este aspecto son disidentes infiltrados en un mundo consumista.

Habla usted de oponerse al mundo. ¿No es precisamente ahí donde interviene la virtud de la fortaleza?

Así es. La virtud de la fortaleza nos permite enfrentarnos a los peligros físicos y espirituales. Muchas veces, apelando a un deseo de mansedumbre y bondad, se ha extinguido la verdadera fortaleza cristiana. ¡Y Jesús nos ha dicho que somos la sal de la tierra, no el azúcar del mundo!

¡Bienaventurados los mansos! ¡Malditos los blandos y los tibios! Los cristianos tienen que volver a hacer suya la espléndida virtud de la fortaleza que tan bien armoniza con la mansedumbre. Han de saber que siempre serán signo de contradicción para el mundo. El Señor no nos pide no tener enemigos, sino amarlos.

La fortaleza cristiana tiene que infundir en nosotros el coraje para enfrentarnos sin miedo a las sonrisas desdeñosas de los bienpensantes, de los medios y de las supuestas élites. Debemos recuperar la audacia de hacer frente a la inquisición secularista que expide certificados de buena conducta y

estigmatiza desde lo alto de la autoridad que se ha conferido a sí misma. ¡Nuestra referencia no pertenece a este mundo! ¡No nos importan los aplausos de la sociedad, porque nuestra ciudad está en el cielo!

Esa fortaleza no es radicalidad, violencia o rigidez. Es la certeza confiada y gozosa que llevaba a san Pablo a exclamar: «Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?» (*Rm* 8, 31).

Nuestra fortaleza se fundamenta en la fe en Dios. No nos da miedo desafiar al mundo porque no lo hacemos en nombre de un poder temporal. Nuestra fortaleza no se apoya en el dinero, en la poderosa presión de los medios, ni en la influencia y el poder militares. Nuestra fortaleza es la de Jesús. En enero de 2013, unas semanas antes de su renuncia, un Benedicto XVI exhausto decía con voz débil: «Dios parece débil, si pensamos en Jesucristo que ora, que se deja matar. Una actitud aparentemente débil, hecha de paciencia, de mansedumbre y de amor, demuestra que este es el verdadero modo de ser poderoso. ¡Este es el poder de Dios! ¡Y este poder vencerá!». El auténtico y único poder de Dios es el poder del amor que muere en la cruz para nuestra salvación.

La fortaleza cristiana es la de los mártires que sonríen a sus verdugos. Hace poco me contaban la historia de un tuareg de quince años que se disponía a matar a un muchacho cristiano maliense de su misma edad. Cogió un arma y, cuando se acercó a la víctima que había escogido, el muchacho maliense le sonrió y le dijo: «Antes de que me mates, solo quiero decirte que tengo un mensaje para ti: Jesús te ama». Y el tuareg huyó, aterrorizado por la fuerza de la verdad. Se convirtió, fue maltratado y sufrió torturas. Tuvo que dejar su país y a su familia. El violento se hizo fuerte, con la fortaleza de Cristo. En octubre de 2011 Benedicto XVI nos decía en una homilía: «Para quien quiere ser discípulo del Señor, su enviado, esto tiene como consecuencia el estar preparado también a la pasión y al martirio, a perder la propia vida por Él [...]. Debemos estar dispuestos a pagar en persona, a sufrir en primera persona la incompreensión, el rechazo, la persecución. No es la espada del conquistador la que construye la paz, sino la espada de quien sufre, de quien sabe donar la propia vida».

En este mundo el martirio no es algo circunscrito a los países musulmanes. Hoy hace falta mucha fortaleza para ser padre o madre de familia. Hace falta mucha magnanimidad —esa virtud que nos mueve a hacer cosas grandes— para lanzarse a la aventura de una familia cristiana. Me gustaría decir a todos los padres cristianos que son la gloria de la Iglesia del siglo XXI: a veces vuestro testimonio es el martirio diario. Os veis obligados a afrontar el desprecio del

mundo cuando elegís dar la vida; a afrontar la precariedad y la incertidumbre del mañana. ¡Pero tenéis una misión maravillosa! ¡Sois portadores de la esperanza del mundo y de la Iglesia! ¡Las sonrisas y la alegría de vuestros hijos son vuestra mejor recompensa! ¡Sed firmes! ¡Agarraos a la fe! Con vuestra fidelidad a la enseñanza de Cristo sobre el matrimonio y la familia, con vuestras muestras diarias de amor, sembráis las semillas de la esperanza. Pronto recogeremos la cosecha.

Sé también cuánta fortaleza necesitan los sacerdotes y los consagrados: queridos sacerdotes, a veces actuáis a oscuras, con sensación de fracaso. Aunque la barca parezca dominada por la tempestad, ¡resistid! No os rindáis a los falsos discursos. No abandonéis la tradición de la Iglesia: estaríais cortando vuestras raíces. La barca está azotada por la tempestad. El agua entra en ella a raudales: aferraos a la barca; o, lo que es lo mismo, aferraos a la doctrina y orad intensamente. Mirad a Cristo, y no la violencia del viento. ¡No tengáis miedo! Jesús está con nosotros: es Él quien maneja el timón. ¡La Iglesia es la única nave que no naufragará jamás! Sujetémonos sin descanso a la cruz, signo de la fortaleza cristiana. ¡La fortaleza que lo da todo sin cansarse nunca!

Querría decirles a todos los cristianos que nuestra fuerza frente a este mundo de violencia y mentiras es la verdad de Cristo. En 1972, cuando recibió el Premio Nobel, Alexander Solzhenitsyn afirmaba: «La violencia no vive en soledad y no es capaz de vivir sola: necesita estar entremezclada con la mentira. Entre ambas existe el más íntimo y el más profundo de los vínculos naturales [...]. Cualquier persona que ha hecho de la violencia su método, inexorablemente debe elegir a la mentira como su principio. En sus inicios, la violencia actúa abiertamente y hasta con orgullo. Pero, en cuanto se vuelve fuerte y sólidamente establecida, nota el aire enrarecido que la circunda y no puede seguir existiendo si no es en una neblina de mentiras revestidas de demagogia. No siempre, no necesariamente aprieta abiertamente los cuellos; es más frecuente que exija de sus súbditos solamente un juramento de lealtad a la mentira; solamente una complicidad en la falsedad. ¡Y el acto de coraje más sencillo de un hombre sencillo es no participar de la falsedad, no apoyar falsas acciones! Que el mundo se entregue a eso, que reine incluso en el mundo... pero no con mi ayuda [...]. Y, cuando la mentira sea expulsada, se revelará la desnudez de la violencia en toda su fealdad; y entonces la violencia se derrumbará».

Estas palabras resultan proféticas. Nos encontramos en un momento en el que el mundo no deja de exigirnos nuestra complicidad con la mentira. La fortaleza cristiana es la de la verdad y la de nuestra fe, la del amor de Dios que ha sido

derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (Rm 5, 5). La verdad es el espacio donde se viven auténticamente la fe y el amor. Por eso hemos de crear islotes de verdad. Cada familia cristiana, cada escuela, cada parroquia tiene que convertirse en un islote en el que esté proscrita toda mentira, un espacio en el que se rechace cualquier compromiso con la ideología del mundo, el relativismo y la seducción. Hay que hacer sencillas y auténticas las relaciones humanas. Es nuestro deber procurar que la verdad lo penetre todo: el trabajo, las relaciones profesionales, políticas y sociales. Esa es la fortaleza cristiana: rechazar la mentira. ¡La verdad nos hará libres, la verdad es nuestra fuerza!

Escuchándole a usted, uno tiene la sensación de que todas las relaciones humanas de los cristianos necesitan una transformación. ¿No es la justicia la virtud que rige esas relaciones y mueve a trabajar por el cambio?

Sí, la justicia es la virtud que permite dar a cada uno lo que le es debido. Y eso empieza, lógicamente, por nuestros padres, que nos han dado la vida. Me gustaría, una vez más, rendir un homenaje a todos los padres del mundo. Tenemos el deber de honrarlos. La piedad filial es una manifestación de la justicia. Los cristianos deben conservar el sentido de esa piedad hacia sus ancianos. Es una virtud que África conoce muy bien. En mi continente, un viejo no se considera un problema por el hecho de que haya que cuidarlo y alimentarlo cuando ya no es productivo. Los ancianos garantizan la transmisión. Son nuestros archivos, nuestras bibliotecas y los guardianes de nuestras tradiciones. Sin ellos, los pueblos se vuelven huérfanos sin pertenencia, sin orígenes, sin memoria, sin historia, sin cultura, sin tradición. Si no honramos a nuestros ancianos, no seremos capaces de amar a nuestra patria, que es la que nos dota de identidad. Nos moldea con su lengua, sus costumbres, su historia y su cultura. Le debemos honra y afecto. El papa Francisco escribía el 1 de noviembre de 2018: «No hay identidades de laboratorio, no las hay. Toda identidad tiene historia. Y al tener historia, tiene pertenencia [...]. No se dejen embaucar. Cuiden la propia pertenencia. Y así, cuando vemos gente que no respeta nada entre nosotros [...], cada uno pregúntese: ¿Yo vendo mi pertenencia? ¿Yo vendo la historia de mi pueblo? ¿Yo vendo la cultura de mi pueblo? ¿Yo vendo la cultura y lo que recibí de mi familia? ¿Yo vendo la coherencia de vida? [...]. No vendan lo que es más hondo nuestro, que es la pertenencia, la identidad».

La justicia consiste ante todo en reconocer que somos herederos de nuestra historia. Hemos de estar orgullosos de nuestra patria, ser conscientes de que

nuestro nacimiento nos hace pertenecer a una comunidad de herencia y de destino, sin llegar a caer en la idolatría de la nación. Una identidad asumida es garantía de la vida fraternal entre los pueblos. También los migrantes deben asumir ese sentimiento de pertenencia a una comunidad de herencia y de destino cuando se instalan definitivamente en el país de acogida. Entonces su identidad se amplía, se modifica. Se convierten en herederos por adopción. Asumen todos los deberes de los hijos concretados en honrar y amar a la patria que los ha adoptado.

Cuando separamos a las personas de su herencia negándoles ese sentimiento de pertenencia, las transformamos en huérfanas culturales: las debilitamos, las desarraigamos, las entregamos a la barbarie. Ser un bárbaro significa vivir sin vínculos con una herencia, sea histórica, cultural o nacional. Me impresiona ver en el Evangelio cómo ama Jesús a su pueblo y se estremece de compasión ante el dolor de los hombres. Ama tanto a su patria que llora por Jerusalén. Mantiene una intensa relación con la ciudad que encarna el destino y la historia de su pueblo. Sin ese sentimiento vital de pertenencia nos sentimos solos, perdidos y abandonados. La piedad filial es una manifestación de la justicia cristiana que solemos olvidar a pesar de su importancia. El sentimiento de pertenencia filial, fundamento de cualquier civilización, hoy reviste aún mayor importancia porque vivimos en una época en que las relaciones entre los pueblos o entre las personas se reducen a unas relaciones de competencia económica.

Sí, vivimos sometidos a una ideología que afirma que una economía dejada a su propio arbitrio es capaz de sustituir a la justicia a la hora de regular las relaciones humanas. El liberalismo de mercado comparte este postulado con el marxismo. Los dos quieren reducir a los hombres a productores y consumidores. Los dos rechazan cualquier idea de justicia que no sea estrictamente el resultado de una estructura económica. Son dos ideologías totalitarias. El proyecto basado en separar la regulación del mercado de la virtud de la justicia equivale a entregar al hombre a la maquinaria rapaz de la competencia y el beneficio globalizado. En una catequesis de septiembre de 2001 Juan Pablo II afirmaba: «Como obispos estamos llamados a ser [...] servidores de la Palabra revelada, que, cuando es preciso, elevan la voz en defensa de los últimos, denunciando los abusos de aquellos que Amós llama “descuidados” y “disolutos”. Ser profetas que ponen en evidencia con valentía los pecados sociales vinculados al consumismo, al hedonismo, a una economía que produce una inaceptable brecha entre lujo y miseria, entre unos pocos “epulones” e innumerables “lázaros” condenados a la miseria». Para que estas palabras sean creíbles, es necesario que

llevemos una vida verdaderamente sobria, desprendida de los bienes materiales, ¡realmente pobre!

Para el desarrollo de una economía justa es necesaria una auténtica libertad de empresa. Pero esa libertad ha de estar impregnada de la virtud de la justicia. Nuestra libertad tiene un fin, un contenido: debe desarrollarse en la amistad. No debe dar rienda suelta al afán de posesión dejando en manos de unas hipotéticas leyes del mercado la tarea de regular esos deseos sin freno.

Eso es lo que afirma de un modo magistral Benedicto XVI en la encíclica *Caritas in veritate*: «En las relaciones mercantiles el principio de gratuidad y la lógica del don, como expresiones de fraternidad, pueden y deben tener espacio en la actividad económica ordinaria» (§ 36). Debemos replantearnos la propia esencia de la relación económica, que no se reduce a una relación mercantil. Tiene que convertirse literalmente en una relación justa entre hombres justos. Por eso, la relación económica debe ser mercantil y, a la vez, estar abierta a la gratuidad.

En su mensaje del 1 de enero de 2012 afirmaba Benedicto XVI: «No podemos ignorar que ciertas corrientes de la cultura moderna, sostenida por principios económicos racionalistas e individualistas, han sustraído al concepto de justicia sus raíces trascendentes, separándolo de la caridad y la solidaridad: la “ciudad del hombre” no se promueve solo con relaciones de derechos y deberes, sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión. La caridad manifiesta siempre el amor de Dios también en las relaciones humanas, otorgando valor teologal y salvífico a todo compromiso por la justicia en el mundo». Esta visión de la economía es de una profundidad llamativa. La libertad abre la relación económica a una relación justa, que alcanza su plenitud en la caridad fraterna que rinde gloria a Dios. No somos capaces de valorar hasta qué punto ha renovado Benedicto XVI la doctrina social de la Iglesia al llevar a cabo una síntesis profunda y dotar de toda su amplitud a la noción de justicia vinculándola a la de la caridad.

La caridad supera a la justicia, porque amar es dar, ofrecerse al otro; pero no puede existir sin la justicia que lleva a dar al otro lo que es *suyo*, es decir, lo que le corresponde en razón de su ser y de su obrar. No puedo «dar» al otro de lo *mío* sin haberle dado lo que en justicia le corresponde. Quien ama a los demás en la caridad empieza por ser justo con ellos. La justicia no es ajena a la caridad ni es solo una vía alternativa o paralela a la caridad: la justicia es inseparable de la caridad. Es inherente a ella. La justicia es la primera vía de la caridad o, como

decía Pablo VI, su «minimum», una parte integral de ese amor «con obras y de verdad» (1 Jn 3, 18). Es más: como afirma Benedicto XVI en su encíclica *Deus caritas est*, «el amor —*caritas*— siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad [...]. La afirmación según la cual las estructuras justas harían superfluas las obras de caridad, esconde una concepción materialista del hombre: el prejuicio de que el hombre vive “solo de pan” (Mt 4, 4; cfr. Dt 8, 3), una concepción que humilla al hombre e ignora precisamente lo que es más específicamente humano» (*Deus caritas est*, n. 28).

En nuestra sociedad globalizada las relaciones se desarrollan en sentido inverso y están rozando el límite más allá del cual el sistema perderá el equilibrio y se derrumbará. Cada vez menos obstaculizada por las restricciones impuestas durante siglos de legalidad, la violencia abrasa a Occidente. Y no se trata solo de una fuerza bruta que triunfa de un modo visible, sino de su entusiasta justificación.

El mundo ha sido vencido por la cínica convicción de que la fuerza lo puede todo y la justicia es impotente. Los demonios de Dostoievski se arrastran por el mundo, delante de nuestros ojos, contaminando regiones que hasta hace poco no éramos capaces de imaginar. Con su destrucción y sus actos terroristas, con las explosiones y los incendios nihilistas de estos últimos años, manifiestan su deseo de remover los cimientos de la civilización y destruirla. Y podrían conseguirlo.

El mundo, hoy tan civilizado y comedido, solo ha sabido oponerse al brutal resurgimiento de la barbarie con sonrisas y concesiones. El espíritu de claudicación es una enfermedad de la voluntad de los pueblos pudientes. Entre quienes se han entregado a la búsqueda de abundancia a toda costa, entre quienes han hecho del bienestar el objetivo de su vida en la tierra, se ha instalado la indiferencia. Son hombres —y en el mundo de hoy hay muchos— que han optado por la pasividad y la retirada para alargar un poco más su placer cotidiano y eludir las dificultades del mañana. El precio de la cobardía es siempre el mal. Solo nos alzaremos con la victoria si tenemos el coraje de hacer sacrificios.

¿QUÉ DEBEMOS HACER?

NICOLAS DIAT: *Su diagnóstico suena muy negativo. ¿No será que le falta a usted esperanza?*

CARDENAL ROBERT SARAH: ¡La esperanza no consiste en un plácido optimismo! Si la esperanza del creyente nace de Dios, solo se puede esperar de verdad en la medida en que se esté unido a Dios, abierto a su influencia. La esperanza es un combate constante. Un combate en el que las únicas armas que esgrimimos son la oración, el silencio, la palabra de Dios y la fe. Necesitamos que se alcen hombres y mujeres con coraje y energía espiritual para hablar y actuar, sembrando en torno a ellos semillas de sensatez, de verdad, de amor y de paz. ¡Sí, la esperanza es un duro combate! El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que es «la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo». Esta virtud reafirma nuestra confianza. No nos cabe ninguna duda: nos lo ha dicho Jesús: «Yo he vencido al mundo». Suya es la victoria.

Los cristianos son serenos y confiados porque saben que Cristo ya ha vencido. Lo que nos da seguridad no son nuestras propias fuerzas ni nuestro poder. La Iglesia tiene que conservar la paz y la seguridad frente a todos los poderes que se coaligan para hacer escarnio de ella. Nuestra esperanza está fundada en la bondad infinita de Dios. La esperanza cristiana es serena y exigente: «San Juan Crisóstomo, en una de sus homilías, comenta: “Mientras seamos corderos, venceremos e, incluso si estamos rodeados por numerosos lobos, lograremos vencerlos. Pero si nos convertimos en lobos, seremos vencidos, porque estaremos privados de la ayuda del pastor”. Los cristianos no deben nunca ceder a la tentación de convertirse en lobos entre los lobos; el reino de paz de Cristo no se extiende con el poder, con la fuerza, con la violencia, sino con el don de uno mismo, con el amor llevado al extremo, incluso hacia los enemigos», decía Benedicto XVI en octubre de 2011. La esperanza nos permite hacer un diagnóstico absolutamente realista.

Me gustaría subrayar el dinamismo de la virtud de la esperanza, que nos lleva a desear la vida eterna como nuestra suprema felicidad. Es allí, en el cielo, en el paraíso, en Dios, en el corazón mismo de la Trinidad donde está anclada nuestra esperanza. No deseamos un reino terrenal. Sabemos muy bien que este mundo pasará y que el Reino de Dios nunca se instaurará en la tierra. En este sentido, me parece que nosotros, los sacerdotes y los obispos, no predicamos lo suficiente sobre el objeto de nuestra esperanza, que es el cielo.

Antes sí se hablaba de las postrimerías. En ningún retiro faltaba una meditación sobre este tema. A veces da la impresión de que la esperanza cristiana se ha secularizado. Como afirma Juan Pablo II en su carta encíclica *Redemptoris missio*, «la tentación actual es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del vivir bien. En un mundo fuertemente secularizado, se ha dado una “gradual secularización de la salvación”, debido a lo cual se lucha ciertamente en favor del hombre, pero de un hombre a medias, reducido a la mera dimensión horizontal. En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral, que abarca al hombre entero y a todos los hombres, abriéndoles a los admirables horizontes de la filiación divina» (n. 11). Únicamente esperamos un mundo mejor, más solidario, más ecológico, más abierto, más justo. Eso no basta para alimentar una esperanza teológica. ¡El objeto de nuestro deseo es Dios! ¡Nuestro corazón es demasiado grande para este mundo limitado! Debemos hacer nuestro el clamor de san Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (*Conf.* 1, 1). Sí, en el mundo creado nos sentimos encerrados. ¡Solo Dios es capaz de saciar nuestra sed de felicidad! Si nuestros contemporáneos desertan de las iglesias, es porque muchas veces llegan a ellas con el deseo de Dios y pretendemos satisfacerlos con buenos sentimientos humanos, ¡demasiado humanos! ¡No vivamos por debajo de nuestra categoría! Somos hijos de Dios y, por lo tanto, herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, porque padecemos con Él para ser también glorificados con Él y participar de su felicidad eterna (cfr. *Rm* 8, 17). Como dicen los Padres orientales, estamos llamados a ser plenamente divinizados. ¡Eso es el cielo!

Quizá sea el miedo a hablar del infierno lo que nos hace tan pusilánimes a la hora de predicar nuestra vocación divina a la santidad. Solo podemos dejarnos divinizar por el Espíritu Santo si lo aceptamos libremente. El hombre que rechaza ese don se aparta definitivamente de Dios. El infierno es esa separación hecha realidad. Con nuestro deseo de borrar la trágica sombra que conllevan la grandeza y la radicalidad de nuestra libertad, hemos apartado al hombre de su

llamada a la eternidad divina, a la bienaventuranza divina y al propio Dios. La esperanza cristiana, en cambio, sostiene nuestro deseo de Dios. Dilata el corazón y nos protege del desgaste del desaliento.

Creo que la fuente más honda de la esperanza se encuentra en la Eucaristía. Cada vez que comulgamos se hace realidad temporalmente lo que en el cielo será pleno y definitivo. En la comunión saboreo a Dios y Él me diviniza. Por eso la liturgia es fuente de gozo y de juventud. A Alcuino, un monje consejero de Carlomagno, se le atribuyen estas hermosas palabras: «La liturgia es el gozo de Dios». Sí, la liturgia nos sumerge en la vida misma de Dios. Es un anticipo del cielo. ¡Cuántas veces me he conmovido observando los rostros de esos monjes ancianos que celebran misa, totalmente iluminados por una juventud renovada, totalmente radiantes de santidad y prácticamente envueltos en la luminaria del cielo! En sus rasgos envejecidos se refleja un niño. Lo mismo se puede decir del rostro del papa emérito Benedicto XVI cuando celebraba ante el altar. ¡Cuánta gracia, cuánta delicadeza y cuánta dicha interior! Daba la impresión de estar viendo el rostro de un anciano canoso cuyos rasgos contenían la inocencia, el candor y la frescura de un niño.

En *El espíritu de la liturgia* escribía Romano Guardini: «La liturgia asegura la libertad de movimientos del alma y, en cuanto tal, constituye la oposición más evidente a la barbarie». La liturgia es una cura de esperanza. Reaviva nuestro deseo de Dios y, al mismo tiempo, lo satisface ya. Entiendo por qué Benedicto XVI afirmaba que una verdadera renovación de la liturgia es la condición fundamental de la renovación de la Iglesia. La liturgia mide la radicalidad, la vehemencia de nuestro deseo de Dios y del cielo. Sin ese deseo, el motor de la vida cristiana languidece y se apaga.

El contacto con los santos es otro de los espacios donde renovamos nuestra esperanza. He tenido ocasión de conocer a algunos santos, ancianos y jóvenes, enfermos y sanos, conocidos y desconocidos. De la Casa dell'Alegría de las hermanas misioneras de la Caridad de la madre Teresa de Calcuta todavía conservo el recuerdo del rostro radiante de pureza, de esplendor divino y de alegría de la hermana Mary Frederick, que acababa de celebrar sus ciento dos años de vida. O el del hermano Vincent de la Resurrección, un joven canónigo de la abadía de Lagrasse que murió muy enfermo. Vuelvo a ver los rostros de tantos padres y madres de familia, los de sacerdotes que se han dejado la piel trabajando discretamente. En sus miradas había siempre una luz de esperanza, esa juventud del deseo de Dios, como una presencia anticipada del cielo. En *Juana, relapsa y santa* escribía Georges Bernanos: «Nuestra Iglesia es la Iglesia

de los santos. ¿Qué obispo no entregaría su anillo, su mitra, su crucifijo; qué cardenal no entregaría su púrpura; qué pontífice no entregaría su sotana blanca a cambio de ser santo? ¿Quién no querría tener la fuerza para correr esta aventura admirable? Porque la santidad es una aventura: es, de hecho, la única aventura. Quien lo ha comprendido ha penetrado en la entraña de la fe católica, ha sentido su carne mortal estremecida por otro terror que no es el de la muerte, por una esperanza sobrehumana». La esperanza ha de ser la virtud que nos hace sonreír como niños cuando estamos solos contra todos.

Me dirijo a vosotros, los desesperanzados: a los enfermos abandonados en los hospitales; a los huérfanos de la guerra arrancados de los brazos de una madre; a los olvidados del mundo moderno; a los que habéis dejado de ver la aurora al final de la noche. Me atrevo a invitaros a poner vuestra esperanza en Dios. *Spes non confundit*: ¡la esperanza no defrauda!

Me dirijo particularmente a vosotros, mis hermanos sacerdotes, desesperanzados y hundidos bajo el peso de vuestra misión sin ver los resultados de vuestros esfuerzos, para repetiros las hermosas palabras que Georges Bernanos pronunció durante una conferencia en 1945: «Quien no ha contemplado el camino flanqueado por dos filas de árboles bajo un amanecer nuevo y lleno de vida, no sabe lo que es la esperanza. La esperanza es una heroica determinación del alma y su manifestación suprema es la desesperanza superada. Creemos que es fácil esperar. Pero solo esperan los que tienen el valor de perder la esperanza en las ilusiones y las mentiras que les proporcionaban una seguridad que confundían con la esperanza. La esperanza es un riesgo que hay que correr: es el riesgo de los riesgos. La esperanza es la mayor y más ardua victoria que el hombre puede imponer a su alma [...]. Solo se llega a la esperanza a través de la verdad y a costa de muchos esfuerzos. Para encontrar la esperanza hay que ir más allá de la desesperanza. Cuando llegamos al final de la noche nos encontramos con un nuevo amanecer. El demonio de nuestro corazón se llama “¿de qué sirve...?”. El infierno es haber dejado de amar».

Escuchándole a usted me vienen a la cabeza estas palabras de G. K. Chesterton: «No podría renunciar a la fe sin caer en algo más hondo que la fe. No podría dejar de ser católico a no ser que me convirtiera en algo más estricto que un católico [...]. Hemos cambiado los humedales y los terrenos agostados por el pozo más profundo. La verdad está en el fondo».

La fe amplía nuestra mirada, nos permite observarlo todo con la misma mirada de Dios, con los ojos de Dios. La fe nos hace entrar en el misterio. En

contra de lo que sostiene una visión bastante necia, la fe dilata la inteligencia. La fe no encierra, no nos prohíbe reflexionar, sino que hace más honda nuestra visión del mundo y de los hombres. Nos ayuda a penetrar en el fondo de las cosas, en su misteriosa realidad, en el secreto de su ser más íntimo. Nos permite ver lo que por lo general permanece a oscuras. Sin la fe nos queda vedada una parte de la realidad. La fe nos abre una puerta a lo más hondo de lo real. Gracias a la fe, el universo se nos presenta en toda su amplitud: por retomar las palabras de san Máximo el Confesor, «como una iglesia cósmica cuya nave sería el universo sensible y el coro, el universo espiritual».

El hecho de creer va más allá de la convicción intelectual. El acto de fe es una participación real en el propio conocimiento de Dios, en su mirada sobre todas las cosas. Recuerdo una página espléndida de un libro del novelista rumano Virgil Gheorghiu titulado *De la hora veinticinco a la hora eterna* en la que se recoge la experiencia de un niño que posa una mirada de fe sobre el mundo y los hombres: «Era domingo. Después de la liturgia divina. Veía salir a la gente de la iglesia del pueblo [...]. Ahí estaba el pueblo entero. Porque el domingo nunca falta nadie a la liturgia divina [...]. Todo el mundo parecía transfigurado, despojado de cualquier preocupación terrenal, santificado. Y más que santificado: deificado [...]. Sabía por qué eran tan hermosos todos los rostros y por qué brillaban todas las miradas. Porque las mujeres feas eran hermosas. En las mejillas y las frentes de los dos leñadores brillaban unas luces semejantes a las aureolas de los santos. Los niños parecían ángeles. Al salir de la liturgia divina, todos los hombres y todas las mujeres de nuestro pueblo eran teóforos, es decir, Portadores de Dios [...]. Nunca he visto pieles ni carnes más hermosas que las del rostro de los teóforos, de los que llevan en ellos la luz deslumbrante de Dios. Su carne estaba deificada, sin peso y sin volumen, transfigurada por la luz del Espíritu divino».

La fe nos conduce a la experiencia real de la transfiguración. Naturalmente, esta experiencia se vive todos los días en medio de una oscuridad muchas veces árida. Pero saboreamos por adelantado lo que en la eternidad veremos con la misma mirada de Dios.

Tenemos que vivir a la altura de nuestra vocación cristiana. Recordemos siempre las palabras del papa san León: «¡Reconoce, cristiano, tu dignidad!». Yo añadiría: no te prives del tesoro de la fe. Cristo ha venido a abrirnos a una sabiduría plena, ¿y nosotros preferimos volver a las tinieblas? Es como si algunos cristianos quisieran privarse de esa luz. Se limitan a contemplar el mundo con una mirada secularizada. ¿Por qué? ¿Por qué quieren la aceptación

del mundo? ¿Por qué quieren ser como todo el mundo? Me pregunto si, en el fondo, esa actitud no se limita a enmascarar el miedo que nos lleva a negarnos a escuchar lo que nos dice el mismo Jesús: «Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo». ¡Qué gran responsabilidad! ¡Qué gran deber! Renunciar a ser la sal de la tierra es condenar al mundo a ser soso e insípido; renunciar a ser la luz del mundo es condenarlo a la oscuridad. No podemos desentendernos. Hay incluso pastores que, con el deseo de «salir al encuentro del mundo», prescinden deliberadamente de esa mirada de fe para adquirir una mirada profana. ¡Qué degradación! Si hacemos nuestras las categorías nacidas en un contexto ateo, optamos por la ceguera y la estrechez de miras. ¡Liberémonos de ese complejo! Volvámonos hacia el mundo, pero para llevarle la única luz que no engaña: «Si para la Iglesia abrirse al mundo significa desviarse de la Cruz, ello la conduciría no a una renovación, sino a su fin. Cuando la Iglesia se vuelve hacia el mundo, no puede ello significar que suprime el escándalo de la Cruz, sino únicamente que lo hace de nuevo accesible en toda su desnudez», advertía Benedicto XVI el 28 de junio de 2010.

En muchos cristianos existe cierta repugnancia a dar testimonio de la fe o a llevar la luz al mundo. Nuestra fe se ha vuelto tibia, como un recuerdo que se va difuminando lentamente. Hasta convertirse en una niebla lechosa. Entonces ya no nos atrevemos a afirmar que esa fe es la única luz del mundo. Y lo que tenemos que afirmar es lo mismo que el cardenal Ratzinger en su obra *Fe, verdad y tolerancia*: «La fe cristiana no es producto de nuestras experiencias internas, sino un acontecimiento que llega hasta nosotros desde fuera. La fe se basa en que algo (o alguien) nos sale al encuentro, algo a lo que no llega por sí misma nuestra capacidad de experiencia [...]. Claro está que lo que allí nos toca produce en nosotros experiencia, pero es experiencia como fruto de un suceso, no de un profundizar en lo propio. Esto es lo que significa precisamente el concepto de revelación: lo no-propio, lo que no acontece en lo propio llega hasta mí y me arranca de mí mismo, me eleva sobre mí, crea lo nuevo».

¿Cómo vamos a llevar al mundo una experiencia puramente personal, una luz incommunicable? No tenemos que dar testimonio de nosotros mismos, sino de Dios, que ha salido a nuestro encuentro y se nos ha revelado. Dios se ha mostrado: nos ha mostrado su rostro en Jesús. Ha muerto para salvarnos y ofrecernos su felicidad: «En la revelación de Dios, Él, el Viviente y Verdadero, irrumpe en nuestro mundo y abre también la cárcel de nuestras teorías», decía el cardenal Ratzinger en Guadalajara en 1996.

La fe es al mismo tiempo un acto íntimo, personal, interior, y una adhesión a

un contenido objetivo que no hemos elegido. La fe nos lleva a realizar un acto personal por el que decidimos confiarnos totalmente a Dios con plena libertad. Creo; y, en ese acto, el corazón, el verdadero santuario de la persona, se abre bajo la influencia de la gracia al contenido objetivo revelado por Dios, al que damos nuestro asentimiento. Luego la fe se desarrolla plenamente profesándola, es decir, en el testimonio público. Lo que creemos no puede ser nunca estrictamente privado. Al ser un acto de la libertad, la fe exige asumir ante todo la responsabilidad que conlleva. Por eso la fe solo se puede confesar en la Iglesia y con la Iglesia, que nos transmite el conocimiento integral del misterio, de los contenidos que hemos de conocer y creer.

Si convertimos la fe en un sentimiento puramente personal, la hacemos incomunicable, la separamos de la Iglesia y, sobre todo, la vaciamos de contenido. Por eso es urgente insistir en la enseñanza del catecismo tanto para adultos como para niños. Disponemos de una herramienta maravillosa: el *Catecismo de la Iglesia Católica* y su *Compendio*. La enseñanza del catecismo no se reduce a un conocimiento intelectual de sus contenidos, sino que facilita un verdadero encuentro con Jesús, que nos ha revelado esas verdades. Hasta que no nos encontramos con Él de un modo concreto, no somos verdaderamente cristianos.

Creo que los obispos deben recuperar el significado de la catequesis. Tenemos que aprender a volver a ser catequistas, maestros fieles de las verdades divinas. Esa es, al fin y al cabo, una de nuestras principales misiones. Fíjese en los obispos de la Iglesia primitiva: Ambrosio, Agustín, Juan Crisóstomo, Basilio, Gregorio... Dedicaban casi todo su tiempo a enseñar, a catequizar de un modo sencillo, humilde y directo. No daban clases de teología ni comentaban la actualidad. Se atrevían a enseñar al pueblo de Dios porque sabían que en sus palabras los fieles encontraban a Jesús. Hoy se opone la enseñanza a la experiencia. Y la experiencia de Dios solo se puede hacer a través de la enseñanza: «¿Cómo creerán, si no oyeron hablar de él?», se pregunta san Pablo (*Rm* 10, 14-15).

La falta de catequesis lleva a muchos cristianos a cultivar una especie de fe desquiciada. Algunos optan por creer en tal o cual artículo del Credo y rechazan otros. Se ha llegado hasta el punto de realizar encuestas acerca de la adhesión de los católicos a la fe cristiana. La fe no es el estante de un supermercado del que elegimos la fruta y la verdura que nos vienen bien. Cuando la recibimos, recibimos a Dios en su totalidad. «Hombres de una fe demasiado habitual y demasiado pasiva, quizá los dogmas ya no son para nosotros el Misterio del que

vivimos, el Misterio que debe realizarse en nosotros», dice el padre Henri de Lubac en *Paradojas*. Animo públicamente a los cristianos a amar los dogmas y los artículos de fe, a venerarlos. Amemos nuestro catecismo. Si lo aceptamos no solo con los labios, sino con el corazón, las fórmulas de la fe nos llevarán a entrar en verdadera comunión con Dios.

Es hora de arrancar a los cristianos del relativismo ambiente que anestesia los corazones y adormece el amor. Henri de Lubac proseguía así: «¿Si el hereje ya no nos causa hoy horror, como se lo causaba a nuestros antepasados, es porque tenemos más caridad en el corazón? ¿O no será quizá porque, a menudo y sin que nos atrevamos a decírnoslo, el objeto en litigio, a saber, la sustancia misma de nuestra fe, no nos interesa ya? [...]. Entonces, consiguientemente, la herejía ya no nos llama la atención. O al menos no nos angustia ni la consideramos como la que intenta arrancar el alma de nuestra alma [...]. Desgraciadamente, no siempre la caridad ha crecido y se ha tornado más pura. A menudo es la fe la que ha disminuido, así como el gusto por las cosas eternas».

Es hora de que la fe se convierta en el tesoro más íntimo y más valioso de los cristianos. Pensemos en todos los mártires que murieron por la pureza de la fe durante la crisis arriana: ¡cuántos obispos, sacerdotes, monjes y simples fieles sufrieron la tortura y la muerte por confesar que el Hijo no es únicamente semejante al Padre, sino de una sola naturaleza con Él! Lo que está en juego es nuestra relación con Dios, y no determinadas disputas teológicas. La medida de la tibieza que se ha instalado entre nosotros es nuestra apatía frente a las desviaciones doctrinales. No son raros los casos en los que las universidades católicas y publicaciones oficialmente cristianas enseñan graves errores. ¡Nadie reacciona! Los obispos nos conformamos con puntualizaciones prudentes y timoratas. Cuidado: algún día los fieles nos pedirán cuentas. Nos acusarán ante Dios de haberlos entregado a los lobos, de haber traicionado nuestro deber de pastores de defender al rebaño. ¡Y con esto no estoy exhortando a reinstaurar la Inquisición! Mi grito es un grito de amor. Nuestra fe condiciona nuestro amor a Dios. Defender la fe es defender a los más débiles, los más sencillos, y permitirles amar a Dios de verdad.

Queridos hermanos obispos, sacerdotes y todos los bautizados: nos tiene que abrazar nuestro amor a la fe. No debemos empañarla ni diluirla con compromisos mundanos. No debemos falsificarla ni corromperla. ¡Nos jugamos la salvación de las almas: las nuestras y las de nuestros hermanos! «El día que tú no ardas de amor, otros morirán de frío», escribió François Mauriac. El día que no ardamos de amor a nuestra fe, el mundo morirá de frío, privado de su bien

máspreciado. ¡Somos nosotros los que tenemos que defender y anunciar la fe!

Para mí, un hijo de África, fue una gracia ver llegar a mi poblado a misioneros franceses con una fe tan ardiente como para dejar su patria y su familia, y venir a morir junto a nosotros. Muchos murieron jóvenes, ofreciéndose en holocausto para gloria de Dios y salvación de las almas. El padre Firmin Montels, fundador de mi parroquia, Sainte-Rose-d'Ourous, murió seis meses después de llegar al poblado cantando *O Salutaris hostia*. ¿Quién se alzaré hoy para anunciar la fe verdadera a los musulmanes, que la buscan sin saberlo? ¿Quiénes serán los misioneros que necesita el mundo? ¿Quiénes serán los misioneros que enseñen una fe integral a tantos católicos que ignoran aquello en lo que creen?

No escondamos más la luz debajo del celémín, ¡no ocultemos el tesoro que hemos recibido gratuitamente! ¡Tengamos la audacia de anunciar, de testimoniar, de catequizar! No podemos seguir llamándonos creyentes y, en la práctica, vivir como ateos. La fe ilumina toda nuestra vida, no solo nuestra vida espiritual.

Cuando apelamos a la tolerancia y a la laicidad, nos obligamos a una especie de esquizofrenia entre la vida privada y la vida pública. La fe tiene su espacio en el debate público. Tenemos que hablar de Dios: no para imponerlo, sino para proponerlo. Dios es una luz indispensable para el hombre. En 2007 la Congregación para la Doctrina de la Fe tuvo que recordarnos a todos la legitimidad de la evangelización y del anuncio de la fe. Sí, nuestro intento de convencer cuando lo que está en juego son asuntos religiosos puede percibirse como una restricción a la libertad. Nos dicen que basta con ayudar a los hombres a ser más hombres y se les remite a su conciencia. Pero la conciencia necesita que la iluminen. Vivimos del testimonio que nos damos unos a otros. El Concilio Vaticano II nos recordó que «la verdad solo se impone por sí misma». Hay que buscar y descubrir la verdad libremente. Al mismo tiempo, la *Gaudium et Spes* señala que esa libertad «en modo alguno debe convertirse en indiferencia ante la verdad y el bien. Más aún, la propia caridad exige el anuncio a todos los hombres de la verdad saludable».

En este sentido, la nota doctrinal de la Congregación para la Doctrina de la Fe acerca de algunos aspectos de la evangelización nos recuerda: «La Verdad que salva la vida enciende el corazón de quien la recibe con un amor al prójimo que mueve la libertad a comunicar lo que se ha recibido gratuitamente. Si bien los no cristianos puedan salvarse mediante la gracia que Dios da a través de “camino que Él sabe”, la Iglesia no puede dejar de tener en cuenta que les falta un bien grandísimo en este mundo: conocer el verdadero rostro de Dios y la amistad con

Jesucristo, el Dios-con-nosotros. En efecto, “nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con Él”. Para todo hombre es un bien la revelación de las verdades fundamentales sobre Dios, sobre sí mismo y sobre el mundo; mientras que vivir en la oscuridad, sin la verdad acerca de las últimas cosas, es un mal, que frecuentemente está en el origen de sufrimientos y esclavitudes a veces dramáticas. Esta es la razón por la que san Pablo no vacila en describir la conversión a la fe cristiana como una liberación “del poder de las tinieblas” y como la entrada “en el Reino del Hijo predilecto, en quien tenemos la redención: el perdón de los pecados” (*Col* 1, 13-14). Por eso, la plena adhesión a Cristo, que es la Verdad, y la incorporación a su Iglesia no disminuyen la libertad humana, sino que la enaltecen y perfeccionan, en un amor gratuito y enteramente solícito por el bien de todos los hombres. Es un don inestimable vivir en el abrazo universal de los amigos de Dios que brota de la comunión con la carne vivificante de su Hijo, recibir de Él la certeza del perdón de los pecados y vivir en la caridad que nace de la fe. La Iglesia quiere hacer partícipes a todos de estos bienes, para que tengan la plenitud de la verdad y de los medios de salvación, “para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (*Rm* 8, 21).

»[...]. Hoy, sin embargo, “el perenne anuncio misionero de la Iglesia es puesto en peligro por teorías de tipo relativista, que tratan de justificar el pluralismo religioso, no solo *de facto*, sino también *de iure* (o de principio)”. Desde hace mucho tiempo se ha ido creando una situación en la cual, para muchos fieles, no está clara la razón de ser de la evangelización. Hasta se llega a afirmar que la pretensión de haber recibido como don la plenitud de la Revelación de Dios esconde una actitud de intolerancia y un peligro para la paz. Quien así razona, ignora que la plenitud del don de la verdad que Dios hace al hombre al revelarse a él, respeta la libertad que Él mismo ha creado como rasgo indeleble de la naturaleza humana: una libertad que no es indiferencia, sino tendencia al bien. Ese respeto es una exigencia de la misma fe católica y de la caridad de Cristo, un elemento constitutivo de la evangelización y, por lo tanto, un bien que hay que promover sin separarlo del compromiso de hacer que sea conocida y aceptada libremente la plenitud de la salvación que Dios ofrece al hombre en la Iglesia [...]. Ese amor [...] vive en el corazón de la Iglesia y de allí se irradia hasta los confines de la tierra, hasta el corazón de cada hombre. Todo el corazón del hombre, en efecto, espera encontrar a Jesucristo. Se entiende, así, la urgencia de la invitación de Cristo a evangelizar y por qué la misión, confiada por el Señor a los Apóstoles, concierne a todos los bautizados. Las palabras de Jesús, “Id, pues,

y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (Mt 28, 19-20), interpelan a todos en la Iglesia, a cada uno según su propia vocación».

San Agustín escribió: «En esta vida la virtud no es otra cosa que amar aquello que se debe amar. Elegirlo es prudencia: no separarse de ella a pesar de las molestias es fortaleza; a pesar de los incentivos, es templanza; a pesar de la soberbia, es justicia» (carta 155). ¿No remiten en el fondo todas las virtudes al amor y a la caridad?

La caridad es, efectivamente, la virtud que nos lleva a amar a Dios sobre todas las cosas, así como a nuestros hermanos por amor a Dios. Es la expresión perfecta de las demás virtudes cristianas. Como dice san Agustín en *De moribus Ecclesiae*, en el cristiano «la templanza es el amor que totalmente se entrega al objeto amado; la fortaleza es el amor que todo lo soporta por el objeto de sus amores; la justicia es el amor únicamente esclavo de su amado y que ejerce, por lo tanto, señorío conforme a razón; y, finalmente, la prudencia es el amor que con sagacidad y sabiduría elige los medios de defensa contra toda clase de obstáculos».

La caridad resume y orienta toda la vida de las virtudes. Por desgracia, muchos contemporáneos nuestros creen que consiste en un buen sentimiento, cuando en realidad es una virtud teologal que nos pone en contacto con Dios. Procede de Dios. Comprender la caridad es ante todo mirar a Dios, porque Dios es amor, Dios es caridad.

En *Deus caritas est* escribe Benedicto XVI: «Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata solo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cfr. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: “Dios es amor”. Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor».

No podemos hablar de caridad si no partimos del corazón de Jesús. La caridad no es una emoción. La caridad es una participación en el amor con que Dios nos

ama, en el amor que se manifiesta en el sacrificio de la misa. Cuando los cristianos oyen la palabra caridad, piensan en dar algo de dinero a los pobres o a una organización caritativa. Pero es mucho más que eso. La caridad es la sangre que riega el corazón de Jesús. La caridad es esa sangre que ha de regar nuestra alma. La caridad es el amor que se entrega hasta la muerte. El amor nos hace abrazar a Dios, nos hace entrar en su comunión trinitaria, en la que todo es amor. La caridad manifiesta la presencia de Dios en el alma. San Agustín lo dice claramente: «Ves a la Trinidad si ves el amor, porque Dios es amor». La caridad es el don de Dios y es Dios mismo. Nos arrastra cada vez más lejos hacia la unión con Dios. El amor nunca llega a su fin ni está completo. Crece incesantemente para convertirse en comunión de voluntad con Dios. Por medio de la caridad, la voluntad de Dios se nos va haciendo poco a poco menos extraña y se convierte «en mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría», decía Benedicto XVI en *Deus caritas est*.

En la entraña de nuestra religión se encuentra ese descubrimiento de la caridad que dota a los santos de un rostro tan desconcertante. El santo es aquel que, fascinado por la belleza de Dios, renuncia a todo, incluso a sí mismo, y entra en el gran movimiento de retorno al Padre iniciado por Cristo. A eso estamos llamados todos. Querría repetírselo a los cristianos: estamos llamados a renunciar a todo, incluso a nosotros mismos, por amor a Dios. Y los religiosos nos enseñan el camino. Los monjes y las monjas lo dejan todo, renuncian a ellos mismos. Ponen todos los medios de un modo concreto. No creamos que su vocación no tiene nada que ver con nosotros. Todos hemos de vivir una renuncia radical, cada uno en nuestro estado de vida. Todos hemos de experimentar que basta con el amor de Dios.

Pero ¿la caridad no tiene que ver también con el prójimo?

Por supuesto: amamos con el mismo amor a Dios y a aquellos a quienes Él ama, nuestros hermanos. La comunión con Dios me arrastra fuera de mí mismo para llevarme hacia Él y hacia mis hermanos. «La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo solo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán», dice Benedicto XVI en *Deus caritas est*.

Me gustaría insistir en este punto. La caridad cristiana me lleva a amar a mis hermanos por Dios y en Dios. Cuando la madre Teresa sujetaba la mano de un moribundo, amaba al Cristo que agonizaba en él. Ese es el ejemplo que nos han

dejado la madre Teresa y la comunidad de religiosas que sigue sus huellas. La primera condición que la madre ponía para empezar alguna labor era la presencia de un sagrario. Sin la presencia del amor de Dios que se entrega, no se podría llevar a cabo ese apostolado, no se podría vivir con tanta renuncia. Solo injertándose en ese abandono en Dios, en esa aventura de Dios, en esa humildad de Dios, eran capaces ella y sus hermanas de ese grandioso acto de amor, de esa apertura a todos.

Querría dirigirme a todos los cristianos: ¿bebe vuestra caridad de la fuente del sagrario? Las horas que pasamos adorando al Santísimo Sacramento tienen que llevarnos a los más pobres, a los que más desconocen a Dios, a los que más sufren: si no, serán estériles. Hay una imperiosa necesidad de que nos preguntemos cuánto tiempo pasamos delante de Jesús-Eucaristía presente en el sagrario. Una parroquia en la que no exista la adoración al Santísimo es una parroquia muerta o enferma. La presencia humilde y silenciosa de Jesús en medio de nosotros invita a una presencia nuestra humilde y silenciosa. Hasta a quienes viven en clausura la adoración los lleva a vivir una compasión espiritual por las almas que están en el mundo. También quienes se dedican a la vida activa, todos los que ocupan la primera línea de la misión, de la lucha contra la miseria o del alivio del sufrimiento, deben hacerse esta pregunta: ¿la raíz de su compromiso es el deseo de acción? Si es así, sus obras serán estériles y dañinas. Si está presente en ellos la adoración, si está presente en ellos el conocimiento amoroso del Corazón de Jesús, entonces serán para el mundo como la mano de Jesús que acude a aliviar el sufrimiento.

Ahora me gustaría dirigirme a mis hermanos sacerdotes. Hace poco el papa Francisco nos recordaba que la caridad ocupa el centro de la vida de la Iglesia, que es su corazón. ¿Podemos hacer nuestras estas palabras del Pastor Supremo? ¿Vivimos del mismo amor con que nos ha amado Cristo? Él ha dejado la gloria del cielo para venir a cargarnos sobre sus espaldas: a nosotros, la humanidad perdida. No olvidemos las espléndidas palabras pronunciadas por Benedicto XVI al inicio de su pontificado, en la plaza de San Pedro, en abril de 2005: «El pastor de todos los hombres, el Dios vivo, se ha hecho él mismo cordero, se ha puesto de la parte de los corderos, de los que son pisoteados y sacrificados [...]. No es el poder lo que redime, sino el amor. Este es el distintivo de Dios: Él mismo es amor [...]. El Dios, que se ha hecho cordero, nos dice que el mundo se salva por el Crucificado y no por los crucificadores. El mundo es redimido por la paciencia de Dios y destruido por la impaciencia de los hombres [...]. Apacentar quiere decir amar, y amar quiere decir también estar dispuestos a sufrir».

Queridos sacerdotes, hermanos míos, ¿amamos con ese amor que crucifica?

Monseñor Raymond-Marie Tchidimbo, mi predecesor en la sede episcopal de Conakry, que fue arrestado el 24 de diciembre de 1970, encarcelado y torturado bajo la dictadura de Seku Turé, escribió estas palabras tras ser liberado: «En la cárcel es donde he entendido mejor por qué el pueblo de Dios ha querido descubrir en la vida del sacerdote la Pasión de Cristo, tal y como la describe el apóstol Pablo en su vigorosa carta a los gálatas. Y he entendido mejor por qué ese mismo pueblo de Dios deseaba y desea descubrir en el sacerdote —no como “un añadido”, sino como parte integral de su ser sacerdotal, con esa sed de absoluto sintetizada en la Cruz— todas las cualidades tan valoradas en las relaciones humanas». Nuestra vida debe tener una «forma sacrificial». Tiene que llegar hasta el amor que se manifiesta en el sacrificio. Por eso tiene que alimentarse del sacrificio del altar y de la misa.

Teresa de Lisieux entendió que el corazón de la Iglesia es el amor. Entendió que los apóstoles dejarían de proclamar el evangelio, que los mártires no podrían seguir derramando su sangre si ese corazón no siguiera ardiendo. Comprendió que hasta ella, una joven religiosa, desde detrás de las rejas del Carmelo de una pequeña ciudad de provincias francesa, podía estar presente en todas partes: porque, si amaba a Cristo, estaba en el corazón de la Iglesia. Ese centro al que Teresa llama simplemente corazón y amor es la Eucaristía. Sí, la Eucaristía no es solo la presencia permanente del amor divino y humano de Jesucristo, que es siempre la fuente de la Iglesia sin la que esta estaría condenada a zozobrar y a ser engullida por las puertas de la muerte. En tanto presencia del amor divino y humano de Cristo, es la transfusión constante de Jesús hombre a los hombres que son sus miembros y que se convierten también ellos en Eucaristía y, por lo tanto, en el corazón y el amor de la Iglesia. El corazón tiene que seguir siendo corazón para que el resto de los órganos, gracias a él, estén en condiciones de servir como es debido.

Ha esbozado usted el retrato de un cristiano de nuestro tiempo en el que cada virtud es uno de sus rasgos. ¿Querría añadir algún trazo más a ese retrato?

Me gustaría insistir en la virtud de la religión, que hoy día está especialmente olvidada. La religión es la virtud que nos lleva a rendir culto a Dios, que nos lleva a rezarle y a adorarle. Culmina en el sacrificio de alabanza que le ofrecemos en la misa y que prolonga el rezo del oficio divino.

Nos olvidamos con demasiada frecuencia de que el culto es algo que debemos a Dios. No le estamos regalando generosamente nuestro tiempo. Es de justicia rendirle el homenaje interior de nuestra devoción y el homenaje exterior de nuestros gestos de adoración. El fundamento de la virtud de la religión es, por un lado, la trascendencia de la Majestad divina y, por otro, la dependencia de nuestra pequeñez creada. Hoy vemos a algunos sacerdotes y fieles cristianos manejar las cosas divinas con una falta de respeto y una ligereza que te enferman. Hay una grave pérdida del sentido de lo sagrado y de la trascendencia infinita de Dios. ¿Tan grande es el orgullo del hombre que le inspira repugnancia la adoración?

Esta virtud demasiado olvidada tiñe los actos de las tres virtudes teologales a las que prepara el terreno y que, a su vez, la alimentan. Todo acto de fe y de amor a Dios se apoya en la oración. El cardenal Journet decía algo maravilloso: «La caridad emana del culto como el perfume de la flor». En todo amor humano se da como una inclinación ante la dignidad que Dios ha conferido al otro, creado a imagen de Dios. Y en un amor humano auténtico eso no significaría que nos apropiemos del otro y lo poseamos. Significa que reconocemos respetuosamente la grandeza y el carácter único de la persona del otro, de la que nunca se debe tomar posesión. Significa que nos inclinamos ante el otro y nos hacemos uno con el otro. En *La Eucaristía centro de la vida* escribía el cardenal Ratzinger: «En la comunión con Jesucristo esto alcanza una nueva altura, pues en ella se sobrepasa necesariamente el “partenariado” humano. Hablar del Señor como nuestro *partenaire* aclara, ciertamente, muchas cosas, pero encubre todavía más. Ya no estamos en el mismo terreno. Él es el Absolutamente Otro, en Él llega hasta nosotros la majestad del Dios vivo. Unirse a Él significa inclinarse y con ello abrirse a su grandeza [...]. En una homilía dirigida a los comulgantes decía san Agustín que nadie puede comulgar sin antes haber adorado. Y es especialmente conmovedor lo que se nos cuenta de los monjes de Cluny en los alrededores del año mil: cuando iban a comulgar se descalzaban: sabían que allí está la zarza ardiente, que el misterio ante el cual Moisés cayó de rodillas estaba allí presente. Las formas cambian, pero lo que debe permanecer es el espíritu de adoración».

Tengo la impresión de que a veces queremos tener con Dios nuestro Señor una familiaridad artificiosa y fuera de lugar. En cambio, me conmueve ver a esos cartujos ancianos que, después de toda una vida de intimidad con Dios, siguen prosternándose en el suelo ante su presencia eucarística en señal de adoración y de amor. En la Gran Cartuja me dejó muy impresionado la media hora que pasan

los monjes prosternados en adoración ante el sagrario para preparar la misa. Cuanto más espiritual es el hombre, más sentido tiene de la reverencia a la majestad divina. Los gestos de adoración no están reservados a los sencillos y a los principiantes. Es muy importante no despreciar ese sentido de lo sagrado, ese temor gozoso y sencillo ante todo lo que toca a Dios. Sí, tenemos que quedarnos de rodillas ante Él. Sí, tenemos que temblar —en palabras de san Agustín— de ese «casto temor, henchido de amor» cuando entramos en el recinto de una iglesia o nos acercamos al altar. Sí, tenemos que volver a aprender a arrodillarnos en silencio y a adorar la majestad divina; a descubrir de nuevo el gozo de nuestra pequeñez ante Dios.

Algunos cristianos, no sin cierto esnobismo, muestran una especie de desenvoltura ante lo sagrado, como si esta categoría fuese pagana o típica de una mentalidad primitiva. «[Cristo] no ha abolido lo sagrado, sino que lo ha llevado a cumplimiento, inaugurando un nuevo culto, que sí es plenamente espiritual pero que, sin embargo, mientras estamos en camino en el tiempo, se sirve todavía de signos y ritos [...]. Gracias a Cristo, la sacralidad es más verdadera, más intensa y, como sucede con los mandamientos, también más exigente», afirmaba Benedicto XVI en su homilía del *Corpus Christi* en junio de 2012. Sería una arrogancia pretender acercarse a Dios sin desprenderse de una actitud profana.

Si privamos a los cristianos de la espléndida virtud de la religión que nos proporciona ese sentido de la adoración y del culto, los privamos de la plena comunión con Dios. Este desprecio del culto es una muestra de orgullo. Toda nuestra actitud tiene que ser religiosa, es decir, impregnada de reverencia hacia Dios. Deberíamos poder rendirle culto con todos nuestros gestos, con todos nuestros movimientos interiores. Me encanta ver a los monjes hacer una profunda inclinación cada vez que sus labios pronuncian la fórmula conclusiva «gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo». Y lo hacen decenas de veces al día. ¡Qué lección de absoluta humildad! ¡Qué manifestación de amor tan humilde y filial! La humildad de los monjes revela la grandeza de Dios. Creo que todos ganaríamos si recuperáramos ese sentido de la religión. Es la rúbrica de una forma de cristianismo especialmente delicada, refinada y sensible. Me atrevo a decir que es uno de los rasgos propios de la civilización cristiana. Es la cortesía, la elegancia de la criatura ante su Creador. Si queréis recuperar la virtud de la religión, vuestra escuela son los monasterios. No dudéis en frecuentarlos. Os convertiréis vosotros también en *Theodidactoi*: enseñados por Dios y adoradores en espíritu y en verdad (cfr. *Jn* 4, 24-25).

No solamente los monjes, sino todos los religiosos y religiosas tienen un papel fundamental que desempeñar dentro de la Iglesia. Con su vida han de recordar constantemente qué significa estar entregados, consagrados a la gloria de Dios. La vida de los religiosos es como un gran ofertorio. Enseña a los cristianos algo esencial: que todo bautizado debe vivir en un estado de oblación y ofrenda. Nuestra vida tiene que convertirse en una gran liturgia: en palabras de san Pedro, en un sacrificio espiritual (1 P 2, 5).

¿Cuál es el último mensaje que querría transmitirnos para concluir este libro?

Me gustaría hacerle una confidencia. Creo que nuestro tiempo vive la tentación del ateísmo. No de ese ateísmo duro y militante cuyas pseudoliturgias marxistas o nazis imitan al cristianismo: ese ateísmo, una especie de religión a la inversa, ahora es recatado. Yo querría referirme más bien a una mentalidad sutil y peligrosa, el ateísmo líquido: una enfermedad insidiosa y grave, pese a que sus primeros síntomas parezcan benignos.

Así lo describe el padre Jérôme, monje cisterciense de la abadía de Sept-Fons, en su libro *Notre coeur contre l'athéisme*: «El ateísmo fluido, que nunca se profesa como tal, se mezcla sin armar revuelo con otras filosofías, con nuestros problemas personales, con nuestra religión. Es capaz de impregnar sin que nos demos cuenta nuestro criterio cristiano. En cualquiera de nosotros pueden darse infiltraciones del ateísmo fluido en todos los rincones que no estén ocupados por la fe teologal y la gracia [...]. Nos creemos indemnes y, sin embargo, aplaudimos neciamente toda suerte de hipótesis, postulados, eslóganes y tomas de conciencia que socavan nuestras creencias. Divulgamos ideas sin fijarnos en su denominación de origen. Lo peor es que esas ideas materialistas pueden instalarse en nuestro espíritu sin chocar violentamente con las ideas cristianas que deberían encontrarse en él; lo que da a entender que nuestras convicciones cristianas no cuentan con una sólida consistencia. Ese es el comienzo de la derrota: el materialismo fluido linda en nuestro espíritu con nuestro cristianismo, probablemente igual de fluido».

Tenemos que ser conscientes de que ese ateísmo fluido corre por nuestras venas. Nunca pronuncia su nombre, pero está infiltrado en todas partes. Y, sin embargo, san Pablo aconseja con vehemencia: «No os unzáis a un mismo yugo con los infieles. Porque ¿qué tiene que ver la justicia con la iniquidad? ¿O qué tienen de común la luz y las tinieblas? ¿Y qué armonía cabe entre Cristo y

Belial? ¿O qué parte tiene el creyente con el infiel? ¿Y cómo es compatible el templo de Dios con los ídolos?» (2 Co 6, 14-16). A pesar de las advertencias de san Pablo, convivimos fraternal y pacíficamente, simpatizamos con tolerancia con el ateísmo fluido. Su primer efecto es una especie de letargo de la fe. Anestesia nuestra capacidad de reacción, de reconocer el error. Y se ha extendido por la Iglesia. Las palabras de la homilía del 29 de noviembre de 2018 del papa Francisco son tremendas. En ella comentaba la destrucción de Babilonia, ciudad «del lujo, de la autosuficiencia, del poder de este mundo, cueva de demonios, refugio de todo espíritu impuro». Esa destrucción comienza desde dentro, explicaba el papa, y termina cuando el Señor dice: «Basta». Llegará un día en que el Señor dirá: «Se han acabado las apariencias de este mundo». Esta es la crisis de una civilización que se cree orgullosa, suficiente, dictatorial y termina así. El papa denuncia «la paganización de la vida, en nuestro caso, cristiana. ¿Vivimos como cristianos? Parece que sí. Pero en verdad, nuestra vida es pagana, cuando suceden estas cosas, cuando entra en esta seducción de Babilonia y Jerusalén vive como Babilonia. Quiere hacer una síntesis que ya no se puede hacer. Y ambas serán condenadas. ¿Tú eres cristiano? ¿Tú eres cristiana? ¿Vives como cristiano? No se puede mezclar el agua con el aceite. Siempre diverso. El fin de una civilización contradictoria en sí misma que dice ser cristiana y vive como pagana [...]. Esto nos enseña a vivir las pruebas del mundo, no en un pacto con la mundanidad o con el carácter pagano que nos lleva a la destrucción, sino con esperanza, despegándose de esta seducción mundana y pagana y mirando el horizonte, esperando a Cristo, el Señor. La esperanza es nuestra fuerza: vayamos adelante». Para terminar, invita a pensar en las Babilonias de hoy: «Y así terminarán también las grandes ciudades de hoy y así terminará nuestra vida, si seguimos por este camino de paganización [...]. Abramos el corazón con esperanza y alejémonos de la paganización de la vida».

¿Qué hay que hacer? Me diréis quizá que así avanza el mundo. Me diréis quizá que la Iglesia tiene que adaptarse o morir. Me diréis quizá que, si lo esencial está a salvo, hay que ser flexible con los detalles. Me diréis quizá que la verdad es teórica y se le escapan los casos particulares. ¡Otras tantas afirmaciones que corroboran la gravedad de la enfermedad! Yo querría invitaros a razonar de otra manera. En *El primer círculo*, la novela autobiográfica de Solzhenitsyn, el héroe no sabe si conservar los privilegios que le otorga el sistema totalitario para comprar su silencio. Hay un descubrimiento que le hace bascular: encuentra el diario de su anciana madre difunta, en el que lee estas palabras: «¿Qué hay de más valioso en este mundo? Ser consciente de no colaborar en las injusticias. Son más fuertes que tú, existen y existirán, pero que

no sea por tu culpa».

También nosotros, los cristianos, deberíamos dejarnos estimular por estas palabras. ¡Con la mentira no se contemporiza! Lo propio del ateísmo fluido es el conformismo con la mentira: esa es la mayor tentación de nuestro tiempo.

No os dejéis engañar: con ese enemigo no se pelea; siempre acaba venciendo. Contra el ateísmo duro se puede luchar de frente, pararle los golpes, denunciarlo y refutarlo; mientras que el ateísmo fluido es escurridizo y pegajoso. Si lo atacas, si te enzarzas en una lucha física, en un cuerpo a cuerpo con él, te quedarás adherido a sus sutiles compromisos. Es como una tela de araña: cuanto más te resistes, más te enredan sus hilos. El ateísmo fluido es la trampa definitiva del Tentador. Te arrastra a su propio terreno. Si lo sigues, te verás obligado a emplear sus armas: la mentira y el compromiso. Fomenta alrededor de él la división, el resentimiento, la acritud y la mentalidad de partido. ¡Fíjate en la situación de la Iglesia! No hay más que discordia, hostilidad y sospecha por todas partes.

Con todo mi corazón de pastor, hoy quiero exhortar a los cristianos a actuar. En la Iglesia no hay que crear partidos. No hay que proclamarse los salvadores de tal o cual institución. Eso sería seguirle el juego al adversario. En cambio, cada uno de nosotros puede tomar esta determinación: la mentira del ateísmo no volverá a fluir dentro de mí. No quiero renunciar más a la luz de la fe, no quiero seguir permitiendo que convivan en mí la luz y las tinieblas por comodidad, por apatía o por conformismo. Es una determinación muy sencilla, interior y concreta a la vez. Cambiará nuestra vida hasta en los detalles más insignificantes. No se trata de empezar una guerra. No se trata de denunciar a los enemigos. No se trata de atacar o de criticar. Se trata de ser firmemente fiel a Jesucristo. Si no podemos cambiar el mundo, sí podemos cambiar nosotros. Si todos, humildemente, tomáramos esa decisión, el sistema de la mentira se derrumbaría solo, porque su única fuerza es el lugar que ocupa en nosotros: el ateísmo fluido se alimenta únicamente de mis compromisos con la mentira.

¿Os da miedo? ¿Quizá vuestra seguridad no es lo bastante firme? En ese caso, recordad lo que dice el padre Jérôme: «La certeza del creyente no procede de lo que sabe o de lo que ve, sino de lo que siente y ve Aquel en quien confía. Me fío de Dios por la claridad que hay en Él, y no por la claridad que hay en mí. Puedo estar ciego en lo tocante a la salvación, pero a mi fe no le preocupa, porque se apoya sobre la absoluta sabiduría de Dios [...]. De ahí la seguridad, el descanso del corazón y el coraje intelectual que experimenta el creyente. Está seguro de

poseer la verdad porque sabe que le da la mano a quien es la verdad misma».

Queridos cristianos, al ofrecernos la fe, Dios abre su mano para que posemos en ella la nuestra y nos dejemos guiar por Él. ¿De qué tendremos miedo? ¡Lo importante es conservar nuestra mano en la suya! Nuestra fe es ese vínculo profundo con Dios. «Sé en quién he creído», dice san Pablo (2 Tm 1, 12). En Él hemos puesto nuestra fe.

La conclusión del padre Jérôme es esclarecedora: «En el cristianismo solo existe la fe. No obstante, frente al ateísmo duro o fluido, la fe adquiere una importancia capital. Es al mismo tiempo el tesoro que queremos defender y la fuerza que nos permite defendernos».

Conservar el espíritu de fe significa renunciar a cualquier compromiso, negarse a ver las cosas de otra manera que no sea con la fe. Es conservar nuestra mano en la mano de Dios. Estoy profundamente convencido de que es la única fuente posible de paz y de mansedumbre. Conservar nuestra mano en la de Dios es la garantía de una verdadera bondad sin complicidades, de una verdadera mansedumbre que no se cansa, de una verdadera fe sin violencia. ¡Hoy más que nunca la fe es una virtud de moda!

Quiero subrayar también en qué medida la fe es fuente de alegría. ¡Cómo no estar alegre cuando nos confiamos a Aquel que es la fuente de la alegría! La actitud de fe es exigente, pero no rígida ni tensa. Alegrémonos, porque le damos la mano a Él. De la fe nacen juntas la fuerza y la alegría: «El Señor es el refugio de mi vida: ¿de quién tendré miedo?» (Sal 27, 1). La Iglesia se muere, invadida por la acritud y la mentalidad de partido. Solo el espíritu de fe puede ser el fundamento de una auténtica benevolencia fraternal. El mundo se muere corroído por la mentira y la rivalidad. Solo el espíritu de fe puede aportarle la paz.

Queridos amigos, me gustaría repetiros las contundentes y proféticas palabras del padre De Lubac escritas en 1942, en plena guerra, en su obra *El drama del humanismo ateo*: «Dado el estado actual del mundo, un cristianismo viril y fuerte debe llegar a convertirse en un cristianismo heroico [...]. Consistirá, precisamente, en resistir con todo coraje, frente al mundo y quizá frente a sí mismo, ante los influjos y las seducciones de un falso ideal para mantener firmemente, en su paradójica intransigencia, los valores cristianos amenazados y escarnecidos con humilde fiereza. Pues si el cristianismo puede y debe asumir las virtudes del paganismo antiguo, el cristiano que quiera permanecer fiel no

puede más que rechazar con un no categórico un neopaganismo que está fundado contra Cristo. La dulzura y la bondad, la delicadeza hacia los pequeños, la piedad —sí, la piedad— para con los que sufren, el desprecio de medios perversos, la defensa de los oprimidos, la consagración oscura, la valentía de llamar al mal por su nombre, el espíritu de paz y de concordia, el corazón abierto, el pensamiento del cielo: he ahí el heroísmo cristiano salvador [...]. Nunca se prometió a los cristianos que serían muchos, los más (Se les anunció más bien lo contrario). Tampoco se les dijo que parecerían siempre los más fuertes, ni que todos los hombres no serían conquistados por otro ideal que el suyo. Pero, en todo caso, el cristianismo no tendrá nunca eficacia real, ni existencia real, ni hará conquistas reales más que por fuerza del espíritu propio de él, por la fuerza de la caridad».

Sí, ¡hoy más que nunca estamos llamados a ser fuertes, enérgicos e inquebrantables en la fe! Somos como los discípulos. Después de la crucifixión dejan de comprender. Su fe está erosionada. Les invade la tristeza. Creen que todo está perdido. También nosotros contemplamos un mundo entregado a la avidez de los poderosos. El espíritu del ateísmo parece haberse apoderado de la Iglesia. Incluso hay pastores que abandonan a sus ovejas. El aprisco está devastado. También nosotros, como los discípulos, huimos de la ciudad decepcionados y desesperanzados, y nos dirigimos a Emaús, hacia la nada. Ante nosotros se abre un camino que parece no llevar a ninguna parte. Caminamos sin entender y sin saber adónde ir. Solo el aire ronda nuestra amargura.

Y, de pronto, un hombre empieza a caminar a nuestro lado. «¿De qué veníais hablando por el camino?», nos pregunta. Y nosotros le confiamos nuestra tristeza, nuestra angustia, nuestra decepción. Él toma la palabra y nos reprocha nuestra falta de fe: «¡Necios y torpes de corazón! ¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria? ¿No era preciso que la Iglesia sufriera por ser fiel al maestro?». Nos explican las Escrituras. Sus palabras nos reconfortan. Reaviva nuestra fe. De pronto nuestra soledad queda rota por la fuerza de su certeza y la dulce bondad de su mirada.

Y mientras a lo lejos el sol desaparece detrás de las montañas, mientras las sombras se alargan sobre el camino y el frío invade nuestros cuerpos, revive nuestro coraje y le suplicamos: cuando nos hablas, arde nuestro corazón; quédate con nosotros, Señor, porque se hace tarde y anochece.

QUE NADA ME INQUIETE

«No siempre basta con perseguir un rayo de luz; a veces necesitamos reposar en esa luz, experimentar algo sagrado en la luz y el calor tanto de la hoguera como de la estrella polar. Y la misma voz misteriosa que nos dice que no tenemos morada permanente aquí abajo es la única capaz de movernos a construir ciudades que lo sean hasta donde nos permitan los límites de este mundo».

G. K. Chesterton,

Plaidoyer pour une propriété anticapitaliste.

El libro que está a punto de concluir tiene raíces profundas y antiguas. Es el último tomo de una trilogía cuya aventura comenzó en diciembre de 2013.

Fue entonces cuando el cardenal Sarah y yo iniciamos las conversaciones que compondrían el material con que redactar *Dios o nada*. En la primavera de 2015 la publicación de estas entrevistas sobre la fe fue un fenómeno con un alcance inesperado. El cardenal se trasladó a la capital francesa durante diez días para hablar de su libro. El frío que reinaba en París no reflejaba en absoluto el calor, el fervor y el entusiasmo que acompañaron la aparición de *Dios o nada*. Recuerdo las veladas en la iglesia de San Francisco Javier, de la Trinidad, de San León, en los Bernardinos o en la librería La Procure. Y, siempre, una multitud apiñada para escucharle.

Lejos de París, en la abadía de Lagrasse, en su lecho de enfermo, víctima de una esclerosis múltiple fulminante, el hermano Vincent velaba y rezaba. Era el protector secreto del cardenal. Porque *Dios o nada* fue algo así como un milagro. Si no, ¿cómo se comprende el fabuloso éxito de un libro tan radical —y, por ese motivo, tan incomprensible— de un hombre que siempre había huido de la luz? Durante mucho tiempo, el cardenal Robert Sarah, buen amigo de Benedicto XVI y colaborador del papa Francisco, prefirió la radiante penumbra de la oración. La auténtica razón de ese éxito reside en la sencillez, la humildad y la santidad del cardenal.

Unos meses más tarde, camino de Lagrasse, pensamos en escribir un libro sobre la importancia del silencio en este mundo invadido por el ruido, las imágenes, las pasiones. Ese libro es *La fuerza del silencio*, segundo tomo de la trilogía. La conversación con dom Dysmas de Lassus, prior del monasterio de la

Gran Cartuja, que pone fin a esas páginas místicas y poéticas, sigue siendo el corazón ardiente de nuestra aventura literaria.

Nunca podré olvidar los tres días que pasamos en la Cartuja. Estábamos a primeros de febrero de 2016 y el tiempo se detuvo. Frente a esa vastedad cubierta de nieve, codo a codo con unos monjes solitarios, apartados y contemplativos, nos hallábamos en el cielo.

Hoy puedo confesar mi temor de que *La fuerza del silencio* no encontrara la acogida de los lectores. Era un tema difícil, árido, alejado de polémicas fáciles. Pero el libro no tardó en cosechar un éxito notable.

En noviembre de 2016, en la catedral de Versalles, una multitud inmensa escuchó atenta y respetuosamente al cardenal. Meses después, en la basílica de Fourvière, los lioneses hacían lo que podían por encontrar un hueco en los bancos del inmenso edificio. En Cracovia, en Ávila, Washington y Bruselas se repitió la experiencia. Un hombre de Dios atraía al pueblo de Dios.

Cuando pienso en estos cuatro años, me vienen a la memoria los lemas abaciales de los últimos priores de Fontgombault. *Unum necessarium*, «lo único necesario»; *Donec dies elucescat*, «hasta que alboree el día»; *Ad superna semper intenti*, «aspirando siempre a las realidades divinas»; *Modo geniti infantes*, «como niños recién nacidos»: expresan el ideal monástico de un lugar donde se sirve por encima de todo a Dios; expresan el ideal del cardenal Sarah.

Se hace tarde y anochece es un grito profético. ¿Hallarán eco estas dolorosas palabras o se desvanecerán en la noche oscura? La esperanza es el fundamento de la vida del cardenal Sarah. Pese a la pobreza que le rodeó al nacer, la violencia de la dictadura, los temblores del desarraigo, la fatiga de unas cargas extenuantes, nunca ha dudado. Nunca ha tenido miedo. Nunca ha reulado. Porque Dios está con él. El cardenal sabe que puede encontrarle siempre tras las puertas de su pequeña capilla privada.

No querría dar a entender que en esta aventura todo ha sido sencillo. ¡Cuántas veces he pensado en las palabras de los *Disjecta membra* de Jules Barbey d'Aurevilly!: «Los grandes hombres son como las flores más hermosas. Crecen a pesar del estiércol que vierten sobre ellos los envidiosos». Y no cabe duda de que es mucho.

Georges Bernanos escribía en su *Diario de un cura rural*: «¿Qué hombre que rece ha confesado que la oración le ha decepcionado?». El cardenal siempre ha

asumido ese riesgo y la oración no le ha decepcionado nunca. Ha contado con la ayuda de la ascética, el ayuno y la lectura diaria de los textos sagrados.

Ocho meses antes de morir, el hermano Vincent tuvo que ingresar en un hospital para someterse a una intervención quirúrgica complicada. Su comunidad, su entorno y sus amigos estaban inquietos. La operación podía ser fatal. Yo tenía el difícil encargo de informar al cardenal de la evolución de la salud del joven enfermo. La mañana de la operación, cuando el pronóstico era reservado, le transmití la viva preocupación del padre abad y de los médicos. Sorprendentemente, el cardenal se mantuvo sereno. Según él, la operación sería un éxito: no le cabía duda de que el hermano lograría salir bien parado de aquello. Al cabo de unos días, supe que el cardenal había pasado la noche entera previa a la operación rezando en su capilla privada. Sin tomarse un respiro. Pero lo sabía. Sabía que aún no había llegado la hora del hermano Vincent. Conocía la voluntad de Dios.

A San Juan Bosco le gustaba repetir: «Que nada te inquiete: no pierdas nunca la alegría». Junto al cardenal Sarah esta pobre vida terrenal adquiere muchas veces el color del más allá. La razón es muy sencilla: el cardenal Robert Sarah tiene muchos amigos en el cielo. *Ut cooperatores simus veritatis*, «sirvamos de tal modo que seamos cooperadores de la verdad»: este es el lema de Benedicto XVI, y el cardenal Sarah, su mejor discípulo, bien podría hacerlo suyo. No cabe duda de que es un espléndido cooperador de la verdad.

Nicolas Diat

París, lunes 25 de febrero de 2019

BIBLIOGRAFÍA

BEDNARSKI, Piotr, *Las nieves azules*, Barcelona, Malpaso 2014.

BENEDICTO XVI, Papa (Ratzinger, Joseph A.), *La Eucaristía centro de la vida. Dios está cerca de nosotros*, Edicep, Valencia 2003.

— *Una mirada a Europa*, Rialp, Madrid 1993.

— *El espíritu de la liturgia*, Cristiandad, Madrid 2007.

— *Europa. Raíces, identidad y misión*, Ciudad Nueva, Madrid 2005.

— *Informe sobre la fe*, BAC, Madrid 2005.

— *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2013.

— *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental*, Herder, Barcelona 2012.

— *Servidor de vuestra alegría*, Herder, Barcelona 2012.

— *Verdad, valores, poder. Piedras de toque de la sociedad pluralista*, Rialp, Madrid 2006.

— *Jesús de Nazaret*, La Esfera de los Libros, Madrid 2007.

— “¿Por qué seguir en la Iglesia a pesar de la tormenta?”, Discurso del 4 de junio de 1970 en la Academia Católica de Baviera. www.religionenlibertad.

— Prólogo a la versión alemana de las *Opera Omnia*, *Obras completas vol. 11, Teología de la liturgia*, 2008.

— *Luz del mundo, el Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos*, Herder, Barcelona 2010.

— Prólogo a la versión rusa de las *Opera Omnia*, *Obras completas vol. 11, Teología de la liturgia*, 2015.

BERNANOS, Georges, *Diario de un cura rural*, Encuentro, Madrid 2009.

— *Combat pour la vérité*, Correspondencia inédita, tomo 1 (1904-1934), París, Plon, 1977.

— «Frère Martin», *La Vocation spirituelle de la France*, textos inéditos recogidos por Jean-Loup Bernanos, Plon, París 1975.

— *Juana, relapsa y santa*, Nuevo Inicio, Granada 2019.

— *Francia contra los robots*, Nuevo Inicio, Granada 2018.

BOSSUET, Jean-Baptiste, “Sermón sur l’honneur”, *Oeuvres complètes de Bossuet: les sermons*, Hachette BNF, París 2013.

BOUYER, Louis, *Le Métier de théologien, entretiens avec Georges Daix*, Ad Solem, París 2005.

DELSOL, Chantal, *La Haine du monde: totalitarisme et postmodernité*, Cerf, París 2016.

DIAT, NICOLAS, *Un temps pour mourir. Derniers jours de la vie des moines*, Fayard, París 2018.

FRANCISCO, Papa (Bergoglio, Jorge M.), *Amour service et humilité: exercices spirituels donnés à ses frères évêques à la manière de saint Ignace de Loyola*, Magnificat, París 2013.

GARRONE, Gabriel-Marie, *L’Église: Lumen gentium: constitution dogmatique du 21 novembre 1964*, Téqui, París 2011.

GHEORGHIU, Virgil, *De la hora veinticinco a la hora eterna*, Caralt Editores, Barcelona 1967.

GUARDINI, Romano, *Preparemos la Eucaristía. Reflexiones*, San Pablo, Bogotá 2009.

IGNACIO DE LOYOLA, San, *Ejercicios espirituales*, Sal Terrae, Bilbao 2010.

IONESCO, Eugène, Entrevista con Yves de Gibon en *L’Église sous leur regard*, París, Beauchesne, 1971, Gallimard, París 1990.

IRENEO DE LYON, San, *Contra los herejes*, www.clerus.org.

JÉRÔME (p.), *Oeuvres spirituelles vol. 6, Notre coeur contre l'athéisme*, Ad Solem, París 2014.

JUAN DE LA CRUZ, San, *Obras completas*, BAC, Madrid 2005.

KIERKEGAARD, Soren, *La enfermedad mortal*, Trotta, Madrid 2008.

LUBAC, Henri de, *Paradojas seguido de nuevas paradojas*, PPC, Boadilla del Monte 2005.

— *El drama del humanismo ateo*, Encuentro, Madrid 2012.

— *Diálogo sobre el Vaticano II*, BAC, Madrid 1985.

MARITAIN, Jacques, *Le Feu nouveau: le paysan de la Garonne*, Ad Solem, París 2007.

MOUNIER, Emmanuel, *L'Affrontement chrétien*, Parole et Silence, Les Plans-sur-Bex 2017.

NAULT, Jean-Charles, *La Saveur de Dieu, l'acédie dans le dynamisme de l'agir*, Cerf, París 2006.

— *El demonio del mediodía: la acedia, el oscuro mal de nuestro tiempo*, BAC, Madrid 2014.

NIETZSCHE, Friedrich, *La gaya ciencia*, Ariel, Barcelona 2019.

PABLO VI, San, *Audiencia general del 15 de junio de 1965*. www.vatican.es.

PASCAL, Blaise, *Pour un traité du vide*, Nathan, París 1999.

PÉGUY, Charles, *Oeuvres en prose complètes, Vol. 1, Articles antérieurs à la période des Cahiers, articles contenus dans les Cahiers de la quinzaine jusqu'en 1905*, Gallimard, París 1987.

— *Une éthique sans compromis*, Pocket, coll. «Agora», París 2011.

— *Note conjointe*, Gallimard, París 1987.

PUPPINCK, Grégor, *Les Droits de l'homme dénaturé*, Cerf, París 2018.

RENARD, Alexandre, *Où va l'Église?*, Desclée de Brouwer, París 1976.

— *Riches et pauvres dans l'Église ancienne*, Grasset, coll. «Ictys», n. 6, París 1962.

SALLES, Catherine de, *Saint Augustin, un destin africain*, Desclée de Brouwer, París 2009.

SOLZHENITSYN, Alexandr, *El error de Occidente*, Grasset, París 1980.

— *El primer círculo*, Tusquets, Barcelona 1992.

VARILLON, François, *L'Humilité de Dieu*, Bayard, Montrouge 2005.

VICENTE DE LÉRINS, San, *El conmonitorio*, Apostolado mariano, Sevilla 1990.

VON BALTHASAR, Hans Urs, *A los creyentes desconcertados*, Narcea, Madrid 1983.

YOURCENAR, Marguerite, *Con los ojos abiertos*, Plataforma, Barcelona 2008.